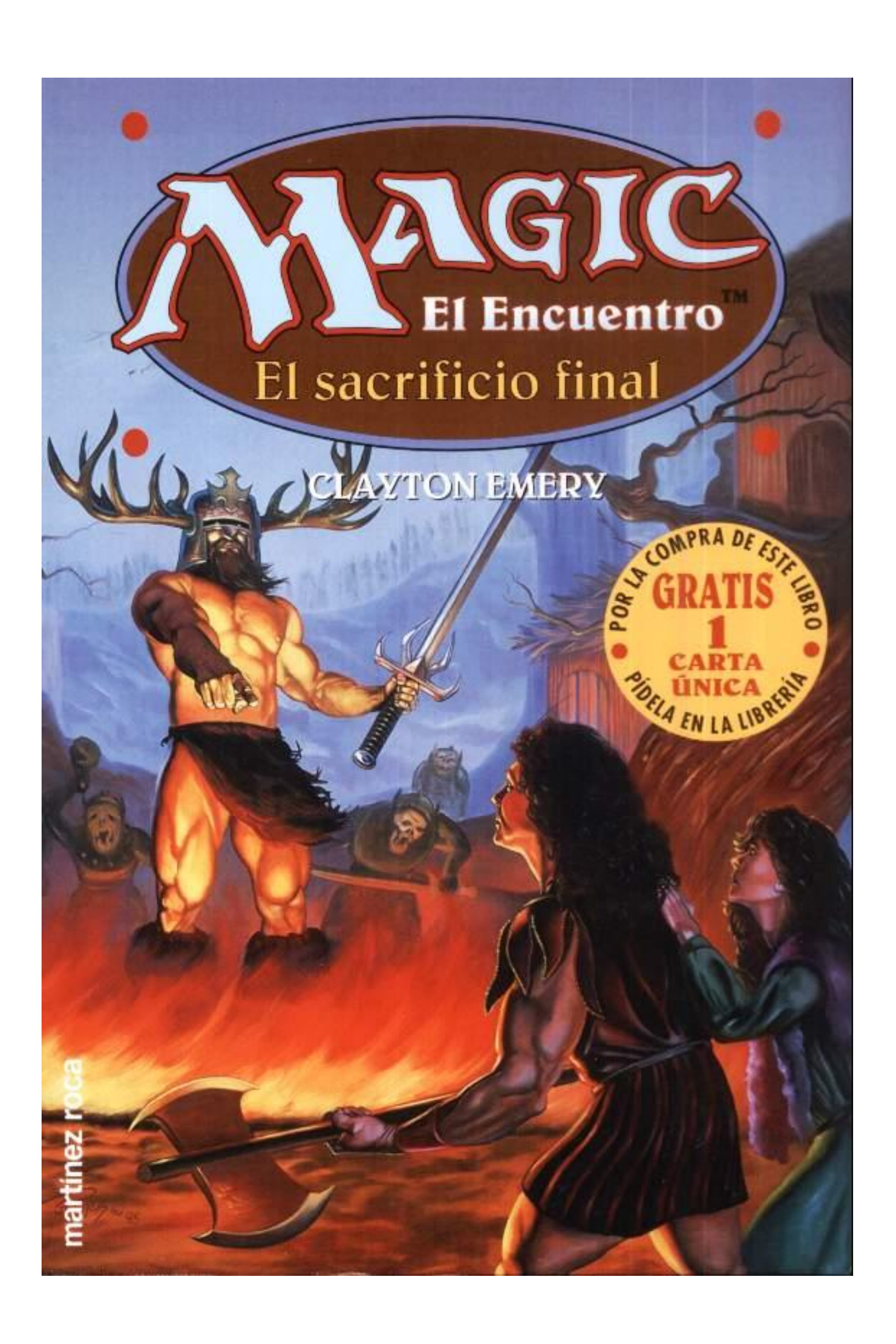

MAGIC
El Encuentro™
El sacrificio final
CLAYTON EMERY
POR LA COMPRA DE ESTE LIBRO
GRATIS
1
CARTA
ÚNICA
PÍDELA EN LA LIBRERÍA
martínez roca

Magic, The Gathering:

SACRIFICIO FINAL

(Trilogía: "Archidruida", vol.3)

Clayton Emery

1995, *«Final Sacrifice»*

Traducción: Albert Solé

_____ 1 _____

--¡Trae más vino, saco de mocos, y deprisa! ¡Estoy sediento!

El posadero fue corriendo a la bodega y volvió de ella trayendo consigo un ánfora de su mejor cosecha, un vino rojo oscuro que había sido transportado a través de las montañas y había envejecido más de cinco años. Después llenó una jarra, vertiéndolo muy despacio para no enfurecer al joven hechicero, y se la ofreció.

Gurias de Tolaria levantó una mano del hombro de una muchacha, aceptó el vino y tomó un sorbo de él. Era excelente, mejor que ningún otro que el hechicero hubiera saboreado en toda su vida. Aun así, aquellos aldeanos sólo merecían ser tratados de la peor manera posible. Gurias arrojó el contenido de la jarra sobre el rostro del posadero y rió mientras el hombre tosía y se atragantaba, y después lanzó la pesada jarra contra su frente mientras el posadero se frotaba los ojos. Gurias soltó una nueva carcajada, rozó el amuleto que reposaba encima de su pecho y creó un diminuto relámpago que chisporroteó a lo largo de su dedo. El posadero se había quedado inmóvil en el centro de un charco de vino, por lo que la electricidad se deslizó sobre sus ropas con un veloz siseo y le chamuscó los pies. El posadero chilló y giró sobre sus talones, disponiéndose a huir, y Gurias lanzó otro relámpago que se estrelló contra su trasero con un ruidoso crepitar.

--¡Oh, cielos! --se burló el hechicero--. ¡Vaya vida!

Apartó a las dos mozas de granja con un empujón, se levantó, se desperezó y empezó a pasearse por la pequeña posada. Tenía todo el recinto para él solo. Gurias sabía que los aldeanos estaban fuera, aguardando sus órdenes mientras soportaban el frío y la llovizna. Había hecho esperar a toda la aldea desde el mediodía, y había estado disfrutando de su penosa situación desde entonces. Quizá debería enviarlos a la cama, para que mañana estuvieran descansados y pudieran obedecer mejor sus órdenes.

Pues Gurias tenía planes. Hasta el momento había sido misericordioso. Había entrado en la aldea hacía dos días, y había dejado inconsciente al jefe del consejo con sus hechizos de rayos y su garrote mágico. Cuando una docena de hombres y mujeres armados con horcas y mayales avanzaron contra él, Gurias los paralizó y los dejó tirados encima del barro con unos cuantos empujones, y después les dio una terrible paliza con el garrote que su magia hacía bailar por los aires. Luego ladró algunas órdenes, y a continuación se adueñó de

la posada y se dedicó a disfrutar de lo mejor que podía ofrecerle la aldea. Había escogido a dos muchachas de entre la multitud para que le hicieran compañía, usando su garrote para enseñarles obediencia mientras permanecían paralizadas.

--Pero quiero más --murmuró.

Las dos chicas, que escondían su vergüenza y su ira detrás de la máscara de inexpresividad de sus rostros llenos de morados, contemplaron al muchacho que iba y venía por la sala, pensando con las manos detrás de la espalda. Gurias era de estatura mediana y rasgos de lo más corriente, con unos rizos rubio rojizos y un flácido bigote. Vestía buenas ropas: su atuendo consistía en unos calzones rojos, un doblete de azul adornado con brocados y un sombrero azul con una pluma roja, el tipo de prendas que Gurias suponía debía lucir un hechicero. Una larga daga colgaba de su cinturón. Su garrote mágico estaba junto a la barra, sosteniéndose por sí solo. El calor, el olor del vino derramado y el aborrecimiento de las muchachas hacían que la atmósfera de la sala de techo bajo sostenido por grandes vigas y paredes manchadas de humo fuese casi irrespirable.

--Quiero más --repitió Gurias--. ¿Sabéis que empecé siendo un simple aprendiz de hechicero? Un viejo idiota llamado Tobías que vivía en las colinas me aceptó porque era muy listo: había conseguido dar con una forma de hacer volver al ganado de las colinas sin tener que salir del aprisco. Pero Tobías no tenía ni idea de lo que podía llegar a ser el uso de la magia. Estudiar, estudiar y más estudiar... ¡Qué estupidez! En cuanto hube aprendido todo lo que sabía aquel viejo, y un poco más, me marché para iniciar mi carrera.

»Y la he iniciado aquí. ¡Sois muy afortunadas! --Extendió un dedo y las muchachas se encogieron sobre sí mismas--. ¡Tratadme bien y llegaréis lejos! En cuanto el resto del valle haya traído su plata y sus mejores caballos, y lo harán porque de lo contrario el jefe del consejo y los ancianos encerrados en el ahumadero van a pasar mucho calor, estaremos listos para ir a Vado Azul. Y no os preocupéis, chicas: no haré ningún daño a vuestras familias. Unos cuantos esclavos para que se ocupen de los caballos, y luego los venderemos... Bueno, supongo que podemos vender los caballos y los esclavos, y entonces podremos comprar una tienda, y quizá un carro. ¡Podréis ser mis sirvientas y vestir encajes! ¡Ja! ¿Eh?

Gurias giró sobre sus talones cuando la puerta se abrió sin hacer ningún ruido. Una mujer cuya ropa indicaba con toda claridad que no era de aquel valle entró en la posada.

La mujer estaba llena de extraños contrastes y, al mismo tiempo, poseía una potente serenidad. Esbelta y no muy alta, tenía una lustrosa cabellera castaña cuyos despeinados mechones caían sobre sus hombros. Su rostro había sido bronceado por toda una vida pasada al aire libre. No lucía joyas y su traje era muy sencillo, de un color verde pálido parecido al de los líquenes que crecían sobre la corteza de los árboles. Gurias se fijó en sus mangas y vio que eran de un verde más oscuro, un tono que recordaba el hermoso color veraniego de los buenos pastos. Un sencillo cinturón trenzado con tallos de hierba adornaba su cintura.

Pero lo que primero atrajo su atención fue su capa.

Los pliegues de tela colgaban alrededor de sus hombros y caían hasta más abajo de sus caderas. La capa de lana, que originalmente era de color verde, había sido adornada con más detalles de los que podían ser percibidos en una hora, o en un día. Como un tapiz legendario colgado del muro de un castillo, la capa mostraba una escena tras otra dibujadas con hebras multicolores. A lo largo del dobladillo, un sátiro perseguía a una ninfa por delante de una columna de mármol que estaba agrietada como por los efectos de un terremoto, y un grupo de duendes bailaba sobre la columna. Alrededor de la base se enroscaba una enorme serpiente con una flecha élfica cuya punta, atrapada entre las fauces, estaba sucumbiendo al orín. Detrás de la serpiente se podía ver parte de una cala rocosa, y en el agua había una canoa repleta de curiosas tallas dentro de la que remaban hombres de piel oscura cuyas ensortijadas cabelleras estaban adornadas con plumas de colores chillones. Los remeros avanzaban sin ser conscientes de la presencia de una ola monstruosa que se estaba levantando por encima del mar. Sobre la cresta de la ola bailaba un caballo de llamas con una cola de fuego que se desparramaba a través del cielo hasta que se encontraba con un rayo de luz, cuya cegadora claridad caía sobre un campo amarillo en el que se alzaba un gigantesco caballo de madera y planchas de hierro. Los extraños dibujos seguían y seguían como si no terminaran nunca, uno llevando a otro y desapareciendo alrededor de las curvas de la mujer misteriosa.

Gurias logró apartar la mirada de las increíbles imágenes bordadas en la capa, y sus ojos se encontraron con las apacibles pupilas verdes de la mujer. El muchacho intentó curvar los labios en una sonrisa burlona.

--¡Dame esa capa, mujer! ¡La quiero!

Cuando habló, la voz de la mujer estaba tan llena de calma y afabilidad como sus ojos.

--¿Mi capa? ¿Este pobre harapo? ¿Por qué debería dártelo? ¿Acaso eres algún... --la mujer titubeó durante un momento antes de seguir hablando--, algún formidable hechicero?

Gurias sonrió. Aquella mujer era astuta, y no se parecía en nada a las reses estúpidas que se arrastraban por aquel hoyo lleno de fango.

--¡Sí, y me alegra que seas capaz de verlo! Soy Gurias de Tolaria... Tolaria es un lugar que he encontrado en un mapa, ¿sabes? Tengo más hechizos de los que puedes contar. He decidido convertirme en dueño y señor de esta aldea y de todas las tierras de los alrededores.

--Comprendo.

La mujer volvió la mirada hacia las dos muchachas, que estaban observando recelosamente la escena a la espera de que se les presentara una oportunidad de escapar. Después pasó sobre los restos de la jarra, se dispuso a apoyarse en la barra y descubrió que estaba mojada y pegajosa. Alargó una mano hacia el garrote mágico, que se sostenía en posición vertical por sí solo con tanta firmeza como si estuviera clavado en los tablones del suelo.

--¡No toques eso! --ladró Gurias--. ¡Es mágico! ¡Te golpeará!

Pero la mujer no le hizo caso y se dispuso a completar el gesto. Gurias dejó de pensar en sí mismo durante un momento para preguntarse quién sería aquella mujer. No era de aquel valle, pues seguramente aquella capa era la prenda de una dama de la nobleza, aunque su traje era tan tosco y sencillo como si acabara de salir del telar. ¿Estaría viajando en una carroza o en una silla de manos? ¿Por qué no la había oído aproximarse? (¿Y por qué no estaba mojada si fuera todavía seguía lloviendo?) Quizá venía de alguna mansión de las cercanías de Vado Azul, y quizá fuera la señora de aquella propiedad. Tal vez valiera la pena capturarla para poder entrar en la casa. ¿Quién podía imaginarse qué riquezas...?

La mujer seguía alargando la mano hacia su garrote, pero Gurias no hizo nada y se limitó a esperar. Ver cómo el garrote le daba una buena lección sería muy divertido. Gurias le había enseñado a propinar una terrible paliza a cualquier persona que lo tocara, y el garrote sólo se dejaba manejar por él. El joven hechicero soltó una risita.

--De acuerdo, cógelo. Lo lament...

Gurias, boquiabierto, contempló cómo la noble dama cogía el

garrote y lo hacía girar entre sus dedos, examinándolo.

--¡Eh! Se supone que no...

La dama volvió a dejar el garrote en la misma posición de antes, pero éste cayó al suelo tan pesadamente como si sólo fuese un trozo de madera sin vida. ¿Qué...?

--¿Qué has hecho? --preguntó Gurias.

Fue hacia la barra. Ya era suficiente. La trataría tal como había tratado a las dos muchachas. Sí, la pondría encima de la barra y le daría una buena azotaina en el trasero...

Pero el joven hechicero se quedó inmóvil un instante después de haberse inclinado para coger el garrote caído en el suelo. Ondulando entre un despliegue de colores de la tierra --verde primero, luego marrón, y azul y amarillo después--, un cuarteto de figuritas vestidas de verde surgió del suelo.

Gurias las contempló, tan asombrado que los ojos casi se le salían de las órbitas. Las criaturas vestían diminutas prendas verdes, y su atuendo era tan impecable como el de unas muñecas. Lucían gorras de ganchillo verde y puntiagudas barbas castañas, pero una tenía el rostro libre de vello y Gurias comprendió que era una hembra. La criaturita le dirigió una sonrisa radiante desde muy cerca del suelo, pues no era más alta que una ardilla, y le obsequió con una pequeña reverencia tan elegante que incluyó el sujetarse los faldones de la túnica con las manos. Gurias se habría echado a reír si la sorpresa no se lo hubiera impedido.

Pues un instante después, el minúsculo grupo agarró el garrote caído en el suelo y huyó a la carrera con él. La diminuta hembra --Gurias comprendió que era una duendecilla-- se llevó el pulgar a la nariz y agitó los dedos mientras le sacaba la lengua.

--¡Eh! --chilló el hechicero.

Gurias lanzó una patada contra la diminuta duendecilla, pero falló. El muchacho se lanzó en persecución del cuarteto y su garrote. Gurias pasó por encima de ellos con un ágil salto y pegó la espalda a la pared.

--¡Os he pillado! --gritó.

El minúsculo cuarteto se echó a reír, un sonido tan melodioso como campanillas impulsadas por el viento, y después corrió como una exhalación por entre las piernas de Gurias, chocó con la pared..., y la atravesó.

Gurias, que no entendía nada, permaneció durante unos momentos con los ojos clavados en los tablones por los que habían

desaparecido y acabó tocando la pared de madera con las puntas de los dedos.

Y después alzó la cabeza hacia la dama, que había depositado su trasero encima de un taburete.

--¡Eres una hechicera!

--Soy una druida --le confirmó la mujer con un asentimiento de cabeza.

Gurias se dio cuenta por primera vez de que era joven: no tendría mucho más de veinte años, y no podía llevarle más de cuatro años de ventaja.

--Oh, una druida. --Gurias quitó importancia a esa declaración con un vaivén de la mano y fue hacia ella--. Las conozco. Hacen llover y ayudan a crecer a las cosechas, y... Bueno, curan árboles o algo por el estilo.

Estaba a un brazo de distancia de ella cuando la agarró bruscamente por su rizada cabellera castaña y tiró de su cabeza hasta dejársela inclinada hacia un lado. Gurias desenvainó su larga daga y le enseñó la hoja.

--¡Bien, pues yo no soy ningún cuidador de árboles! Soy un auténtico hechicero y...

No se percató de que la mujer curvaba un dedo alrededor del extremo de su capa y rozaba una punta de flecha bordada con hilos rojos que se estaba rompiendo en diminutas partículas.

De lo que sí se percató enseguida fue de lo que le ocurrió a la hoja de su daga. Gurias la había limpiado y afilado aquel mismo día --o, mejor dicho, había ordenado al herrero que así lo hiciese--, pero la hoja ya se estaba oxidando. Gurias pensó que debía de ser culpa de toda aquella humedad, pero... No. El óxido se extendió sobre la hoja, creando profundas muescas y agujeros en ella. La afilada punta quedó disuelta en cuestión de segundos. La destrucción continuó hasta que Gurias se encontró sosteniendo una empuñadura de estaño y un pequeño diluvio de copos rojos hubo quedado esparcido sobre el muslo de la mujer.

Gurias seguía sujetándola por los cabellos y le mantenía inclinada la cabeza hacia un lado. El joven hechicero la soltó cautelosamente.

--¿Quién...? ¿Quién eres exactamente?

--Tu némesis --dijo la mujer sin inmutarse.

Sacudió la cabeza para apartar los cabellos de sus ojos y agarró un pliegue de su capa en el que una tormenta invernal lanzaba cortinas de granizo.

Y un instante después Gurias fue envuelto por una ráfaga helada surgida de los más lejanos confines de las tierras norteñas. Un frío terrible hirió su carne con una mordedura tan terriblemente abrasadora como la del fuego, torturándola hasta que su piel quedó blanca, insensible y medio helada. Con los dientes castañeteando, el joven hechicero empezó a temblar de una manera tan incontrolable y violenta que faltó poco para que se desplomara. Fue tambaleándose hasta el fuego, pero allí no encontró calor alguno ni siquiera cuando metió las manos en las llamas. Gurias bajó la mirada hacia sus piernas y descubrió que sus pies estaban recubiertos de hielo, y que lenguas de escarcha subían por sus piernas. Podría haber estado enterrado en un banco de nieve, o congelado dentro de un glaciar como los que había visto en las cañadas de las montañas. Gurias alargó la mano hacia el amuleto que colgaba de su cuello y que contenía el hechizo del rayo. Si conseguía invocar el maná necesario, mataría a aquella druida..., pero su mano no logró aferrar el amuleto. Incluso su aliento se había vuelto helado, y Gurias se preguntó si se le habrían congelado las entrañas.

Un instante después sufrió un violento espasmo y cayó de espaldas. El hielo que cubría sus piernas se hizo añicos, pero el joven hechicero estaba demasiado entumecido para poder moverse. Gurias clavó la mirada en el techo y las vigas manchadas de humo. «¡Por la ingle de Gwendlyn! --pensó--. Soy demasiado joven para morir... ¡Y especialmente para morir por culpa de un rayo mágico!» ¡Él era el hechicero! Era él quien había nacido para controlar a los demás, y no al revés...

Gurias, temblando y estremeciéndose, vio con ojos nublados por el hielo cómo las dos jóvenes a las que había obligado a saciar sus apetitos sexuales se alzaban sobre él. Las dos sonreían con salvaje alegría, y cada una levantó un pie calzado con un pesado zueco.

--¡Oh, n-n-n-n-o! --tuvo tiempo para gimotear antes de que un zueco le aplastara la nariz.

Las jóvenes le estuvieron pateando durante un buen rato, turnándose en la tarea y dirigiendo sus patadas con gran precisión, evitando su cabeza para que no perdiera el conocimiento. Habían crecido en una granja y eran fuertes, y sus patadas tenían la potencia suficiente para derribar una puerta.

El hechizo de la ráfaga invernal se disipó en algún momento del castigo. El concienzudo pateo hizo que Gurias no tuviera tanto frío, pero eso no era un gran consuelo.

El joven hechicero recobró el conocimiento cuando alguien le echó agua en la cara.

Yacía sobre una mesa manchada de cerveza con los brazos atados junto a su cabeza. Tensó los músculos, y descubrió que su garrote mágico estaba colocado a través de sus hombros y que le habían atado las muñecas a él. Sentados a lo largo del garrote como gorriones posados encima de una valla estaban los cuatro duendecillos. Mientras Gurias los contemplaba por el rabillo del ojo, la diminuta hembra de mejillas regordetas cruzó la colina de su hombro, alargó una mano hacia su bigote y tiró de él con una sonrisa maliciosa, separando un pelo de sus escasos compañeros. Gurias chilló y resopló, lo que hizo que su nariz aplastada volviera a sangrar. El joven hechicero pudo sentir la presencia de la sangre seca sobre su rostro, y su escozor en sus labios agrietados. De hecho, todo él estaba apaleado, amoratado, dolorido y arañado. «Es curioso --pensó con un gemido mental--, pero nunca he leído ningún pasaje en el que a los hechiceros les ocurriesen cosas como ésta en esos viejos libros llenos de polvo de Tobías.» Quizá debería haberles prestado más atención...

Había voces zumbando a su alrededor. La mayor parte de la aldea llenaba a rebosar la diminuta posada. El jefe del consejo, que apestaba tan intensamente como un jamón ahumado debido a su confinamiento, se dirigió a la druida.

--Nunca podremos agradecéroslo lo suficiente, mi señora. Nos habéis salvado de la ruina. Ese muchacho sólo estaba empezando, ¿sabéis? Estaba dando sus primeros pasos como hechicero. No hubiese tardado mucho en pasar a cometer auténticas maldades y entonces nos habría convertido en bestias, o nos habría despellejado vivos o cualquier cosa todavía peor, mi señora...

La voz de la mujer fue como un bálsamo de primavera en aquella sala sofocante.

--No hace falta que me llaméis «mi señora», mi buen jefe del consejo. Soy Mangas Verdes, y así me llaman mi familia y mis amigos, y os considero a todos amigos míos. Lo único que lamento es no haber podido detenerle antes, pero nos vimos...

--¡Mangas Verdes! --balaron varias personas.

Los aldeanos empezaron a parlotear entre ellos, y después el jefe del consejo se encargó de hablar en nombre de todos.

--¿Mangas Verdes la Archidruida? ¿La que va al frente de ese enorme ejército con Gaviota el Leñador? Bien, mi señora... Eh, quiero decir Mangas Verdes, ¿y qué estáis haciendo en este pueblecito

olvidado de los dioses? ¡Somos demasiado insignificantes para que las gentes de alta cuna se ocupen de nosotros!

--Al contrario, mi buen señor --le corrigió la druida--. Es a las personas normales y corrientes a las que deseamos ayudar, pues tanto mi hermano como yo éramos personas normales y corrientes a las que la hechicería dejó sin hogar.

Una nueva oleada de comentarios susurrados recorrió a la multitud. Gurias gimió. Aquello era una pésima noticia.

Mangas Verdes volvió a sentarse sobre el taburete.

--Veo que estáis confusos --dijo--. Os ruego que me permitáis explicároslo.

»¿Hay alguien entre vosotros que haya oído hablar del Bosque de los Susurros, que se encuentra muy lejos al sur de aquí? Ah, tú... Bien, pues hubo un tiempo en que al este de ese bosque había una aldea llamada Risco Blanco. Mi hermano, sí, el general Gaviota, era leñador mientras que yo era la idiota del pueblo, sí, desde el nacimiento y con tan poco seso como un pajarillo recién salido del huevo. Gaviota me llevaba al bosque para que le hiciera compañía. Era una vida humilde y nuestra aldea era pequeña pero feliz, como ésta..., y cómo envidio las existencias tranquilas y productivas que lleváis aquí.

»Los dioses tenían otros planes para nosotros. Un día dos hechiceros aparecieron en nuestro valle y libraron un duelo mediante soldados y bestias mecánicas y bárbaros de piel azul y muros de espinos y trolls de Uthden, y muchas cosas más. Los aldeanos nos vimos atrapados en el centro de todo aquel caos. Un terremoto hendió el valle por la mitad y secó nuestro inapreciable río. Un hechizo que robaba la fuerza vital primero y una lluvia de piedras después acabaron con muchos, nuestros padres y hermanos entre ellos. Toda nuestra familia fue aniquilada, salvo nuestro hermano Gavilán, que fue capturado y desapareció. Y cuando la batalla hubo terminado, los supervivientes se enfrentaron a saqueadores y vampiros y gules que habían acudido para sacar provecho de la carnicería, y a ratas que trajeron consigo la plaga. Casi todos huyeron, hasta que sólo quedamos Gaviota y yo, y nos fuimos al bosque.

»Pero estoy divagando. Para hacer menos larga una historia muy larga, os diré que acabamos conociendo a un hechicero que pretendió albergar buenas intenciones hacia nosotros. Ese demonio se llamaba Liante, y os ruego que procuréis no olvidar su maléfico nombre... Empezamos a trabajar para él y salimos del Bosque de los Susurros, y mi mente empezó a despejarse. Algún tiempo después descubrimos

que la magia del bosque había saturado de tal manera todo mi ser que tenía los poderes de la hechicería: poseía vastos poderes. Cuando Liante intentó sacrificarme para absorber el maná de mi alma, conseguí resistirme. A esas alturas mi hermano ya contaba con los comienzos de un ejército, y derrotamos a Liante y logramos hacerle huir.

»Pero una vez puestos en movimiento, y al igual que una bola de nieve que baja por la ladera de una colina, ya no podíamos parar..., y tampoco teníamos intención de hacerlo. Gaviota y yo descubrimos que muchas aldeas habían sido asoladas por hechiceros que perseguían el poder y que buscaban recursos y magia, y que utilizaban a las personas corrientes para luego prescindir de ellas cuando ya no les eran útiles. Cuando adquieren el poder, los hechiceros se consideran dioses. Mi hermano y yo estamos decididos a persuadirles de que no lo son.

Gurias, maniatado encima de la mesa, dejó escapar un gemido claramente audible. ¿Aquélla era la «noble dama y druida» a la que había intentado forzar?

Mangas Verdes concluyó su relato.

--Así que hemos creado una campaña, una cruzada, si preferís llamarla así, para detener las depredaciones de los hechiceros y poner coto a sus fechorías. Queremos detenerles, capturarles, corregirles..., matarles si es necesario. Pero queremos lograr que el mundo sea un lugar donde las personas normales y corrientes puedan vivir sus vidas sin miedo y sin ser maltratadas.

Alguien gritó, y en cuestión de momentos todos los presentes estaban lanzando vítores lo suficientemente potentes para levantar el techo de las vigas. La archidruida, una de las hechiceras más poderosas de los Dominios, se ruborizó ante todo aquel tumulto.

La gente tenía preguntas que hacer. ¿Cómo podían ayudar, qué vendría a continuación, podían ofrecerse voluntarios? Muchos sintieron un renovado interés por Gurias, y tocaron sus heridas con las puntas de los dedos para verle saltar.

Mangas Verdes acabó agitando las manos en el aire y se hizo el silencio.

--Responderé a algunas de vuestras preguntas, y luego he de irme --dijo--. Descubrimos la proximidad de la magia de muchas maneras: mis estudiantes de magia poseen un artefacto que percibe las perturbaciones en el éter que causa la magia, y enviamos exploradores para que recorran los campos. Cuando me enteré de que

un hechicero de escasos poderes estaba haciendo de las suyas aquí --hubo varios siseos dirigidos a Gurias, y los dedos de los aldeanos se incrustaron con más fuerza en su cuerpo--, pensé en mi hogar perdido y vine a ayudaros. Siento haber tardado tanto en llegar, y os presento mis más sinceras disculpas por ello.

La multitud se negó a oír ninguna disculpa, y todos la elogiaron y brindaron por ella y gritaron más vítores y ofrecieron sugerencias tan obscenas como sangrientas sobre lo que se podía hacer con Gurias. El maltrecho hechicero pasó por la curiosa experiencia de sentir un calor asfixiante y, al mismo tiempo, notar que se le helaba la sangre en cuanto les oyó. Lo único que había hecho era ir a la aldea y hacer lo que cualquiera hubiese hecho en su lugar. ¿Por qué les enfurecía tanto que pudiera ejercer su poder mágico sobre unos campesinos?

Pero lo que más le preocupaba era qué le ocurriría después de que Mangas Verdes se hubiera marchado.

Mangas Verdes acabó despidiéndose de ellos, fue hacia Gurias y le puso una mano en el pecho, rozándoselo con tanta delicadeza como una hoja caída del árbol. Después le contempló con sus ojos verdes muy abiertos y meneó la cabeza, visiblemente apenada. ¿Por qué? ¿Porque le compadecía? Gurias se preguntó si iba a morir.

Y entonces el mundo onduló en un estallido de colores: verde, marrón, azul, amarillo...

En un momento dado, Gurias estaba yaciendo sobre una mesa en una sala asfixiante y repleta de humo, y al siguiente se encontraba encima de un suelo de tablones en una pequeña choza redonda iluminada por docenas de velas.

Las paredes quedaban medio escondidas por mesas repletas de parafernalia mágica: había retortas, ollas, jarras, frascos, cráneos, capullos, diminutos animales de relojería, estatuas, coronas, y muchas cosas más. Encima de las mesas había estantes igualmente repletos de libros de todos los tamaños y colores, y más cachivaches colgaban de las vigas.

Trabajando en una mesa había un hombre alto vestido con ropas oscuras y un hombre más bajo que tenía una nariz enorme y unas grandes patillas, y que bien podría haber sido medio elfo. Su atuendo incluía todos los colores del arco iris, y hacía pensar en un payaso.

--Bienvenida --dijo el hombre que vestía de oscuro.

Mangas Verdes sonrió y se puso de puntillas para besarle. El hombre de la nariz enorme desvió discretamente la mirada.

La archidruida señaló a Gurias, maniatado y sumido en un

semiestupor.

--Éste es nuestro delincuente, el que fue identificado por vuestro palantir. Posee un hechizo de relámpago y puede paralizar. También controla unos cuantos hechizos menores, y el garrote puede dar una paliza moviéndose por sí solo.

El narizotas asintió.

--Será divertido experimentar con él.

--Recuerda lo que ocurrió con uno de tus experimentos, Tybalt --le advirtió Mangas Verdes.

Tybalt se estremeció.

--Lo recuerdo. ¿Le ponemos el casco?

Mangas Verdes asintió.

--Si es necesario, sí. Era el matón de la aldea. No me extraña que le trataran con tanta ferocidad.

La joven druida contempló al infortunado y apaleado muchacho que yacía en el suelo.

--Si quieres aprender magia, joven hechicero, aprende esto: hasta que aprendas a ser tu propio dueño, tendrás muchos señores.

--Tiene suerte de estar vivo para poder oírlo --murmuró Tybalt.

Se mantuvo vuelto de espaldas mientras Mangas Verdes volvía a besar al joven vestido con ropas oscuras y se iba. Mangas Verdes salió por la puerta y se fue por la derecha. La noche era muy negra, pero no llovía.

Tybalt hizo una señal con la cabeza al joven alto y silencioso, pero ocultó una sonrisa.

--¿Tendrías la bondad de soltarle, Kwam?

El otro estudiante de magia también ocultó una sonrisa mientras utilizaba un cuchillo de mesa para cortar las ligaduras de Gurias.

El maltrecho hechicero se incorporó lentamente y se frotó las muñecas mientras calculaba la distancia que le separaba de la puerta. Gurias fue recuperando las fuerzas poco a poco. Ninguno de los dos estudiantes pareció darse cuenta de ello. Kwam y Tybalt estaban muy ocupados examinando su garrote mágico.

Gurias se levantó de un salto, moviéndose tan silenciosamente como un gato, y corrió hacia la puerta. En tiempos no muy lejanos había sido el campeón de carreras de su aldea, y si podía conseguir una ventaja inicial lo bastante...

Salió disparado por la puerta, pisó el diminuto escalón de madera del exterior y saltó hacia el suelo, invisible en la oscuridad.

Y entonces se dio cuenta de que se encontraba en la copa de un

árbol enorme.

Las ramas le azotaron la cara y las hojas se le fueron quedando entre los dedos mientras caía y caía y caía, gritando durante todo el trayecto..., hasta que chocó con una red colgada entre dos ramas seis metros más abajo. Una pierna y un brazo se deslizaron a través de un agujero de la malla, por lo que Gurias aterrizó de bruces sobre las ásperas fibras de cáñamo. Su corazón volvió a palpitar, latiendo con un pulso lento y errático. ¡Estaba vivo!

Y humillado.

A seis metros por encima de su cabeza, Tybalt y Kwam reían, chillaban y lloraban de pura hilaridad. El rostro de Gurias se puso tan rojo como una llama por debajo de sus morados mientras su cuerpo subía y bajaba lentamente dentro de la red.

--¡Oh, me encanta cuando hacen eso! --aulló Tybalt.

_____ 2 _____

Immugio avanzaba a través del ejército como las montañas que lo habían engendrado. La tierra temblaba bajo sus enormes pies, y a cada paso que daba éstos se hundían sus buenos quince centímetros en el barro, los despojos, la basura y las cenizas que rodeaban a la ciudad amurallada. Su mano empuñaba un látigo confeccionado con toda una piel de buey y provisto de nueve largas trallas. Originalmente Immugio había incluido garfios de hierro en las puntas, pero el látigo mató a los cuatro primeros soldados que había castigado con él. Immugio necesitaba soldados para que le hicieran el trabajo sucio y para poder azotarlos. Un señor de la guerra necesitaba tener a su alrededor alguien a quien dar órdenes.

Ya llevaba una semana dando órdenes, y disfrutando enormemente con ello. Immugio azotaba a sus tropas mientras aullaba órdenes, y le gustaba ver cómo se retorcían y trabajaban más deprisa..., para asegurar su triunfo.

El ejército estaba formado por centenares de combatientes, la mayor parte de ellos orcos y trasgos que había sacado de las colinas, pero también incluía a un numeroso contingente de hombres a los que había esclavizado y que consistía en una repugnante banda de treinta rebanadores de cuellos con los que se había encontrado mientras desempeñaban los feos oficios de salteadores de caminos y ladrones, siempre dispuestos a atacar una caravana de comerciantes o caer sobre una granja aislada, auténtica escoria que gozaba con la tortura, la violación, el saqueo y el incendio. Immugio utilizaba su látigo con ellos tan frecuentemente como lo hacía con sus orcos. Mientras le obedecieran, no le importaba en lo más mínimo que le odiasen.

Y pronto gobernaría toda una ciudad. En aquella llanura de las tierras altas, en el centro de aquellos campos devastados y oprimida por el oscuro cielo otoñal, se alzaba Myrion, una pequeña ciudad amurallada y muy bien defendida por sus habitantes. Los myrionitas luchaban valerosamente y habían hecho retroceder al abigarrado ejército de Immugio cuatro veces en seis días. Pero Immugio estaba aniquilando poco a poco a sus fuerzas, desgastándolas como la lluvia desgasta a una montaña. El hambre y la fatiga no tardarían en imponer su ley inexorable, y entonces los orcos y los renegados se abrirían paso a través de los muros y la puerta, y disfrutarían profanando la ciudad.

Por eso Immugio azotaba a sus hordas de orcos para que usaran

las catapultas, ballestas gigantes e ingenios de zapa construidos a toda prisa. En la retaguardia los renegados se esforzaban entre el barro, sudando a pesar del frío viento para construir una torre de asedio con un gran ariete en el vientre. Esa máquina de guerra por fin cambiaría el curso del asedio y permitiría que el ejército de Immugio estuviera dentro de la ciudad al mediodía del día siguiente.

Pero no destruirían la ciudad, o al menos no del todo, pues Immugio planeaba esclavizar a algunos supervivientes para convertirse en su dueño y señor y ser respetado.

Hijo de una ogresa de la tribu de la Mano Corta, él mismo era un producto de la violación, pues la tribu de los ogros había padecido una incursión de gigantes pétreos llegados del oeste. El físico de Immugio indicaba con toda claridad esa herencia mixta. Poseía la altura de un gigante, pero tenía la espalda encorvada de un ogro. Su larga cabellera negra era tan áspera como la cola de un caballo y tenía una abundante barba, junto con los colmillos de un ogro. Su atuendo consistía únicamente en un par de pieles de oso sin curtir colgadas alrededor de las caderas, pero suspendido de su grueso cuello y bajando sobre su pecho había la máscara de muerte del gigante que fue su padre, el violador que lo había engendrado. Immugio había seguido las huellas del gigante, emboscándose y matándolo a traición. Después había separado su rostro de su cráneo mientras moría y lo había secado encima de una hoguera de rescoldos, por lo que cuando el ogro-gigante bastardo avanzaba con paso atronador a través de aquel terreno lleno de inmundicias parecía haber no uno, sino dos rostros hoscos y amenazadores.

Immugio usaba su látigo, su astucia y su magia para hacer que otros se sometieran y sufriesen, porque no conocía nada más aparte de eso. En toda su vida jamás había conocido la paz o una palabra amable. Al ser mestizo y crecer en la tribu de su madre, sus rasgos de gigante le acarrearon el ridículo, quemaduras, huesos rotos y más de una piedra lanzada contra él. Cuando por fin adquirió toda su talla de gigante, Immugio rompió muchas cabezas para devolver todos aquellos malos tratos y se vio obligado a huir de su hogar. Cuando se encontró con la tribu de su padre, su parte de ogro hizo que recibiese el mismo tratamiento. En consecuencia, y después de haber matado a su padre como gesto de despedida, Immugio se fue hacia el sur.

Y descubrió algo nuevo.

Quizá hubiera sido alimentado por el odio o quizá hubiera sido engendrado por la extraña mezcla de las dos sangres, pero Immugio

descubrió que tenía el poder de afectar a la tierra que le rodeaba y al cielo que se extendía sobre su cabeza. Con sólo un gesto y un pensamiento, el ogro-gigante podía hacer caer rocas desde los picachos, o hacer venir nubes por encima del horizonte y conseguir que derramaran lluvia y nieve. Podía desenraizar árboles y derrumbar cavernas, desviar ríos y encontrar el oro, la plata, el plomo y el cobre mediante el olfato.

Y fue entonces cuando decidió que haría pagar muy caro al mundo todos los sufrimientos y dolores que le había infligido. Immugio empezó en el sur, en las tierras altas, allí donde moraban los humanos, aquellas criaturas débiles y frágiles que ponían su fe en el suelo. Se convertiría en su rey --lo cual no sería nada difícil--, y después regresaría al norte desde un nuevo reino, provisto de nuevas armas y nuevos poderes, y mataría a todo el Pueblo Alto. Entonces sería el único gigante existente en todos los Dominios y los hombres no sabrían que era un mestizo bastardo, sino que le considerarían un ser poderoso y cuasidivino.

Y aquella ciudad iba a ser la primera piedra sobre la que avanzaría en su camino. Pero Immugio había descubierto que los humanos, aunque pequeños e indefensos en solitario o en parejas, podían ser condenadamente tozudos y llenos de recursos cuando se agrupaban. También eran lo suficientemente listos para enviar piedras y flechas contra un gigante, como averiguó cuando dirigió el primer ataque lanzado sobre los muros, y ésa era la razón por la que Immugio había pasado a dirigir su ejército desde la retaguardia y hacía avanzar a los hombres y los orcos impulsándolos con su látigo. También se hallaban impulsados por la codicia y además los renegados anhelaban venganza, pues muchos de ellos eran criminales que habían sido expulsados de la ciudad y que se reían mientras planeaban qué casas visitarían y cuáles serían los primeros ciudadanos a los que torturarían.

Immugio pensó con satisfacción que ya no deberían esperar mucho tiempo. Un día más y dejarían atrás la pestilencia metálica de sus propias basuras, entrarían a la carga en la ciudad...

Immugio se dio la vuelta. Los hombres que deberían haber estado construyendo la torre de asedio gritaban en la retaguardia, y sus voces estaban llenas de miedo.

El semigigante enseguida vio por qué.

Una hilera de soldados y jinetes surgida repentinamente de la nada se extendía a lo largo de un risco a un kilómetro por detrás de su

ejército.

La hilera era tan larga como la serpiente gigante de las leyendas: había hombres, mujeres, caballos, centauros y una enorme estructura de madera, e incluso un gigante de dos cabezas. En su centro, rodeado por un anillo de lanceros, cabalgaba un hombre muy alto y robusto que mantenía apoyada sobre su hombro un hacha de doble hoja.

Immugio masculló una maldición. Se colgó el látigo del cinturón y se restregó los ojos con ambas manos, pero la aparición no se desvaneció. Sus orcos y renegados ya habían visto al ejército que se disponía a enfrentarse a ellos, y empezaron a lanzar alaridos de pánico. El nuevo enemigo no estaba formado por ciudadanos indefensos y unos cuantos soldados y guardias de la ciudad: estaban contemplando un ejército como el suyo, sólo que cien veces más potente. El ejército de Immugio rompió la formación como un solo hombre y echó a correr hacia las colinas, cavernas y cañadas que rodeaban aquella llanura de las tierras altas.

El jinete inmóvil en el centro del ejército alzó su hacha de doble hoja por encima de su cabeza y los clarines resonaron. Los tambores retumbaron y los soldados dejaron escapar un grito ensordecedor..., y atacaron.

La persecución había empezado, como sabuesos de guerra lanzados en pos de conejos lisiados. La primera y aterrorizada oleada de orcos verdigrises estaba llegando al comienzo de la meseta, cuando una larga y ondulante hilera de arqueras vestidas de negro alzó sus arcos hacia el cielo y dejó en libertad una línea de muerte siseante. En el extremo opuesto de la rosa de los vientos surgió una nueva fuerza de arquería, esta vez formada por elfos de cabellos negros y rostros solemnes vestidos con túnicas verdes tan relucientes y lustrosas como la piel de una serpiente. Brazos de piel pálida recubierta de tatuajes apoyaron las flechas en las cuerdas, y más orcos murieron.

Los renegados de la retaguardia, que hacía tan sólo unos momentos estaban tan sedientos de sangre humana, corrían hacia Immugio. Pisándoles los talones avanzaban falanges de infantería con plumas rojas, negras, azules o blancas en sus cascos. Sus pies hicieron temblar la tierra mientras progresaban en un implacable y rápido caminar, tan inexorables como un glaciar o como la muerte.

Immugio no tenía tiempo para ocuparse de sus aterrorizados soldados. Un gran contingente del ejército venía directamente hacia él.

El hombre alto y corpulento --el general del ejército que montaba un caballo gris y estaba rodeado por arqueros a caballo-- gritó una orden. Su fuerza avanzó al galope, desplegándose alrededor de los soldados que iban a pie. Delante de ellos, en una oleada ondulante, atronaban cincuenta centauros con armaduras pintadas que empuñaban largas lanzas adornadas con plumas. Detrás del contingente del general avanzaban cincuenta hombres-caballo más.

Atrapado por tres lados y con la ciudad en el cuarto, Immugio decidió no huir y presentar batalla. Después de todo, era capaz de mover la tierra y el cielo..., y lo haría.

Alzó brazos tan largos como árboles y agitó las manos mientras aullaba una confusa mezcla de la lengua de los ogros y la de los gigantes, y el cielo respondió por encima de su cabeza. La bóveda celeste se oscureció, y las nubes se espesaron. Los nubarrones de tormenta descendieron, y los relámpagos crujieron y chisporrotearon por entre ellos. «Frío», pensó Immugio. Enviaría el frío hacia arriba y convertiría la neblina de la nube en nieve. Provocaría una ventisca que enterraría la ciudad y ocultaría su fuga. Immugio rió cuando los primeros copos de nieve brillaron con un resplandor iridiscente por encima de él, y un instante después sintió como un copo primero y muchos después rozaban su rostro.

Y luego no hubo más copos.

Immugio meneó la cabeza y contempló el cielo con el ceño fruncido. Las nubes volvían a moverse, pero esta vez para regresar a su estado normal. La parte inferior de los nubarrones de tormenta se iba alisando, y los huecos de cielo libre de negrura que había entre ellos se volvían más y más grandes. Antes de que hubieran transcurrido muchos segundos, Immugio ya podía ver una gran extensión de cielo despejado. Después llegaría el sol. ¿Quién...?

Miró a su alrededor, pero sus ojos nunca habían sido muy agudos y no pudo discernir la silueta envuelta en la capa llena de bordados que permanecía inmóvil cerca de la retaguardia del ejército y mantenía sus esbeltos dedos extendidos hacia el cielo. Immugio supo que debía de haber algún hechicero cerca, pues hasta entonces siempre había conseguido influir sobre el cielo.

Giró sobre sus talones para buscar una ruta de huida, alarmado por primera vez, y su mano se desplegó sobre el rictus congelado y el rostro reseco de su padre para estrujarlos en una reacción inconsciente. La cara del muerto parecía haberse tensado en una sonrisa, como si supiera que la venganza no estaba muy lejana.

Pero el ogro-gigante era demasiado lento. Apenas había tenido tiempo de parpadear cuando ya estaba rodeado por un doble anillo de centauros acorazados. Los centauros giraban como un remolino de hojas otoñales, dos anillos que trotaban en direcciones opuestas y se movían junto a él, separados de Immugio por la longitud de una lanza mientras se desplazaban con una agilidad tan llena de gracia como ciervos entre las flores, vigilando al gigante y a sus camaradas al mismo tiempo. El doble anillo erizado de puntas de acero enfureció a Immugio. Podía olerlos, un dulce aroma de heno, alfalfa, humo de leña, metal y cuero restregado hasta hacerlo brillar. Sentirse amenazado por unas criaturas tan insignificantes le revolvía el estómago.

Lleno de furia, el gigante alzó su látigo de piel de buey y atacó. Sus largos brazos y la longitud del arma le ayudaron, pues el trallazo de Immugio pasó junto a la lanza de una centauro y rodeó su cabeza y su torso con largos dedos de cuero, que se habían vuelto repugnantemente pegajosos a causa de la sangre y la carne resecas que los cubrían.

Pero la presa letal sólo duró un segundo. La centauro salió de la formación para no estorbar su movimiento, y una docena de hojas muy afiladas entraron en acción. Anchas puntas de acero pulimentado mordieron las trallas, cortándolas en un instante, y el gigante se encontró sosteniendo un muñón de cuero tan largo como su brazo.

Immugio rugió cuando algo le pinchó en la parte de atrás de la rodilla. Un silbido de algún comandante --todos parecían iguales, criaturas de un colorido tan abigarrado como el de una bandada de petirrojos, cardenales y ruiseñores, con los brazales rosados que aleteaban bajo la brisa que creaban con su galope, siendo la única similitud existente entre ellas-- hizo que un centauro entrara en el círculo y abriera un tajo en la piel del gigante. Immugio giró sobre sus talones, enfurecido, y sólo consiguió recibir otra herida en un lado de la rodilla..., y luego otra, y otra más.

Y, por primera vez, el pánico enfrió la rabia que enrojecía sus ojos. No pasaría mucho tiempo antes de que quedara hecho pedazos.

Aullando y maldiciendo, Immugio se inclinó y puso las manos en el suelo. Agarró puñados de polvo y ceniza, gruñendo y resoplando, y ordenó a las capas de suelo que se extendían por debajo de ellos que empezaran a temblar. Immugio sintió cómo respondían, pues aquellas montañas siempre se estaban moviendo y sólo necesitaban la inserción de una palanca lo suficientemente potente para hacer que

iniciaran sus temblores. El primer estremecimiento rozó las puntas de sus dedos, como si la misma tierra le tuviese miedo, y el gigante ignoró los pinchazos que estaba recibiendo su trasero mientras plantaba firmemente sus grandes pies desnudos en el suelo y esperaba la sacudida que derribaría a aquellos centauros...

Pero los temblores sólo se desplegaron una vez, y apenas agitaron los guijarros antes de cesar. La diminuta hechicera inmóvil al comienzo de la meseta había calmado a la tierra, aquietando los temblores y haciendo que las oleadas de energía se alejaran en veloces ondulaciones que se disiparon rápidamente.

Immugio estaba perplejo. ¡Su mejor hechizo, deshecho en cuestión de un instante! El miedo paralizó al gigante durante unos momentos, y esa inmovilidad fue su perdición. Una veintena de pequeñas heridas y cortes se abrieron en sus antebrazos, sus piernas y sus talones. Aquellas hormigas insignificantes, aquellos hombres-caballo, seguirían torturándole hasta dejarle sin piernas con las que sostener su cuerpo.

--¡Basta!

Immugio se levantó de un salto, bajó la cabeza y cargó contra el círculo de lanceros con un rugido bestial. Aplastaría a unos cuantos, se abriría paso a través de ellos, partiría sus huesos y convertiría su carne en pulpa antes de huir lejos de allí para perderse en las colinas...

Pero otro de aquellos malditos silbidos resonó de repente, y un instante después ya no hubo centauros a los que pisotear. Viéndole cargar contra ellos, los lanceros se habían apartado tan ágilmente como una bandada de gorriones. Immugio rió al verse libre de aquella prisión de acero. Ya no había nada que se interpusiera entre él y las colinas aparte de basura, cosechas devastadas y hogueras de campamento que se iban apagando poco a poco entre humaredas. Immugio por fin podría...

Recibir nuevas heridas en el trasero.

Los centauros habían recreado su formación, y no habían tenido ninguna dificultad para cubrir la escasa distancia que Immugio había recorrido en su torpe carrera. Los lanceros se turnaron para atacar desde atrás y desde ambos lados, hundiendo sus armas tan profundamente como podían llegar a hacerlo sin perderlas y desviándose velozmente después de herir para hacer sitio a los compañeros que ya llegaban al galope por detrás de ellos. Tajo, corte, herida, rasguño, arañazo... Immugio perdía tanta sangre como si

estuviera siendo atacado por un enjambre de mosquitos monstruosos.

Immugio lanzó un alarido lleno de rabia, frustración y miedo. Podía morir allí. Harían un trono con su cráneo. El rostro muerto de su padre subía y bajaba sobre su velludo pecho, y parecía empujarle hacia atrás mientras se reía de él con cada golpeteo.

No era así como se suponía que debían ir las cosas. Pero el ogro-gigante no pudo ver ninguna solución aparte de correr a ciegas con la esperanza de poder llegar hasta las colinas.

Aun así, el número de heridas fue disminuyendo y pronto sólo uno de cada dos centauros logró dar en el blanco. Debía de estar logrando alejarse de ellos.

Lo que Immugio no pudo ver fue los lazos que estaban siendo cogidos de los hombros sobre los que habían reposado, y que un instante después fueron hechos girar sobre las cabezas de los centauros para acabar lanzados con una puntería infalible guiada por ojos más agudos que los de ningún ser humano.

Algo se enroscó alrededor de uno de los dedos de sus pies.

Immugio se tambaleó y cayó de bruces. Pellas de barro mezclado con restos de paja seca taponaron su nariz, y el gigante resopló.

Un instante después, cuatro pezuñas recubiertas de hierro y luego ocho, a continuación doce y finalmente dieciséis bailotearon sobre su espalda. El enorme peso de los hombres-caballo acorazados dejó inmovilizado incluso al gigante. Immugio agitó los brazos en un frenético intento de incorporarse apoyándose en ellos, pero cuatro lazos se apoderaron de sus manos y casi le rompieron los dedos cuando los centauros tiraron de ellos con todas sus fuerzas y los hicieron retroceder. Con el trueno resonando en sus oídos, Immugio sintió cómo los centauros saltaban sobre su cuerpo y le retorcían los brazos para dejárselos atrapados junto a sus costados.

Unos segundos bastaron para que el gigante se hallara totalmente impotente. Immugio cerró los ojos y esperó la llegada de los mil tajos que separarían su carne de los huesos, o ese golpe único y terrible que nunca sentiría y que cortaría su espina dorsal.

El rostro de su padre muerto había sido incrustado en el barro junto al del hijo que lo había traicionado, pero aun así la máscara reseca consiguió introducirse en la garganta de Immugio para cortarle la respiración.

En cuanto hubo pasado un rato sin que ocurriera nada, el gigante abrió los ojos. Los cincuenta centauros estaban inmóviles, formando un anillo a su alrededor. Todos estaban ocupados enrollando sogas o

afilando las puntas de sus lanzas con piedras de amolar. Estaban esperando.

Un suave repiquetear de pezuñas anunció a quien estaban esperando. Esta vez no se trataba de un centauro sino de un caballo y su jinete, seguidos por treinta lanceros que llevaban brazales verdes. Era el general del ejército, el hombretón armado con el hacha de doble hoja. El anillo de centauros le abrió paso, y el hombre detuvo su montura y bajó de ella.

El jinete empuñó su hacha y fue hacia la cabeza inmóvil del gigante. El general llevaba un casco de acero liso pintado de negro con un visor de cuero. Su larga cabellera castaña asomaba por debajo de él para desplegarse alrededor de su rostro bronceado por el sol. Vestía una camisa de lana sin teñir, una túnica corta de cuero, una coraza negra tan desprovista de adornos como el casco y un faldellín de cuero, y calzaba botas altas cerradas mediante cordones. Un látigo de mulero trenzado con tiras de cuero colgaba de su cinturón. En todo el campo de batalla no había ningún soldado cuyo atuendo superase en sencillez al suyo. A su mano izquierda le faltaban tres dedos, pero eso no le impedía sostener el hacha de leñador de largo mango como si no pesara nada.

El general avanzó con paso firme y decidido. Se inclinó para inspeccionar los ojos inyectados en sangre del gigante, y descubrió que Immugio estaba vivo y consciente. Después alzó una bota con tanta despreocupación como si el gigante no estuviera allí y la colocó sobre el puente de la nariz de Immugio, justo entre sus frondosas cejas. Su larga hacha colgaba de una mano, a medio metro escaso de los ojos del gigante.

--Soy Gaviota el leñador --dijo aquel hombre tan alto y robusto--. ¿Te rindes?

Immugio asintió como buenamente pudo.

--Me rindo --gruñó.

Las puertas de la ciudad se abrieron con un crujido en la lejanía y por ellas brotó una alegre multitud que chillaba, cantaba, gritaba y reía: eran los valerosos defensores de la ciudad. Gaviota sonrió al verlos.

Y el padre de Immugio rió a carcajadas en algún lugar del lejano reino de la muerte.

* * *

El gigante ya había sido puesto de lado y atado con treinta

cuerdas sostenidas por treinta robustos centauros cuando Mangas Verdes fue hacia él. La druida contaba con su propio séquito, consistente en cuatro guardias personales armadas con lanzas, escudos y espadas que se colocaron entre ella y el gigante cautivo, y su cortejo de estudiantes de magia, que incluía a Tybalt, el de la gran nariz, y a Kwam, su enamorado.

Los jefes del ejército dedicaron un rato a contemplar las últimas operaciones de limpieza. Todos los orcos y renegados que quedaban en el campo de batalla habían sido degollados, primero por las oleadas de los soldados de Gaviota y Mangas Verdes, y luego por los ciudadanos ansiosos de venganza que habían entrado en él. Exploradores y arqueros recorrieron la espesura en busca de rezagados. Varios capitanes fueron llegando al galope de uno en uno para informar que no había supervivientes, hasta que del ejército de Immugio ya sólo quedó el gigante.

--¿Y qué hacemos con él? --preguntó Gaviota--. Es demasiado grande para llevar ese casco de piedra de sumisión o como quiera que lo llaméis, a menos que se lo pongáis en la nariz.

Tybalt se encargó de responder por su señora. Sus manos sostenían un casco de piedra verde, el más poderoso de todos los artefactos mágicos. Tybalt era el encargado del casco, pues había sido el primero en descubrir su propósito..., aunque casi había perdido la cordura haciéndolo.

--El tamaño no tiene ninguna importancia para la magia --dijo--. Observa.

Tybalt se fue aproximando al gigante caído, que intentaba mirar a su alrededor y no al cielo. El estudiante de magia colocó el casco sobre la enorme curva de la frente del gigante, manejándolo con tanto cuidado como si estuviera intentando dejar en equilibrio un cuenco lleno de sopa encima de una mesa inclinada.

Y apenas le había puesto el casco cuando Immugio soltó un siseo ahogado y tiró de sus ligaduras, haciendo tambalearse a los centauros. El gigante empezó a menear la cabeza, pero Tybalt se mantuvo tozudamente agarrado a ella.

El ogro-gigante estaba oyendo un aullido que resonaba dentro de su cerebro.

El casco era un instrumento de inmovilización más potente que cualquier cadena o grillete. Mangas Verdes y los demás sabían que había sido creado hacía muchos siglos, durante la Guerra de los Hermanos. Los Sabios de Lat-Nam, el colegio de hechiceros más

poderoso jamás conocido, habían dado forma al casco, y después habían vertido la suma de sus voluntades dentro de él. Immugio, la última víctima del casco, oyó centenares de voces de hechiceros que le ordenaban imperiosamente que se sometiera, que obedeciese y que abandonara la práctica de la hechicería.

Immugio se debatió, maldijo y luchó, pero todo fue en vano. No podía enfrentarse a docenas de hechiceros muertos.

--Desistiré --graznó el gigante después de largos momentos en los que su cerebro había sido implacablemente torturado y desgarrado--. Me someteré. Sí, mis amos...

--Ya está. --Mangas Verdes asintió. Se limpió el polvo de las manos, contempló la llanura y se apartó los cabellos del rostro--. ¿Podemos hacer algo por esas pobres gentes que han visto cómo sus cosechas eran destruidas y han perdido tantas vidas?

Su hermano mayor asintió. Media docena de oficiales aguardaban las órdenes de Gaviota, y centenares de soldados bajo su mando las aguardaban también. A esas alturas el antiguo leñador ya tendría que haber estado acostumbrado a mandar, pero aún encontraba extraño el dar órdenes.

--Es demasiado tarde para volver a plantar --dijo--. Tendremos que traer comida de algún sitio, quizá de las tierras del sur... Y quiero explorar las colinas para asegurarme de que no hay más bribones como nuestro Hombre-Montaña acechando en ellas. Organizaremos una caravana de carros, ayudaremos a la milicia a conseguir que los caminos vuelvan a ser seguros, reconstruiremos los muros, echaremos esos cadáveres a las piras...

Gaviota dejó de pensar en voz alta para empezar a dar órdenes.

Mangas Verdes asintió distraídamente, demasiado ocupada con los detalles a los que debía atender como para prestar mucha atención a su hermano. Observó al gigante, y arrugó la nariz. Estaba acostumbrada a los olores repugnantes, pero aquel gigante apestaba como una letrina y estaba infestado de pulgas. Mangas Verdes se preguntó de quién era la máscara de muerte que llevaba sobre su pecho embarrado.

--Un hechicero gigante es algo nuevo --comentó, volviéndose hacia sus estudiantes--. Aunque en realidad es un cruce de gigante y ogro, ¿verdad? Bien, aparte de él ya nos hemos encontrado con un hechicero troll y un hechicero trasgo. Y he oído decir que uno de los centauros de Helki ha dado señales de poseer cierta capacidad para la práctica de la hechicería, aunque no quiere decirnos quién es...

Precedido por una banda de músicos, que saltaban y hacían piruetas mientras tocaban, y de tres estandartes que aleteaban en el viento, un grupo de ancianos de la ciudad avanzaba hacia ellos para ofrecer la gratitud oficial a los héroes victoriosos. Gaviota y Mangas Verdes hicieron una pausa en sus deliberaciones y esperaron a que llegaran.

--Van a cantar leyendas sobre nosotros --dijo Mangas Verdes con voz pensativa.

Gaviota la contempló con los ojos entrecerrados y después rozó el nacimiento del pelo del gigante con el mango de su hacha.

--¿Tú crees?

3

Chundachynnowyth iba y venía por su habitación de la torre sin prestar ninguna atención a los gemidos que resonaban a su alrededor. Sus pies avanzaban a lo largo de surcos que ella misma había ido abriendo en el granito, desgastándolo con el roce de siglos de caminar sobre las losas. De repente se detuvo en una pequeña alcoba y cogió una vela para poder observar mejor el progreso de su experimento.

Un hombre colgaba de unas cadenas incrustadas en la pared. Su rostro estaba gris como las cenizas, y su cuerpo flácido e inmóvil. El hombre habría muerto hacía mucho tiempo de no ser por la magia de Chundachynnowyth. La piel de su pecho había sido apartada de la carne, y los músculos habían sido sajados y las costillas serradas. El hombre colgaba de la pared, vivo y en un continuo sufrimiento, para que Chundachynnowyth pudiera estudiar la belleza de su corazón. Sujetado a sus costillas mediante pequeños remaches de cobre, justo encima del agujero, había una diminuta retorta llena de repugnantes sustancias químicas. Los tubos que brotaban de la retorta rozaban el corazón. Cuando Chundachynnowyth se le aproximó, el hombre empezó a gimotear, previendo todavía más dolor. La hechicera le ignoró y se dedicó a hablar consigo misma. Aquel suave murmurar, más propio de una anciana dama chocheante que estuviera cuidando de sus rosas, quizá fuese lo más aterrador de aquella espantosa situación.

--Aquí estamos, ¿eh? Y ahora, añadir antimonio. Un veneno, por supuesto, pero en pequeñas dosis es un tónico. Entonces veremos si va más deprisa o más despacio... ¡Ah!

Acababa de echar un pellizco del veneno dentro de la retorta. El prisionero, el experimento viviente, se retorció cuando el veneno llegó a su corazón para provocar un frenético estallido de actividad.

--¡Por favor! ¡Por favor! --gimió.

El dolor hizo que se convulsionara bajo sus cadenas, pero Chundachynnowyth le rozó los labios con una mano marchita y le dejó momentáneamente paralizado. No le gustaba hacerlo, pues ya consumía una gran cantidad de maná meramente para mantener con vida a aquellos infortunados, e introducir más podía interferir el desarrollo del experimento. El corazón latió locamente, palpitando como si fuera a explotar, y después sus latidos se fueron calmando poco a poco hasta que reanudaron su errático ritmo anterior.

Chundachynnowyth cogió un punzón de madera e hizo una

anotación sobre una tablilla de cera.

--Bien, bien... Va más deprisa. Es bueno saberlo, es bueno saberlo.

Siguió con su lento recorrido y fue dejando atrás más prisioneros, cada uno con algún horrendo experimento unido a su corazón, su hígado, sus pulmones o su cerebro. Había un total de ocho prisioneros, cada uno de ellos capturado mientras viajaba por los alrededores de la marisma dentro de la que se alzaban el pequeño castillo y la torre de Chundachynnowyth. Algunos eran humanos y algunos eran elfos, y uno era un orco. Algunos estaban más muertos que vivos y colgaban de sus cadenas sin moverse y sin producir ningún sonido, pero la mayor parte sabían lo que les estaba ocurriendo y vivían en una pesadilla interminable de la que no podían escapar. Encima de las mesas esparcidas por la habitación, y en otros pisos, había jaulas con animales, también víctimas de crueles experimentos.

Chundachynnowyth llevaba harapos y un delantal hecho jirones, pues las ropas carecían de importancia. El amor, la comida o la compañía tampoco tenían ninguna importancia. Chundachynnowyth tenía los cabellos grises y el cuerpo encorvado --lo cual era toda una rareza para alguien de su raza--, pues era vieja y lo había sido durante siglos.

La hechicera era de pura sangre élfica, pero cuando pensaba en sí misma ya no se consideraba perteneciente a esa raza. Chundachynnowyth estaba convencida de haber ido tan lejos que lo había dejado atrás absolutamente todo, desde la magia al caminar entre los planos, para acabar suspendida en el mismísimo filo la vida a fin de poder capturar su esencia. Ya sólo deseaba una cosa, y se había dedicado a perseguirla de una manera absoluta con exclusión de todo lo demás.

A pesar de ser tan vieja, Chundachynnowyth quería vivir más tiempo. De hecho, quería vivir eternamente. Si alguna vez tuvo otras metas, ya habían sido olvidadas hacía mucho. Hubo un tiempo, hacía siglos de ello, en el que Chundachynnowyth descubrió por pura casualidad un secreto que parecía prolongar la vida, y ese objetivo había pasado a ser lo único en lo que trabajaba y el único que pretendía alcanzar. Vivir eternamente, llegar a ser más vieja que las montañas y el mar e incluso que las lunas suspendidas sobre su cabeza... Ésa era su meta, y para ello había recopilado historias y leyendas y recetas y pociones y curas y artefactos mágicos, y había

llegado hasta el punto en el que se encontraba actualmente y seguía trabajando.

Que experimentara sobre seres vivos que sufrían no tenía absolutamente ninguna importancia. Para ella no significaban nada, por lo que Chundachynnowyth tampoco debía significar nada para ellos. Los prisioneros estaban allí para ser utilizados a fin de hacer progresar sus experimentos. Si morían, eso sólo quería decir que el experimento había fracasado y que Chundachynnowyth debía volver a intentarlo. Nunca debía dejar de intentarlo, pues eso podría significar su propia muerte, la única auténtica tragedia posible.

Dejó su tablilla de cera encima de una mesa y cogió otra. Ah, sí, ya iba siendo hora de procurar que hubiera algo más de calor debajo de la joven elfo, esa prisionera a la que estaba privando del sueño. La muchacha seguía dando cabezadas incluso con un fuego debajo de ella para chamuscarle la piel. Chundachynnowyth probaría a pintar las quemaduras con una solución de azufre y aceite mineral, y así averiguaría si aquel nivel de dolor podía despertarla. Ya hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que poder prescindir del sueño sería un gran triunfo. Eso le proporcionaría más tiempo para experimentar...

* * *

El único ruido que produjeron fue un roce casi inaudible junto a la ventana.

Mangas Verdes puso el dedo de un pie encima del espacioso alféizar de piedra, y se agarró a una cornisa para asegurarse de que su cuñada también había conseguido llegar sana y salva antes de que el hechizo de vuelo se disipara.

Los pies de Lirio apenas tuvieron tiempo de entrar en contacto con la piedra antes de que se llevara las manos a la boca. Había visto a los prisioneros suspendidos a lo largo de las paredes, y su nariz había percibido la pestilencia a mortandad que había impregnado hasta los mismos muros de la torre. Sin decir una palabra, Lirio giró sobre sus talones y vomitó en el vacío.

--Oh, Espíritu del Bosque --rezó Mangas Verdes--, ayúdanos y ayuda a estas pobres almas.

Lirio, la esposa de Gaviota el leñador, tuvo que sentarse en el alféizar de la ventana para recuperar las fuerzas. Iba vestida de blanco desde la cabeza hasta los pies: zapatos y medias blancas, traje

blanco, una chaqueta corta del estilo que hubiese podido llevar una bailarina, y un pañuelo blanco en la cabeza. Todas las prendas estaban adornadas con flores bordadas, no sólo lirios amarillos, sino también rosas rojas y violetas púrpura esparcidas a lo largo de los dobladillos y las costuras. Pero el traje se curvaba hasta casi medio metro de ella, pues su segundo embarazo ya estaba muy avanzado. Lirio tenía una buena excusa para que su estómago no pudiera soportar ciertas cosas.

Mangas Verdes deseó tener una excusa. Había visto y oído muchas cosas horribles, pero aún no había conseguido recuperarse de la visión de aquel horrendo espectáculo. Cruzó la habitación andando de puntillas y fue hacia una mujer cuya cabeza estaba metida dentro de una estructura que mantenía inmóvil su cráneo rasurado..., y abierto. La mujer no dio ninguna señal de que hubiese notado la presencia de Mangas Verdes, pero todo su cuerpo siguió estremeciéndose a intervalos regulares. La hechicera entrecerró los ojos para poder ver algo a la luz vacilante de unas cuantas velas, sintiéndose apenas capaz de mirar, y se obligó a estudiar la magia de aquel lugar, pues zumbaba a su alrededor agitándose en todas direcciones como un enjambre de mosquitos.

--¡Oh, no! --murmuró--. ¡La magia los mantiene con vida! Pero... Benditas orejas de Caleria, ¿por qué?

Mangas Verdes se mordisqueó los nudillos mientras intentaba pensar en qué debía hacer. Si aquél era uno de los usos de la magia, durante un momento se avergonzó de sí misma por haber llegado a dominarla. Dos lágrimas brotaron de sus ojos, pero la joven druida se obligó a calmarse con un terrible esfuerzo de voluntad. La magia era una fuerza y podía ser usada para el bien o para el mal, o no ser usada para nada.

Pero la druida no veía ninguna forma de salvar a aquellas almas atormentadas..., salvo una.

Puso la mano sobre el cuerpo de la mujer torturada, tocándolo con toda la delicadeza de que fue capaz --la prisionera volvió a estremecerse--, y murmuró un hechizo muy sencillo que, en algunos aspectos, era el más sencillo de todos los hechizos. Mangas Verdes retiró el maná que mantenía con vida a la mujer y lo apartó de ella tan deprisa como pudo, igual que si estuviera usando un cuchillo para hacer un corte lo más limpio posible, y lo guardó dentro de su ser aunque se trataba de un maná deforme y corrompido que la hizo sentirse manchada y contaminada. Después se preparó para resistir el

dolor cuando la quemadura del maná, que no tenía ninguna salida por la cual escapar, ardió a lo largo de todos los nervios de su cuerpo.

Cuando apartó la mano, los miembros de la mujer fueron recorridos por un último estremecimiento. Su corazón dejó de latir y la prisionera murió, por fin en paz. Mangas Verdes envió una plegaria en pos de ella, y fue a ocuparse de la siguiente víctima.

Lirio, que seguía en el alféizar de la ventana, tenía las manos encima de su estómago dolorido y deseaba estar en casa. Había accedido a formar parte de aquella incursión porque en todo el ejército no había nadie aparte de ella que pudiese volar. Un explorador, uno de los zíngaros de Pradesh que seguían la pista de los rumores, había logrado introducirse en aquel espantoso pantano y había encontrado aquella isla. El explorador había echado un vistazo dentro de la torre y había visto a los viajeros desaparecidos y los horrendos experimentos, y también había captado el olor del uso y el abuso de la magia y había entrevisto a la vieja arpía yendo de un lado a otro entre las sombras. Mangas Verdes, comprendiendo que se enfrentaban a una maga tan anciana como experimentada, había optado por materializarse en el otro lado del pantano para volar después en silencio hasta la ventana más alta. Lirio ya llevaba un bebé en las entrañas, pero enseguida se había mostrado dispuesta a ayudar. La esposa de Gaviota no se consideraba una auténtica hechicera, pues el único hechizo que dominaba era el de volar; pero anhelaba poder prestar alguna ayuda a la gran cruzada del ejército. Aun así, Lirio estaba deseando que en su boca no hubiera aquel sabor tan desagradable y que pudieran irse lo más deprisa posible. Echó un vistazo por la ventana de la torre y se preguntó qué sería de su esposo en aquel momento.

Mangas Verdes acababa de detener otro corazón maltratado y había dado la paz a otra criatura cautiva, sin dejar de odiarse a sí misma ni un solo instante por no poder hacer nada más. Pero entonces un estridente chillido procedente del umbral hizo que saltara medio metro en el aire.

--¿Qué estás haciendo?

Un horror rezumante y viscoso se alzó sobre Mangas Verdes antes de que pudiera reaccionar. La criatura desprendía una pestilencia insoportable, un hedor a matadero y cloacas que le provocó un acceso de náuseas.

El horror era muy alto y estaba recubierto por una piel de aspecto coriáceo, pero sus rasgos se hallaban tan distorsionados que Mangas Verdes apenas pudo entender qué estaba contemplando. El único

pensamiento que acudió a su cabeza fue que alguien o algo habían sido vueltos del revés.

Una boca se abrió en la parte de atrás de un cuello. Un ojo la observó, medio escondido entre un par de omóplatos. Unos dedos se retorcieron encima de un mentón. Una erupción de huesos brotó de la piel reseca, se deslizó velozmente alrededor de las costillas y los mechones de vello y volvió a ocultarse dentro del cuerpo. El palpitar de los vasos sanguíneos estaba por todas partes. Una glándula rezumaba bilis que iba descendiendo lentamente a lo largo de una pierna.

Mangas Verdes chilló y retrocedió, intentando alejarse de aquel horror, hasta que tropezó con una mesa y derribó los cuencos y retortas que había encima de ella. Todos los hechizos habían quedado olvidados. Lo único que deseaba era salir de allí enseguida antes de que aquella cosa llegara a tocarla.

Y el monstruo ya estaba alargando hacia ella un brazo surgido de un omóplato que no se encontraba donde hubiese debido estar. Garras que crecían hacia atrás, y sobre las que había esparcido un espolvoreo de verrugas y dedos callosos, se tensaron buscando su rostro.

--¡Sal de aquí! ¡Fuera! --chilló Chundachynnowyth desde el umbral de la habitación de la torre--. ¡Vas a interferir en mis experimentos! ¡Lo estropearás todo!

Consumida por la preocupación y el miedo, la vieja arpía apenas si se había dado cuenta de que acababa de conjurar aquel horror de horrores, una criatura cuya existencia había olvidado.

Lirio se apartó del alféizar y faltó poco para que se desmayara ante la visión del horror surgido de las sombras. Pero no se hallaba directamente amenazada, y eso le permitió reaccionar. No tenía ni armas ni hechizos, y su hinchado estómago sólo le permitía moverse despacio y con mucha torpeza. A falta de algo mejor, fue tambaleándose hasta una mesa, cogió una olla llena de un líquido incoloro y la lanzó contra el horror. El fluido salió despedido por toda la habitación, cayendo tanto sobre Mangas Verdes como sobre el horror. Lirio lanzó otra olla, y otra más, y los recipientes de barro rebotaron en el monstruo para estrellarse contra las paredes y el suelo y hacerse añicos, y después Lirio lanzó una lámpara de aceite, que chisporroteó y esparció una lengua de fuego sobre la piedra.

--¡Vuela, Mangas Verdes, vuela!

Lo que quería decirle era que utilizara su poder de viajar por el

éter y que se «deslizara», pero no consiguió acordarse de la palabra. Si Mangas Verdes podía irse de allí mediante un conjuro, Lirio podría salir volando por la ventana. Pero ¿dónde estaban Gaviota y los demás?

Una mano deforme y retorcida se enredó en los cabellos de Mangas Verdes, y otra agarró su capa. Aturdida por el terror, la joven druida ni siquiera era capaz de pensar en la huida a través del éter. Lo único que quería era estar lejos de allí, en algún sitio donde se encontrara a salvo.

Chundachynnowyth estaba recordando que hubo un tiempo muy lejano en el que ella también sabía conjurar criaturas y animales. La anciana hechicera había marcado a muchas criaturas en sus días de juventud. Si consiguiera recordar... ¡Ah!

La anciana elfo pasó la lengua por sus marchitos labios y se imaginó a un hombre-bestia de una fuerza tan devastadora que podía aplastar huesos, una criatura de las fábulas a la que había conocido. Murmurando fragmentos inconexos de viejos hechizos, pues no los recordaba con demasiada exactitud, Chundachynnowyth juntó las yemas de sus dedos e invocó...

... a un montón de huesos resecos.

Mangas Verdes, que estaba retrocediendo ante el horror, tropezó con los enormes huesos haciendo mucho ruido y se encontró con el trasero en el sucio y frío suelo de piedra. El horror dio un paso tambaleante, pues sus dos piernas y la mitad de una tercera tenían una forma muy extraña. Abrió una boca repleta de colmillos situada en su pecho, y sacó de ella una roja lengua hendida que dirigió hacia Mangas Verdes. La druida gritó. Mangas Verdes se avergonzaba de haber sucumbido al pánico, pero no podía evitarlo. Aquello era peor que ninguna pesadilla. Durante las décadas venideras se imaginaría a aquella cosa dando tumbos en las más oscuras profundidades de su mente..., si sobrevivía.

Mangas Verdes logró levantarse, esparciendo huesos en todas direcciones, pero enseguida volvió a caer.

Lirio estaba buscando otra arma. Sacó un taburete de debajo de una mesa y lo lanzó, haciendo tambalear al monstruo. La criatura se retorció y fue hacia ella. Los huesos crujieron bajo sus pies deformes. Una pequeña parte de la mente de Lirio, que estaba decidida a fijarse en detalles sin importancia, se dio cuenta de que eran huesos humanos, pero el cráneo del que brotaban unos cuernos rotos había pertenecido a un toro. ¿Qué razón había podido tener la anciana

hechicera para conjurar a semejante ser?

Chundachynnowyth también se estaba haciendo esa misma pregunta. Conjurar al minotauro no le había servido de nada, cierto, pero ¿por qué? Oh. ¿Había muerto de viejo hacía ya bastante tiempo, quizá? ¿Realmente llevaba tantos años sin invocarlo? Pero el mero hecho de pensar en morir, y especialmente en morir de vieja, bastó para distraerla durante un momento. Tenía que volver a concentrarse en sus experimentos para mantener a raya a la muerte. No, antes tenía que echar de su torre a aquellas intrusas. ¿Con qué? Chundachynnowyth, farfullando para sí misma, se imaginó una caverna debajo de un volcán. ¿O era una gruta oculta debajo de un acantilado marino...?

Y entonces Chundachynnowyth se acordó por fin. Curvó los dedos, y conjuró una nube blanca delante de ella. La nube giraba, bailaba y crujía, temblando en el aire como un remolino de cenizas surgido de una chimenea. Al principio las criaturas que la formaban parecieron ser simples murciélagos, pero enseguida quedó claro que tenían ojos multifacetados como los de las moscas y un juego de mandíbulas dobles colocadas de lado que recordaban a los de las mantis religiosas.

Apenas se hubo materializado la horda blanca, sus componentes siguieron con su eterna búsqueda de alimento, insectos y calor. En cuestión de segundos ya estaban saltando y revoloteando alrededor de las dos mujeres, deslizándose por entre sus cabellos en busca de piojos, pulgas o garrapatas.

Lirio gritó cuando las criaturas la envolvieron como una nube de mosquitos. Tiró de su chaqueta para colocársela encima de la cabeza, pero sus senos hinchados hacían que le quedara demasiado ceñida. Lirio empezó a asestar manotazos a las criaturas que parecían murciélagos, y acabó tropezando con una mesa y la volcó con un estrépito ensordecedor.

La repentina aparición de los insectos-murciélagos no afectó demasiado a Mangas Verdes porque eran simples animales, si bien un poco extraños. Pero el horror seguía intentando agarrarla, y los murciélagos le nublaban la vista. El miedo estaba empezando a ser sustituido por la ira y la joven druida maldijo con los juramentos de su hermano, pero un instante después resbaló en un charco de aceite y volvió a caer.

¡Por el Espíritu del Bosque, si lo único que deseaba era estar lejos de allí! Quería estar en aquel Bosque de los Susurros que tanto

amaba, cerca de su árbol favorito, en un sitio lleno de tranquilidad donde podría disfrutar de su sombra, escuchar el canturreo de los pájaros y la charla de las ardillas en sus ramas, relajarse en un lugar lleno de paz...

Chundachynnowyth percibió una ventaja. La mujer de blanco se había dejado distraer por los murciélagos. La jovencita flacucha que vestía de verde se hallaba atrapada contra la mesa, y estaba a punto de ser hecha pedazos. ¿Qué más podía lanzar contra ellas? ¿Y dónde estaban sus guardias? Tendrían que haber venido corriendo nada más oír sus gritos. Chundachynnowyth volvió a juntar las yemas de los dedos. ¿Por qué no se le había ocurrido que podía limitarse a dejarlas paralizadas? Se estaba dejando aturdir por tanta confusión, y no pensaba con claridad...

Pero Mangas Verdes estaba igualmente aturdida, y ya había iniciado un conjuro sin ni siquiera saberlo. Quería estar lejos de allí, junto a su árbol favorito, pero tenía que seguir en aquel lugar esperando a su hermano, por lo que no podía huir y dejar abandonada a Lirio, pero si estuviera cerca de su árbol favorito...

Y cuando todo aquel caos de pensamientos se confundió con su poder y sus deseos más profundos y secretos...

... el árbol fue hacia Mangas Verdes.

El árbol, un gigantesco roble rojo de cuarenta y cinco metros de altura, se había alzado por encima de todo el bosque, señor de sus dominios. Su copa se extendía decenas y decenas de metros en todas direcciones y contenía decenas de millares de hojas. Pesaba muchas toneladas.

Pero, sin quererlo y sin darse cuenta de lo que hacía, Mangas Verdes lo había traído hasta el último piso de la torre de un castillo en el centro de un pantano mediante un conjuro.

La joven druida sólo vio una ondulación de luz, verde primero y luego marrón, azul y amarilla, pero el perímetro de aquel nuevo temblor iridiscente era tan grande como la circunferencia del tronco y más grande que la mayoría de las casas. Mangas Verdes sólo tuvo tiempo de entreverlo antes de que toneladas de madera y corteza aparecieran en la habitación. Después, cuando las ondulaciones se desvanecieron y el árbol acabó de cobrar existencia, su peso y su tamaño cayeron sobre la pequeña torre de piedra.

Empujada hacia el exterior por el árbol, toda una esquina de la torre se desmoronó dentro del pantano. El suelo se derrumbó en un diluvio de losas de piedra que eructaron chorros de polvo por entre sus

grietas y rendijas. El muro exterior también se desmoronó, y las tejas del techo se partieron y quedaron hechas añicos. Las raíces del árbol derramaron toneladas de tierra sobre las secciones inferiores de la torre, dejando medio enterrados los restos de la estructura.

Después de haber quitado de en medio la esquina de la torre, el enorme árbol permaneció erguido durante sólo un instante..., y luego se derrumbó.

El roble cayó en un veloz desplome vertical, aplastando bloques de granito, mesas, guardias que corrían de un lado a otro y prisioneros atrapados, para acabar chocando con el suelo de la isla pantanosa. Mangas Verdes, sin quererlo, había conjurado el árbol y lo había traído lo suficientemente cerca de ella para poder tocarlo con la mano. Un instante más tarde retrocedía de un salto y se tapaba los oídos mientras el árbol sembraba su cosecha de caos y después, inclinándose junto a los restos de la torre, se desplomaba hacia un lado. La archidruida tuvo un fugaz atisbo de aire nocturno, luciérnagas que parpadeaban sobre las aguas fétidas y cipreses festoneados de musgo que se agitaban con un estremecimiento casi imperceptible al sentir aquel temblor. Después el árbol chocó con el pantano.

La tremenda sacudida hizo que todos los ocupantes de la habitación perdieran el equilibrio. Un camino surgió entre las negras aguas como por obra de un milagro, y el pantano se expandió de repente para sumergir la hierba, los matorrales y los arbolillos. El barro hirvió en un sinfín de oleadas convulsas, alzándose entre una pestilencia nauseabunda para salir despedido en todas direcciones con un estrépito tan ensordecedor como el de un colosal redoble de tambores. La copa del árbol, tan grande como la misma torre, se separó del tronco con un retumbar de trueno, y la rotura de las ramas hizo tanto ruido que pareció como si un huracán hubiera surgido repentinamente de la nada. Las aves nocturnas chillaron y las ranas croaron en varios kilómetros a la redonda.

El horror se había esfumado. El árbol había aparecido entre él y la druida, y el monstruo fue primero aplastado y convertido en pulpa al ser presionado contra el muro exterior, y luego arrastrado hasta desaparecer por entre la avalancha de bloques de piedra y tejas del techo.

Y Mangas Verdes, aterrada, vio que lo mismo le había ocurrido a un puñado de los prisioneros que habían venido a salvar..., o a rescatar de su espantosa situación mediante una muerte misericordiosa.

Se levantó mientras el edificio seguía rompiéndose y se iba agrietando a lo largo de sus lindes. Pero la torre había sido construida hacía mucho tiempo por grandes señores y cada bloque había sido encajado en su sitio mediante la magia y la fuerza de los bueyes, y los restos de la torre y del diminuto castillo podían sostenerse en pie incluso con una esquina arrancada a la estructura. Los mosquitos, que habían sido mantenidos a distancia mediante un sencillo hechizo mágico, entraron en la habitación. Lirio se incorporó y dejó escapar un siseo ahogado al contemplar el corte que un trozo de olla le había hecho en la mano. Dos prisioneros medio muertos gemían entre sus cadenas junto a la pared medio desmoronada. Apenas se podía ver nada, pues casi todas las velas y lámparas habían sido volcadas o extinguidas. Mangas Verdes volvió la mirada hacia la esquina que había quedado bruscamente abierta al pantano, y la claridad de las estrellas le permitió contemplar los restos de su árbol favorito, arrancado de su hogar y arrojado a un pantano pestilente.

Y un instante después el chillido de Chundachynnowyth hizo que la joven druida girase sobre sus talones.

--¡Mi torre! ¡Mis experimentos! ¡Los has echado a perder! --El largo y flaco rostro, el puntiagudo mentón y las grandes orejas curvadas de la elfo se habían vuelto de un color azul claro salpicado por manchitas oscuras--. Has... Has...

Mangas Verdes retrocedió y estuvo a punto de caer por el borde del suelo roto. Una losa se inclinó, cayó y resbaló a lo largo de un montículo de tierra recién sacada de las profundidades. Mangas Verdes volvió rápidamente la cabeza de un lado a otro en busca de Lirio, y la encontró agarrándose la muñeca y encogida detrás de una mesa volcada. ¿Dónde estaban su hermano y los guardias?

¿Y qué podía hacer para detener a aquella hechicera enloquecida?

Si no le quedaba más remedio...

Chundachynnowyth había dejado de chillar para llevarse las manos al pecho. La anciana hechicera dejó escapar un jadeo de dolor, y su aliento se convirtió en una mezcla de silbido y resoplido entrecortado. Chundachynnowyth fue cayendo de rodillas en un derrumbarse tan lento como el de un árbol que agoniza, y después cayó de costado y empezó a contorsionarse en una dolorosa agonía. Su cuerpo fue recorrido por un último estremecimiento, y Chundachynnowyth se quedó inmóvil. Sus labios todavía murmuraban.

--Mis exper-i-mentos...

Detrás de la hechicera agonizante podían divisarse la escalera de caracol y la única puerta de la habitación. De repente se oyeron ruidos en el exterior, y hubo un parpadeo de luces cuando varios cuerpos se agitaron delante de las antorchas colocadas en los muros. Hubo un gruñido seguido por un rugido, y un estrépito final.

Un guardia entró bruscamente en la habitación, empujado con tanta violencia que medio voló por los aires. Llevaba una armadura de escamas negras que recordaba el caparazón de algún insecto, con un largo blasón amarillo al que adornaba un sol rojo, y un casco de cuero cerrado que sólo dejaba ver sus ojos. Atravesado en el pecho por alguna hoja enorme, el hombre tropezó con la hechicera agonizante, chocó con una mesa y cayó al suelo.

Y Gaviota el leñador entró en la habitación un instante después, con su gran hacha de doble hoja goteando sangre y las ropas manchadas. Gaviota subió el visor de su casco y se limpió la frente.

--¡Uf! Esos bastardos son duros...

Y se interrumpió cuando sus ojos recorrieron la habitación sumida en la penumbra y se fueron posando en la vieja arpía caída a sus pies, su hermana tan pálida como el marfil, su esposa con una herida en la mano, de la que manaba sangre, y el muro destrozado. Pero lo que retuvo más tiempo su mirada fue la hilera de prisioneros encadenados con grandes agujeros abiertos en sus cuerpos mediante la cirugía, aquellos experimentos vivos que sufrían. Cuando Gaviota volvió a ser capaz de hablar, descubrió que su voz se había convertido en un graznido.

--Tendríamos que haber venido más pronto...

Las siluetas de algunos Lanceros Verdes, su guardia personal, cruzaron el umbral detrás de él. El pelotón estaba a las órdenes de «Muli», una mujer robusta y no muy alta cuyos labios siempre estaban fruncidos en una mueca sombría y que iba armada con dos espadas cortas. Otros combatientes verdes aparecieron un instante después: una mujer con coletas rojas asomando por debajo de su casco, un ex pescador que producía una impresión de gordura sin estar gordo. Muli dio una patada al guardia caído, descubrió que no estaba muerto y terminó el trabajo rajándole la garganta.

--¡Legionarios de Akron! --resopló--. ¡Bah!

Gaviota contuvo el aliento y empujó el cuerpo inmóvil de la vieja arpía con la punta de una bota.

--Le ha fallado el corazón. Lo he visto ocurrir las veces suficientes con los caballos para poder reconocerlo.

--Quería vivir eternamente --dijo Mangas Verdes.

Y un instante después estaba llorando. Los prisioneros condenados y torturados cuyas vidas había tenido que extinguir con sus manos, el horror que venía hacia ella, la espantosa e implacable determinación de la anciana hechicera, su temor por lo que hubiera podido ocurrirles a Gaviota y Lirio, la destrucción de su hermoso árbol... Todo eso cayó de repente sobre ella con un peso casi insoportable. Lirio y Gaviota fueron hacia Mangas Verdes, moviéndose cautelosamente sobre aquel suelo inestable, y la rodearon con los brazos.

--Vamos, Verde, vamos... --dijo Gaviota--. Todo va bien. Ya no corremos ningún peligro.

--Hemos salvado a esas personas --le dijo Lirio, intentando consolarla--. Bueno, en realidad no hemos conseguido salvarlas, pero hemos puesto fin a sus sufrimientos... O lo haremos.

--Hacemos cuanto podemos, y lo hacemos por una buena causa --añadió su hermano--. Estamos cambiando las cosas, Verde. Estamos haciendo progresos.

Mangas Verdes sollozaba y sorbía aire por la nariz.

--Lo sé, lo sé. Pero a veces es tan... Nos esforzamos tanto, y... No hay nadie más que pueda hacerlo, pero... ¡Oh, a veces desearía no haber oído hablar nunca de la magia!

_____ 4 _____

--Oh, Kwam, estoy tan harta de luchar...

--Nosotros nunca luchamos --intentó bromear su enamorado.

Mangas Verdes y Kwam, cogidos de la mano, estaban dando un paseo por el bosque. La joven druida disfrutaba sintiendo el calor del sol veraniego en su rostro y el roce de la brisa en sus cabellos, oliendo la suculenta frescura de la tierra y respirando su perfume mientras escuchaba el chip-chip-chip de los cardenales y el graznido de los cuervos. Pero los dos procuraban no hacer mucho ruido, pues habían salido del campamento sin ser vistos en un intento de robar una pequeña porción de libertad..., y Mangas Verdes estaba triste y cansada.

Kwam y Mangas Verdes ya llevaban tres años siendo amantes y la intimidad había hecho que acabaran conociéndose muy bien y se acostumbraran a estar siempre el uno con el otro, pero en momentos como aquél el hecho de no estar sola todavía hacía que la joven druida se sintiera extraña e indefiniblemente incómoda. Mangas Verdes había pasado la mayor parte de su vida sola, vagabundeando por aquel bosque. Por aquel entonces era una idiota, naturalmente, pero era una idiota muy feliz. La inteligencia podía ser una maldición. Aun así, Mangas Verdes amaba a Kwam y necesitaba el silencioso consuelo de su presencia. Le necesitaba porque Kwam llenaba su mente de paz, como el mismo Bosque de los Susurros.

Pero cuando se detuvieron delante de un gran agujero que parecía bostezar en el suelo, Mangas Verdes tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

--Lo siento --dijo--. No quería hacerlo, y no me di cuenta de lo que estaba haciendo.

El agujero tenía una forma irregular, y medía unos treinta metros de diámetro y unos nueve metros de profundidad. Las puntas de las raíces sobresalían de él como gusanos que inspeccionaran el aire. Alrededor del agujero no había nada salvo las hojas caídas del año pasado y unas cuantas pinas que estaban empezando a reblandecerse.

Su árbol favorito se había alzado en aquel lugar. No sólo era su favorito sino que también lo era de Kwam, pues solían apoyarse en él y hacer el amor bajo el oscuro verdor de su sombra. Pero Mangas Verdes lo había matado. Había pedido protección contra un horror que reptaba y se tambaleaba y había invocado algo, cualquier cosa,

mientras deseaba huir a la carrera y esconderse en las profundidades del bosque, y había obtenido esa protección bajo la forma de su árbol..., y lo había perdido. El gigantesco roble rojo le había salvado la vida --y probablemente también el alma--, pero en aquel momento yacía en un pantano lejano al lado de un castillo ennegrecido, pues los aventureros habían prendido fuego a la torre y el castillo de los horribles encantamientos. Mangas Verdes podría haber devuelto el árbol a aquel lugar mediante un conjuro, pero de haberlo hecho sólo hubiese conseguido que los leñadores y los forrajeadores lo convirtiesen en madera para el fuego, y Mangas Verdes no quería que eso ocurriera.

--E incluso eso es un acto de egoísmo que ocasionará una destrucción innecesaria --dijo--, porque ahora tendrán que cortar otros árboles que están vivos.

Kwam no dijo nada, y se limitó a escuchar pacientemente mientras Mangas Verdes seguía dejando que su melancolía se expresara mediante palabras.

--No puedo soportar todos estos combates. No puedo... Desde que aprendí magia no he tenido ni un momento de paz. Vamos de un lado a otro y «ablandamos hechiceros», para usar la expresión de mi hermano, y luego volvemos aquí y nos encontramos con docenas de enviados que nos piden, ¡no, que nos exigen!, que volvamos a recorrer los Dominios para seguir haciéndolo. Si en vez de una sola Mangas Verdes hubiera tres o un centenar, podría pasar el resto de mi vida ablandando hechiceros durante todo el día y toda la noche. Y esa última hechicera, esa elfo, y las cosas que conjuró... ¡Aaaj!

Se estremeció, y Kwam la rodeó con los brazos. Kwam dormía con ella y sabía que sus sueños se disolvían en pesadillas llenas de horrores con la llegada de cada amanecer.

--¿Te ayudaría en algo el que te dijera que salvaste media docena de vidas? --murmuró el joven alto y moreno.

--¡Pero es que no les salvamos! --murmuró Mangas Verdes con el rostro pegado a su camisa negra, volviendo a sentirse como una jovencita--. No los salvamos... Lo único que hice fue matarlos, y extinguí sus vidas como si fueran velas chisporroteantes. ¡Oh, fue horrible! ¡No soporto tener que cargar con toda esta responsabilidad y tener que responder ante todos! ¡No tengo ni un minuto de paz!

Kwam besó suavemente su coronilla.

--Ahora puedes disfrutar de unos cuantos minutos de paz. Deberías aprovecharlos al máximo en vez de lamentarte y estar triste.

Mangas Verdes salió del círculo de sus brazos con un encogimiento de hombros y retrocedió un par de pasos.

--¡No lo entiendes! --exclamó--. ¡Ah, ojalá pudiera irme lejos, a cualquier sitio perdido en las profundidades del Bosque de los Susurros y limitarme a vivir allí sola, contigo, y estudiar la naturaleza y encontrar curas y hablar con mis amigos los animales, y vivir en paz! ¿Y bien? --resopló Mangas Verdes al ver que Kwam no decía nada.

Kwam la contempló en silencio durante unos momentos más y acabó meneando la cabeza.

--En la vida no hay respuestas simples. Algunos dirían que si puedes disfrutar de unos cuantos minutos de paz en un día ya es más que suficiente, pues son muchos los que trabajan duramente día y noche y además sufren, y apenas consiguen mantenerse con vida. Tú deseas vivir sola pero conmigo: dos ideas contradictorias. Y quieres encontrar curas. Pero ¿para quién? ¿Para los animales? ¿Para las personas? No tardarías en ver cómo una interminable procesión de inválidos se presentaba delante de tu puerta para pedir ayuda.

--¡Ahora ya la tengo!

--Exactamente. Las personas acuden a ti porque posees el poder de ayudar. Sólo hubo un momento de tu vida en el que no lo hicieron, y fue cuando eras...

--La idiota del pueblo. Una retrasada. Una imbécil. Adelante, dilo. ¡Sé muy bien lo que era!

--Fuiste bendecida. Los dioses te rozaron con su mano, y te dieron el don de la segunda visión. Si niegas todo eso y lo arrojas a los cuatro vientos, entonces estás rehuyendo tu responsabilidad e ignorando tu don.

Mangas Verdes le dio la espalda y contempló el bosque, con una película de lágrimas nublándole la vista. Que tuviera responsabilidades y que no pudiera rehuirlas no era lo que deseaba oír. Quería simpatía, no sentido común. Y sin embargo sabía que en realidad lo único que hacía era gimotear y quejarse, y se odiaba a sí misma por ello. Se sentía como hubiera podido sentirse uno de los juguetes mecánicos de Kwam si le hubiesen dado demasiada cuerda y estuviera a punto de estallar.

El alto y moreno estudiante de magia contempló a su amada con el rostro lleno de pena por haber tenido que reñirla de aquella manera, pero todo lo que había dicho era verdad.

--Vamos, cariño... No quiero verte triste ni preocupada, pero cuando posees un inmenso poder es natural que la gente espere

cosas de ti. Si fueses reina, te pedirían que juzgaras litigios y resolvieras disputas sobre fronteras. Si fueses cirujana, te suplicarían que los curases. Y si fueses un molino, te conectarían a una sierra, a un fuelle de fragua o a una piedra para moler grano.

--Así que soy una máquina que produce milagros.

Kwam se limitó a extender las manos hacia ella.

--Incluso los dioses tienen que soportar el continuo acoso de quienes les piden ayuda. Cada oración lleva una solicitud oculta dentro. Los marineros rezan pidiendo mares tranquilos, los granjeros piden lluvia y los jugadores piden tener suerte. No debería sorprenderte que las personas que carecen de poderes mágicos, las que llamamos personas normales y corrientes, pidan auxilio y soluciones a sus problemas.

--¡Pero es que yo soy tan normal y corriente como ellas! --gimió la joven.

Kwam meneó la cabeza.

--No, amor mío, eso no es verdad. No ha sido verdad desde la primera vez que conjuraste un... ¿Qué era? ¿Un tejón? Sí, desde la primera vez que conjuraste un tejón para salvar tu vida. Eres una hechicera, esa persona entre diez mil que puede hacer magia.

Y en su voz había una sombra de amargura, porque Kwam estudiaba la magia y la amaba con una profunda pasión, pero era incapaz de manipularla. La única razón por la que él, Tybalt, Ertha y Daru estudiaban los artefactos, hechizos, pergaminos y artilugios mágicos era precisamente que albergaban la esperanza de que algún día pudieran aprender a hacer conjuros.

Mangas Verdes suspiró.

--No me ha servido de mucho, ¿verdad? No pude usarla para salvar a mi familia. No consigo encontrar a Gavilán, que está perdido para siempre... --Mangas Verdes estaba tan harta de todo que incluso empezaba a hartarse de oír sus propias quejas--. Tanta charla, y sigo sin estar más cerca de una solución que antes.

Kwam fue hacia ella y la rodeó con sus brazos, y esta vez no la soltó.

--Tener una meta clara te ayudaría bastante. ¿Qué es lo que quieres obtener de la vida?

--Quiero... No sé lo que quiero.

--¿Más tiempo para dedicarlo a ti misma? ¿Que te dejen en paz y a solas? ¿Más tiempo para estar conmigo? ¿Menos responsabilidades?

--Sí, todo eso. Y algo más: quiero que haya paz en mi interior.

Kwam volvió a besarle la coronilla y acarició su lustrosa cabellera castaña.

--No sé mucho sobre esas cosas, pero sí sé que la paz sólo puede surgir del interior de uno mismo.

Mangas Verdes suspiró.

--Así que aparte de todo lo demás también tengo la culpa de que no pueda encontrar la paz, ¿eh?

Kwam no tenía respuesta para esas palabras, y se limitó a abrazarla con más fuerza.

--¡Allí está! --gritó una voz, y los dos enamorados dieron un salto.

Cuatro robustas guerreras fueron hacia ellos, con el tintineo de sus arneses y armas añadiéndose al ruido de sus decididas pisadas. Eran la guardia personal de Mangas Verdes, que se habían dado a sí mismas el nombre de Guardianas del Bosque, y su líder era Petalia, una mujer de cabellos oscuros, grandes ojos azules y carácter bastante seco.

Kwam dio un paso hacia atrás y Mangas Verdes casi sonrió, pues podía predecir palabra por palabra lo que iba a decir Petalia.

--¡Os ruego que no vayáis a dar un paseo sin nosotras, mi señora! ¡Sabéis que hay muchos enemigos que desean haceros daño, y debo rogaros que nos permitáis estar a vuestro lado en todo momento!

La druida asintió mansamente. No podía condenar la intrusión de su guardia personal, pues siempre la protegían con tal devoción que Mangas Verdes se avergonzó al pensar que las había engañado y se había escapado sin que la vieran.

Cada guardiana llevaba los cabellos bastante largos, y sus mechones fluían por debajo del casco y descendían a lo largo de su espalda. Cada una iba armada con un escudo rectangular de madera de serbal ribeteada de hierro, una espada larga en la cadera y una jabalina de mango grueso cuya punta tenía treinta centímetros de longitud y un aspecto amenazadoramente afilado, con un pincho horizontal debajo de ella. Petalia había ordenado que todas las Guardianas del Bosque se vistieran igual, y todas llevaban camisas y faldellines verdes, petos acolchados y cascos de piel de buey blanco. Pintada encima de cada escudo había una manga verde con un adorno de encajes verdes en el puño. Mangas Verdes sabía que sus uniformes imitaban su atuendo, algo que le hacía mucha gracia aunque lo ocultara cuidadosamente.

Lo que resultaba mucho menos divertido era que su guardia

personal siempre estuviera siguiéndola de un lado a otro, con la consecuencia de que Mangas Verdes ni siquiera podía visitar el excusado o ir a dar un paseo o hacer el amor sin que hubiera un mínimo de dos Guardianas del Bosque presentes. Su fuerza de protección estaba compuesta por seis mujeres, con las dos «lechuzas» durmiendo en aquel momento. La guardia personal se pegaba a Mangas Verdes obedeciendo la insistencia de Gaviota, pues durante el año pasado hubo tres incursiones de asesinos que intentaron acuchillar, envenenar o secuestrar a Mangas Verdes. Sólo la suerte le había permitido salir ilesa de aquellos intentos, y Gaviota había acabado examinando a todo el ejército y había elegido a Petalia, quien había elegido a las otras Guardianas seleccionándolas entre las mujeres más robustas del ejército. Todas se tomaban la tarea de proteger a su señora con una dedicación tan feroz que era frecuente que las llamaran «perras de presa» cuando estaban lo bastante lejos para no poder oírlo.

Mangas Verdes les tenía un gran cariño y se alegraba de que sintieran tal devoción por ella, pero lamentaba tener que necesitar protección. Su presencia sólo era otra señal de que el mundo le prestaba una atención excesiva.

Y sabía que Petalia, su capitana, tenía que enfrentarse a un trabajo muy difícil. Según la jerarquía del ejército, era la «inferior» de Mangas Verdes y en consecuencia no podía reñir abiertamente a su señora: lo único que podía hacer era «recordar» a Mangas Verdes que necesitaba protección. Incluso su manera de describir lo ocurrido resultaba un poco pintoresca y retorcida. La joven druida no se había ido «a dar un paseo», sino que había utilizado un hechizo de camuflaje para poder marcharse sin ser vista por nadie. Mangas Verdes prometió no volver a hacerlo, pero únicamente porque veía lo mucho que preocupaba a sus protectoras el que se esfumara de aquella manera.

Aun así, la archidruida no pudo evitar percibir la ironía existente en el hecho de que --cuando era la idiota del pueblo hubiera podido vagar libremente por el bosque, paseándose entre osos, lobos y elfos sin que nunca le ocurriese nada. Pero apenas hubo adquirido habilidades mágicas, Mangas Verdes se había convertido en un blanco para la envidia, el odio y las más oscuras conspiraciones.

El grupo inició el regreso al campamento, y apenas habían echado a andar cuando Mangas Verdes se sintió invadida por un presentimiento tan ominoso y repentino que alzó los ojos hacia el cielo

para ver si se había nublado. Pero el cielo estaba despejado.

Esperaba que el futuro siguiera igual de despejado que en aquel momento..., tanto por su bien como por el de todos sus seguidores.

* * *

Los dos enamorados atravesaron el bosque veraniego flanqueados por sus cuatro guardias de rostro serio y sombrío, y Kwam intentó distraer a su amada con las últimas novedades acerca de sus estudios mágicos.

Como siempre, había docenas de cachivaches y artefactos que estudiar: botellas, herrramientas, prendas, libros, pergaminos, frascos, cascos, rarezas varias... Algunos eran botín capturado a hechiceros, algunos habían sido traídos por viajeros y algunos habían sido comprados a joyeros, buhoneros y artesanos.

--Todavía estamos examinando lo que obtuvimos en nuestra última..., eh..., incursión --estaba diciendo Kwam.

El titubeo del joven se había debido a la gran cantidad de botín que sacaron del castillo de la malvada Chundachynnowyth antes de prenderle fuego.

Kwam siguió hablando y se fue animando poco a poco al tener la ocasión de poder abordar su otro gran amor, la magia. Sus ojos brillaban de una manera que Mangas Verdes encontraba adorable mientras iba contando con sus largos y ágiles dedos.

--Tenemos una especie de capullo que parece haber sido tejido por algún insecto, pero Daru colocó el perro de latón delante de él y el perro ladró, por lo que sabemos que hay magia dentro de él. Quizá se trate de una libélula enjoyada, o puede que sea una libélula de cristal... Los bibliotecarios han recopilado algunas historias sobre ellas, pero no saben qué hacen.

»Hemos abierto un paquete de piel embreada muy viejo que había sido sellado con cera, ¡y encontramos un pez mecánico dentro! Si le das cuerda empezará a aletear por toda la habitación, volando como si nadara en el aire.

»También tenemos una esfera de metal que un campesino sacó de un campo. La trajo hasta aquí en una carretilla, pues pesa tanto que cuatro hombres no pueden levantarla. El metal es tan duro que no podemos cortarlo con ninguna herramienta de acero, y ni siquiera el diamante puede arañarlo.

»Y tenemos un casco de coral de los océanos del sur, demasiado

grande para la cabeza de un hombre normal. Podría ser el casco de un dios marino...

Aunque Mangas Verdes estuviera preocupada por el futuro, al menos podía disfrutar la tranquila familiaridad del Bosque de Mangas Verdes, que era como habían acabado siendo conocidos los cuarteles generales del ejército. A pesar de las muchas personas que residían allí y de toda su actividad, el bosque continuaba siendo un lugar sagrado que siempre conseguía llenarla de alegría.

Fueron siguiendo el curso de un arroyo, un pequeño torrente que brotaba de las profundidades del Bosque de los Susurros y que gorgoteaba, gemía y reía, parloteando incesantemente con una charla vacía de todo significado y aun así tan curiosamente tranquilizadora como los ruiditos de un bebé. Acabaron llegando a una extensión de rocas que parecían escalones para gigantes y fueron subiendo por ellas, saltando y corriendo como niños hasta que hubieron llegado a un pequeño risco. Un estanque rocoso creado por la naturaleza se extendía debajo de ellos, formando una laguna lo suficientemente grande para que los niños pudieran ir por ella y perseguir a los pececillos. Después venían los árboles, viejos y sabios robles gigantescos cubiertos de musgo. Y en las alturas, entre las ramas de los árboles, había una aldea.

Mangas Verdes se detuvo encima de un pequeño promontorio rocoso y la contempló, con la mano de Kwam entre sus dedos y sintiéndose tan deleitada como siempre que la veía.

Casi todas las casas eran pequeñas cabañas, situadas a distancias del suelo que iban desde los dos metros hasta los quince. Había docenas de ellas, medio ocultas entre las ramas como nidos de pájaros gigantes. Algunas se alzaban en solitario sobre postes, mientras que a otras se podía llegar mediante una escalera. Otras, que se encontraban todavía más arriba, estaban unidas entre sí mediante puentes de cuerdas y tablones y, finalmente, por escaleras.

Una de las cabañas más alejadas del suelo, suspendida entre un par de ramas que oscilaban suavemente, pertenecía a Mangas Verdes y Kwam: era su santuario particular. A su alrededor, y encima y debajo de ella, había cabañas más pequeñas en las que dormía y vigilaba su guardia personal. En otro árbol, sostenida por largas vigas y ocupando todo el hueco de dos grandes ramas, estaba el hogar de Gaviota y Lirio, con sus chozas parecidas a colmenas para los lanceros de Gaviota. En lo más alto de los árboles y alejada de todas las demás, había una cabaña solitaria, la morada de los estudiantes de magia,

que había sido colocada en aquel sitio por si se daba el caso de que un hechizo llegara a producir resultados inesperados. Además había otras chozas para los cocineros, las familias de la guardia personal, los suministros, y para otras funciones. Hechas de madera y cubiertas con tejados de corteza, las cabañas parecían nudosidades que hubieran brotado de los mismos árboles. En realidad muy bien hubiesen podido serlo, pues Mangas Verdes había supervisado toda su lenta y meticulosa construcción: no había ni un solo clavo de hierro en ninguna de las cabañas y los árboles, y todo se mantenía unido mediante clavijas, cuerdas trenzadas con fibras de corteza y soportes hábilmente tallados.

Aquel pueblecito suspendido en las copas de los árboles era el centro y el corazón del ejército de Gaviota y Mangas Verdes. El resto del ejército estaba esparcido por el bosque y en las tierras de los alrededores, con el contingente más alejado, la Centuria Roja, acampando fuera del Bosque de los Susurros a unas tres horas de trayecto a caballo. Con tanta gente, el ejército no podía mantenerse excesivamente junto por miedo a causar daños al terreno y difundir enfermedades, lo que les obligaba a mantener una cierta distancia entre las distintas fuerzas. En caso de necesidad, naturalmente, Mangas Verdes podía conjurar a centenares de combatientes con un gesto de su mano. La joven druida creía tener el poder suficiente para desenraizar todo aquel bosque y llevarlo volando hasta la Luna de las Neblinas..., suponiendo que hubiera sabido volar.

Y había momentos en los que se preguntaba si no debería hacerlo, pues el susurrar del bosque había empezado a debilitarse poco a poco.

Mangas Verdes podía recordar sin ninguna dificultad que cuando era más joven y recorría las arboledas en sus solitarios vagabundeos el bosque burbujeaba y silbaba con un murmullo incesante, como si mil personas estuvieran hablando en un tono de voz demasiado bajo para poder ser oído, como si los mismos árboles estuvieran conversando y compartieran sus secretos unos con otros. El viento parecía agarrarse a las ramas, trayendo noticias con cada ráfaga. El ruido había asustado a las personas normales, por lo que sólo una retrasada y un leñador que tuviese la cabeza tan dura como un martillo osaban aventurarse por el bosque. Pero durante los tres últimos años, el murmullo se había reducido a un simple trino casi perdido en las alturas que parecía tan débil como la canción de las cigarras a finales del verano. Mangas Verdes no sabía por qué se habían desvanecido

los susurros, y tampoco sabía si volverían cuando se fueran del bosque algún día..., o si morirían del todo, y si algo misterioso y maravilloso desaparecería del mundo con su muerte.

Y ésa sería otra culpa que añadir a las muchas que ya soportaba. Pues Mangas Verdes sabía que habían dañado el bosque de numerosas maneras. Por mucho que mirasen dónde ponían los pies y procurasen no hacerse notar, la presencia de tantos seres humanos había supuesto un impacto terrible para el bosque. La joven druida, que percibía y comprendía de una manera instintiva la naturaleza de cuanto la rodeaba, podía sentir el lento compactamiento de la tierra, oler el hedor de los desperdicios que se iban infiltrando en las aguas del subsuelo y sentir la mordedura de las hachas y las sierras que se hundían en los árboles tan claramente como si lo hicieran en su propia carne. Mangas Verdes había remediado una parte de los daños mediante la magia, conjurando gusanos, curando la corteza y animando a las plantas a que creciesen, pero no podía disipar todos los daños.

Mangas Verdes sabía que no podían vivir eternamente en aquel bosque..., no si querían que siguiera siendo el mismo bosque de siempre.

--Y si no hablo en nombre de los árboles, ¿quién lo hará?

--¿Qué has dicho, cariño?

Kwam había estado esperando pacientemente, al igual que sus guardias personales, mientras Mangas Verdes permanecía absorta en sus pensamientos. La joven druida se dio cuenta de que había empezado a lamentarse en voz alta, y se sintió un poco avergonzada.

Kwam apretó suavemente su manecita de piel endurecida por toda una vida al aire libre.

--Ya sabes que puedes olvidarte de la cruzada cuando lo desees, ¿no? Podríamos vivir en cualquier sitio, tú y yo solos... O podrías vivir sola, si lo prefieres, y yo vendría a visitarte. Puedes hacer lo que quieras, porque mereces ser feliz y porque eres dulce, maravillosa e inapreciable.

La archidruida, una de las hechiceras más poderosas que jamás hubieran caminado por los Dominios, sollozó como una niña pequeña mientras le estrechaba entre sus brazos.

--Oh, Kwam... Ojalá supiera lo que quiero...

Un grito, una carcajada y un chillido atrajeron la atención de Mangas Verdes.

Una niña que aún no tenía dos años y que iba vestida con una

camisita andaba descalza por el bosque, persiguiendo algo alrededor del tronco de un árbol. De repente su padre salió de detrás del árbol gritando «¡Buuu!», y la niña chilló. Un gemido ahogado brotó de sus labios como preparación para el llanto, pero Gaviota la tomó en sus brazos y provocó nuevos chillidos de cerdito.

Jacinta, llamada así por una flor, como era costumbre entre muchas mujeres de la perdida aldea de Risco Blanco y de su madre en sus días de bailarina, tenía la piel muy blanca y las mejillas sonrosadas, igual que Gaviota y Mangas Verdes en sus días infantiles. Pero su cabellera era tan negra como el ala de un cuervo, igual que la de Lirio.

Gaviota dejó a la niña en el suelo y echó a correr con su hija persiguiéndole, y Lirio se puso una mano en los ríñones y siguió a su hija en sus exploraciones. Gaviota había ordenado que sus hijos debían ser orgullosamente independientes y que todos tenían que permitir que fuesen donde quisieran..., dentro de los límites de la seguridad. Después de todo, siempre había veinte o treinta Lanceros Verdes cerca.

Kwam besó a Mangas Verdes y se excusó, diciéndole que tenía que volver a su trabajo. Seguida por sus Guardianas del Bosque, la joven druida llegó a tiempo de oír cómo Jacinta volvía a chillar. La niña había descubierto el escondite de su padre, y agarró a Gaviota del faldellín cuando éste intentaba echar a correr. Apenas sintió el diminuto tirón, Gaviota soltó un ruidoso *ooof* y se derrumbó sobre el suelo del bosque, y su hija empezó a bailar sobre su estómago de puro deleite. Lirio dijo que se iba a echar una siesta, y sonrió a su cuñada al pasar junto a ella. Mangas Verdes tuvo que reaccionar rápidamente cuando Gaviota le lanzó a su aullante hijita.

--¡Cógela, tía!

--¡Gaviota!

Pero Mangas Verdes se las arregló para no dejar caer el bultito que se retorcía entre sus manos y que suplicaba volver a ser lanzado por los aires. Mangas Verdes prefirió sostener a la niña cabeza abajo hasta que se le puso la cara roja, y después le dio la vuelta y la dejó en el suelo para que fuese a perseguir gorriones.

Gaviota, que conocía a su hermana mejor que ninguna otra persona, alargó una mano hacia ella y le revolvió los cabellos.

--¿A qué viene esa cara tan larga, mi enfurruñada hermana?

La joven druida se peinó los cabellos con los dedos.

--¿Se me nota? Estaba intentando parecer lo más alegre posible...

Los dos hablaban como si estuvieran solos, pues habían aprendido a ignorar la proximidad de sus omnipresentes centinelas. Debían hacerlo, o de lo contrario jamás hubieran abierto la boca.

--¿Nunca te cansas de luchar, Gaviota?

Un fruncimiento de ceño ensombreció el moreno rostro del leñador, pero un rápido encogimiento de hombros volvió a alisar su frente. Gaviota metió las dos manos bajo su ancho cinturón marrón. Mangas Verdes volvió a fijarse en su mano izquierda, la mano mutilada a la que le faltaban los últimos tres dedos. Podría haberlos regenerado sin ninguna dificultad, tal como la anciana Chaney había regenerado la rodilla lesionada de Gaviota. Pero su hermano nunca le había pedido que lo hiciese, y Mangas Verdes no había querido entrometerse ofreciéndose a ello. Se preguntó si la razón de que no se lo hubiera pedido había que buscarla en esa repulsión aparentemente innata que Gaviota sentía hacia la magia, o si prefería seguir careciendo de aquellos dedos como un símbolo de los tiempos en que había sido un simple leñador alejado de la magia y de las preocupaciones del mundo.

--Sí, hay momentos en que me siento harto de luchar --le dijo a su hermana--. Seguir el rastro de los hechiceros y dar una buena paliza a sus esbirros, monstruos y tormentas puede llegar a ser una labor realmente agotadora. A veces me siento como si estuviera intentando hacer retroceder a la marea con un cubo... Pero es el destino que nos han asignado los dioses. Hubo un tiempo en el que derribaba árboles, y ahora derribo hechiceros. Por lo menos se me da bastante bien, ¿no? Aunque me habría encantado envejecer en Risco Blanco, cuidar de la familia cuando papá y mamá ya no estuvieran allí para hacerlo, enseñar nuestro oficio a Gavilán y los demás y contarles nuestras historias y leyendas... Claro que entonces nunca habría conocido a Lirio.

Volvió a encogerse de hombros. Gaviota no era la clase de hombre del que se pudiera esperar que dedicase mucho tiempo a pensar en el sentido de la vida.

--Pero ¿durante cuánto tiempo podremos seguir haciendo esto, Gaviota? ¿Cuánto tardará en llegar el momento en que... no podamos seguir haciéndolo?

--No lo sé. Supongo que seguiremos haciéndolo hasta que yo sea demasiado viejo para dar palizas a los monstruos, y entonces otra persona se encargará de hacerlo. La generala Jacinta, quizá. --Pensar en su pequeña llevando un casco de acero adornado con plumas le

hizo sonreír--. O hasta que me maten, lo cual es más probable. Pero también podría morir cortando árboles. Bueno, eso es otra razón más para que juegue con mi hija ahora que puedo hacerlo... Pero tenemos una reunión de oficiales.

El general del ejército apartó las manos de su cinturón, aceptó su hacha de un lancero y cogió a su hermana por el codo.

--Sí. --Mangas Verdes suspiró, pero no se resistió--. Siempre la celebramos a esta hora del día.

* * *

El sueño se negaba a acudir, por lo que Mangas Verdes salió cautelosamente de debajo del brazo de Kwam y se levantó de la cama. Con el cielo como única vestimenta, Mangas Verdes salió de su diminuta choza a la plataforma que la rodeaba, se apoyó en la barandilla del balcón y alzó la mirada hacia las estrellas que giraban en el cielo para contemplarlas a través de las hojas. Dos Guardianas del Bosque, inmóviles a ambos lados del árbol, ignoraron concienzudamente su presencia.

Y las dos se sobresaltaron cuando una vocecita rompió el silencio de la noche.

--¿Por qué estás tan triste y seria, niña?

Mangas Verdes vio el fantasma de una mujer, una silueta blanca sentada en las ramas del gigantesco roble rojo un poco más arriba de donde estaba ella.

--Hola, Chaney.

Sus guardias intentaron fingir que el fantasma no estaba allí.

Mangas Verdes estaba desnuda y tenía la piel muy blanca, por lo que contemplar al fantasma era como mirarse en un espejo. Chaney había pasado a parecerse mucho a Mangas Verdes, o quizá fuese al revés.

Chaney había sido una poderosa archidruida que había tomado a Mangas Verdes bajo su tutela y protección, enseñándole cuanto sabía: muchos años de conocimiento se habían comprimido mágicamente en unos cuantos meses. Por aquel entonces Chaney era una ruina humana, con un lado de su cuerpo marchitado por los repetidos ataques de apoplejía. Se iba muriendo por centímetros igual que un árbol, pero había mantenido a raya a la muerte mediante la magia hasta que su estudiante estuvo preparada. Después había insuflado su último aliento en los pulmones de Mangas Verdes y le había

transmitido toda su energía mortal, cargándola con un poder que estaba más allá de toda medida.

Cuando murió, Chaney era un cascarón reseco, pero había vuelto convertida en una joven belleza.

Como «sombra» --no fantasma o espíritu--, Chaney era esbelta, con el rostro en forma de corazón y una larga cabellera que tenía el color de las hojas de las hayas en otoño. Llevaba, como siempre, una sencilla túnica de lana blanca, e iba descalza. A veces Mangas Verdes se preguntaba si los pies de las sombras llegaban a tocar el suelo espectral sobre el que caminaban.

La druida muerta habló a la druida viva.

--Te preocupa la forma en que tu presencia y la de tus amigos pueda afectar a este bosque, ¿no? Pues deja de inquietarte, querida. La naturaleza es más fuerte de lo que parece. Un árbol cae y muere, pero su corteza y sus huesos se convierten en suelo para que mil árboles como él puedan crecer en años futuros. El bosque aguantará las pisadas de unos cuantos pies, y seguirá haciéndolo hasta que se hayan ido. Pero noto que hay otros asuntos que también te preocupan.

Mangas Verdes hizo un mohín. ¿Acaso era tan transparente, tan tenue como aquella sombra, para que todo el mundo pudiera discernir sus pensamientos? Aun así, decidió pedirle consejo.

--¿Cuáles... son nuestras responsabilidades para con los demás, mi señora? ¿Cómo...? ¿Debo ocuparme de cada queja que se presente ante mí? ¿Debo resolver todos los problemas? ¿Debemos encontrar y castigar a todos los hechiceros que ponen sus poderes al servicio de su maldad? Si lo que dicen las historias es verdad, entonces un gato no tendría vidas suficientes para castigar a la centésima parte de ellos.

Los labios de la druida muerta se curvaron en una sonrisa un poco distante.

--¿Te quejas de que la gente acude a ti con sus problemas, y luego te apresuras a exponerme los tuyos?

--Oh. Eh...

Si hubiera podido, Mangas Verdes se habría dado una buena patada en el trasero. Eso era exactamente lo que estaba haciendo, por supuesto.

--Responsabilidades... --El espectro de Chaney no le estaba dedicando toda su atención, y resultaba obvio que había algo en el éter que la distraía--. Recordar es tan difícil... Concentrarse en las obras y acciones de los mortales cuesta mucho. Sus problemas

parecen tan triviales... Pero también me parece recordar que eres responsable de las responsabilidades que aceptas, ¿verdad? Seguramente es una cuestión de sacrificio, ¿no? Todos debemos estar preparados para hacer el sacrificio final...

Mangas Verdes reprimió un suspiro. Una respuesta circular no le servía de nada. Chaney se le había aparecido en muchas ocasiones desde su muerte, y cada vez hacía misteriosas alusiones a secretos e ideas que eran tan incomprensibles como si estuvieran expresados en otro lenguaje. Mangas Verdes había descubierto que los muertos ya no sentían prácticamente ningún interés por los vivos, y eso hacía que resultara muy difícil comunicarse con ellos.

Pero lo que dijo Chaney a continuación la sorprendió.

--Otros hablan de ti, niña, y pretenden hacerte daño --dijo.

--¿Otra vez, o todavía? --preguntó Mangas Verdes--. Durante los últimos años nos hemos ganado tantos enemigos que apenas puedo contarlos. Pero los tengo bajo control, al menos por lo que yo sé.

Aun así, no había que olvidar que Petalia también había hablado de gente que podía querer hacerle daño. Era extraño... Chaney hablaba desde más allá del velo, y sin embargo había utilizado las mismas palabras. Un estremecimiento recorrió la columna vertebral de Mangas Verdes, y la joven se rodeó la cintura con los brazos.

La mirada de Chaney se perdió en la lejanía.

--Espero volver a verte, hija. Puede que pronto pase a los brazos del Siervo de Gaia, el recolector de almas de los verdes bosques... Pero en cuanto a tus responsabilidades, siempre has de estar preparada para hacer el sacrificio final...

Y la druida muerta se desvaneció con aquel último susurro surgido del otro mundo.

Como recuerdo de su visita, Chaney sólo le dejó una rama en la que ya no había nadie, un repentino vacío tan doloroso como un agujero en su vida, y la palabra «sacrificio». Pero ¿acaso no había hecho suficientes sacrificios? Mangas Verdes casi no disponía de tiempo para ella misma, y ya hacía años que no lo tenía.

Alzó la mirada hacia el cielo y vio que las nubes habían cubierto las estrellas. Mangas Verdes lo había sabido sin necesidad de mirar, por supuesto, pues todo su ser vivía en una misteriosa armonía con el clima y el mundo, pero era una vieja costumbre.

--El mundo nos presta demasiada atención --murmuró, y después bostezó y giró sobre sus talones para volver a la cama--. Y yo hago aparecer nuevas preguntas a partir de las preguntas. Bly, Doris...

Buenas noches.

--Buenas noches, mi señora --respondieron las dos Guardianas del Bosque al unísono.

Mangas Verdes se deslizó bajo el brazo de Kwam y tiró de las mantas hasta taparse, y después se quedó inmóvil y se dedicó a escuchar los sonidos del bosque. La noche era fresca, silenciosa y apacible, y el susurro mágico apenas podía ser oído. Su corazón latía con el mismo ritmo que el palpitar del bosque.

Pero algo le dijo que negros nubarrones de tormenta estaban empezando a hervir al otro lado del horizonte.

_____ 5 _____

Una brizna de ceniza gris destelló sobre la luminosa blancura de la arena.

El potente sol hacía que resultara difícil verlo, pero la brizna de ceniza creció rápidamente hasta convertirse en una nubécula que se revolvió y tembló como si estuviera siendo agitada por uno de esos vendavales que crean remolinos de polvo, alzándose rápidamente hasta que acabó trazando la silueta de un hombretón acorazado. Su armadura parecía estar formada por piezas sacadas de muchos lugares distintos: algunas eran de plata adornada con filigranas rojas y el resto eran de acero, que estaba oxidado en algunos lugares. Un yelmo provisto de dos enormes astas de res con las puntas rotas ocultaba su cabeza. El hechicero tiró del enorme casco hasta sacárselo. Una vez revelado, se pudo ver que era gordo y con grandes papadas, y que se estaba quedando calvo y no prestaba demasiada atención al aseo. Sólo tenía un ojo. Era Haakón Primero, que se había nombrado a sí mismo Rey de las Malas Tierras.

--¡Ya iba siendo hora de que llegaras! --gruñó una mujer que vestía una túnica marrón adornada con franjas amarillas. La mujer estaba borracha, y su voz pastosa prolongó las palabras. Su larga cabellera negra, que en tiempos había sido lustrosa y abundante, colgaba lacia y muerta alrededor de sus hombros y le tapaba la mitad de la cara--. ¡Hemos empezado sin ti!

--¡Sin mí no sois nada! --gruñó Haakón--. ¡Maldición! ¡Este sitio está más caliente que las bisagras del Infierno! ¿Por qué debemos reunimos en esta isla infernal?

Haakón buscó refugio de aquel sol abrasador en un pabellón que había sido cubierto con un techo de hojas recién cortadas tan grandes como orejas de elefante. El dosel quedaba conectado mediante varias pasarelas protegidas por tejadillos a un gran número de chozas que parecían colmenas, y el conjunto formaba una gran mansión de bambú y hojas de palmera. Detrás del pabellón se extendía una playa de arenas blancas que relucían como diamantes y un mar tropical de un azul tan oscuro como el del zafiro. La entrada del pabellón daba a una jungla repleta de gruesas hojas que crujían y susurraban bajo la brisa marina.

Inmóviles bajo la sombra del pabellón había nueve extrañas siluetas que tenían muy poco en común salvo la magia y el odio.

Haakón, al que aquel calor tropical estaba asando a pesar de la

brisa, se quitó unas cuantas piezas de la armadura. Dos hechiceros se apartaron un par de metros para escapar del hedor que desprendía su cuerpo. Haakón se dejó caer sobre un sillón hecho con tallos de bambú atados mediante tiras de corteza, y un hombre moreno y delgado se apresuró a ir hacia él con una bandeja. Encima de ella había jarras talladas a partir de cocos de las que rebosaba un líquido espumoso. Haakón cogió dos jarras y se las bebió ávidamente, aunque después empezó a quejarse apenas las hubo apurado.

--¡Aaaj! ¿Y a esto le llamáis cerveza? ¡Bah! ¡Antes preferiría beber meados de caballo!

Dacian, la mujer de los cabellos oscuros, eructó y pidió más bebida con un lánguido gesto de la mano.

--¡Por las rocas de Ragnar que brindaré por eso! --exclamó--. ¡Ah, ojalá los dioses quieran enviarnos una lluvia de vino!

La hechicera apuró una jarra y después se la arrojó al sirviente, que se apresuró a retroceder con la cabeza inclinada.

--No abuses de mí y de mi ayuda, Dacian.

Su anfitrión movió lánguidamente una mano para despedir a los sirvientes, y el hombre de piel morena se fue hacia una aldea cuyos tejados de hojas podían ser entrevistos al final de la playa y a lo largo de una curva de jungla. Unas cuantas barcas de pesca adornadas con tallas estaban varadas en la playa, pero no había nadie moviéndose a su alrededor. Los aldeanos habían aprendido a mantenerse invisibles.

Liante llevaba una túnica de franjas que recorrían todos los colores del arco iris, con el azul del dobladillo llevando al amarillo en su cintura y unas aparatosas alas rojas brotando en los hombros. Sus rubios cabellos estaban peinados hacia atrás y dejaban toda la frente al descubierto. Hubo un tiempo en que el hechicero se los untaba con una mezcla de agua y cal para que no se movieran, pero allí no disponía de cal y no le había quedado más remedio que recurrir a la grasa de manatí, que desprendía un olor hediondo e imposible de disimular por mucho perfume que se utilizara. Liante parecía un joven de no más de veinte años de edad, pero había una red de arruguitas muy finas alrededor de sus ojos y su boca, y tenía los ojos de un anciano.

--Acabo de conseguir que estos nativos aprendieran a obedecer --dijo--. Tuve que matar a su rey y a su reina y a una media docena más antes de que se sometieran. Son tozudos, pero tratables.

--¡Me importan un cuerno tus condenados problemas con el maldito servicio doméstico! --se burló Dacian--. ¡Enséñales a cultivar la

uva, y entonces servirán de algo!

--¡Ya has bebido suficiente zumo de uva, y te ha llenado la boca de un cotorreo insoportable que nos tortura los oídos mientras nos distrae de nuestro auténtico propósito! --replicó otra mujer.

Era muy hermosa y tenía un porte tan majestuoso como el de una reina, con su rubia cabellera aureolándole la cabeza y una túnica casi transparente de un rojo deslumbrantemente luminoso. Estaba jugueteando distraídamente con un báculo adornado por una protuberancia tallada a su imagen y semejanza. Era Fabia de la Garganta Dorada, Sacerdotisa del Culto de lo Invisible. Fabia poseía vastos poderes de persuasión, y en un pasado no muy lejano había logrado crear una colonia cerrada de seguidores para que la adorasen. Después se había dedicado a «ganar» nuevos conversos mediante la práctica del secuestro, para lo que atacaba puertos de mar y caravanas de mercaderes. En cuanto los rumores sobre ella llegaron a oídos de Gaviota y Mangas Verdes, los dos hermanos y un puñado de combatientes fueron remando hasta la isla una noche, llegaron hasta el lecho de Fabia mediante un hechizo de camuflaje y la metieron dentro de un saco. Despojada de sus seguidores y sus posesiones y dejada en libertad, Fabia había descubierto que sin adoradores su compañía resultaba tan insoportable que ni ella misma la aguantaba.

--¡Deja de sisear! --siseó una mujer delgada y no muy alta que estaba medio recostada en un sillón.

Tenía la cabellera rojiza y ensortijada y llevaba una túnica azul adornada con bordados de oro y un cinturón muy ancho recubierto de remaches, y calzaba botas de media caña. La mujer era una hechicera del océano, y sostenía en su mano una lanza con una larga punta en forma de lágrima. La lanza parecía muy vieja y delicadamente trabajada, pero era una simple copia. Mangas Verdes le había quitado la auténtica Lanza del Mar, que la hechicera del océano había utilizado para agitar los mares y convertir en un infierno la vida de los pescadores hasta que le pagaban tributo. Era Dwen de la Isla Blanca.

--¡Me ponéis enferma! ¡Os peleáis como gatos atados dentro de una bolsa!

--Dada nuestra situación, bien podríamos estar atados dentro de una bolsa..., y ciegos y con los tendones cortados además.

Immugio, el cruce de ogro y gigante, era demasiado grande para poder caber en un sillón, por lo que estaba tumbado sobre la fresca arena sin importarle que su tosco atuendo de piel de oso tapase su cuerpo o no. La máscara de muerte que había arrancado del rostro de

su padre tenía un aspecto mucho menos impresionante que antes: estaba manchada de barro y grasa y había sido ennegrecida por el humo, y su mueca amenazadora se había convertido en una sonrisa sardónica.

--Espero que algunos de vuestros sirvientes se nieguen a obedecer --gruñó el gigante--, pues eso me proporcionaría una excusa para comérmelos. Estas gachas y el pescado no sacian mi apetito, y tengo tanta hambre que podría despedazar a un hombre como si fuese una langosta y darme un banquete con sus entrañas.

Dacian torció el gesto ante la idea, y después eructó. Fabia siguió contemplando el mar tan impasiblemente como si el gigante no hubiera hablado. Sólo se relacionaba con humanos «perfectos». Cualquier otra criatura era un animal, y tanto daba que hablase como que no pudiese hacerlo. Dwen empezó a golpear un poste que había perdido la pintura con la contera de su lanza, removiéndose nerviosamente como si tuviera muchas ganas de irse de allí.

Atronadora, la Reina de los Trasgos tomó un sorbo de cerveza de coco y soltó una risita. No había bebido mucho, pero incluso esa pequeña cantidad de alcohol había bastado para embriagarla. Atronadora vestía una maltrecha piel de jabalí tan llena de piojos y pulgas que parecía ser capaz de moverse por sí sola, y una capa harapienta que en tiempos lejanos había sido un cortinaje de un castillo. Su piel era de un verde grisáceo y su cabellera canosa, y su frente estaba rodeada por una corona hecha con clavos torcidos. Era flaca, y tan baja que puesta en pie su coronilla apenas rozaba la cintura de un humano normal. La jarra que sostenía en las manos parecía un barrilete.

--¡Sí, sí! ¡Me encantaría poder devorar un hígado que no tuviera gusanos! Trae a una sirvienta joven, Liante, y haz que se enfade para que podamos cortarle las piernas.

Algunos gimieron. El único que permanecía en silencio era Gurias, quien afirmaba ser de Tolaria aunque nunca había visitado aquel lugar. Con sus rizos de un rubio rojizo y su flácido bigote, sus calzones rojos y su doblete de brocado azul, el joven hechicero tenía mucho calor y notaba picores por todo el cuerpo. La pluma roja que adornaba su sombrero azul se inclinaba sobre su rostro y se le metía en la comisura de un ojo. Gurias también tenía sus agravios, pues era un esclavo a pesar de su garrote mágico y de los hechizos que le permitían lanzar relámpagos y robar la fuerza vital. Aquellos hechiceros tan peligrosos no le gustaban nada y deseaba estar en otro

sitio, pero Liante le había conjurado: Gurias no podía viajar a través del éter, y en consecuencia tenía que permanecer allí.

La única que no se quejaba era Karli de la Luna del Cántico, una hechicera del desierto de luminosa cabellera blanca y piel tan morena que casi era negra. Llevaba una camisa y unos pantalones muy holgados, zapatillas rojas que le permitían volar y una chaqueta en la que había cosidos muchos botones: la prenda era su grimorio, y cada botón era el recordatorio y la marca de un hechizo. Karli estaba disfrutando enormemente con la apurada situación de los hechiceros y se burlaba de ellos con sus chispeantes ojos negros, siendo la única que trataba a Liante como si fuese su igual. Los dos se sentaban juntos y solían hablar en susurros, aunque las conversaciones siempre eran un poco lentas y vacilantes porque Karli no había aprendido su lenguaje hasta hacía poco.

El grupo contaba con dos miembros más que no se hallaban presentes en aquel momento. Al final de la playa se podía divisar a un hombre ya bastante mayor de larga cabellera ceñida por una banda de cuero que vestía una capa de armiño y una túnica de piel de cabra a pesar del calor. Su túnica estaba adornada con el símbolo de un águila roja, y una maza mágica colgaba de su cinturón. El hombre silbó y alzó un brazo, y un águila roja envuelta en llamas descendió del cielo. Las llamas se extinguieron cuando el águila se posó sobre el antebrazo del hombre. Un gigantesco lobo dormía a la sombra detrás de él. Ludoc era un hechicero de las montañas.

En algún lugar de la jungla se ocultaba un troll verdigris de lacia cabellera y cuerpo recubierto de verrugas. También era un hechicero, pero a la hora de darse un nombre sólo se le había ocurrido llamarse Sanguijuelo.

Liante había hecho posible aquella reunión ordenando a los hechiceros que vinieran, o conjurándolos mediante sus poderes. Karli le había ayudado en aquella labor, pues había una diferencia entre ellos dos y las otras nueve presencias.

Los nueve --Haakón el de la armadura, el ogro Immugio, la ebria Dacian, el joven Gurias, la hermosa Fabia, Atronadora la Reina de los Trasgos, la impaciente Dwen del océano, Ludoc de las montañas y el troll Sanguijuelo-- compartían el infortunio de estar esclavizados, pero no por Liante. Todos se habían enfrentado al ejército de Gaviota y Mangas Verdes y habían sido derrotados, y cada uno había sido coronado con el casco de piedra de la sumisión, y cada uno había sido atado por ligaduras invisibles a Mangas Verdes y dejado en «libertad

bajo palabra» después: la archidruida del Bosque de los Susurros podía hacerlos aparecer ante ella en cualquier momento y pedirles cuentas de sus actos. Actualmente todos y cada uno de ellos eran esclavos de las personas normales y corrientes a las que antes habían esclavizado como «peones», y todos hervían con un resentimiento que no se apagaría jamás.

Y cada uno de ellos, gracias a una inexplicable peculiaridad del casco mágico de piedra, podía ponerse en contacto con los otros hechiceros esclavizados, aunque Mangas Verdes desconocía ese hecho. Al principio Dacian y Haakón se habían unido para crear un congreso de hechiceros que se opusiera a Gaviota y Mangas Verdes. Después habían establecido contacto con Karli, la hechicera del desierto, que había tocado el casco durante un fugaz instante. Después se habían puesto en contacto con Liante.

Y de repente se habían encontrado convertidos en sus esclavos.

Liante y Karli eran los dos únicos hechiceros «libres» del congreso. Habían luchado con los hermanos hasta llegar a una situación de tablas y luego habían conseguido huir. Contaban con la ventaja de poder ocultarse indefinidamente a los ojos de Mangas Verdes, y eso les había permitido asumir el control del congreso.

Y a medida que iban transcurriendo los años se fueron poniendo en contacto con otros hechiceros sometidos y, finalmente, los habían traído hasta allí aquel día.

Para un propósito que todavía tenía que ser revelado...

La discusión prosiguió mientras la cerveza seguía fluyendo, pero Liante acabó arrojando su coco detrás de él. Se limpió la espuma del bigote e interrumpió la algarabía con un potente grito.

--¡Basta, pandilla de estúpidos! No os he conjurado para que os emborrachéis hasta perder el conocimiento o para que os atraquéis con mis sirvientes. Ya va siendo hora de que hablemos. ¿Dónde está ese idiota de Ludoc? --Liante silbó, y el canoso hechicero de las montañas fue de mala gana hacia el congreso. Su lobo le siguió con la lengua asomando por entre las fauces--. Supongo que no hay ninguna necesidad de que hagamos venir a Sanguijuelo. Hará lo que se le diga, o sufrirá las consecuencias.

Liante arrancó la jarra de las temblorosas manos de Dacian y la lanzó fuera del pabellón. La hechicera protestó al verse tan bruscamente privada de su preciado licor, pero Liante la silenció con el dorso de su mano.

--Se acabaron las quejas --dijo secamente--. Nosotros, Karli y yo,

estamos preparados para empezar. Diremos qué ha de hacerse, y vosotros recibiréis órdenes. Después podréis volver a vuestras cavernas, pantanos o cervecerías.

Los ojos de Liante recorrieron el círculo de miradas sombrías y llenas de furia, pero el hechicero vestido con los colores del arco iris siguió hablando al ver que nadie protestaba.

--Eso está mejor. Haced lo que os digo y nos llevaremos bien. He decidido que por fin ha llegado el momento de iniciar nuestra campaña. ¡Vamos a atacar!

Y apenas hubo pronunciado esas palabras, todos empezaron a protestar.

--¡No podemos oponernos a Mangas Verdes! --gimoteó Dacian--. ¡Tiene diez veces tanto poder como todos nosotros juntos! ¡Es como una diosa! Oh, ya hace mucho tiempo que debería haberse marchado de los Dominios para caminar entre los planos... ¡Sólo los dioses saben por qué sigue en este valle de lágrimas! Hubo un tiempo en el que yo podía caminar entre los planos, pero ese maldito casco me mantiene atada a este plano.

--Y el ejército de Gaviota se vuelve más temible a cada día que pasa --gruñó Ludoc, que se inclinaba bajo el peso de su águila--, y cada soldado es más leal que un sabueso de guerra. Incluso tienen una centuria a la que llaman «Perros Negros».

--¡Y los artefactos! --intervino Fabia con su voz dulce y melodiosa mientras colocaba un mechón de cabellos en el sitio adecuado para que no alterase la perfección de sus ondas--. ¡Se dice que tienen montones de grimorios tan altos que llegan hasta el techo, y suficientes armas mágicas para armar a toda una compañía!

--Cierto --dijo Liante--. Las he visto.

--¿Qué? --preguntó a coro media docena de voces--. ¿Has visto los tesoros de Mangas Verdes?

--¿Todavía tienen mi lanza? --preguntó Dwen--. ¡Mi lanza vale lo que cien asquerosos artilugios mágicos! ¡Necesito recuperarla! Podía agitar los mares como si fuesen un charco removido por un palo. Puede separar las aguas hasta revelar el lecho del océano, o invocar la lluvia y el relámpago...

--Nos aburres --gruñó Immugio sin moverse. El ogro-gigante estaba apoyado en los codos, y el calor había empezado a adormilarle--. Yo puedo hacer caer el rayo con un chasquido de mis dedos.

--¡Métete los dedos en la nariz! --replicó Dwen--. ¡Antes hubiera

podido hacer que el mar te persiguiera hasta la cima de una colina y te ahogara como a una rata..., o como a un jabalí lleno de grasa!

--¡Ya veremos quién está gordo, enana!

El gigante se dispuso a levantarse, pero la voz de Liante hizo que enseguida volviera a quedarse inmóvil.

--¡Siéntate y cierra la boca! --le ordenó Liante--. ¡Estamos aquí para mejorar nuestra situación, no para pelearnos como niños!

El gigante gruñó y siguió levantándose, más alto ya que Liante incluso estando medio acostado en el suelo.

--¡Estoy harto de que me digáis lo que he de hacer! ¡No veo que tengas ninguna cicatriz! ¡Lo único que haces es esconderte entre las sombras, tan lejos del ejército de Gaviota que la gente es de un color distinto y el océano está caliente! ¿Qué clase de cobarde...?

Liante, sin inmutarse en lo más mínimo, cogió una varita plateada que colgaba de su cinturón y rozó la rodilla del gigante con su punta.

El gigante aulló mientras su pierna se convulsionaba en una sacudida tan violenta que faltó poco para que se le rompieran los huesos. Immugio se llevó las manos a ella, siseando de dolor, pero sus manos se retorcieron y se convirtieron en garras, tensándose hasta que llegó un momento en el que pareció que los dedos iban a partirse. Immugio alzó las manos, pero entonces fue su espalda la que sufrió un espasmo. El gigante se orinó encima cuando su columna vertebral osciló de un lado a otro como un arbolillo azotado por el vendaval. Sus mandíbulas entrechocaron con tanta fuerza que el impacto le rompió un diente. La desgarradora agonía siguió y siguió, un músculo luchando con otro en un sinfín de convulsiones y retorcimientos sin que Immugio pudiera controlar ninguno de ellos. El hechizo se fue disipando poco a poco. Los torturados músculos de Immugio se relajaron, y el gigante se quedó inmóvil entre jadeos y silbidos ahogados.

Los otros hechiceros dejaron de discutir entre ellos y prestaron atención. Habían aprendido la lección.

--Como estaba diciendo, seguid mis órdenes y triunfaremos --dijo Liante mientras devolvía el cetro disruptor a su cinturón--. Quedaréis libres del yugo de Mangas Verdes, tanto ella como su hermano estarán muertos y su ejército se dispersará. Nos llevaremos sus artefactos como botín y los dividiremos, y luego podréis volver a vuestras tierras y reanudar vuestras miserables existencias. Y ahora, estaros quietos y callados mientras voy a buscar una cosa.

Nada se movió salvo las hojas agitadas por la suave brisa marina

y el águila de Ludoc, que se estremeció y esponjó su plumaje, agitando las plumas de su cola sobre la capa de armiño de su dueño y señor.

Liante salió de una cabaña sosteniendo en sus manos una caja de madera tan larga y ancha como el ataúd de un niño.

Los hechiceros estiraron los cuellos para ver qué había dentro de la caja apenas Liante hubo levantado la tapa. La única característica común a todos ellos quizá fuera su adicción a la magia, y aquella caja parecía estar lo suficientemente llena de ella para brillar y centellear.

--Aquí dentro hay herramientas que nos devolverán la libertad --dijo Liante--. O que nos permitirán dar el primer paso por el camino que lleva a la libertad, pues además necesitaréis ingenio, valor y cooperación. Que los dioses nos ayuden... --añadió, hablando en un murmullo tan débil que nadie más pudo oírlo.

Liante metió la mano en la caja y extrajo un artefacto.

--¡Contemplad nuestra salvación!

Colgando de la mano de Liante había un pentáculo de aspecto muy curioso sostenido por una cadenilla de plata. Los brazos de la estrella eran de madera amarilla y estaban rodeados por un anillo de hierro. Dentro de aquel anillo había otro anillo hecho con una piedra preciosa de color rojo y, en su centro, una hormiga atrapada en un trozo de ámbar.

--¿Qué es? --preguntó Dwen con cauteloso respeto.

Nadie quería probar el cetro disruptor. Immugio apenas podía mantenerse sentado en el suelo, y todavía estaba temblando.

--Algo muy viejo --Jijo Liante--. Es más viejo que cualquier criatura viviente. Este pentáculo une a la tierra a quien lo lleve puesto, atándole al suelo. También se podría decir que te mantiene unido a ti mismo, lo que te permite ir más lejos y obtener mayores logros. Pero todo eso no nos interesa ahora. Lo que debe interesarnos es la cualidad de unir a la tierra y dejar atado a ella al que posee el pentáculo.

--No... --empezó a decir Fabia, y un instante después lo entendió--. ¿Atar? ¿Quieres decir que si uno de nosotros se lo pone..., entonces podría permanecer donde está y donde desea estar?

La mayoría de hechiceros comprendieron inmediatamente lo que significaba aquello, y enseguida empezaron a gritar pidiendo que se les entregara el pentáculo. Liante los redujo al silencio levantando una mano.

--Cierto --dijo--. Te deja unido al sitio en el que estás y en

consecuencia no puedes caminar entre los planos, pero tampoco puedes ser invocado... por nadie. Mangas Verdes podría tratar de conjuraros hasta ponerse azul, pero arrancaros del lugar en el que estuvierais le resultaría tan imposible como desenraizar del suelo un fresno con las manos desnudas.

--¡Pero sólo hay un pentáculo! --gruñó Ludoc, sudando abundantemente bajo sus pieles--. ¡No hay forma alguna de que todos podamos utilizarlo!

Como respuesta, Liante metió la otra mano en la caja y sacó de ella media docena de pentáculos.

--¡Ya no! Usando un hechizo de invisibilidad, y una gran cantidad de buena suerte, me introduje en la cabaña donde Mangas Verdes guarda todos sus tesoros mágicos y robé el primer pentáculo. Parece ser que Mangas Verdes lo necesitó en una ocasión, pero ahora ya no lo necesita y por eso lo entregó a sus estudiantes. Después busqué por todos los Dominios y gasté más dinero del que nunca veréis en toda vuestra vida, e hice que fabricaran copias y que éstas fueran impregnadas con la magia del pentáculo original.

--Entonces... ¡Somos libres! --gritó Dwen.

Y un instante después todos estaban riendo, aullando y cantando, chillando y frotándose las manos, incluso Immugio.

Liante dejó que se desahogaran durante un rato y después alzó la mano para pedir silencio a los hechiceros. Lo consiguió, así como su extasiada atención.

--Y esto no es todo. Mi plan tiene muchas facetas, más que ningún diamante... Seremos libres, y nuestro triunfo no tardará en llegar. Permitidme que conjure algo más y veréis la segunda parte de nuestra salvación. Pero --añadió--, tened cuidado con lo que hacéis, porque esta vez no se tratará de ningún artefacto...

Liante abrió su grimorio, un libro protegido con refuerzos de estaño que colgaba de su cinturón, fue pasando las páginas hasta detenerse en una y se apartó un poco del grupo para que los otros hechiceros no pudiesen oírle, y murmuró un hechizo.

Un diminuto punto de claridad apareció sobre las resplandecientes arenas de la playa, y en cuestión de segundos fue creciendo hasta alcanzar la altura de un hombre..., y luego se fue haciendo más y más alto.

Los hechiceros quedaron boquiabiertos.

El hombre conjurado por Liante medía más de dos metros, y su cuerpo estaba tan recubierto de músculos que recordaba a un jabalí

despellejado. Llevaba un faldellín negro con franjas rojas, un arnés de guerra de cuero, botas de media caña y unos brazales de cuero rojo. El rojo simbolizaba la sangre. Un fantástico yelmo de hierro cubría su cabeza. Dos delgadas láminas de rubí hacían que sus ojos reluciesen con un oscuro resplandor rojizo, y los complicados colmillos que brotaban de la mitad inferior del yelmo le proporcionaban la mueca salvaje y amenazadora de un tigre dientes de sable. Unos cuernos curvados cuya forma imitaba la de las astas de un reno se enroscaban alrededor de su yelmo para acabar apuntando hacia adelante y quedar suspendidos más allá de su frente y sus mandíbulas. Colgando de un grueso cinto recubierto de remaches, tan larga que su punta rozaba el suelo, había una temible espada que exigiría ambas manos para ser manejada.

El guerrero cruzó los brazos sobre el pecho, haciendo que sus músculos ondularan como un nido de pitones, y contempló a los hechiceros con el ceño fruncido. Algunos se percataron de que no parecía sentir la más mínima sorpresa por haber sido conjurado hasta allí, lo cual significaba que debía de haber estado esperando la llamada de Liante.

Fabia, sacerdotisa de las «personas perfectas», se sintió transportada al séptimo paraíso apenas contempló todo aquel imponente despliegue de virilidad.

--¿Quién es?

--Un señor guerrero de Keldon --anunció Liante con una sonrisa--, surgido de las salvajes y oscuras tierras norteñas de los kelds, donde los fuertes sobreviven consumiendo a los débiles. Está totalmente a mi servicio. Él y su adiestramiento especial han costado todavía más dinero que todos esos pentáculos.

--¿A qué «adiestramiento especial» te refieres?

Todos volvieron la mirada hacia el sitio del que había surgido aquella voz. Gurias, el más joven de todos los presentes, había hablado por primera vez.

Liante frunció el ceño.

--Oh, eso son detalles que no tienen ninguna importancia... --dijo--. Baste con decir que este señor guerrero de Keldon vencerá a Gaviota el leñador.

--¿Tiene tropas? --preguntó Immugio. El ogro-gigante ya había conseguido dejar de temblar--. Un señor guerrero no sirve de nada sin soldados a los que mandar.

--Conseguiremos tropas --respondió Liante sin inmutarse. La brisa

marina se había reforzado, y agitaba su cabellera untada de grasa alrededor de su rostro--. Tú tienes orcos...

--No dejaron ni uno con vida.

El hechicero vestido con los colores del arco iris suspiró.

--Obtendremos más. Fabia todavía tiene unos cuantos seguidores. Dwen tiene a sus cavernícolas. Karli puede conjurar más guerreros que granos de arena hay en el desierto. Las tropas no son ningún problema..., y esta vez sí que podremos confiar en ellas. Nada de salir corriendo en plena batalla, ¿entendido?

--¿Por qué no van a hacerlo? --preguntó Ludoc--. ¿Cómo conseguirás llenar sus almas con la auténtica furia del guerrero? O, por lo menos, con un deseo de combatir lo bastante grande para que venzan a los voluntarios de Gaviota, quiero decir...

Liante se volvió hacia el señor guerrero de Keldon e inclinó la cabeza, dándole a entender que era él quien debía responder a esa pregunta.

Los hechiceros se incorporaron para poder ver lo que iba a ocurrir, y mientras lo hacían la jungla se agitó y primero una docena, luego dos y finalmente todos los nativos de la isla surgieron de entre la espesura, desde la abuela más anciana hasta el niño más pequeño transportado en los brazos de su madre.

El señor guerrero alzó una robusta mano y les indicó que avanzaran. Los nativos se fueron acercando, a regañadientes pero sin poder resistir su llamada. Todos eran apuestos y sanos, gentes bien alimentadas de piel morena y cuerpo fortalecido por toda una vida dedicada a la caza y la pesca. Cuando los nativos hubieron avanzado, moviéndose al unísono como si fuesen un solo animal gigantesco hasta hallarse a unos cuatro metros del señor guerrero, éste dio una palmada.

--¡Luchad!

Y los plácidos rostros de los nativos se retorcieron al instante para adoptar las expresiones más horribles y llenas de odio imaginables. Un hombre dejó caer su puño sobre la sien de su vecino. Un muchacho bajó la cabeza y la incrustó en el estómago de su madre. Una mujer dejó caer a su bebé para que fuese pisoteado mientras agarraba a un hombre por los cabellos y se los arrancaba a puñados. Otro hombre, que había sido derribado, se agarró a su pierna y la mordió hasta que la sangre empezó a fluir. Dos hombres le patearon con sus pies descalzos hasta que el hombre quedó inconsciente o agonizante, y después empezaron a luchar entre ellos. Una madre

intentó sacarle los ojos a su hija con las uñas, y le mordió la oreja.

Los hechiceros estaban aturdidos ante toda aquella carnicería. En cuestión de minutos, sólo los nativos más fuertes y rápidos seguían vivos, cubiertos con su sangre y con la de otros, y todavía continuaban luchando entre ellos. Cuando la última pareja de combatientes hubo caído, ya fuese debido al agotamiento o a la pérdida de sangre, sólo unos cuantos aldeanos se retorcían débilmente en el suelo. Los demás, horriblemente mutilados, habían quedado inmóviles para siempre.

Liante dio la espalda al espectáculo y señaló al señor guerrero de Keldon con un dedo. El hedor de la sangre era casi insoportable, pero la brisa marina no tardó en empujarlo hacia el interior de la isla. Gaviotas y otras aves marinas empezaron a moverse en círculos sobre los cuerpos, preparándose para hundir sus picos en los muertos y los agonizantes.

--Ahí está vuestra respuesta --dijo Liante--. Un señor guerrero de Keldon hace surgir en los demás el deseo incontenible de luchar tan eficiente y salvajemente como él, y cualquier contingente de combatientes se convierte en una tropa de fanáticos suicidas. ¿Creéis que los voluntarios de Gaviota y Mangas Verdes, esos estúpidos con los ojos llenos de nobles sueños, podrán resistir a una fuerza más grande decidida a sembrar tal destrucción?

Los hechiceros menearon la cabeza, perplejos y todavía un poco aturdidos. Después aceptaron sin rechistar los pentáculos que Liante fue repartiendo, y se los colgaron del cuello.

--Y ahora, y mientras esperamos a que Mangas Verdes decida convocaros y descubra que no puede hacerlo --y ya han pasado varios meses desde que se tomó la molestia de hacerlo por última vez--, iréis reuniendo fuerzas y esperaréis mi señal para hacer saltar la trampa. ¡Ya sólo es cuestión de días que seamos libres de una vez y para siempre!

Ludoc e Immugio, más endurecidos y sedientos de sangre que los otros hechiceros, lanzaron ruidosos vítores. Pero los demás guardaron silencio. Sus mentes estaban repasando aquella nueva oportunidad y la información que se les acababa de proporcionar, e intentaban dar con una forma de utilizarla en provecho propio. Nadie confiaba en Liante como señor de esclavos: si podía repartir artefactos mágicos, también podía quitarlos. Como consecuencia lógica de ello, cada hechicero empezó a pensar en cómo podía salvar su pellejo, ser libre, utilizar a los demás y acabar controlando la situación.

Fabia de la Garganta Dorada vio una forma de conseguirlo. Echó hacia atrás su dorada cabellera, fue contoneándose hacia el señor guerrero de Keldon y rozó su robusto brazo con la suave piel del suyo. Después, con un contacto tan suave e impalpable como el de su caricia, desplegó un hechizo para leer sus pensamientos, pero descubrió que su cabeza estaba llena de confusión. La mente de aquel hombre era tan sencilla como la de un niño.

«Muy útil», pensó.

--Oh, qué fuerte sois, mi gran señor --ronroneó mientras empleaba otro hechizo creado hacía mucho tiempo por Gwendlyn di Corci, la gran seductora--. Decidme, ¿quedaréis en libertad para obrar a vuestro antojo cuando hayáis acabado de servir a Liante?

El trueno ahogado de la voz del señor guerrero tardó bastante en responderle.

--Liante quiere que mate a Gaviota el leñador, y así lo haré --dijo por fin--. No hay ninguna otra meta que alcanzar.

--Ah, pero cuando hayáis hecho lo que desea Liante, entonces seguramente querréis tener otra meta... --Fabia se pegó al gigante y deslizó juguetonamente los dedos de un pie a lo largo de su pantorrilla desnuda--. ¿Habéis pensado... en ser rey de algún lugar, con una reina a vuestro lado...?

--¡Matar a Gaviota el leñador! --gritó el señor guerrero de repente, extendiendo los brazos y alzando sus temibles puños. El inesperado empujón hizo que Fabia acabara con el trasero encima de la arena--. ¡Muerte a Gaviota y Mangas Verdes!

Fabia se levantó y se apresuró a reparar los daños sufridos por su atuendo y su dignidad. Después se volvió, hecha una furia, mientras Liante reía a carcajadas.

--El señor guerrero es mío, Fabia. Será mío en cuerpo y alma hasta que haya dejado de serme útil, ¿entiendes? Búscate otro compañero de juegos. --El hechicero vestido con todos los colores del arco iris extendió un pulgar hacia el campo lleno de aldeanos muertos--. Puede que él te sirva.

Immugio, que se alzaba sobre los cadáveres como una torre, se frotó las manos y chasqueó los labios.

--¡Esta noche cenaremos espléndidamente!

--Bien --dijo Gaviota--, la gran pregunta a la que todavía tenemos que responder es qué haremos a continuación.

Un clamor de voces le contestó, pues todos tenían sus propias opiniones y llevaban días discutiendo aquel tema.

Nadie se dio cuenta de que Mangas Verdes llegaba, se envolvía en su capa llena de bordados y tomaba asiento sobre un gran banco. Cada mediodía, justo después de haber comido, celebraban una reunión a la que asistían todos los «oficiales» del ejército. La reunión tenía lugar debajo de un pabellón, que en realidad sólo era un toldo atado a cuatro postes en el Bosque de Mangas Verdes. La mayoría de los oficiales estaban allí, incluidos algunos a los que la joven druida apenas conocía. Últimamente había tantas caras nuevas en el ejército que Mangas Verdes solía tener la sensación de que acababa de llegar. La guardia personal de Gaviota, los Lanceros Verdes, rodeaba el pabellón, inmóvil en posición de descanso con las lanzas inclinadas hacia un lado. Un poco más lejos, allí donde el cauce del arroyo se iba ensanchando, un grupo de ayudantes y mozos de establo cuidaban de los caballos de los oficiales.

La cabecera de la mesa estaba ocupada por su hermano Gaviota, quien tenía todo el aspecto de un gran señor de la guerra, aunque --y el chiste había llegado a ser conocido por todos-- únicamente admitía ser un leñador. Su dignidad, que Gaviota nunca había sabido defender con demasiada eficacia, se veía seriamente comprometida por la presencia de su hijita Jacinta, que se había instalado encima de sus hombros. La pequeña se agarraba a las orejas y los cabellos de su padre, y agitaba sus piernecitas regordetas con tanto entusiasmo que no paraban de tamborilear sobre el chaleco de cuero de su padre.

Lirio, la cuñada de Mangas Verdes, también estaba allí, apoyada en varios almohadones para que sostuvieran una espalda dolorida y un estómago protuberante. Lirio había asumido «temporalmente» el puesto de furriel una mañana cuando el viejo Donahue murió apaciblemente durante el sueño. Tan bien adiestrada en el oficio de hacer negocios como en las artes de las cortesanas, Lirio se había encargado de asegurar que los suministros, armas, ropas y provisiones afluyeran sin problemas al campamento y se distribuyeran correctamente dentro de él. Para gran sorpresa de todos, Lirio incluida, había demostrado ser una furriel insuperable y el puesto le había sido asignado de manera permanente. Lirio seguiría

desempeñándolo mientras se lo permitiera el embarazo.

Unas funciones que Mangas Verdes sabía no desempeñaba eran las de naturaleza mágica. Dejando aparte las emergencias, Lirio (y Gaviota) consideraban que el manejar maná mientras se estaba embarazada o se cuidaba de un niño resultaba demasiado peligroso, ya que la tensión podía acabar siendo excesiva para el cuerpo y la mente. Mangas Verdes pensó que había momentos en los que admiraba a Lirio por ser capaz de llevar una vida más sencilla que la suya.

Varrius, moreno y de negra barba, informó sobre el estado de sus «centurias»: las centurias eran compañías de cien soldados, un término que Varrius había traído consigo desde la ciudad de mercenarios junto al mar donde nació. Había cuatro centurias a las que se había dado nombres de colores y, últimamente, de animales: los Escorpiones Rojos, las Focas Azules, los Osos Blancos e, inexplicablemente, los Perros Negros.

Helki, la centauro de la armadura pintada y adornada con volutas, las plumas y los brazales, también estaba allí. Capitaneaba la Caballería Rosada, una compañía mixta formada por humanos y centauros, y su compañero, que se encontraba de campaña, capitaneaba la Caballería Amarilla o Dorada. El toldo que formaba el techo del pabellón había sido levantado en un punto, formando una especie de picacho especial para que la centauro pudiera mantenerse erguida sobre sus cuatro patas. A Mangas Verdes le caía muy bien Helki por su osadía y su feroz lealtad, pero también le gustaba por su sentimentalismo: los centauros eran capaces de ponerse a entonar canciones sobre el hogar y acabar llorando en cualquier momento.

Jayne, apodada «Tintineos», estaba presente y vestía los colores oscuros del bosque: gris, marrón y verde musgo. Su único adorno era una pluma negra cosida en cada hombro, el emblema de los Cuervos, los exploradores que eran los ojos del ejército y que podían secuestrar o matar a un centinela en plena línea de los puestos de guardia sin que se moviera ni una sola hoja. Durante los últimos meses los exploradores habían atraído a algunas personas realmente peligrosas: los nuevos reclutas eran gentes de la frontera que habían luchado durante cada día de sus vidas, y que no temían infiltrarse en territorio enemigo armadas con un cuchillo y un lazo de estrangulador. Un grupo de zíngaros de Pradesh se habían enrolado como exploradores hacía poco. Habían logrado pillar por sorpresa a su capitana durante una prueba de capacidades de exploración porque su cuchillo hacía

un poco de ruido dentro de la vaina, y por eso le habían puesto el apodo de «Tintineos». Los zíngaros eran tan silenciosos que el resto del ejército los consideraba fantasmas.

También estaba presente Armiño, la joven de ojos de cierva que mandaba la compañía de arqueras de D'Avenant, una fuerza que sólo admitía mujeres y cuyas integrantes vestían totalmente de negro, como otros tantos cuervos. Mangas Verdes se había preguntado en más de una ocasión qué motivo oculto haría que aquellas mujeres se consagraran tan devotamente a sus arcos y a sus compañeras.

Y también estaba allí Uxmal, inmóvil encima de un taburete porque si hubiera estado sentado como los demás apenas le habría llegado a la cintura a Gaviota. Uxmal y sus gentes conseguían destacar incluso en un ejército repleto de inadaptados y gente rara. Treinta de ellos habían entrado en el campamento una mañana. Tenían un acento muy extraño y hablaban de una manera bastante curiosa, y dijeron que venían «de los sures, allende las colinas y las grandes aguas». Aquellas criaturas, que debían de ser gnomos o enanos, tenían la piel muy oscura y negras barbas recogidas en pequeñas trenzas sujetadas mediante anillos de oro. (Todos tenían barba, pero entre el ejército se habían hecho apuestas sobre la existencia de algunas hembras.) Llevaban toscos chaquetones de franjas multicolores y sombreros puntiagudos, pero no usaban calzado, pues las plantas de sus pies eran tan duras como el pedernal. Cada enano tiraba de uno o dos extraños animales de carga, unas criaturas de hirsuto pelaje gris amarronado llamadas llamas. Uxmal, que necesitó bastante tiempo para ello, consiguió explicarles que habían venido de muy, muy lejos para unirse al ejército de «Gavioto y Mangosverdes». Cuando Gaviota les preguntó qué podían hacer, los enanos sacaron palas, picos y azadones de las alforjas y levantaron un pequeño baluarte antes de que fuese la hora de cenar. Gaviota les dio la bienvenida como si fueran viejos amigos, y los enanos pasaron a ser conocidos como el cuerpo de zapadores del ejército. A Mangas Verdes le encantaba oír su burbujeante charla musical y las carcajadas guturales que brotaban de sus labios por cualquier cosa.

Y, finalmente, tenían a un renegado de ojos sombríos y mirada neblinosa llamado Nazarius que capitaneaba una especie de jauría humana que se había dado a sí misma el nombre de Mártires de Korlys (sin que nadie supiera quién podía ser el tal Korlys). Vivían para morir en la batalla, y siempre se lanzaban salvajemente al corazón de cualquier contienda. También se negaban a irse. Gaviota y los otros

oficiales opinaban que eran útiles: luchaban como perros rabiosos, aterrorizaban al enemigo, absorbían flechas y rompían una y otra vez las líneas del adversario. Además, pronto habrían muerto todos. En aquellos momentos, de los cincuenta y cuatro Mártires de Korlys originales ya sólo quedaban dieciséis.

Aquellos hombres que se llamaban a sí mismos mártires no eran los únicos personajes extravagantes que se habían unido al ejército. La nueva de la cruzada contra los hechiceros se había difundido hasta muy lejos, llegando a tierras de las que nunca habían oído hablar, y las gentes llegaban desde todos los puntos de la rosa de los vientos para unirse a ellos. Los lisiados venían arrastrándose sobre las manos. Jóvenes que se habían escapado de sus granjas se presentaban trayendo consigo horcas y cerdos. Un herrero había aparecido con dos mulas y se había puesto a reparar la bestia mecánica de Stiggur sin que nadie le pidiera que lo hiciese. Una mujer rubia decía ser una encantadora de plantas, aunque hasta el momento nadie le había visto obrar ningún encantamiento sobre el mundo vegetal. Un derviche santo muroniano predicaba el fin de los Dominios desde lo alto de un carro, aunque sólo los Mártires de Korlys le escuchaban. Una compañía de cartógrafos, dirigida por la sabia Kamee a la derecha de Gaviota, iba haciendo mapas de los territorios que atravesaba el ejército y entrevistaba a todos los que podían hablar, intentando llenar los agujeros existentes en sus mapas. Un grupo de bibliotecarios anotaba las leyendas, los rumores y las historias. También había talabarteros, zapateros remendones, armeros, cocineros y ayudantes, arrieros, leñadores, enfermeras y maestros.

Y, naturalmente, también estaba el contingente de estudiantes de magia de Mangas Verdes, que dedicaban su tiempo a coleccionar y descifrar pergaminos y objetos arcanos.

La joven druida tenía todavía más aliados ocultos en las profundidades de su mente. La marca que podía guiarla hasta sus amigos de las entrañas del bosque, los arqueros elfos capitaneados por una mujer de rostro lleno de cicatrices y un parche encima de un ojo, nunca estaba demasiado lejos de ella. Otra marca llevaba hasta un volcán tropical en el que moraban centenares de seres-hormiga, antiguas creaciones de la Guerra de los Hermanos olvidadas por todos y que apestaban con un hedor de ácido fórmico tan potente como el de una caverna llena de murciélagos. Cuando eran conjurados, los seres-hormiga luchaban con una furia irracional y sin sentir ni la más

pequeña sombra de miedo. Mangas Verdes también podía conjurar muchas criaturas más, desde escuadrones de trasgos malhumorados y siempre dispuestos a pelearse entre ellos hasta ágiles lobos de las montañas, pasando por elementales de los planos perdidos en los confines más remotos del éter.

«Hay tantas cosas y tantas criaturas de las que acordarse...», pensó Mangas Verdes, y de repente se sintió muy cansada. Cogió un racimo de uvas y comió distraídamente unas cuantas, y al hacerlo descubrió que no tenía hambre. Su mente y su alma estaban demasiado llenas. Ah, había tantos factores que debían ser meticulosamente recordados y equilibrados... Los elfos, por ejemplo, lucharían, sí, pero nunca se quedarían mucho rato en el campo de batalla, y además mataban inmediatamente a los orcos o los trasgos sin importarles cuál fuera el bando en el que estuvieran. Y los soldados-hormiga no podían luchar en lugares fríos y, por alguna razón desconocida, no soportaban el sonido de los tambores y atacaban a los músicos. En cuanto a utilizar a sus amigos del bosque, la gente siempre le estaba sugiriendo que conjurase osos y lobos para emplearlos en las batallas, y Mangas Verdes siempre estaba explicándoles que los animales nunca luchaban a muerte, y que las leyes de la naturaleza hacían que se limitaran a enfrentarse para dirimir cuestiones de rango con el perdedor huyendo o sometiéndose despues de haber sido derrotado, por lo que en una batalla sólo podían servir como diversión.

Y Mangas Verdes estaba tan harta de luchar...

Aquel día, como de costumbre, la mesa de los oficiales estaba repleta de carne, pan y frutas y rodeada por una continua agitación de manos y mentones. Gaviota presidía la reunión desde la cabecera, escuchando a todo el mundo y discutiendo cuando era necesario, para acabar tomando decisiones basadas en la justicia y el sentido común que generalmente eran aceptadas sin ninguna protesta.

Se habló de muchos temas: una repentina escasez de hierro, problemas con aguas contaminadas en el Valle Dorado, una pelea a cuchillo que se había producido entre los Rojos, un grupo de huérfanos a los que no parecía haber forma de controlar, nuevas tácticas de combate desarrolladas por los centauros, y muchas más cosas. Mangas Verdes, que estaba absorta en sus pensamientos, no prestaba demasiada atención a las conversaciones.

Algo arrancó las uvas de sus dedos, que se habían ido aflojando a medida que se distraía.

Doris deslizó una robusta mano bajo la mesa por detrás de ella y la retiró sosteniendo un bulto informe que se debatía, bufaba y lanzaba patadas. Mangas Verdes chasqueó la lengua.

--Oh, eres tú.

La criatura que se retorcía era un trasgo, el único de su ejército, un ladronzuelo grosero y malhablado llamado Sorbehuevos. El trasgo tenía la piel de un gris verdoso y cabellos grises surcados por una franja más oscura que le daba el aspecto de una mofeta, y vestía unos sucios harapos confeccionados a partir de la piel de un conejo viejo y lleno de calvas..., y tenía la boca llena de uvas que un instante después procedió a esparcir sobre la armadura de cuero blanco de Doris.

--¡Suéltame, suéltame! ¡No he cogido nada!

--¡Sí que lo has hecho! --Doris le sacudió. Sorbehuevos no pesaba más que un perro--. ¡Robaste las uvas de mi señora de su misma mano!

--¡No lo hice! ¡Y de todas maneras yo quería un muslo de pollo, pero nadie quiere dármelo!

Doris sacudió al duende con la violencia suficiente para hacer que le castañetearan los dientes, pero Mangas Verdes la detuvo e hizo que el trasgo fuera depositado en el suelo sin haber sufrido ningún daño. Después la joven druida arrancó un muslo del pollo más cercano y se lo alargó.

--¿Ya está? ¿Te quedarás satisfecho ahora? --preguntó.

Sorbehuevos contempló la ofrenda con tanta suspicacia como si estuviera envenenada, y después la agarró de un manotazo.

--No tiene mucha carne. Siempre me tocan las sobras que nadie más quiere... ¿Y sin galletas?

Mangas Verdes suspiró y alzó los ojos hacia el cielo, pero le dio una galleta. Sorbehuevos la cogió con otro manotazo y se dispuso a salir corriendo, pero chocó con las piernas de Doris e intentó agacharse para pasar entre ellas. La corpulenta Guardiana del Bosque le atrapó la cabeza entre las rodillas.

--¿Qué tienes que decir a mi señora?

--¡Que me sueltes, eso es lo que tengo que decir! --La voz de Sorbehuevos quedaba ahogada por las rodillas de Doris--. Oh, ¿por qué todo el mundo siempre se está metiendo conmigo? ¡No he hecho nada!

Mangas Verdes se estaba riendo.

--Ay, Sorbehuevos... ¿Por qué siempre robas comida cuando

estamos dispuestos a dártela de buena gana si la pides? Oh, suéltale, Doris... Te llenarás de pulgas.

Sorbehuevos huyó como una exhalación apenas hubo sido liberado, y el trasgo giró sobre sus talones y se dispuso a burlarse de ellos en cuanto estuvo lo suficientemente alejado para no tener que temer ninguna represalia.

--¡Ja! ¡Siempre os robo todo lo que me da la gana, bobos gigantes! Orugas gordas y perezosas, no podéis pillar a Sorbe...

El trasgo, que había estado corriendo hacia atrás, se olvidó del arroyo. Sorbehuevos tropezó con una roca y cayó al agua con un aparatoso chapoteo.

--¡Odio el agua! --balbuceó mientras veía cómo su galleta se le disolvía en la mano.

Una gran trucha surgió de la nada y se alejó con el muslo de pollo. Sorbehuevos soltó un aullido y se zambulló en su persecución.

La mitad de la mesa ya se estaba riendo, pero Kamee --que había perdido plumas, tinteros y mapas enteros a causa de las depredaciones del pequeño ladrón-- estaba muy seria.

--¿Por qué toleras la presencia de esa plaga ambulante, general? --preguntó--. ¡No sólo no hace nada, sino que además siempre está creando problemas! Roba, provoca peleas...

Gaviota se encogió de hombros. El movimiento hizo que su hijita subiera y bajara sobre su espalda, y la pequeña se rió.

--Sorbehuevos es una especie de mascota. Quedó abandonado después de la primera incursión contra..., la primera incursión contra... Bueno, da igual. --Gaviota se refería a la batalla que había destruido Risco Blanco--. Nunca he entendido por qué sigue con nosotros: podría haberse escapado sin ninguna dificultad para unirse a otros trasgos con los que hemos luchado. Pero no me molesta que siga aquí. Es nuestro amuleto de la buena suerte.

--Más bien de la mala suerte --murmuró Varrius, que también había perdido algunos objetos de su tienda.

--Bueno, mi padre solía decir que tener alguna clase de suerte, aunque sea mala, siempre es mejor que no tener ninguna. Bien... --Gaviota alzó las dos manos, mostrando siete dedos--. Ahora volvemos al tema de qué debemos hacer. Pero antes de que volvamos a esa vieja discusión, quiero que escuchéis a Kamee. Tiene algunas noticias que tal vez puedan orientarnos a la hora de tomar una decisión.

La líder de los cartógrafos y bibliotecarios fue desenrollando un

gran mapa dibujado hacía muy poco tiempo, estirándolo sin apresurarse y con el rostro tan solemne como de costumbre.

--Según lo que hemos podido deducir --declaró mientras unas cuantas manos colocaban pesos sobre las esquinas del mapa--, este ejército ha explorado y pacificado la mayor parte del extremo norte de este continente.

--¿De veras? --preguntó Gaviota--. ¿Nosotros hemos hecho eso?

--En su mayor parte, sí --replicó Kamee, y deslizó una mano nudosa y manchada de tinta por encima del mapa--. Aquí, al sur y al este de nosotros, está el lugar en el que se alzaba Risco Blanco. Hemos utilizado ese sitio como punto de partida. Ahora sabemos que el Bosque de los Susurros se extiende unas veinte leguas hacia el oeste, y luego se va convirtiendo en un bosque corriente más o menos por el sitio donde está el cráter de la estrella. El oeste es un pantano y luego hay colinas, y después están las montañas del Borde Helado y finalmente el océano, en un puerto llamado Concordia. Yendo unas doce leguas hacia el norte, encontramos el sitio en el que se alzaba el monolito de basalto, y no muy lejos de allí se encuentra la península más distante de nosotros...

Kamee siguió hablando, pareciendo dibujar con su mano mientras todos contemplaban con expresión fascinada cómo el continente se iba desplegando ante ellos.

--Al norte y al este tenemos las Montañas de Humo, donde derrotamos a Gurias de Tolaria y a Immugio, el mestizo de gigante. Nuestros exploradores siguieron avanzando a través de las montañas y no encontraron ninguna evidencia de que hubiera hechiceros haciendo de las suyas, por lo que se desviaron hacia el este y descubrieron otro mar. Las gentes de aquellas tierras lo llaman el Mar de las Ballenas, debido a las enormes bestias marinas que pasan por allí cada invierno. El mar del oeste es conocido generalmente como el Mar de Fuego por sus magníficos crepúsculos. En el norte hay un estrecho llamado el Desgarrón, que es evitado por los marineros debido a sus veloces corrientes.

»Hemos anotado los nombres de los continentes que rodean toda esa zona. Al norte se encuentra Puerto del Hielo, y al oeste hay unos archipiélagos llamados Islas de las Especias. Al este tenemos Puerto de Piedra, que ha obtenido su nombre de las enormes montañas que se alzan a lo largo de su costa. Pero debo advertiros de que éstos son los nombres que les dan nuestros navegantes, pues sin duda las gentes de esos lugares los conocen por otros nombres.

Kamee añadió que el continente en el que se encontraban solía ser llamado Aerona, por una antigua diosa de la fertilidad que se sacrificó a sí misma para que la gente pudiera plantar cosechas sobre su cuerpo.

--Aerona --dijo Gaviota, visiblemente asombrado--. ¡Sí! Ya había oído llamarlo así antes. El viejo Diente de Lobo y Morven, un marinero, empleaban ese nombre. Pero pensar que estamos dando nombre a mares que nunca hemos visto...

--¿Qué tal se están portando esos hechiceros cautivos a los que marcaste, Mangas Verdes? --preguntó Kamee mientras los oficiales examinaban el mapa.

--¿Eh? Perdona, ¿qué has dicho? --La joven druida meneó la cabeza: era como si su mente estuviera repleta de objetos que no conseguía ordenar--. Oh, supongo que están bien...

--¿Bien? --preguntó Gaviota--. No queremos que «estén bien», Verde. Queremos que sufran y que sean lo más desgraciados posible.

Mangas Verdes frunció el ceño, irritada con su hermano y consigo misma. Tenía que admitir que había transcurrido bastante tiempo --¿un mes, o más?-- desde que conjuró a sus «prisioneros en libertad condicional». Le bastaba con tirar del hilo invisible que se extendía a través del éter y podía traerlos ante su presencia, y Mangas Verdes pensaba que si los convocaba aproximadamente una vez al mes ninguno de ellos podría tramar excesivas maldades. Pero...

--Lo siento. Los he descuidado un poco, pero he estado muy ocupada. Y...

--¿Y qué, Verde? --preguntó pacientemente Gaviota, que siempre trataba a su hermana pequeña con cariñosa solicitud.

--Yo... --Mangas Verdes se calló e intentó poner algo de orden en sus pensamientos--. Debo confesar que este sistema de control no me gusta demasiado. Después de todo, soy una druida y tengo la misión de proteger el bosque y a quienes no pueden hablar por sí mismos. Debo crear un equilibrio entre las necesidades de las criaturas capaces de pensar y las que no piensan... No soy una carcelera --concluyó--, y el problema es que hay tantos hechiceros que sencillamente no puedo estar vigilándolos a cada momento. Podría pasarme días enteros conjurándolos para averiguar qué tal se están portando.

La inacabable discusión sobre qué debía hacer exactamente el ejército con un hechicero capturado se extendió inmediatamente por toda la mesa, pero Gaviota alzó las manos para acallarla.

--Esperad, esperad. Soy el primero en admitir que Mangas Verdes ha tenido que cargar con la pesada tarea de vigilar a nuestros cautivos y que eso es injusto para ella, pero estoy un poco confundido. ¿Cuántos hechiceros hemos aprisionado con esas cadenas místicas?

Mangas Verdes se encogió de hombros.

--He perdido la cuenta. Todos los combates se han mezclado en mi memoria, y ya no consigo distinguir uno de otro.

Lirio, en su calidad de furriel general del ejército, carraspeó y rebuscó entre un montoncito de papeles y pergaminos hasta extraer una hoja.

--Hemos luchado con... Oh, cielos. Verde tiene razón: hay demasiados. Tenemos sometidos a... Veamos: Haakón, Dacian la borracha, Dwen de la Isla Blanca, Atronadora la Reina de los Trasgos, ese asqueroso troll llamado Sanguijuelo, el viejo Ludoc con su águila llameante, Fabia la sacerdotisa, ese mocoso que había decidido llamarse Gurias de Tolaria, Immugio, el ogro-gigante... Hay otros que no han sido sometidos. Veamos... Llegamos a un compromiso con la Reina de los Duendes. Garth el Tuerto de la Casa de Oor-Tael en Kush se retiró a sus viñedos, pero nos ayudará en el caso de que lo necesitemos. Ese impostor que se hacía llamar «Hijo de Adun Escudo de Roble» se ahorcó. Esa horrible hechicera elfo, Chundanosequé, murió. Y... Unos cuantos hechiceros se las han arreglado para seguir en libertad: tenemos a esa mujer del desierto de la piel morena y la cabellera blanca, Karli de la Luna del Cántico. También tenemos a la mujer de la túnica de piel de búfalo que invocó a los pájaros para que nos atacaran, y luego está el de los cuernos de carnero que lanzaba piedras, y los gemelos vestidos de seda verde... Aquella chica pelirroja que podía correr tan deprisa... Y eso es todo.

--Y Liante --gruñó Gaviota--, que destruyó nuestra aldea, mató a nuestra familia y permitió que Gavilán, nuestro hermano, fuera esclavizado.

Lirio asintió.

--Sí, también.

Y al que Gaviota había servido como encargado de las caballerías y ella misma como bailarina, hasta que los dos fueron traicionados por Liante.

--Tantos... --murmuró Gaviota--. ¿Quién habría pensado que el éxito podía llegar a suponer tal carga? Pero Verde tiene razón. Una sola persona no puede mantener controlados a tantos hechiceros. Debemos encontrar alguna manera más sencilla de someter a esos

bastardos...
La vieja controversia volvió a surgir. Varrius, el soldado, agitó las manos en el aire.
--¡Esos hechiceros son como vampiros, dama Mangas Verdes, y os ruego que me perdonéis! --exclamó--. La mejor manera de tratarlos es cortarles la cabeza, llenarles la boca de ajos y enterrarlos en una tumba lo más profunda posible. Eso les quitaría las ganas de...
--¡No podemos quitar la vida a sangre fría! --replicó Kamee--. ¡Y necesitamos a esos hechiceros! Si consiguiéramos convertirlos al bien, podrían curar a los enfermos, enseñarnos a preparar pociones...
--Que proporcionen zanjas y letrinas con la pala y el azadón --dijo Uxmal, hablando con cierta dificultad porque tenía la boca llena de uvas--. Y si los remolones se hicieran, entonces forzoso sería usar el látigo...
Helki meneó la cabeza y sus crines hicieron crujir las hojas encima de ellos.
--Sería mejor encerrarlos en un sitio. Algún castillo remoto del que no pudieran escapar...
Armiño, de las arqueras de D'Avenant, blandió su arco.
--¡Podríamos utilizarlos como dianas para hacer prácticas de puntería! Es lo único para lo que sirven...
Mangas Verdes se envolvió en su capa adornada con bordados mientras la discusión proseguía a su alrededor, se levantó de la mesa, y atravesó el claro moteado por las luminosas manchas de sol. Cuatro guardias personales la siguieron.
Mangas Verdes se levantó un poco las faldas y subió por la escalera que corría alrededor del gigantesco roble rojo. Una de sus guardias la precedió y otra fue detrás de ella, y las dos restantes se quedaron en el comienzo de la escalera.
Cuando llegó al final de la escalera, la joven druida se encontró con la cámara redonda de madera en la que los estudiantes de magia investigaban sus preciados artefactos. Daru --una mujer bastante robusta que llevaba los cabellos cortos--, estaba allí, así como el alto y moreno Kwam. Daru murmuró una excusa en cuanto vio entrar a Mangas Verdes, y salió de la cámara pasando silenciosamente junto a la guardia personal que había seguido a Mangas Verdes.
«Todo un bosque por el que vagar --pensó Mangas Verdes--, y me paso el día dando rodeos para no tropezar con la gente.»
--No sé qué hacer, Kwam.
El estudiante de magia dejó el grimorio que había estado

examinando junto a la ventana, y se echó hacia atrás con los brazos cruzados encima del pecho para dedicar toda su atención a Mangas Verdes.

--¿Y cuál es ese asunto sobre el que no sabes qué hacer, querida?

Los dos hablaban con cariñosa intimidad, como si Doris no estuviera inmóvil en el pequeño umbral dándoles la espalda.

--Me refiero a mí misma, a mis responsabilidades... Se supone que he de mantenerme al corriente de lo que hacen esos hechiceros a los que hemos sometido, y he descuidado mis deberes.

Kwam asintió, un gesto que podía significar cualquier cosa.

--Ya sé que es difícil y agotador, Mangas Verdes. --¿Por qué sentía aquel escalofrío de deleite cada vez que Kwam pronunciaba su nombre? Ni siquiera el agotamiento mental bastó para impedirle notar el agradable cosquilleo que se deslizó por su columna vertebral--. Es cierto que el peso ha caído sobre ti, y que eso es injusto. Una solución temporal se ha convertido en un problema permanente. Pero ¿quién pudo llegar a soñar que acabaríamos reuniendo a todo un rebaño de hechiceros recalcitrantes como si fuesen reses extraviadas?

La joven druida fue hasta una ventanita de contornos irregulares abierta en la pared de tablas y contempló el bosque. Visto desde allí, no había ninguna obra o actividad del ser humano que resultara evidente.

--Lo único que deseo es que se esfumen y me dejen en paz.

Kwam le tomó los hombros por detrás, y la abrazó con cariñosa delicadeza.

--Pero si pudiéramos hacer que abandonaran sus maldades, entonces podríamos aprender tantas cosas...

Mangas Verdes giró sobre sus talones para encararse con él.

--¡Oh, Kwam! ¿Tú también? ¡No, no!

Kwam dio un paso hacia atrás, dolido y avergonzado.

--Bueno... No, tienes razón. Si pudiera, los utilizaría a mi manera y en consecuencia también te estaría utilizando, y eso sería un acto de egoísmo. Lo siento.

Mangas Verdes se deslizó entre sus brazos e intentó ocultarse en su pecho vestido de negro.

--Yo también lo siento. No eres egoísta. Si hay alguien que lo sea, soy yo. ¡Pero no quiero ser una carcelera!

Volvió a abrazarle, disfrutando de su calor, y después le dio la espalda.

--Pero debo serlo, al menos por el momento. He descuidado mis deberes cuando todos los demás se esfuerzan al máximo. Y quizá si los conjuro... Bueno, puede que entonces la solución al problema de esa «libertad condicional» suya surja por sí sola. Y más vale tarde que nunca, ¿no? Al menos eso es lo que solía decir mi madre... Invocaré a Haakón. Doris puede montar guardia, y tú puedes acosarle con un diluvio de preguntas. Pregúntale cómo se las arreglaba para conjurar demonios sin que le hiciesen pedazos. ¿De acuerdo?

Mangas Verdes le sonrió valerosamente, y Kwam le devolvió la sonrisa.

La joven druida fue hasta el centro de la habitación y cerró los ojos. Kwam retrocedió un poco, y las dos guardias personales flexionaron los dedos que sujetaban sus lanzas.

Mangas Verdes se concentró y buscó entre la miríada de marcas que acechaban dentro de su mente. Tenía muchas imágenes para esa búsqueda mental: ella era una araña en el centro de su telaraña y las marcas terminaban en personas y objetos; estaba flotando sobre una nube, y si miraba a través de un telescopio podía ver y tocar a las criaturas y objetos marcados que iban y venían muy por debajo de ella; su mano sostenía una baraja de cartas, y podía descubrir el dibujo estampado en cada una pasándolas lentamente. Todas aquellas imágenes eran válidas, pero no contaban la totalidad de la historia: Mangas Verdes mantenía cautivo a cada hechicero, pero ellos también se hallaban en contacto con la joven druida y, por extraño que pudiera parecer, Mangas Verdes se sentía responsable de ellos y tenía la impresión de que debía protegerlos.

Incluso Haakón, Rey de las Malas Tierras... Mangas Verdes rozó un diminuto pináculo de piedra bordado en su capa y sintió la marca que la unía a aquel hombre, un fanfarrón gordo y maloliente que, al mismo tiempo, soportaba el peso de la tristeza que le provocaba su propia estupidez y sus defectos. Haakón --descarado, tozudamente decidido a no pedir disculpas y siempre dispuesto a soltar juramentos e insultos-- no le gustaba nada, pero el hechicero había sufrido considerablemente bajo el yugo mágico de Mangas Verdes, pues había perdido un ojo cuando conjuró demonios para escapar de él. Casi todos opinaban que Haakón era el único culpable de lo que le había ocurrido, por supuesto. Pero Mangas Verdes conocía muy bien el cántico de sirena de la magia, y cómo podía desviarse inesperadamente y quemar a quien había lanzado el hechizo.

¿Por qué...?

Mangas Verdes desplegó su espíritu y su mente a través del éter y tiró de la marca invisible, y encontró a Haakón..., y, al mismo tiempo, no logró hallarle. Haakón estaba allí pero de una manera extrañamente hueca y errónea, como si Mangas Verdes hubiera encontrado a su armadura pero no al hombre. Y sin embargo estaba cerca. Demasiado cerca.

Mangas Verdes meneó la cabeza y se aseguró de que las puntas de sus dedos estaban rozando el pináculo de piedra bordado en su capa. No, había algo que anclaba al hombre..., un hechizo de atadura. La sensación era extrañamente familiar. ¿Dónde había experimentado aquella sensación antes?

--¡Kwam! --Mangas Verdes abrió los ojos, vio a tres personas que la estaban contemplando y se asombró ante el retraso--. ¿Dónde está mi pentáculo nova?

--¿Qué? --El estudiante se dio la vuelta, hurgó entre los papeles y los cachivaches mágicos y abrió una cajita de madera..., que resultó estar vacía--. ¡Ha desaparecido!

--¡Oh, cielos!

Mangas Verdes se llevó una mano a su capa y rozó un pájaro bordado con hilos rojos. Era su sello para Dacian la Roja, que normalmente estaba borracha y era totalmente inofensiva. Seguramente podría ser invocada...

No. La marca estaba allí, pero algo impedía que Dacian fuera arrastrada por ella.

Mangas Verdes parpadeó y contempló a su guardia personal sin verla.

--¿Estáis bien, mi señora? --preguntó la Guardiana del Bosque.

--No puedo... conjurar a los... hechiceros...

Un atronar de cascos ahogó sus últimas palabras. Una voz se alzó hasta ellos a través de las ventanas y la puerta abiertas en el árbol.

--¡A las armas! ¡A las armas! ¡Nos atacan!

Entrando al galope en el campamento sobre un caballo agotado, con el casco y la lanza perdidos en algún punto del trayecto y la sangre chorreando a lo largo de un brazo, acababa de aparecer un Escorpión de la Centuria Roja. El jinete detuvo su montura, bajó de la silla con sus oscuros cabellos agitándose a su alrededor, recobró el equilibrio después de haberse tambaleado y se volvió hacia Gaviota y sus oficiales.

--Saludos de la capitana Dionne, general, pero... ¡Estamos siendo

atacados! Demonios, sombras..., ¡grandes gatos negros con alas! Hemos perdido veinte combatientes... en la primera oleada...

Antes de que Gaviota pudiera responder, dos centauros de la Centuria Dorada entraron en el campamento procedentes de la dirección opuesta. Uno llevaba una flecha clavada en el antebrazo.

--¡General! ¡El capitán Holleb le pide que venga! ¡Mamuts de guerra y bárbaros azules y arqueros se acercan por el este! ¡Es como si el infierno hubiera abierto sus puertas!

Mangas Verdes sorprendió a Gaviota llamándole desde un balcón en las alturas de la copa de un árbol.

--¡Los hechiceros están libres, hermano! --gritó la joven druida--. ¡Se han liberado de sus ataduras!

Y ella tenía la culpa.

Oficiales y ayudantes salieron corriendo en todas direcciones, montaron sobre sus caballos y gritaron órdenes. Gaviota dejó marchar a los capitanes. Antes necesitaba información.

--¡Ve al este, Verde! --le gritó a su hermana, que estaba bajando a toda prisa por la escalera con las faldas levantadas hasta media pierna--. ¡Tú puedes enfrentarte a los demonios y las sombras! Yo iré al este y me ocuparé de los mamuts de guerra! Después...

Gaviota se calló de repente, confuso y aturdido. Tenían que dividir sus fuerzas. Hasta entonces siempre se habían reunido y habían atacado juntos. El trabajo en equipo había sido su mejor arma, y esa ventaja acababa de esfumarse. Era una señal inequívoca de que se aproximaban peligros todavía más grandes.

Pero tenían que hacerlo de aquella manera.

--¡Enviaré un mensajero si necesitamos ayuda, o haré sonar todos los clarines! --siguió gritando Gaviota--. ¡Ten mucho cuidado! --añadió, no ocurriéndosele nada mejor que decir.

Después subió de un salto a la grupa de Cintas, su montura gris y marrón. Sus treinta Lanceros Verdes, diez de ellos bruscamente sacados del sueño, ya habían montado, y el contingente de jinetes se alejó con un retumbar de cascos en pos de los dos centauros que lucían brazales amarillos.

Mangas Verdes descendió para encontrarse con su montura ensillada y esperándole. Sus seis Guardianas del Bosque --pues incluso las dos guerreras del turno de noche, que mostraban grandes ojeras, habían sido despertadas-- ya habían montado y estaban preparadas. Mangas Verdes tuvo la repentina premonición de que todos sus meticulosos preparativos estaban a punto de ser hechos

añicos.

Pero no podía decírselo a nadie.

--¡Agarraos a las riendas, hermanas! ¡Vamos a ver en qué sitio podemos ser más útiles!

Mangas Verdes hizo girar una mano en el aire y pareció capturar un puñado de él. Los caballos relincharon cuando un estallido iridiscente de magia surgió a su alrededor, marrón en el fondo para representar la tierra, verde para la hierba y la vida, azul para el cielo, y amarillo solar envolviendo sus cabezas como una nube de halos.

Pero mientras se esfumaba, Mangas Verdes no pudo evitar murmurar: «¡Espíritu del Bosque, otra batalla!».

_____ 7 _____

Desplegada delante de ellos como un juego infantil repentinamente enloquecido, se estaba librando una encarnizada batalla.

Mangas Verdes y sus seis guardias personales habían surgido de la nada con una ondulación de colores en la cima de una pequeña colina que se alzaba justo delante de donde empezaba el Bosque de los Susurros.

Sus guardias volvieron grupas al instante para averiguar qué tenían a la espalda, y descubrieron a los seguidores del campamento acurrucados dentro del bosque. Las esposas, maridos e hijos de los combatientes aguardaban el desenlace de la batalla, y mientras tanto ayudaban como buenamente podían trayendo armas y agua, atendiendo a los heridos y registrando a los muertos en busca de botín. Algunos de los más fuertes ya estaban llevando heridos hacia el refugio del bosque.

Los capitanes de Gaviota podían levantar el campamento como les placiese, siempre que se observaran ciertas reglas sanitarias y de orden. Los campamentos de las Centurias Roja y Azul, que tenían a soldados profesionales al frente, estaban compuestos por tiendas impecablemente alineadas en una gran formación a lo largo del bosque, con centinelas apostados en los cuatro puntos cardinales y las tiendas de los oficiales en el centro.

En aquella zona, el límite del Bosque de los Susurros avanzaba del norte hacia el sur. Mangas Verdes conocía muy bien aquel paisaje, pues a diez leguas en dirección sur se encontraban las ruinas de la aldea en la que había nacido. El nivel del suelo iba descendiendo desde donde terminaba el bosque, bajando mediante un risco de granito hasta un serpenteante cauce seco: la posición era fácil de defender, y ofrecía una clara ruta de huida hacia el interior del bosque. El terreno iba subiendo poco a poco al norte y el este para acabar convirtiéndose en unas colinas azuladas que se alzaban en la lejanía. Demasiado pedregosas para ser cultivadas y demasiado remotas para acoger a pastores, aquellas praderas nunca habían sido aradas y relucían con los diminutos brotes azules, rojos y amarillos de las flores silvestres.

Y el año próximo aquellas flores serían aún más luminosas y grandes, pues habrían sido regadas con sangre.

Las divisiones del este del ejército de Gaviota habían avanzado

para enfrentarse al enemigo desde el promontorio que brotaba del suelo a un kilómetro de allí. Las tres unidades habían formado una cuña para proteger sus flancos y, en el caso de que llegara a ser necesario, mantener abierto un camino de retirada a través de las curvas del río. En un lado de la cuña estaba la Centuria Roja, los Escorpiones, con cota de malla y faldellines rojos y plumas rojas adornando sus cascos de acero, mandada por la capitana Dionne, una mujer de piel aceitunada y rizada cabellera negra. En el otro lado estaba la Centuria Azul, las Focas, túnicas azules y cota de malla y plumas azules, al mando del capitán Neith, moreno y con una frondosa barba negra. El muro trasero de la cuña y la fuerza flotante lo componían la Caballería Rosada, mitad centauros y mitad humanos a caballo bajo el mando de la capitana Helki. Los centauros destacaban por sus armaduras pintadas y adornadas con volutas, sus plumas y sus brazales rosados. El uniforme de los soldados de caballería se reducía a un brazal de color rosa. Eran una fuerza muy abigarrada que incluía jinetes del desierto vestidos con túnicas azules, que en tiempos no muy lejanos habían estado bajo el yugo mágico de Karli, un antiguo Caballero Negro de Jerges, un trío de hermanas cubiertas de pieles que montaban ponys peludos del lejano norte, y demás combatientes que sólo tenían en común con el resto su sobradamente probada maestría como jinetes. Dispersas por el campo, en hondonadas y entre los tallos de hierba más altos, estaban las siluetas sombrías de los exploradores vestidos de gris y marrón con la pluma de cuervo que era su sello particular, sus arcos largos subiendo y bajando mientras disparaban una y otra vez para eliminar a los jinetes de las avanzadillas y a sus oficiales. Alzándose por encima de las tropas se divisaban las lanzas adornadas con cintas rojas, azules y rosadas que chasqueaban valerosamente bajo la brisa veraniega.

Y aquel día iban a necesitar mucho valor, pues se enfrentaban a una fuerza impresionante.

Cuando Mangas Verdes vio quién la mandaba, quedó boquiabierta de estupor.

--Oh, no... ¡Por los Pináculos de Puerto Oscuro, no!

En la lejanía, dirigiendo el ataque desde lo alto de otro promontorio, Mangas Verdes vio a Haakón, Rey de las Malas Tierras; Ludoc, con su lobo y su águila llameante; y Sanguijuelo, un hechicero troll.

Tres magos, cada uno de ellos vencido por el ejército de Gaviota y Mangas Verdes. Habían sido derrotados por separado, pero allí

estaban..., juntos.

--¿Cómo? --Mangas Verdes estaba tan perpleja que habló en voz alta--. ¿Cómo se han puesto en contacto entre ellos? ¡Estaban separados por centenares de leguas de distancia! ¡Y vivían para competir, no para cooperar! ¿Cómo...? ¡Oh, no!

Por fin lo había entendido. Sólo había una cosa que aquellos hechiceros tuvieran en común.

Y esa cosa era ella.

--¿Atacamos, mi señora? --preguntó Petalia, la jefe de su guardia personal.

--¿Qué? --Mangas Verdes meneó la cabeza y se llevó una mano a la frente--. ¡Yo he tenido la culpa! ¡No sé cómo, pero yo he tenido la culpa de que ocurriera todo esto! Pero no sé cómo...

--¿Mi señora?

Las Guardianas del Bosque intercambiaron miradas llenas de confusión.

Mangas Verdes decidió que no era el momento más adecuado para reprocharse sus descuidos a sí misma. Lo menos que podía hacer era concentrarse en atacar, y deshacer el daño que había causado.

--¡Vamos! --gritó, haciendo chasquear las riendas de Vara de Oro.

* * *

Las filas del ejército de Gaviota y Mangas Verdes estaban siendo devastadas.

Haakón, con sus brazos acorazados alzados hacia el cielo, había invocado una horda de demonios, unos monstruos de relucientes ojos rojizos y largos colmillos blancos que parecían hechos de cuero reseco y medían la mitad de la estatura de un hombre adulto. Centenares de ellos caían sobre los combatientes de Mangas Verdes, pero montones de cadáveres de demonios que llegaban hasta las rodillas de las primeras filas yacían esparcidos a lo largo de ellas. Soldados rojos o azules trabajaban en parejas, tal como les había enseñado a luchar su antigua comandante, Rakel de Benalia. Un soldado ensartaba demonios, atravesándoles las tripas con una larga lanza. Su pareja usaba una espada o un hacha para hacer retroceder a más demonios, alternando el matar con el evitar ser muerta. Pero muchas de sus lanzas se habían roto o habían quedado inutilizadas por la pura y simple abundancia de demonios, y casi todas las parejas

se estaban viendo reducidas a asestar mandobles y tajos con las armas de mano. Desde la grupa de su montura lanzada al galope, Mangas Verdes tuvo fugaces atisbos de demonios con la cabeza partida por la mitad o cercenada y los brazos que intentaban aferrar presas separados del cuerpo. Pero muchos soldados estaban saliendo gravemente malparados, mordidos hasta el hueso en los brazos, los muslos y las pantorrillas por largos dientes blancos, o con el rostro desgarrado por sucias uñas que semejaban dagas. Había tantos demonios que parecía como si una ola negra hubiese surgido de la nada y estuviera decidida a sumergir a sus tropas, y los monstruos de la retaguardia trepaban por encima de sus camaradas para castigar a los humanos.

Entre los demonios se agitaban montones de harapos deshilachados que tenían un aspecto vagamente nebuloso bajo la brillante claridad solar. Mangas Verdes supuso que serían sombras, criaturas espectrales que obtenían su sustento del miedo. Aunque causaban escasos daños físicos --aparte de dejar helado hasta la médula de los huesos a algún que otro combatiente--, suponían una aterradora distracción que obligaba a las filas del ejército a removerse y esquivar continuamente, como si estuvieran siendo atacadas por mosquitos gigantes. El miedo era el arma de las sombras, y hasta los soldados más valientes y experimentados podían huir a la carrera si el terror rompía la formación.

En la parte de atrás de la cuña y en otros lugares del promontorio, la caballería se enfrentaba a una docena de gatos alados, enormes seres de largos cuerpos y peludas orejas cuya piel era tan oscura y reluciente como el carbón recién sacado de la mina. Los gatos saltaban como si se estuvieran lanzando sobre un ratón, y de repente movían sus alas y salían disparados hacia el pecho de un jinete. Cuando lograban dejar atrás la punta de una lanza o el mandoble de una espada, desgarraban la carne y aplastaban los huesos. Sus lustrosos flancos negros desviaban la mayoría de las hojas, e incluso los poderosos centauros tenían que empuñar sus espadas de bronce con las dos manos para conseguir que sus golpes hicieran brotar una sangre negra que parecía hervir. Ya habían caído tres centauros, así como también dos soldados de caballería, uno de ellos decapitado de un solo mordisco. Mientras Mangas Verdes contemplaba aquella carnicería sin saber qué hacer, un gato-diablo posó dos garras sobre la espalda de un centauro como si quisiera rodearlo con ellas y le atacó con sus patas traseras por debajo de sus costillas. El centauro

fue abierto en canal desde las costillas hasta la ingle.

El viejo Ludoc agitó las manos entre el cónclave de hechiceros, detrás de la batalla. Iba vestido con pieles de cabra y una capa de armiño, y Mangas Verdes sabía que era un hechicero de las montañas. Ludoc estaba conjurando diablos tan altos como manzanos, y los dirigía contra las filas del ejército de Mangas Verdes. Cuatro tornados en miniatura giraron locamente de un lado a otro, penetrando los flancos de la caballería y derribando a centauros y caballos.

Mangas Verdes perdió de vista a los hechiceros cuando Petalia guió a sus monturas cuesta abajo por la pendiente de caliza y a través de la gorgoteante corriente del arroyo. Gotas de agua volaron por los aires a su alrededor, dibujando un sinfín de arco iris por encima de sus cabezas. Los caballos empezaron a subir por la cuesta de enfrente para llevarles hasta un tiro de arco de la batalla, y Mangas Verdes se apartó mechones de cabellos mojados de la cara mientras se esforzaban por trepar la pendiente. ¿Había visto...?

Sí. Mangas Verdes empezó a maldecir con los juramentos más selectos de su hermano. Estar más cerca le permitió ver un círculo dorado que subía y bajaba sobre el pecho de Ludoc: era el pentáculo nova. Ludoc llevaba su pentáculo, el que le había sido entregado por Chaney hacía años a fin de que Mangas Verdes pudiera vencer su miedo a la locura y a no ser capaz de dominar la magia, y por fin consiguiera aprender a desplazarse por entre los planos del mundo.

Así que Ludoc se lo había robado... No.

Mangas Verdes parpadeó y se alzó sobre sus estribos para ver con más claridad. Sanguijuelo, aquel troll repugnante, estaba encogido detrás de un peñasco, ¡y también llevaba un pentáculo nova! Y también lo llevaba Haakón, aunque en su caso resultaba difícil verlo encima de su armadura de placas rojas y doradas.

¿Tres pentáculos? Por la Maldición de Chatzuk, ¿qué oscura conspiración era aquélla?

--¡Oh, olvídate de eso! --gritó Mangas Verdes de repente--. ¡Ya resolverás ese misterio más tarde!

--¡Cuidado, mi señora!

Petalia alzó su escudo para protegerlas a las dos, e hizo girar a su montura para colocarla delante de Mangas Verdes. La capitana gruñó cuando algo se estrelló contra su escudo entre un cegador fogonazo. Mangas Verdes olió a pintura y madera quemadas.

En lo alto del promontorio, Haakón había disparado un cohete

desde las puntas de sus dedos. El hechicero lanzó más cohetes contra Mangas Verdes, y los pequeños cometas trazaron veloces arcos, casi invisibles en el cielo veraniego, estallando para crear surtidores de tierra, hierba, rocas y flores silvestres muy cerca de ella. Petalia alzó la voz para hacerse oír por encima del estrépito de la batalla y ordenó a las Guardianas del Bosque que formaran un anillo alrededor de Mangas Verdes, y en cuestión de segundos la joven druida sólo pudo ver espaldas de mujeres cubiertas por armadura blanca acolchada y sus cabelleras chasqueando bajo la brisa.

Mangas Verdes maldijo la eficiencia de sus guardias personales e intentó ver al enemigo. Ludoc conjuró a una familia de osos de las cavernas, pero los gigantescos animales no soportaron el ruido y los extraños olores de los gatos alados y los centauros enfurecidos, y huyeron en una veloz carrera a través de la pradera. No muy lejos de la Centuria Roja, un toro de pelaje rojizo pateaba el suelo con las pezuñas y agitaba iracundamente los cuernos de un lado a otro. Una cortina de neblina azulada que surgió repentinamente de la nada y que despedía una pestilencia que provocó náuseas entre los soldados hizo que el toro se quedara inmóvil y la contemplara parpadeando.

Había tantos hechizos y las apariciones de las distintas criaturas se sucedían a tal velocidad que Mangas Verdes no estaba muy segura de quién conjuraba qué. No es que le importase, desde luego. Desmontó de un salto y quitó de en medio a su montura de una palmada, como habían hecho sus guardias personales. La joven druida no podía conjurar desde la grupa de un caballo: Mangas Verdes necesitaba tener la tierra debajo de sus pies.

Mangas Verdes tiró del borde de su capa, miró hacia abajo y localizó uno de los bordados que la adornaban, un puente sobre el que avanzaba una carroza de la que tiraban cuatro caballos blancos. Lo que había debajo del puente no era agua azul, sino barro negro. Mangas Verdes rozó el bordado con la yema de un dedo y se imaginó el lugar que representaba, unas marismas pantanosas situadas muy al oeste del Bosque de los Susurros. Después usó su mano libre para trazar un círculo imaginario alrededor del distante grupo de hechiceros.

Apenas lo hubo hecho, la pesada silueta acorazada de Haakón y la encorvada y canosa figura de Ludoc temblaron y se tambalearon como si les fallasen las rodillas. El promontorio sobre el que se encontraban se abrió por su parte central y se volvió repentinamente líquido, como si se hubiera convertido en un tazón lleno de té oscuro.

Haakón se hundió, hasta las rodillas primero y las caderas después, en cuestión de segundos. Ludoc, comprendiendo el peligro, lanzó su águila al cielo, donde se inflamó, y después se arrojó al suelo. Un mar de barro negro de amenazadora apariencia hirvió y chapoteó alrededor de los dos hechiceros.

Y de repente los dos hombres aullaron de dolor, pues Mangas Verdes no sólo había conjurado un barrizal de arenas movedizas, sino uno en el que manantiales calientes hervían dentro del barro negro. Ludoc maldijo e intentó salir nadando de aquel puré abrasador que se adhería a sus ropas. Haakón no consiguió reaccionar y se limitó a debatirse entre el barro, hundiéndose más y más. Si no quería que se ahogase, Mangas Verdes tendría que trasladarle a algún otro sitio pronto.

Entonces la joven druida se acordó de que no podía desplazar a Haakón a través del éter tal como había hecho en el pasado, pues su pentáculo nova lo anclaba al sitio en el que estuviera tan firmemente como las arenas movedizas tiraban de él hacia las profundidades.

Pero Mangas Verdes no necesitaba grandes magias. La joven druida dejó que su mente revoloteara por encima del bosque, y se imaginó una rama recién caída: una fabricante de viudas, la habría llamado su hermana. Mangas Verdes rozó la rama dentro de la imagen de su mente, y la arrancó de allí para dejarla caer... ahí. Haakón, que estaba manoteando frenéticamente, de repente se encontró con una enorme rama delante de su mentón. Se agarró desesperadamente a ella, aferrándose con todas sus fuerzas, y logró erguirse. Ludoc había seguido nadando y ya casi había conseguido salir de las arenas movedizas, y Sanguijuelo había huido.

Después de haber evitado que se hicieran nuevos conjuros, Mangas Verdes concentró su atención en las amenazas existentes. Los demonios seguían haciendo estragos entre sus soldados, y los gatos negros daban rienda suelta a su furia entre la caballería. La mano de Mangas Verdes bajó para rozar un árbol bordado a lo largo del borde izquierdo de su capa hasta encontrar una hormiga marrón rojiza que se deslizaba sobre su corteza. La joven druida murmuró un hechizo.

Surgiendo del suelo, con el estallido de colores yendo del marrón al verde para finalizar esta vez en el marrón, primero cinco y luego diez, cincuenta y finalmente cien de los soldados más extraños imaginables aparecieron entre las hordas de demonios que sembraban el caos y la muerte.

Medían un metro cincuenta de altura. Eran de color marrón rojizo puntuado por rígidos mechones de pelos, y sus cuerpos estaban recubiertos por lo que parecía una armadura pero que, de hecho, era su caparazón. Cuellos tan delgados como un dedo sostenían cabezas formadas por placas con redondos ojos segmentados. Adheridas a la parte superior de la cabeza mediante una sustancia de color amarronado había hojas de plantas tropicales que imitaban plumas. Cada soldado yotiano empuñaba un arma de mango corto y hoja triangular, mitad pala y mitad lanza.

Sin necesitar órdenes ni estímulo, todos volvieron sus extrañas y aparentemente nada manejables armas contra los demonios. Eran soldados yotianos, soldados hormiga, trabajadores sin sexo creados, según las leyendas, por Urza o Mishra como una milicia, una guardia ciudadana para que protegieran las ciudades de sus aliados mientras los verdaderos soldados estaban lejos de ellas. Nadie sabía si los yotianos habían sido obtenidos a partir de una mutación de las hormigas o de los humanos, o de ambos. Pero los yotianos eran unos combatientes temibles, pues sólo existían para atacar a los enemigos..., especialmente a los enemigos no humanos que estuvieran atacando a unos seres humanos.

Todos los hombres-hormiga luchaban de la misma manera, con un curioso empujón seguido de un giro, como si estuvieran abriendo agujeros con palas en un muro de tierra. Idénticos, operaban como engranajes de una gigantesca máquina, o como pájaros que se alimentaran del mismo plato. Sus palas-lanza de punta roma golpeaban a los demonios en la garganta, desgarrando la piel coriácea y astillando el hueso. Y los yotianos no sufrían daño alguno, pues los demonios eran tan incapaces de atravesar sus duras pieles a mordiscos como lo habrían sido de atravesar el caparazón de una tortuga. Poco a poco, pero en una progresión incesante, un agujero se fue abriendo alrededor de cada yotiano, con un dique de demonios muertos rodeando a cada soldado-hormiga.

Mangas Verdes lanzó una rápida mirada a los hechiceros malévolos. Haakón había logrado llegar a tierra firme, con la armadura recubierta de negro barro caliente hasta los dos visores de su casco. Ludoc se había esfumado. ¿Dónde...?

--¡Cuidado!

Doris, una de sus guardias personales, bajó su lanza. A su derecha acababan de aparecer tres robustas cabras de las montañas, criaturas de blanco e hirsuto pelaje provistas de cuernos tan largos

como las púas de una horca de granjero. Una cuarta cabra cobró existencia entre un parpadeo luminoso, todavía con nieve de alguna sierra distante reluciendo sobre su pelaje. Aquella nieve era la marca de Ludoc de las montañas.

La primera cabra bajó la cabeza y se lanzó a la carga. Doris se interpuso de un salto en su camino, hundiendo la punta de su lanza en el suelo y aferrando el astil con todas sus fuerzas. La cabra, que había cargado con la cabeza gacha, estrelló su hocico y sus cuernos contra el astil de la lanza y se desvió. Doris chilló cuando la segunda cabra inició su carrera.

--¡Ocupaos de ellas, por favor! --Mangas Verdes no podía perder el tiempo con criaturas normales. Tenía que detener a aquellos gatos diabólicos--. No les hagáis daño si...

Mangas Verdes chilló cuando alguien la hizo caer al suelo con el impacto de un musculoso trasero. Petalia acababa de apartar a su señora para hundir su lanza bajo las costillas de una cabra montes, atravesando su corazón cuando el robusto animal pasaba galopando junto a ella. El rojo de la sangre manchó la blancura del pelaje mientras la cabra recorría otros treinta pasos en su veloz carga, para acabar bajando repentinamente la cabeza y dar un salto mortal entre sus propios cuernos.

Mangas Verdes intentó limpiarse las manos despellejadas mientras se levantaba y trataba de mirar en todas direcciones a la vez. El fuego de los cohetes crujía y chisporroteaba entre los tallos de hierba, la maleza y las flores silvestres. Las llamas encantadas se deslizaron hacia el grupo de Mangas Verdes en una agitación de muchos dedos saltarines, pero la hechicera se limitó a mover los dedos y tomó agua del río y la dejó caer en un siseante abanico delante de ella. «Esto no tiene ningún sentido», pensó. Si tres hechiceros no eran capaces de conjurar nada más peligroso que cabras de las montañas y fuego...

Pero entonces Mangas Verdes recordó que aquél sólo era uno entre dos ataques, pues los mamuts de guerra y los bárbaros azules habían surgido del oeste para caer sobre las centurias de Gaviota.

No había tenido tiempo para pensar en ello antes, pero de repente el pensamiento la dejó tan aturdida como si acabara de chocar con un muro de piedra.

¿Cuántos hechiceros había desplegados delante de ellos?

Y había algo todavía más inquietante, pues Mangas Verdes también acababa de recordar cuándo había visto «bárbaros pintados

de azul» por última vez. Esos guerreros habían sido invocados por el hechicero Liante, que había destruido su aldea y había traicionado a los hermanos. La archidruida se preguntó si su hermano ya se habría acordado de ello. Durante los tres últimos años, Gaviota había deseado en más de una ocasión poder poner las manos sobre la garganta de Liante.

¿Estaría Liante cerca de allí? ¿Formaba parte de aquel pacto diabólico que conspiraba contra ellos? ¿Habría creado esa multiplicidad de pentáculos nova?

Mangas Verdes movió las manos sin darse cuenta de lo que hacía, como si quisiera echar de allí todas aquellas preocupaciones. Había mucho que hacer..., demasiado. Tenía que vencer a tres hechiceros y sus esbirros, y luego tenía que viajar a otro sitio y tratar de proteger al resto del ejército.

Sus Guardianas del Bosque habían hecho huir a las cabras de las montañas y habían conseguido alejar al toro. Los soldados-hormiga yotianos habían reducido el contingente de demonios en un tercio. Los demonios habían reaccionado a su presencia de una manera igualmente mecánica e irracional, y se habían vuelto contra los soldados-hormiga hasta que la batalla principal consistió en una confusión de diminutos cuerpos negros que se agitaban sobre las siluetas rojo amarronadas de los hombres-hormiga. Los soldados humanos de Mangas Verdes, que por fin disponían de un momento para reagruparse, cogieron las lanzas y jabalinas caídas en el suelo y convergieron sobre los gatos alados. Amenazados por docenas de largas puntas de acero tanto si volaban bajo como si se remontaban a las alturas, los gatos retrocedieron entre gruñidos y rugidos. Muchos soldados lanzaron flechas contra Haakón, pero sólo consiguieron ver cómo rebotaban en su escudo invisible. Helki, la capitana centauro, empezó a dar órdenes a gritos para formar un pelotón que debería atacar la colina sobre la que reinaba Haakón.

Pero los soldados volvieron a ser detenidos.

Lo que parecía un torbellino de cenizas surgidas de la hoguera de un campamento apareció de repente entre ellos y Haakón. Las cenizas se endurecieron y se quedaron inmóviles, y acabaron formando un muro irregular que recordaba una larga hilera de dientes mellados. Muchos soldados se detuvieron nada más verlo y retrocedieron involuntariamente, e incluso Helki palideció y empezó a retroceder.

Mangas Verdes vio que aquellos objetos eran lápidas: pizarra gris,

granito blanco, caliza roja... Docenas de ellas habían sido cinceladas con calaveras aladas, ángeles, monstruos, jeroglíficos, runas y maldiciones. Las lápidas se inclinaban erráticamente en todas direcciones, como si el cementerio del que habían sido robadas estuviera abandonado y medio en ruinas. Muchas piedras todavía estaban envueltas por zarcillos de yedra. El ejército retrocedió, no queriendo atravesar aquella precaria línea de piedras y temiendo que las almas de los muertos despojados pudieran aparecer de repente para acosarles.

Los capitanes gritaron y los sargentos aullaron y chillaron, y los soldados siguieron retrocediendo ante el muro de lápidas y los gatos alados en retirada. Pasaron cautelosamente sobre sus muertos y los montones de demonios y volvieron a formar sus líneas, donde se secaron el sudor, bebieron de las cantimploras, limpiaron las hojas de sus armas, consolaron a los agonizantes y se prepararon para el próximo ataque.

Pero Haakón se había retirado detrás del promontorio que seguía marcado por el cenagal de arenas movedizas, y Ludoc y Sanguijuelo no eran visibles por parte alguna. Algunos demonios luchaban con los yotianos, pero los humanos y los centauros dispusieron de un pequeño respiro. Mangas Verdes se preguntó qué debían hacer a continuación. ¿Debían permanecer en terreno elevado, o retroceder hacia el bosque? La joven druida deseó que su hermano estuviera allí para decírselo. Tenía que consultar con Dionne o Neith. ¿Y debían tratar de capturar a los hechiceros fugitivos..., otra vez? Quizá debería...

--¡Por el Cuidador del Infierno! --gritó Petalia.

Mangas Verdes se volvió para encontrarse rodeada por un muro de carne femenina. Sus guardias personales habían formado una doble hilera para defenderla. ¿De qué?

Y entonces lo vio: era un ataque por sorpresa.

Viniendo velozmente hacia ellos se aproximaba un coloso, una criatura de aspecto tan increíble que Mangas Verdes nunca había visto nada igual ni en sus más locas fantasías.

El primer pensamiento que cruzó por su cabeza fue que se enfrentaban a un minotauro, pero aquel ser no era un minotauro.

El gigante caminaba erguido y tenía una vez y media la estatura de un hombre adulto. Mangas Verdes lo observó con más atención, y le pareció que estaba formado por rocas vivientes tan lisas y relucientes como guijarros marinos. Pero detrás de una máscara de

acero curvado --que en tiempos había sido dorado y elegante, pero que había pasado a estar manchada de orín-- con una sola ranura para los ojos y una rejilla de hierro por boca, se distinguía un cuello tan grueso y amarronado como el de un caballo y al que ni siquiera le faltaba una abundante crin blanca. Grandes cuernos sobresalían de su rostro, o de la máscara, para alzarse por encima de su imponente cabeza. Su cuerpo estaba rodeado por tiras de armadura oxidada, y por nada más. Sus manos y sus pies terminaban en garras con forma de pinza que recordaban a las de un escorpión.

--¡Ur-Dragón! --baló Bly--. ¡Es Ur-Dragón, el Azote del Pantano!

Mangas Verdes sabía que se trataba de una leyenda, un cuento con el que asustar a los niños. Pero estaba allí, y estaba vivo. Procedía de un pantano, por lo que aquella criatura debía de ser una contribución de Sanguijuelo. Como confirmándolo, la grisácea silueta desnuda del troll apareció a unos quince metros detrás de su esclavo, haciendo piruetas y lanzando estridentes carcajadas llenas de malévola alegría mientras el pentáculo nova golpeaba su flaco pecho.

Todos esos pensamientos desfilaron a la velocidad del rayo por la mente de Mangas Verdes durante un segundo, y después la criatura cayó sobre ellos.

El monstruo chocó con las Guardianas del Bosque en un impacto tan terrible como el de un árbol que cayera al suelo, pero las mujeres se negaron a retroceder ante él. Mangas Verdes fue bruscamente impulsada hacia atrás. Oyó el crujido de huesos que se rompían y el siseo de dolor de una mujer, y el astil de una lanza se partió cuando golpeó el flanco rocoso de la criatura. Los rayos del sol cayeron sobre los ojos de Mangas Verdes cuando se derrumbó encima del suelo de la pradera y rodó por él. Una flor azul, un botoncillo de soltero, le hizo cosquillas en la nariz.

Ur-Dragón pasó por encima del cuerpo de Bly, convirtiéndola en gelatina con sus pies de roca. Los ojos muertos de Bly estaban muy abiertos y llenos de horror y miraban fijamente el cielo, como si un horror de la infancia por fin la hubiera alcanzado después de todos aquellos años. Otra Guardiana del Bosque, Alina, estaba agonizando con el cuello atrapado en una garra rocosa que lo apretaba tan implacablemente como unas tenazas. Pero las supervivientes alzaron valerosamente sus lanzas y sus espadas, y se dispusieron a utilizarlas. Petalia se apoyó en su lanza y la empujó con la fuerza suficiente para arrancar piel de sus palmas encallecidas. La guerrera lanzó su hoja hacia el sobaco del monstruo, intentando atravesarle el

corazón.

Pero Mangas Verdes ya se había dado cuenta de que no se enfrentaban a una criatura de sangre roja hija de la tierra, sino a una construcción artificial obtenida mediante la magia. El astil de la lanza de Petalia se rompió bajo la tensión, y la hoja quedó profundamente incrustada en el cuerpo de la criatura sin haberle causado ningún daño. Ur-Dragón --con ese nombre, ¿habría utilizado Sanguijuelo quizá un dragón como base de su criatura artificial?-- dirigió sus pinzas hacia Petalia sin haber notado su ataque, y faltó poco para que la dejara sin cabeza.

El ser siguió avanzando, pasando por encima de dos cadáveres cuyas heridas apenas habían tenido tiempo de empezar a sangrar. Venía hacia Mangas Verdes.

La archidruida sabía que no podía luchar. No disponía de hechizos con los que inmovilizar al Ur-Dragón, o por lo menos no tenía ninguno que pudiera recordar en aquel momento. Unas arenas movedizas no significarían nada para la criatura, pues vivía en los pantanos. Un muro de ramas o de lanzas de roca o de tierra se limitaría a derrumbarse. Cualquier criatura que enfrentara a aquella máquina de matar sería aplastada. El Ur-Dragón tenía que ser enviado lejos de allí, a tal distancia que ningún ser humano o criatura viviente tuviera que volver a padecer su ira.

Mangas Verdes conocía un lugar así, un oscuro agujero lleno de miedo que había descubierto en sus sueños. Lo conocía muy bien, pues siempre se mantenía alejada de él.

Pero si quería enviar al coloso a ese lugar, tenía que tocarlo antes.

Mangas Verdes retrocedió tambaleándose y vio a Caltha derribada, con el esternón aplastado, y a Kuni cayendo después de haber recibido una herida en la cabeza. Ya sólo quedaban dos Guardianas del Bosque para oponerse a la criatura, y se limitaban a aferrarse a ella tratando de mantenerla alejada de su señora. Petalia volvió la cabeza hacia Mangas Verdes y le gritó que huyera, que echase a correr. La archidruida oyó un retumbar de cascos detrás de ella, centauros o caballería acudiendo al rescate, probablemente con las lanzas bajadas para atacar. Pero nada que hubiese surgido de la tierra podría detener al coloso.

Y por eso Mangas Verdes murmuró su hechizo, un hechizo de desconjuración combinado con un hilo invisible para llegar hasta algo muy lejano, algo que se encontraba tan lejos de allí que Mangas

Verdes sintió que se le helaban las entrañas con sólo pensar en ello.

Mantuvo el hechizo atrapado dentro de su mano tensamente apretada, pero el hechizo se agitaba y trataba de escapar. Sus dedos ondularon con el dolor de los calambres, y su brazo empezó a temblar.

Si no conseguía controlar aquel hechizo, si se dejaba hipnotizar por su vastedad..., entonces sería ella la que se precipitaría en el vacío durante toda la eternidad.

Petalia gritó cuando el monstruo le pisó el tobillo y se lo partió como si fuese una rama seca. Pero la mujer siguió aferrándose a él, como estaban haciendo otras dos guerreras.

--¡Soltadlo! --ladró Mangas Verdes--. ¡Soltadlo, por favor!

Sorprendidas, las dos Guardianas del Bosque que habían estado tratando de detener al Ur-Dragón obedecieron. Pero Petalia, su líder, podía desobedecer las órdenes de Mangas Verdes si lo creía necesario..., y eso fue exactamente lo que hizo.

--¡Corred, mi señora!

Mangas Verdes apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y detuvo la progresión del hechizo que iba a envolverlas mientras agarraba el brazo de Petalia con su mano libre. Pero todas sus fuerzas estaban dedicadas a mantener cerrado el puño. El trueno retumbó dentro de su cráneo.

No tenía elección. Tenía que dejar en libertad el hechizo que desconjuraría a la criatura antes de que hubiera más muertes.

Mangas Verdes avanzó de un salto. Su puño rozó una de las garras del Ur-Dragón, y Mangas Verdes abrió la mano. El monstruo atacó, pero la joven druida retrocedió y cayó.

--¡Petalia! Oh, por favor...

Demasiado tarde. La nada cayó sobre ellas como una marea incontenible.

Un pozo surgió alrededor de la garra-pinza del Ur-Dragón, un vórtice de negrura tan intensa que hería la vista. La negrura giró en veloces espirales sobre su brazo, torso, cabeza y rodillas torcidas, y llegó a su cintura en un abrir y cerrar de ojos..., y rodeó a Petalia, que seguía aferrándose al coloso.

Y entonces se oyó un terrible aullido, un rugido capaz de arrancar todos los sonidos de las orejas y del mundo. El ciclón negro sumergió al Ur-Dragón y a la guerrera. Los dos cuerpos fueron absorbidos en un rápido círculo con un repentino chasquear y un agujero, como un pozo de mina misteriosamente extraviado allí, se abrió en el cielo.

Pero no era un simple agujero. Aquello era el abismo, un pozo

infinito de oscuridad que se hallaba... Mangas Verdes no sabía muy bien dónde. ¿Entre los mundos? ¿Entre los planos? ¿Entre la vida y la muerte? ¿Entre la realidad y el sueño?

No había forma de saberlo. Mangas Verdes sólo había entrevisto el abismo en sus sueños más oscuros y horribles, y siempre había retrocedido y se había alejado de él como si estuviera en una cima de altura vertiginosa e insoportable, y había sobrevivido, para despertar temblando a la mañana siguiente.

Y aquel hueco por fin estaba delante de ella, y absorbía a aquel monstruo para llevárselo..., y se disponía a llevarse a su más fiel seguidora con él.

Mangas Verdes gritó y alargó una mano para agarrar a Petalia, aunque eso supusiese ser arrastrada con ella.

Pero la Guardiana del Bosque sabía qué estaba ocurriendo y percibió el peligro que iba a correr su señora, y se negó a alargar su brazo porque temía arrastrar a Mangas Verdes hacia el interior del agujero.

Por entre un velo de lágrimas, Mangas Verdes vio cómo los dos desaparecían por un largo, largo túnel de oscuridad, dos siluetas que giraban locamente y cuyas cabezas miraban hacia arriba, perdiendo color poco a poco hasta que sólo fueron fantasmas, almas de los condenados enviadas a la muerte demasiado pronto.

Y después el abismo se cerró con un estrépito ensordecedor.

_____ 8 _____

Centauros, caballería y soldados de a pie se apelotonaron alrededor de la archidruida. Los curanderos atendieron el esternón aplastado de Caltha y la brecha en el cráneo de Kuni, pero no pudieron hacer nada por Alina y Bly. En el campo de batalla, soldados y seguidores del campamento finalizaban las operaciones de limpieza después de que los soldados-hormiga yotianos hubieran cumplido su función, y rajaban el cuello a los demonios heridos. Los gatos alados habían desaparecido, huyendo a las distantes colinas con una mezcla de carrera y aleteos espasmódicos.

Ninguno de los tres hechiceros renegados era visible por parte alguna.

Mangas Verdes se medio sentó y medio se desplomó en el suelo, rodeada por un círculo de combatientes agotados y manchados de sangre, y se echó a llorar.

--¡Oh, Petalia!

La capitana de las Guardianas del Bosque había sido tan buena y tan paciente, y había cuidado de ella como una madre, insistiendo en que las otras guardianas debían hacer cuanto pudieran para proteger a Mangas Verdes fuera cual fuese el precio que hubiera que pagar por ello, incluso si consistía en sus vidas... Y dos Guardianas del Bosque habían muerto, y Petalia había perdido la vida o, peor aún, seguía viva en algún abismo infernal, atrapada allí para siempre porque había amado a Mangas Verdes y había cumplido con su deber.

Mangas Verdes lloró lágrimas de pena, dolor y vergüenza, pues nunca había considerado que su vida valiese la de ninguno de sus seguidores.

Pero aunque la batalla hubiera terminado todavía no podía entregarse a su tristeza, porque aún había mucho por hacer.

«Demasiado», pensó. Se sentía como un junco en un huracán: flexible, paciente y dispuesto a doblarse, pero aun así empujado con tal ferocidad que se hallaba a punto de partirse por la mitad.

Mangas Verdes se arrastró sobre las manos y las rodillas, sin dejar de llorar, y fue hasta los cuerpos de sus dos protectoras muertas. Había algo que sí podía hacer, por lo menos, algo que le serviría para pagar una parte de la deuda que había contraído...

Unos soldados habían colocado los cuerpos destrozados en una postura más digna y los habían tapado con sus capas, pero Mangas Verdes apartó la tela y puso las manos sobre sus rostros inmóviles.

Aún estaban calientes. Todavía había esperanza.

--Espíritu del Bosque, huesos y raíces de mis antepasados, vida sempiterna que te escondes en las profundidades verdes..., oye mi súplica. Devuelve la vida a estas dos mujeres que lucharon tan valerosamente y que amaron tanto. Permite que vivan y que vuelvan a sentir la caricia del sol sobre sus espaldas. Espíritus, os lo imploro...

Mangas Verdes siguió hablando e invocó el maná del bosque, dirigiendo sus palabras a todos los confines de la espesura, desde los claros moteados de sombras que eran como catedrales hasta los zarzales que se agitaban en los límites del bosque y las praderas llenas de paz y silencio, donde nada se movía bajo las sombras de los grandes árboles. Llamó al maná, y lo sometió a su voluntad y lo canalizó hacia sus dos seguidoras muertas, que aún no se habían ido.

Los soldados dejaron escapar jadeos de sorpresa y retrocedieron. Mangas Verdes mantuvo los ojos cerrados, sintiendo, atrayendo más y más poder hacia ella y dirigiéndolo.

Y los cuerpos todavía calientes cambiaron bajo sus manos. La piel manchada de sangre fue sustituida por plumas y pelaje. El calor que todavía perduraba dentro de ellos fue creciendo poco a poco, y se difundió mientras los cuerpos se iban contrayendo y se volvían más pequeños.

Y después Mangas Verdes sintió una leve agitación debajo de cada mano, y las apartó.

Una liebre de largas patas y suave pelaje gris partió al galope desde debajo de su mano. Por debajo de la otra, entre una furiosa agitación de plumas, un faisán cuyo cuello estaba anillado por todos los colores del arco iris, remontó el vuelo hacia el cielo con un graznido.

Lo único que quedaba de Bly y Alina era unas cuantas prendas vacías y sus armas abandonadas en el suelo.

Mangas Verdes, terriblemente agotada, aceptó la ayuda que se le ofrecía junto a cada codo para levantarse. Después aspiró una profunda bocanada de aire y sol veraniegos, se limpió la cara y se quitó el polvo de las manos. Miró a su alrededor y vio que el campo de batalla estaba asegurado y en poder de sus tropas. Los exploradores les informaron de que los hechiceros habían desaparecido hacía ya un buen rato, esfumados mediante conjuros.

Mangas Verdes se alisó la falda mientras le traían su montura. Intentó pensar en algún elogio para sus protectoras, algo por el estilo de lo que hubiera podido decir Gaviota --pues su hermano había

llegado a ser bastante bueno haciendo discursos--, pero su timidez innata acabó imponiéndose.

--Os agradezco vuestra bravura --se limitó a decir--. Siento mucho la muerte de vuestras compañeras... Caltha, estás herida. Debes quedarte aquí.

--¡No, mi señora! ¡Oh, por favor! --La mujer de piel morena, que no hacía mucho aún era una muchacha, agitó su cabestrillo improvisado y torció el gesto en una mueca de dolor mientras las lágrimas se deslizaban sobre sus mejillas--. ¡Puedo cabalgar a vuestro lado!

Kuni, con su rostro bronceado, su lacia cabellera negra y un vendaje manchado de sangre por gorra, intervino antes de que Mangas Verdes pudiera responder.

--No, Caltha. Descansa un rato. Voy a tomar el mando, mi señora. Necesitamos más Guardianas del Bosque, y voy a reclutar a Micka. Es valiente, y será una buena Guardiana.

--¡No! --balbuceó Mangas Verdes--. ¡Que nadie más entre en vuestra guardia! Acabo de matar a Petalia, o quizá le he hecho algo todavía peor, y hemos perdido a Bly y Alina...

Estaba llorando. La joven druida no quería que nadie más sufriera ningún daño por su culpa.

Pero las Guardianas del Bosque eran una fuerza más poderosa que la misma Mangas Verdes. Kuni inclinó la cabeza para ordenar a Micka, una robusta granjera, que saliese de la Centuria Roja y se pusiera las vestimentas y la armadura de Alina. Doris cogió las ropas de Bly, que había sido menos alta y corpulenta.

--Escogeremos a otra...

Un repiquetear de cascos las interrumpió. Un mensajero de la Centuria Blanca manchado de sangre acababa de llegar al galope.

--¡Mi señora, os rogamos que nos ayudéis! ¡Estamos siendo atacados con magia desde el sur!

--Se me había olvidado --dijo la archidruida--. Las batallas todavía no han terminado. Apenas acaban de empezar.

El mensajero estaba bastante maltrecho, pero las fuerzas del sur no lo habían pasado tan mal como sus hermanas del este.

Mangas Verdes y sus cuatro protectoras surgieron de la nada entre un centelleo de colores detrás de unos abedules que se alzaban hacia el sur del Bosque de los Susurros. El suelo de aquel lugar era reseco y arenoso, y eso hacía que los árboles creciesen más separados unos de otros y no llegaran a ser tan altos. Robles solitarios

desplegaban sus ramas en todas direcciones, y los abedules creaban manchas de una blancura tan brillante como si fuesen cohetes de fuegos de artificio en pleno despegue. La hierba era dura y correosa, pero un arroyo proporcionaba agua antes de hundirse en una cañada y desaparecer.

Sólo había una centuria acampada en aquel sitio: los Osos Blancos, capitaneados por una mujer alta como una torre y de abundante cabellera amarilla llamada Cerise. Al estar dentro del bosque, Cerise había establecido su campamento siguiendo un orden distinto. Las tiendas de los oficiales estaban agrupadas en un macizo de hayas situado cerca del centro. Los escasos árboles de aquella zona habían sido levemente podados y la maleza había sido limpiada siguiendo una irradiación hacia el exterior, y se habían erigido tiendas formando círculos concéntricos. En el perímetro del campamento había un baluarte de tierra rodeado por una zanja, pues los zapadores enanos de Uxmal residían allí. Todos los árboles que se alzaban al otro lado de la zanja habían sido cortados hasta dejar una franja despejada de casi cien metros, una decisión que Mangas Verdes había permitido con un cierto dolor. De esa forma los soldados y zapadores disponían de una agradable extensión sombreada en la que descansar, y además tenían una excelente visibilidad fuera de ella.

Aquella pequeña fuerza estaba apostada a menos de un kilómetro y medio del Bosque de Mangas Verdes yendo en dirección sur, el sitio donde los oficiales se reunían y trazaban sus planes. Eran el contingente de emergencia, una especie de «puerta trasera» que ayudaría a defender el bosque si eran atacados. Un ancho sendero avanzaba serpenteando desde la parte de atrás del campamento hacia el bosque, y a lo largo de él se podía encontrar a una gran parte de los «ociosos» del campamento: artesanos, cocineros, enfermeras, el hospital de los curanderos, el cuerpo de intendencia de Lirio, y demás restos y componentes extraños y abigarrados del ejército. Stiggur y Dela, la «infantería pesada» del ejército, estaban acampados cerca de allí con la bestia mecánica. Liko, el gigante de dos cabezas --que había pasado a tener dos brazos gracias a los hechizos de regeneración de Mangas Verdes--, también estaba acampado allí. Los hombres que se hacían llamar Mártires de Korlys se habían instalado en aquel lugar, donde mantenían despiertos a los demás con sus extraños cánticos, al igual que hacían los enanos de piel cobriza que llevaban sombreros puntiagudos y prendas surcadas por franjas

multicolores, y que solían pasarse la noche entera cantando. Todos aquellos trabajadores y soldados se habían refugiado en el interior del baluarte, y muchos vigilaban con las armas en la mano mientras que otros seguían con sus labores normales.

Mangas Verdes guió a su montura por un sendero y hacia la parte de atrás del campamento, y mientras lo hacía vio un montón de cuerpos apilados junto al baluarte: casi todos eran orcos de cabeza calva y piel verdosa vestidos con harapos y también había trasgos verdigrises con mechones de pelos grisáceos, y todos ellos estaban repletos de flechas. Avanzando un poco más lejos por el terreno de la campaña, yendo hacia la hilera de árboles, se veía un amasijo de cuerpos humanos, algunos de ellos vestidos con cortas túnicas rojas que Mangas Verdes reconoció enseguida, y unos cuantos totalmente desnudos.

El único ser vivo visible fuera del baluarte era Liko, que estaba junto a la bestia mecánica. Conducida por Dela, la «ayudante de ingeniería» de Stiggur, la bestia mecánica iba y venía por delante de la hilera de árboles con un rítmico *clump clump clump clump.* Stiggur, tan flaco como siempre, se había instalado sobre la espalda de la bestia mecánica y observaba el bosque. Con su ruidoso andar contoneante acompañado por crujidos, chirridos y chasquidos, la bestia mecánica hacía pensar en cuatro árboles capaces de caminar que sostuvieran una herrería.

El artefacto, que parecía muy antiguo, había sido construido con gruesos tablones de roble oscuro y planchas de hierro. Sus entrañas recordaban a un molino, pues eran un laberinto de engranajes de madera con grandes dientes, poleas de cuero y palancas que eran movidas a un lado y a otro por sus contrapesos, y que supieran no contaba con ninguna fuente de energía aparte de la magia. Stiggur, el muchacho que había adoptado a la bestia mecánica, había ido haciendo añadidos a su estructura a lo largo de los tres últimos años hasta que ésta acabó pareciendo un fuerte móvil. Unos muretes colocados a lo largo de su columna vertebral habían sido recubiertos con láminas de cobre y techados. Instalada sobre el trasero de la bestia mecánica había una ballesta gigante con una provisión de dardos sujetos a los flancos de hierro de la bestia. Una pequeña grúa había sido erigida sobre su parte delantera para subir cargas hasta ella, y toda la bestia mecánica estaba rodeada de barandillas y sogas para agarrarse, con escalerillas de cuerda que permitían trepar por sus costados. El asiento del conductor, protegido por unas pequeñas

paredes que podían ser desmontadas, estaba colocado en un arnés, y había otros compartimentos y artilugios instalados aquí y allá. Después también estaban los adornos, naturalmente. Las planchas de hierro que formaban los costados habían sido rascadas y pintadas con grandes manchas marrones y blancas, como si fuesen los flancos de un caballo de verdad, y la cabeza había sido adornada con una crin artificial hecha de sogas destrenzadas. A pesar de todo ello, la bestia mecánica seguía siendo un artefacto muy feo y de apariencia torpe y desgastada..., pero resultaba útil. Cuando entraba en un campo de batalla con un gigante de dos cabezas caminando pesadamente junto a ella, la bestia mecánica podía hacer huir a escuadrones enteros de caballería o infantería, que temían ser pisoteados por aquellas gigantescas patas. Además, la ballesta gigante disparaba dardos de casi dos metros de longitud que podían atravesar de parte a parte un granero a casi un kilómetro de distancia..., si daban en el blanco.

Cuando Stiggur vio a Mangas Verdes y su séquito, se agarró al extremo de la cuerda y saltó al vacío: un ruidoso cabrestante lo fue bajando hasta el suelo con un rápido balanceo.

El puesto de guardia anunció la llegada de Mangas Verdes con un grito, y la capitana Cense bajó de una plataforma de observación de madera que se alzaba en el centro del campamento. Cerise fue trotando hacia ellos para informar, dejando atrás a sus oficiales. Stiggur se apresuró a añadir sus observaciones.

--¡Los hemos hecho retroceder, Mangas Verdes! --gritó el muchacho--. ¡No tuvieron ni una posibilidad! ¡Hicimos una auténtica carnicería con ellos!

La archidruida movió una mano para hacer callar al muchacho. Stiggur ya debía de tener dieciséis años y vestía pieles de cuero, igual que su héroe, Gaviota el leñador. Mangas Verdes se volvió hacia Cerise, permaneciendo sobre la silla de montar para poder ver por encima del baluarte, y escuchó su informe.

--Los sabuesos de guerra empezaron a ladrar, mi señora --empezó diciendo la capitana. Algún tiempo atrás alguien se había dirigido a Mangas Verdes llamándola «mi señora», y la druida ya no conseguía quitarle esa costumbre al ejército--. Los Cuervos vinieron corriendo e informaron de que había un gigante rondando por ahí. Era Immugio, ese bastardo colosal al que conocíamos de la batalla de Myrion... Conjuró orcos, y tantos trasgos que parecían una plaga de pulgas, y todos surgieron del bosque y cayeron sobre nosotros. No vinieron al trote, eso puedo aseguráoslo... Sus capitanes empuñaban

látigos, y los iban empujando desde el cobijo de los árboles. Al final Immugio debió de hacer algo que los asustó de veras, porque entonces echaron a correr y se lanzaron a la carga. Pero les dimos una buena paliza y se retiraron. Tenemos dos heridos, ninguno de ellos de gravedad. Stiggur disparó un dardo de su ballesta gigante contra Immugio, y partió en dos el abedul que tenía al lado...

--¡Ese bastardo se agachó, pues de lo contrario le habría metido el dardo en el gaznate! --exclamó el muchacho, complementando la información de Cerise.

--Después, aullando como furias, aparecieron esos idiotas de las túnicas rojas...

--El Culto de lo Invisible de Fabia. --Mangas Verdes reprimió un suspiro--. Todavía no estabas con nosotras cuando les conocimos, Cerise.

--Ah... Sí, mi señora, gracias. Bueno, entonces la reserva de idiotas de nuestro ejército, los Mártires de Korlys, se lo tomó como un desafío personal. Antes de que pudiéramos detenerlos, ya se habían quitado las túnicas tan deprisa como si estuvieran en una luna de miel y estaban lanzándose a la carga por encima del baluarte. Podéis ver que todavía siguen ahí fuera.

--Desde luego --dijo Mangas Verdes, echando un vistazo desde la silla de montar.

Los mártires se habían ido a la gloria y a los brazos de Korlys, fuera quien fuese.

Mangas Verdes se hizo sombra en los ojos con una mano.

--Oh, cielos... Immugio y Fabia de la Garganta Dorada.

Otros dos hechiceros que habían vivido a medio continente de distancia el uno del otro. No se conocían, y sin embargo algo había llegado a relacionarlos.

Y Mangas Verdes sabía muy bien que la conexión no era otra que ella misma.

--Los trasgos... ¿Los trajo el gigante? --preguntó, meneando la cabeza--. Sé que Fabia no lo hizo: desprecia a todas las criaturas salvo los humanos «perfectos».

Cerise meneó la cabeza: estaba tan orgullosa de su melena de leona que nunca llevaba casco.

--No, mi señora. Había un trasgo al frente de ellos. Era una hembra que llevaba una corona muy rara, una especie de anillo hecho con clavos de herradura. Esa...

Mangas Verdes se frotó la frente. Tal como había temido, se

trataba de Atronadora, la Reina de los Trasgos. Otro de sus prisioneros «en libertad condicional» se había librado de sus ataduras.

--Qué locura --murmuró para sí misma--. Oh, sí, pensar que podríamos mantener cautivos a esos hechiceros y su consumada maldad fue una locura imperdonable...

--¿Tenéis alguna orden que dar, mi señora? --preguntó Cerise--. ¿Debemos mantener las posiciones aquí, o retrocedemos hacia el bosque y...?

--¡Helos que vienen por acullá! --gritó Uxmal el enano.

Al instante todo el mundo aferró sus armas con más fuerza o puso una flecha en su arco. Mangas Verdes pensó que ni uno solo de sus soldados o de los seguidores del campamento tenía miedo o, si lo tenía, por lo menos no lo demostraba.

Pero ella estaba aterrada. Lo que la asustaba no era la amenaza a la que se enfrentaban en aquel momento, sino el horror total que implicaba. Al parecer todos los hechiceros a los que habían vencido acababan de unirse para atacar en masa. Mangas Verdes no estaba muy segura de que ni siquiera su ejército, aun estando tan dedicado a su cruzada y siendo todo lo poderoso que era, pudiese resistir a una fuerza semejante.

Un griterío gutural resonó entre los árboles. Los orcos surgieron de ellos, golpeando escudos de cuero con espadas de hierro y lanzando alaridos, haciendo mucho ruido pero avanzando muy poco. Esparcidos entre ellos había trasgos más bajos armados con lanzas cortas o garrotes en los que había incrustados trozos de pedernal. Unos cuantos fanáticos vestidos con las túnicas rojizas de los seguidores de Fabia formaban los flancos. Detrás, alzándose como una montaña, caminaba Immugio. El mestizo de ogro y gigante aullaba y gritaba, pero mantuvo gruesos troncos de árboles interponiéndose entre su cuerpo y la bestia mecánica.

Stiggur lanzó un potente «¡Hyah!» desde el flanco izquierdo del ejército de los defensores. Una soga hizo *tung* y una flecha tan larga como una canoa se abrió paso por entre los abedules, rebotó en un árbol y mató a tres orcos que cayeron entre convulsiones. Al lado de Stiggur se alzó una flaca silueta: Sorbehuevos. El trasgo se metió los pulgares en las orejas y se burló de sus congéneres dispersos entre los árboles, y después se dio la vuelta y levantó las maltrechas pieles que vestía para exhibir su huesudo trasero.

Mangas Verdes vio que había un pentáculo nova colgando encima de la reseca máscara de muerte que cubría el pecho de

Immugio. Estiró el cuello hacia un lado y hacia otro, e incluso se irguió sobre su silla de montar, pero no vio ni a Fabia ni a Atronadora, la Reina de los Trasgos. La joven druida intentó decidir qué debía hacer.

Cerise gritó a sus arqueros que tensaran las cuerdas y estuvieran preparados para lanzar una devastadora lluvia de flechas, pero Mangas Verdes le pidió que se callara y se concentró. El ejército ardía en deseos de luchar y podría derrotar sin ninguna dificultad a aquella horda de orcos y trasgos, pero la archidruida quería salvar el mayor número de vidas posible. Habría muchas batallas más antes de que el día hubiera terminado.

--No, Cerise, por favor... Que tus arqueros no disparen todavía. Haz que los zapadores estén preparados con mazos y cuerdas, y que corten estacas. Han de ser largas, de un brazo o más.

La capitana, siempre disciplinada, obedeció sin rechistar, aunque mientras iba corriendo hacia Uxmal y transmitía aquellas extrañas órdenes no pudo evitar preguntarse qué pretendía hacer Mangas Verdes.

La archidruida bajó de su montura y se abrió paso por entre sus guardias personales, que no habían retrocedido ni un centímetro. La falta de oposición había hecho que el ejército de orcos produjese todavía más ruido que antes y se fuera acercando un poco más, aunque aún se encontraba fuera del alcance de los arqueros. Los orcos les lanzaron un diluvio de maldiciones y gestos obscenos. Los trasgos saltaban como niños. Los fanáticos de Fabia se mantenían en los flancos de la turba, con sus espadas de bronce destellando sobre sus cabezas. Immugio, el coloso de dientes mellados y cuello de toro, alzó sus manos nudosas y peludas y rugió un desafío de batalla que fue coreado por su ejército.

El ejército de Mangas Verdes permaneció en una tensa inmovilidad, esperando ver qué iba a hacer su líder.

La archidruida tiró de su capa llena de bordados hasta taparse el pecho con ella, y después tocó un punto donde los hilos dibujaban a un hombre de largos cabellos y expresión extasiada acostado debajo de un árbol. Después alzó la mano hacia el aullante ejército y agitó los dedos.

Y muchos orcos y trasgos se callaron al instante, interrumpiendo sus gritos de guerra tan bruscamente como si se los hubieran tragado. Casi todos los fanáticos de Fabia se detuvieron de repente y miraron a su alrededor con los ojos llenos de perplejidad, tan confusos como si estuvieran viendo el bosque por primera vez. Uno de ellos rozó con los

dedos la corteza de un abedul, descubrió una oruga cubierta de pelos y llamó a otros para que la vieran. Otro señaló las nubes e imágenes imaginarias. Varios fanáticos más se unieron a él en ese nuevo pasatiempo, hasta que uno cogió una florecilla y la olisqueó, después de lo cual muchos le imitaron.

El ejército, medio fascinado, se había detenido. Los humanos y los orcos que no habían sucumbido a aquel trance recriminaron furiosamente su extraña conducta a sus aturdidos compañeros, golpeándoles cuando sólo obtenían respuestas amables o que parecían surgidas de un sueño.

--¿Qué hechizo es ése? --preguntó Micka, rompiendo las normas de la disciplina y consiguiendo que Kuni le ordenara secamente que no se distrajese.

--Es un hechizo de serenidad --les dijo la joven druida--. Y aquí viene un segundo conjuro.

Mangas Verdes rozó otro bordado de su capa, y después movió ambas manos en un gesto tan delicado como si intentara tranquilizar a un niño pequeño.

Un zumbido atrajo la atención de los que aún no habían sucumbido al estupor que acababa de adueñarse de la mitad del ejército atacante. El suave tamborilear inicial se fue volviendo más estridente y poderoso a cada momento que pasaba.

Y siluetas negras y amarillas surgieron de los arbustos, brezales y hojas que tenían debajo de los pies.

Eran abejas tan grandes como puños.

Los orcos aullaron y manotearon ante la repentina aparición de las abejas asesinas, y fueron picados. No podían saber que las abejas sólo atacaban si eran atacadas, y la consecuencia de esa ignorancia fue que lograron enfurecer a los insectos.

Los humanos y orcos sumidos en el trance del hechizo de serenidad contemplaron con gran curiosidad cómo sus enfurecidos congéneres sucumbían ante la ofensiva de las enormes abejas. En cuestión de segundos, ya había veintenas de orcos que saltaban y daban manotazos al aire primero y huían después. Los fugitivos arrastraron un torbellino negro y amarillo detrás de ellos.

Immugio, su líder, ignoró a las abejas que hundían sus aguijones en su gruesa piel. Lanzó un chorro de insultos al ejército que se estaba desintegrando ante sus ojos y golpeó, pateó y mató a algunos de sus componentes con sus enormes pies descalzos. Después se agachó cuando otro dardo gigantesco atravesó las hojas por encima

de su cabeza. Stiggur había obedecido la orden de no disparar, pero ver atacar a las abejas había hecho que él también decidiera atacar.

Mientras los orcos huían hacia las profundidades del bosque, los soldados más próximos a Mangas Verdes lanzaron jadeos llenos de sorpresa, y después chillaron y acabaron echándose a reír. Cerise soltó una risita y meneó su melena dorado rojiza.

--¡Una forma condenadamente rara de ganar una batalla! Pero ¿qué...?

--¿Qué vamos a hacer con las cuerdas y las estacas? --la interrumpió Mangas Verdes--. Mira.

Se inclinó y cogió una ramita caída a sus pies. La joven druida entrecerró los ojos y alzó la ramita, dirigiéndola hacia un roble muy alto que se alzaba junto al gigante. Después partió la ramita por la mitad.

Un fuerte crujido advirtió a Immugio, quien alzó la mirada en el instante en que la copa del árbol se rompía por encima de su cabeza. Immugio tuvo tiempo de lanzar un alarido antes de que toda la parte superior del roble se derrumbara sobre él, haciéndole caer al suelo bajo el peso de las ramas ya crecidas y el verdor de los brotes nuevos. Las hojas se agitaron cuando el gigante intentó liberarse de aquella trampa que se había precipitado sobre él.

Mangas Verdes volvió la cabeza hacia el otro extremo del campo de batalla para bajarla en una señal, pero los zapadores enanos ya estaban deslizándose por encima del baluarte, gritando y cantando en su extraño lenguaje gutural. Cerise gritó a dos compañías de Osos Blancos que fueran detrás de ellos, y después ordenó al resto de las tropas que permanecieran donde estaban.

--¡Oh, espera!

Pero ya era demasiado tarde. Antes de que Mangas Verdes pudiera detenerles, varios soldados echaron a correr por entre las aturdidas filas de humanos y orcos, que seguían estando sumidos en el trance del hechizo de serenidad, y empezaron a degollarlos. Cuando Mangas Verdes consiguió hacerse oír por Cerise, ya no quedaba ningún enemigo con vida delante de ellas.

Pero los robustos enanos hicieron su trabajo a la perfección. Treparon por encima del alud vegetal y corrieron a su alrededor, lanzando cuerdas sobre el gigante atrapado y tirando de ellas hasta inmovilizarle los brazos y las piernas. Otros manejaron los mazos para clavar en el suelo las estacas recién cortadas, y en cuestión de segundos Immugio quedó encerrado dentro de una sólida prisión de ramas y cuerdas aseguradas con estacas.

Mangas Verdes meneó la cabeza ante aquel derramamiento de sangre innecesario, pero ya no se podía hacer nada al respecto. Pensó en interrogar a Immugio para averiguar quién más formaba parte de aquel ataque, pero acabó decidiendo que, a menos que fuese torturado, el gigante se limitaría a gritarle insultos y burlas.

La joven druida se pasó la mano por la frente y descubrió que se sentía repentinamente exhausta: llevaba mucho rato empleando la magia sin parar ni un solo instante, y el esfuerzo se estaba cobrando un precio muy alto. Pero todavía había batallas librándose por el oeste, y tal vez hubiera más en otros lugares. Alguien le ofreció un odre de vino, pero Mangas Verdes pidió agua en vez de vino y la obtuvo. Tomó un largo trago, y después contó con voz entrecortada la historia de lo que había ocurrido en el este y en el oeste. Cerise inclinó su abundante melena en un asentimiento silencioso, y aguardó nuevas órdenes.

--No hay más órdenes --fue lo único que se le ocurrió decir a Mangas Verdes--. Quiero decir que... Eh... Bueno, limítate a impedir que nadie entre en el bosque. Mantén un flujo de mensajeros en movimiento entre las otras facciones para poder estar informada.

Lirio, la esposa de Gaviota, había venido a reunirse con ellas desde la retaguardia del campamento. Un aya cargaba con su hija, pues el embarazo de Lirio hacía que ya le resultara bastante difícil mover sólo el peso de su cuerpo. Lirio puso una mano sobre el brazo de Mangas Verdes y la archidruida la tapó con sus dedos, alegrándose de aquel contacto humano.

--Lamento molestarte, Verde, pero ha habido un estrépito terrible hacia el oeste. Me temo que las tropas de Gaviota se han encontrado con algo..., y se trata de algo que les está dando bastantes problemas.

La archidruida asintió.

--Haré lo que pueda, hermana. Gracias.

Subió a la grupa de Vara de Oro y descubrió que ya no tenía tres guardias personales, sino cuatro. Una mujer no muy alta y de ojos almendrados y movimientos veloces y ágiles llamada Miko le fue presentada. Kuni la había reclutado de la centuria de los Osos. Miko, hablando con voz suave y nítida, dijo que se sentía muy honrada de unirse a las Guardianas.

--Oh, sí, gracias, pero...

La joven druida contempló la túnica y el faldellín de la guerrera y su coraza de piel de buey blanca. Habían pertenecido a Bly, y todavía estaban mojadas con su sangre. Pero a Miko no parecía importarle en

lo más mínimo. Mangas Verdes se limitó a menear la cabeza y rodeó las muñecas de sus nuevas guardias personales con las manos.

--Miko y Micka... Gracias de nuevo. Intentaré haceros ir por el buen camino.

«Y manteneros con vida», pensó. Mangas Verdes intentaría mantenerlas vivas entre toda aquella destrucción y aquel horrible desperdicio de vidas..., de los que era la única culpable.

* * *

Cuando Mangas Verdes cobró existencia a partir del aire entre una ondulación de colores, la batalla que vio que se estaba librando en el oeste resultó ser tan distinta que a duras penas pudo creer que los dos combates sólo estuvieran separados por unos cuantos kilómetros de distancia.

La joven druida siguió sobre la grupa de su montura, y su mirada fue más allá de los troncos de robles y gigantescas hayas doradas que la rodeaban. Al principio Mangas Verdes no consiguió entender qué estaba viendo.

El bosque era muy frondoso en aquella parte, tanto que su hermano habría dicho que la vegetación era demasiado tupida para poder luchar. Tampoco era el campamento adecuado para la Centuria Negra, pues se encontraba a casi un kilómetro y medio más hacia el oeste. El ejército de Gaviota debía de haber retrocedido hasta aquella zona del bosque. Mangas Verdes había intentado llegar lo más cerca posible de su hermano, pero ni siquiera podía verle. La batalla se había convertido en un caos.

Además de los gruesos troncos, grandes peñascos y macizos de laurel de las montañas de tal espesor que resultaba imposible atravesarlos, había humaredas que ondulaban en tres o cuatro lugares, y ni un soplo de viento para llevárselas. Durante un momento Mangas Verdes se sintió un poco preocupada, pues últimamente el bosque estaba bastante seco. Después descifró el lenguaje oculto del cielo y supo que no tardaría en haber brisa, pero no había ni rastro de lluvia. La joven druida tendría que producir un poco de lluvia en cuanto pudiera.

Mientras tanto, Mangas Verdes sólo podía ver las más borrosas siluetas imaginables moviéndose velozmente por entre los troncos. Perros Negros, con sus plumas y sus pantalones negros y sus brazales del mismo color, pasaron trotando en dos direcciones

distintas entre un tintineo metálico. Una compañía de arqueras de D'Avenant vestidas de negro surgió de la nada a paso de carga, se volvió hacia el sur y se arrodilló cuando su comandante ladró la orden correspondiente. Un instante después la comandante cambió de parecer y les ordenó que sacaran las flechas de sus arcos y que se levantaran y siguieran su carrera. Una hilera de caballería dorada, centauros y jinetes, serpenteaba por entre los árboles justo en el límite de su campo de visión. Mangas Verdes podía oír gritos procedentes del lugar hacia el que se dirigían. Un trompeteo bestial estremeció el aire e hizo temblar las hojas: el grito de un mamut. Pero Mangas Verdes no pudo ver al animal por ninguna parte. ¿Y dónde estaba su hermano?

Lo más terrible de todo era una silueta inmóvil a unos seis metros de distancia. La guerrera bárbara yacía sobre el suelo hecha un ovillo, como si estuviera dormida, con una gran herida ensangrentada abierta en su costado. Tenía los cabellos blancos y recogidos en una gran coleta sobre la parte superior de su cráneo. Su piel estaba tatuada con un sinfín de curvas y líneas que luego habían sido teñidas de azul con azularía, el extracto de la raíz de una planta. Llevaba una armadura de cuero y sandalias de tiras. Sus armas habían desaparecido. Los colmillos blancos que sobresalían de su mandíbula inferior no impedían que su rostro pareciera estar lleno de paz.

Mangas Verdes la contempló en silencio durante unos momentos. Sólo había visto a aquellos bárbaros azules en una ocasión y ya hacía mucho tiempo de ello, pues había sido cuando empezaron sus aventuras. Eran peones de Liante, el hechicero de las franjas multicolores, los cabellos meticulosamente peinados y el alma traicionera que mentía con tanta facilidad como respiraba.

Liante tenía que estar cerca.

--Allí, mi señora --dijo Kuni, y señaló con un dedo.

Las nubes de humo se disiparon, y pudieron divisar a unos lanceros vestidos de verde moviéndose por entre los árboles: eran los guardias personales de Gaviota. Mangas Verdes presionó los flancos de su yegua con las rodillas y la hizo avanzar en esa dirección, con cuatro Guardianas de los Bosques espaciadas alrededor de su montura.

Pero todavía no habían avanzado una docena de metros cuando Micka, la robusta granjera, hizo que su caballo volviera la cabeza con tanta brusquedad que casi le partió el cuello.

--¡Ah! ¡Por Mangas Verdes!

Surgiendo al galope de la humareda y viniendo hacia ellos a toda velocidad, un trío de feroces guerreros que enarbolaban sables acababa de lanzarse a la carga.

_____ 9 _____

Los atacantes llevaban las camisas harapientas y los pantalones holgados típicos de los marineros, con las prendas de colores ya apagados pero aun así todavía locamente dispares, además de fajines, pendientes y pañuelos en la cabeza. Dos eran de complexión oscura que había sido bronceada casi hasta el negro por los años pasados en alta mar, y el tercero --un hombre del lejano sur-- ya había nacido con la piel negra.

Mangas Verdes sabía qué eran: piratas. Estarían a sueldo de sus enemigos o bajo un yugo mágico forjado por Dwen, una hechicera del océano que en tiempos no muy lejanos había empuñado la legendaria Lanza del Mar..., hasta que Gaviota y Mangas Verdes se la quitaron. Los caballos que montaban tenían sangre y líneas amarillas en los flancos. Estaba claro que los piratas habían tendido una emboscada a algunos jinetes de la caballería dorada.

De las cuatro guardias personales que le quedaban a la joven druida, Kuni, que tenía la cabeza vendada, era la que tenía mayores dificultades para moverse y reaccionar con rapidez. Kuni ladró unas secas órdenes a las demás. Micka, Miko y Doris gritaron, bajaron sus lanzas y se lanzaron a la carga. Kuni bajó su lanza, tiró de su escudo y se colocó delante de Mangas Verdes.

Los piratas se separaron, lanzando feroces gritos para asustar a sus enemigos y darse valor a sí mismos, y agitaron frenéticamente sus sables oxidados y manchados de sangre por encima de sus cabezas. Pero robar un caballo y montarlo no era lo mismo que luchar a caballo, como no tardaron en descubrir.

Micka, la corpulenta granjera de ojos azules y rubia cabellera, deslizó el astil de su lanza en su sobaco, se encogió sobre sí misma y enfiló el arma con impecable precisión. La larga punta con forma de hoja hirió a un pirata en el centro de su estómago y salió por su espalda. Al mismo tiempo Micka alzó su escudo, desviando el último mandoble ya carente de fuerzas que el pirata agonizante lanzó con su sable. Después la Guardiana del Bosque bajó la lanza para no ser arrastrada por el peso de su víctima. El pirata agonizante se derrumbó sobre la silla de montar, y el extremo del astil golpeó el suelo. Micka desenvainó su espada y hundió los talones en los flancos de su montura, dirigiéndola hacia otro atacante.

El oponente de Doris, el pirata de la piel negra, vio cómo su amigo casi era partido por la mitad y sacó una lección de ello, pero no lo

suficientemente clara. El pirata se retorció hacia un lado mientras la Guardiana del Bosque atacaba con su lanza, sacando medio cuerpo de la silla de montar para salvar su estómago del acero. Pero Doris también podía seguirle hasta allí. Doris movió la lanza en un veloz arco lateral, golpeándole en las costillas con la punta del astil, y después lanzó su montura contra la suya. El pirata, que ya había quedado un poco desequilibrado, no pudo resistir la sacudida y el salvaje empujón de Doris y cayó de la silla de montar. Después aulló cuando su tobillo, que había quedado atrapado en el estribo, se partió mientras golpeaba el suelo con el hombro. Los sufrimientos del pirata no duraron mucho tiempo, pues Doris hizo volver grupas a su caballo casi en el aire y se irguió sobre la silla de montar para golpear hacia abajo, añadiendo todo el peso del caballo a la potencia del golpe. La lanza se abrió paso a través del pecho del hombre, atravesándole los pulmones y el corazón, y enterrándose tan profundamente en el blando suelo del bosque que quedó atascada en las raíces y Doris no tuvo más remedio que dejarla allí.

El tercer pirata volvió la cabeza a un lado y a otro y descubrió que estaba solo, y después espoleó implacablemente a su montura e intentó dirigirse hacia el hueco entre los dos árboles más grandes que pudo encontrar. Pero la pequeña Miko, que ardía en deseos de demostrar su valía, hizo volver grupas a su caballo y galopó junto a él. Mientras pasaban velozmente por entre los árboles, la lanza de Miko se enredó en las hojas que se alzaban sobre su cabeza y fue arrancada de su mano, por lo que Miko tuvo que desenvainar su espada de un rápido manotazo. El pirata que huía se volvió para ver si era perseguido..., cometiendo un grave error al hacerlo. La brida se desvió hacia un lado, y su caballo titubeó. El pirata vio un caballo marrón y a una enfurecida guerrera con armadura que ya casi estaba encima de él. Intentó saltar de la silla de montar, pero la espada de Micka le atravesó limpiamente la columna vertebral. El pirata, ya agonizante, salió despedido de la silla de montar, chocó con el tronco de un árbol y se quedó inmóvil en el suelo.

Doris, Miko y Micka miraron a su alrededor para asegurarse de que sus enemigos no se movían, y después recuperaron sus lanzas y volvieron al trote para desplegarse nuevamente alrededor de Mangas Verdes, con los rostros enrojecidos y la respiración entrecortada, pero felices y satisfechas.

--¿Mi señora? --preguntó Kuni, moviendo una mano para señalar la dirección por la que habían estado avanzando.

Mangas Verdes asintió distraídamente, señalando a los distantes Lanceros Verdes con su inclinación de cabeza. No había tenido tiempo de lanzar un hechizo, y en realidad ni siquiera había tenido tiempo de pensar en uno.

La joven druida se consoló con la esperanza de que podría actuar tan velozmente como sus protectoras cuando su intervención fuese realmente necesaria.

* * *

En un pequeño claro se alzaba una barricada de dos lados construida a toda prisa con cuatro árboles que habían sido derribados y despojados de sus ramas, las cuales después fueron arrojadas por encima para formar una especie de techo. Añadidos a la barricada estaban los Lanceros Verdes de Gaviota, un círculo de acero dirigido hacia el exterior en el que los combatientes se mantenían inmóviles hombro con hombro. Que dirigieran sus armas hacia todos los puntos de la rosa de los vientos confirmaba lo que Mangas Verdes ya había visto: aquella batalla se había dispersado por todo el bosque. Pero ya no había treinta lanceros, sino sólo veinte. Casi todos estaban manchados de sangre y mostraban vendajes, morados y cortes. Diez Perros Negros habían sido incorporados a sus filas para que la guardia personal de Gaviota recuperase sus efectivos iniciales.

Ya estaban un poco más cerca, y Mangas Verdes pudo ver cadáveres esparcidos por entre los árboles mirase donde mirase: Lanceros Verdes y Perros Negros con grandes heridas, piratas y bárbaros azules atravesados por lanzas y flechas negras, y algunos guerreros de piel muy pálida vestidos con pieles. Unos cuantos cadáveres enemigos habían sido arrojados sobre la barricada, o habían muerto intentando atravesarla.

El calor veraniego había hecho que Gaviota se quitara la camisa para quedarse únicamente con su chaleco de piel de ciervo que le dejaba los brazos al aire. Su enorme hacha de doble hoja tiraba de su cinturón, haciéndolo bajar en el lado del que colgaba. Gaviota estaba cubierto de sangre, tanto suya como de otros, pero no se tomaba ni un momento de reposo. Ladraba secas instrucciones a los mensajeros, enviándolos a la carrera hacia distintas centurias y hacia su esposa, la furriel general del ejército. Ordenaba a los soldados cuyas heridas eran demasiado graves que fueran a la retaguardia, y de vez en cuando incluso empuñaba su gran hacha para cortar las ramas que se

interponían en su camino. Mangas Verdes se enorgulleció de su hermano mayor, que sólo quería ser leñador y pasar toda su vida en Risco Blanco, pero que había visto cómo el destino lo empujaba hacia las batallas y el generalato. El guerrero menos deseoso de serlo que jamás hubiera existido estaba dirigiendo una guerra, y lo hacía muy bien.

Mientras tanto los Perros Negros no habían parado de salir del bosque con paso tambaleante para ir hacia la barricada, jadeantes y cubiertos de heridas. Gaviota no les dejó descansar mucho rato, y ordenó a sus sargentos que formaran a sus hombres. Mangas Verdes no pudo evitar alarmarse ante su estado y la considerable reducción que había sufrido su número. Quedaban menos de sesenta Perros Negros del centenar original, menos de ochenta jinetes, una veintena de arqueras de D'Avenant, veinte Lanceros Verdes y un puñado de exploradores. La joven druida supuso que allí la batalla debía de haber sido más encarnizada que en otros lugares.

Gaviota vio cómo sus líneas empezaban a formarse y se volvió hacia su hermana, que no había desmontado.

--¡Estamos metidos en un lío de mil demonios, Verde! Nos atacaron en oleadas y nos fueron matando mientras retrocedíamos..., ¡por dos veces! Dacian anda por ahí y Dwen, esa hechicera del océano... Y Liante, ese maldito hijo del diablo, tiene que estar cerca, pues tenemos a montones de sus bárbaros azules para matar. Y hay mamuts de guerra con una especie de casitas en la grupa, y con arqueros dentro de ellas. He enviado a un mensajero para que Liko y la bestia mecánica de Stiggur vengan aquí. ¿Qué tal van las cosas en el resto del bosque?

Gaviota lanzó una rápida mirada a las cuatro Guardianas del Bosque manchadas de sangre y enseguida supuso cuál había sido el destino sufrido por las otras, pero no dijo nada. Ya había visto demasiadas muertes aquella mañana, pero le preocupaba la seguridad de su «hermanita pequeña».

Su hermana le describió rápidamente la batalla librada en el este y la derrota sufrida en el sur, y le informó de la presencia de los otros hechiceros.

--¡Es como el fin del mundo, Gaviota! Todos los hechiceros contra los que hemos luchado están aquí hoy.

Gaviota meneó la cabeza.

--Pero eso no tiene ningún sentido... Nos han atacado en tres frentes, ¡pero los ataques son realmente ridículos! No es que mis

soldados no estén luchando y muriendo como héroes, pero creo que en realidad sólo nos están ablandando. Tiene que haber algo más escondido ahí fuera, una trampa que espera el momento de cerrarse...

Mangas Verdes asintió. La preocupación de su hermano era un reflejo de la suya.

--Estoy de acuerdo contigo --dijo--. Nuestras victorias han resultado demasiado fáciles de obtener. Es como si todo esto sólo fueran las primeras gotas de lluvia y se estuviera preparando un huracán.

--Cierto. --Gaviota, visiblemente inquieto, rebuscó en su faltriquera sin darse cuenta de lo que hacía y sacó de ella una piedra de amolar para afilar su hacha, como si todo aquello sólo fuese otra pausa en el trabajo de leñador que había desempeñado hacía tanto tiempo--. ¿Y por qué? ¿Cuál es su objetivo, aparte de irnos dando una paliza detrás de otra? ¿Por qué invocar toda esa magia sólo para hacernos correr a través del bosque? ¿Y cómo infiernos se las han arreglado todos esos hechiceros para agruparse? ¡Dacian y Dwen son de dos reinos muy alejados el uno del otro! ¿Cómo han...?

--Yo tengo la culpa de eso --le interrumpió Mangas Verdes.

--¿Tú?

--¡Los esclavicé con el casco de piedra! --Mangas Verdes estaba tan nerviosa y preocupada que había empezado a mover las manos en el aire, como hacía cuando era retrasada. Vara de Oro piafó y golpeó el suelo con las pezuñas, y Gaviota agarró las riendas de la yegua--. ¡Lo único que tienen en común es a mí! De alguna manera, y no sé cómo, han llegado a desarrollar una especie de conexión entre ellos. Quizá sea alguna función del casco que los Artífices pretendían usar para poder vigilar mejor a quienes sometía. ¡Todavía no sabemos cómo funciona ese maldito artilugio!

--Magia... --resopló Gaviota--. La misma vieja historia de siempre, ¿eh? No puedes confiar en ella. Nunca hemos podido confiar en la magia.

Mangas Verdes no mordió el anzuelo: ya había oído aquellos argumentos demasiadas veces. Gaviota odiaba la magia porque había destruido su hogar, y no había nada más que decir al respecto. Para Gaviota la magia siempre sería una fuerza del mal de la que no se podían esperar muchas cosas buenas.

Y como para dar más énfasis a la afirmación de Gaviota, un leve temblor sacudió el suelo bajo sus pies. Un repentino estrépito resonó a su alrededor.

--¡Un terremoto! --gritó una mujer.
--¡Una lluvia de piedras! ¡Proteged vuestras cabezas! --gritó un hombre.
--¿Otra vez? --se limitó a decir Gaviota.
Mangas Verdes fue arrancada de la silla de montar con tal rapidez que dejó escapar un balido de sorpresa. Doris la había agarrado por la cintura. Kuni chilló. En cuestión de segundos, Mangas Verdes ya estaba atrapada debajo de cuatro Guardianas del Bosque que sostenían sus escudos unidos por encima de ella.
La intensidad de la lluvia de piedras se fue incrementando, y las rocas cayeron y rebotaron ruidosamente a su alrededor como un granizo letal. El estrépito de las piedras --Mangas Verdes se dio cuenta de que se trataba de piedras marinas, pues todas eran redondas y relucientes-- al chocar con la madera y el hierro resultaba ensordecedor. Las piedras se fueron amontonando a su alrededor entre tañidos, chasquidos y tintineos. Un caballo que relinchaba se derrumbó cuando su cráneo fue destrozado por una piedra. Otro rompió las riendas que lo habían estado sujetando a un árbol y huyó, lanzándose a un galope sin rumbo. Alguien gritó cuando una piedra se abrió paso a través de su defensa. Mangas Verdes ya sabía por qué los lanceros tenían el rostro lleno de morados. Intentó pensar en una defensa, pero su mente estaba en blanco. Pobre Vara de Oro...
Pegada a la tierra por el peso de sus protectoras, Mangas Verdes sintió cómo temblaba debajo de ella. Pero un instante después comprendió que aquello no era un terremoto, sino más bien túneles que estaban siendo horadados debajo de sus posiciones. Vagamente, pues por aquel entonces había sido una idiota, recordó cómo Dacian había minado la aldea de Risco Blanco con túneles de los que brotaron trolls de Uthden, diminutos carroñeros que buscaban monedas y metal. Pero ¿por qué crear túneles en aquel momento? ¿Para aparecer detrás del ejército de Gaviota? ¿Por qué tomarse tantas molestias, cuando su ejército estaba dispersado por toda aquella parte del bosque?
Gaviota estaba gritando instrucciones a sus tropas, intentando hacerse oír por encima de los golpes sordos y el repiqueteo de las piedras.
--¡Hicieron esto antes para proporcionar cobertura a un ataque! ¡Estad preparados para luchar en cuanto cese la lluvia!
«Más lucha --pensó Mangas Verdes--, y quizá sea la peor de todas las que ha habido hasta ahora.» Más de sus fieles seguidores

morirían. Como Bly y Alina o como la pobre Petalia, perdida en el vacío... Tantas muertes, y todas por su cruzada para obligar a los hechiceros a que no impusieran su voluntad a los demás. ¿Valía la pena? ¿Acaso no habían salvado incontables aldeas, e incluso toda una ciudad, de la violación y el saqueo? Y aun así, ¿por qué no conseguían encontrar una manera de hacerlo que no exigiese luchar?

La lluvia de piedras fue cesando, y los ruidos se espaciaron poco a poco hasta que ya no hubo más golpes o tintineos.

Gaviota enseguida se levantó de un salto.

--¡Vamos, vamos! ¡De pie todo el mundo! ¡No tardarán en venir! ¡A la barricada!

La guardia personal de Mangas Verdes se desplegó. Lo primero que vio la joven druida fue a su siempre dócil y animosa yegua amarilla, Vara de Oro, muerta junto a ella y medio cubierta de piedras.

--¡Es el gran ataque! --rugió un explorador que se había apostado delante de la barricada.

Gaviota apoyó las manos sobre los hombros de dos Lanceros Verdes. El leñador se impulsó hacia arriba para poder ver por encima de la barricada y aterrizó ruidosamente sobre las rocas.

--¡Señor del Abismo! ¡Esta vez va de veras! ¡Que suenen los clarines!

* * *

Los atacantes llegaban a la carrera.

Mamuts de guerra, sus conductores vestidos con pieles erguidos detrás de sus cabezas, avanzaban en un rígido galopar por entre los gigantescos troncos y se dirigían hacia la delgada línea de combatientes de Gaviota. Las enormes bestias peludas eran tan altas que el hermano de Mangas Verdes apenas hubiera podido llegar a sus estómagos levantando una mano. Sus pesadas pezuñas hacían temblar el suelo del bosque. Sujetas con gruesas tiras colocadas sobre su abundante pelaje marrón rojizo que pasaban alrededor de sus flancos, había plataformas repletas de arqueros arrodillados que se bamboleaban en un precario equilibrio. Al igual que los conductores, los arqueros eran hombres y mujeres de largas melenas rubias y piel tan pálida como la de los vampiros, y cubrían sus cuerpos con pieles de reno o de zorro ártico y lobo de las montañas. Sus arcos eran casi rectos, con la curvatura reducida al mínimo, y las cuerdas estaban tensadas para disparar flechas de punta de piedra. Junto a los

mamuts corrían más cavernícolas de piernas arqueadas que agitaban garrotes y lanzas cortas. Con ellos venían los bárbaros de piel teñida de azul y blancos colmillos, aullando con una furia igual de salvaje. Esparcidos entre ellos había más piratas, tan enloquecidos por el ardor guerrero como el resto de combatientes.

Y al frente de todos ellos...

Los soldados de Gaviota se apostaron en la barricada y se agruparon detrás de ella, con las lanzas hacia arriba y las flechas colocadas en los arcos, las hachas y las espadas al alcance de la mano y los escudos preparados. Gaviota se había situado en el centro, y sus lanceros se dispusieron a su alrededor. El general escupió en las palmas de sus manos y movió su hacha en un temible vaivén.

--¡Ese hijo de perra que parece una montaña es mío!

Mangas Verdes sintió que se le formaba un nudo en la garganta nada más oír aquella desafiante proclamación..., pues encabezando la carga corría el hombre más enorme que había visto jamás.

Era inmenso, y aterrador.

Todo su cuerpo estaba recubierto por gruesas capas de músculos y era más alto que Gaviota, y probablemente pesaba el doble que él. Llevaba un faldellín rojo y un arnés de cuero, y un horrendo yelmo de hierro con los ojos de rubí y la boca llena de colmillos. Sus manos empuñaban una colosal espada, y no llevaba escudo. Estaba claro que ningún enemigo viviría el tiempo suficiente para devolverle un golpe.

El aullido del señor guerrero se elevó sobre el campo de batalla, y su voz era un rugido tan seco y gutural como el de una roca que se agrieta.

--¡He venido a por ti, Gaviota! ¡Te mataré!

--¡No creas que te será tan fácil! --rugió el leñador en respuesta. Los gritos que brotaban de los dos bandos hubiesen podido ahogar incluso el retumbar del trueno--. ¡Preparados, soldados! ¡Caballería, adelante!

Acurrucada detrás de las hileras de soldados y de la barricada y rodeada por sus cuatro Guardianas del Bosque, Mangas Verdes iba sucumbiendo a la desesperación. Cuatrocientos o quinientos locos se lanzaban a la carga contra ellos, así como media docena de mamuts de guerra y un señor guerrero monstruosamente inmenso, un auténtico mamut entre los humanos. Las fuerzas de Gaviota no ascendían ni a la mitad de esas cifras..., y su hermano estaba al frente

de ellas.

El señor guerrero se detuvo a unos quince metros de la barricada y movió una mano para hacer avanzar a los cavernícolas que habían estado corriendo a su alrededor.

--¡Luchad! ¡Luchad! ¡Luchad! --aulló.

Una marea de piel blanca y azul se estrelló sobre las lanzas adornadas con cintas verdes y las espadas de negras empuñaduras blandidas con toda la fuerza de las manos que las sujetaban. Mangas Verdes tuvo que mirar por encima de los hombros de sus protectoras, pero vio el caos que se produjo cuando las dos líneas de combatientes chocaron con tanta violencia como el oleaje y una orilla de granito. La joven druida se encontraba lo bastante cerca para poder oler la sangre y oír el chirriar del acero sobre los huesos y el estrépito de las armas. Los cavernícolas aullaban como lobos mientras se lanzaban hacia la hilera de soldados de Gaviota. Hombres y mujeres se arrojaron sobre la larga fila de lanzas inclinadas para recibir su ataque. Una cavernícola murió entre un chorro de sangre cuando la punta de una lanza le desgarró la garganta. Un hombre que parecía una bestia salvaje esquivó una lanza sólo para acabar hundiendo sus tripas en otra. Una mujer saltó sobre los cuerpos agonizantes y alzó por encima de su cabeza un gran garrote del que sobresalían trozos de obsidiana, blandiéndolo en un frenético ataque, y murió después. Los cavernícolas morían a lo largo de toda la hilera de frío acero. Pero a pesar de que los Perros Negros hacían estragos con las puntas y los astiles de sus lanzas, rajando y golpeando alternativamente, el puro peso de la superioridad numérica hizo que retrocedieran un poco al verse enterrados bajo una avalancha de carne.

Gaviota, que estaba en primera línea de la batalla pero se veía estorbado por la presencia protectora de sus guardias personales, derribaba a cualquier cavernícola que se le aproximase, sin dejar de gritar ni un solo instante a sus fuerzas que siguieran en sus posiciones, vigilaran su espalda y lucharan hombro con hombro.

El señor guerrero no otorgaba ninguna importancia a las vidas de sus combatientes, y sólo tenía una orden que dar.

--¡Luchad!

Aturdida por la ferocidad que se desplegaba ante ella, Mangas Verdes se unió a la contienda. A pesar de las cargas suicidas de la caballería y los centauros, que lanzaban tajos y mandobles y se esforzaban desesperadamente para hacer volver grupas a las bestias, los mamuts seguían avanzando hacia la línea, y ya estaban tan cerca

que los arqueros envueltos en pieles instalados sobre sus lomos lanzaban flechas contra los soldados vestidos de negro y de verde que rodeaban a Gaviota. Nadie podía detener a los colosos..., salvo una persona capaz de usar la magia.

Mangas Verdes se llevó una mano a la capa y rozó el lugar en el que había bordada una silueta anaranjada que revoloteaba por encima de la hoguera de un campamento, y después agitó los dedos como si estuviera asustando a unas moscas.

Y al instante unas diminutas criaturas llameantes cobraron existencia alrededor de los rostros de los seis mamuts: eran duendes del fuego, no más grandes que ruiseñores. Como todos los duendes, aquellas criaturas tenían una naturaleza profundamente traviesa y maliciosa. La tentación que suponían unos objetivos tan enormes no podía ser resistida.

Deslizándose velozmente de un lado a otro y dejando regueros de humo detrás de ellos a medida que chamuscaban el aire, los duendes del fuego se introdujeron en el espeso pelaje que brotaba debajo de los ojos de los mamuts. Los pelos resecos y grasientos se inflamaron al instante y empezaron a consumirse y a ennegrecerse, llenando de humo los ojos de los animales.

Y los elefantes gigantes enloquecieron.

Uno hundió sus cuatro patas en el suelo tan bruscamente y con tal violencia que la tira que sostenía la plataforma colocada sobre su espalda se partió. Los arqueros fueron lanzados en todas direcciones desde seis metros de altura. Otro mamut, con el pelaje incendiado en un lado, volvió grupas de repente, pisoteando piratas, y chocó con su vecino. Las dos bestias se quedaron inmóviles, y la colisión hizo que los arqueros salieran despedidos de ellas como si fuesen pulgas. Un tercer mamut cerró los ojos y galopó en línea recta hacia un gigantesco roble rojo, incrustándose en él con un impacto tan terrible que se destrozó los sesos y dejó el árbol medio desenraizado.

La última bestia siguió avanzando. Mangas Verdes chilló cuando cavernícolas, bárbaros azules y soldados vestidos de verde y de negro quedaron aplastados como huevos debajo de aquellas patas descomunales. La barricada fue embestida, y el mamut abrió una enorme brecha en ella. Gaviota gritó a sus Perros Negros que llenaran la abertura con lanzas.

El señor guerrero supo aprovechar el caos y agitó una mano para hacer avanzar a la segunda oleada de su ataque, que estaba formada por bárbaros azules.

--¡Luchad! ¡Luchad!

Más astutos, y adiestrados en las artes de la guerra, los bárbaros rugieron, hirvieron de furia y golpearon el suelo con los pies mientras lanzaban escupitajos y resoplidos, pero no se dejaron dominar por el frenesí de la batalla hasta el extremo de perder la cabeza. Trabajando en parejas, los nuevos atacantes apartaban las puntas de las lanzas con sus espadas de bronce de hoja curva o con largos garrotes reforzados con plomo y escudos de cuero. Pero también estaban impulsados por aquel irresistible deseo de luchar. Los bárbaros treparon sobre los cadáveres de los cavernícolas muertos y lanzaron golpes a derecha e izquierda, abriendo una brecha entre las lanzas. Buscando el combate cuerpo a cuerpo, y atacando salvajemente sin un solo instante de pausa a pesar de que las flechas de las arqueras de D'Avenant caían sobre ellos, los bárbaros obligaron a los Perros Negros y los Lanceros Verdes a emplear su defensa secundaria: las espadas. La línea de Gaviota no tardó en quedar rota por una docena de sitios distintos, y aún había centenares de bárbaros y cavernícolas supervivientes cayendo sobre la barricada, continuando con su feroz ofensiva, aullando y chillando y muriendo.

En sólo unos segundos, o eso pareció, la línea de Gaviota fue apartada a un lado y destrozada con tanta facilidad como si fuese un hormiguero reventado por un oso.

Antes de que Mangas Verdes pudiera hacer ningún conjuro, el bosque se había convertido en una confusión de combatientes que se debatían y se lanzaban golpes unos a otros. Su guardia personal la hizo retroceder y empezó a eliminar a los enemigos que se habían fijado en la joven druida. Pero Mangas Verdes estaba demasiado absorta en la apurada situación de su hermano.

Después de haber causado veintenas de muertes, el señor guerrero por fin había entrado en la batalla. El coloso hacía girar de un lado a otro su enorme espada, y cada nuevo mandoble asestado con dos manos le iba abriendo paso por entre los cuerpos que se debatían, derribándolos sin importar que fueran aliados o enemigos.

Y el señor guerrero iba directamente hacia su hermano.

Por increíble que pudiera parecer, Gaviota se veía severamente estorbado por sus Lanceros Verdes. Sus protectores, que sólo pensaban en defenderle, intentaban mantenerse entre él y el señor guerrero tal como hacían ante cualquier amenaza. Mientras cien pequeñas batallas hervían a su alrededor, los Lanceros Verdes se debatían frenéticamente. Algunos intentaban avanzar, y otros trataban

de colocarse alrededor de Gaviota para poder emplear la lanza y la espada. Gaviota intentó ordenarles que retrocediesen pero sólo consiguió verles caer, segados como espigas de trigo bajo la descomunal espada.

Gaviota acabó apartando a los Lanceros Verdes para poder enfrentarse a su enemigo: un combate singular en un campo del honor.

--¡Muere hoy, Gaviota el cobarde! --rugió el señor guerrero.

Movió su espada en un gran arco que la llevó hasta su espalda, lanzando un mandoble a la altura de la cintura que pretendía partir por la mitad a Gaviota y que mató más Lanceros Verdes. Gaviota saltó por encima de sus cuerpos, rugiendo e igualmente dominado por el furor de la batalla.

El robusto leñador alzó su enorme hacha.

--¡Toma esto, bastardo! --gritó, mientras desviaba la terrible hoja con un espantoso *clang* que parecía capaz de atravesar el cráneo de quien lo oyera.

Pero la fuerza del golpe del señor guerrero era tal que el leñador se encontró impulsado hacia un lado. Gaviota apenas tuvo tiempo de recuperar el equilibrio mientras la gigantesca espada se alzaba sobre su cabeza. Un Lancero Verde se estiró por encima de Gaviota para atacar al enemigo desde abajo, y fue apartado de una patada. Los músculos se hincharon en los brazos del señor guerrero, y su espada cayó en un tremendo mandoble.

Gaviota ya no tenía aliento para gritar más amenazas. Esquivó el golpe y vio cómo se hundía en el tronco de un árbol junto a él. Gaviota saltó hacia el señor guerrero y lanzó el pomo de su hacha hacia la garganta del coloso en un golpe letal..., si conseguía asestarlo. Pero su enemigo ya había adivinado cuál iba a ser su próximo movimiento.

El señor guerrero encogió los hombros mientras se inclinaba hacia un lado, y el mango de nogal rebotó en sus músculos duros como el hierro.

Mientras intentaba hacer retroceder su hacha, Gaviota se dio cuenta de que estaba demasiado cerca. Unos Lanceros Verdes, que habían saltado hacia adelante, tuvieron que frenar los golpes que se disponían a asestar.

Un robusto brazo impulsó un codo, haciéndolo caer con la fuerza de un yunque sobre el hombro de Gaviota y rompiéndole la clavícula.

Gaviota soltó un siseo de dolor y se agachó hacia la izquierda para salir de debajo del brazo de su enemigo. Pero el señor guerrero

alzó su otra mano, que empuñaba la espada, y la hizo girar en un gesto velocísimo.

El impacto hizo que la cabeza de Gaviota girase con tanta brusquedad que casi le rompió el cuello. El señor guerrero le golpeó en el pecho y la garganta, asestándole salvajes puñetazos que habrían podido derribar un árbol, y pateó a Gaviota con la fuerza suficiente para hacerle añicos una rótula. El leñador se vio arrojado hacia atrás y chocó con sus lanceros, de los que ya sólo quedaba en pie un número lamentablemente reducido.

--¿Te gusta el dolor, Gaviota? --se burló el señor guerrero con voz jadeante, y lanzó un mandoble con su espada para alejar a los guerreros que intentaban acercarse a Gaviota, caído en el suelo--. ¡Pues todavía puedo causar mucho más dolor, y será todo para ti!

El señor guerrero lanzó una patada que rompió varias costillas e hizo rodar a Gaviota por el suelo. Muli, la capitana de los Lanceros Verdes, que ya estaba perdiendo chorros de roja sangre por una herida de la cabeza, avanzó para proteger a Gaviota, pero el señor guerrero la apartó con su espada ensangrentada.

Mangas Verdes dejó escapar un balido de miedo y preocupación. El señor guerrero estaba jugando con Gaviota. Disfrutaba con el castigo que le infligía, y le haría sufrir antes de matarle.

--¿Por qué? --le preguntó al aire--. ¿Por qué odia tanto a mi hermano? ¡Es la primera vez que se encuentran!

Gaviota, tan aturdido que estaba a punto de perder el conocimiento, se arrastró por el suelo hasta que logró ponerse de rodillas. Intentó levantarse, pero estaba tan débil y confuso que ni siquiera podía alzar su hacha. Otro lancero murió intentando agarrarle por las muñecas.

El señor guerrero retrocedió un paso, lanzando aullidos de salvaje alegría, y dejó caer el pomo de su horrenda espada sobre la cabeza de Gaviota.

El leñador cayó de bruces, inconsciente o muerto.

Pero ni siquiera entonces quiso el señor guerrero acabar con su adversario. Protegiendo su trofeo y prolongando su victoria, el demonio con forma humana pateó a Gaviota para que volviera en sí.

--¡Ahora eres mío, Gaviota! Mío para que pueda separar la carne de tus huesos, para sacarte el corazón del pecho y comérmelo, para hacer una copa con tu cráneo de la que beber a grandes tragos hasta haber saciado mi sed de venganza...

«¿Por qué? --gritaba la mente de Mangas Verdes--. ¿Por qué

tanto odio en un desconocido? ¿De qué venganza habla?»

Incluso los Lanceros Verdes, que habían quedado reducidos a un puñado de guerreros, se mantuvieron inmóviles, pues creían que su amado líder estaba muerto. Además, casi se habían quedado solos. El ejército de Gaviota se había fragmentado mientras el señor guerrero y el leñador luchaban. Pequeños grupos de Perros Negros, desesperadamente decididos a seguir con vida, no habían tenido más remedio que retirarse ante la superioridad numérica del enemigo y se habían visto obligados a retroceder ante una incontenible ola blanca y azul.

El primer contingente retrocedió e inició la huida, desviando los golpes pero retirándose de todas maneras. Más soldados huyeron mientras la caballería volvía grupas. Hombres y mujeres gimieron y gritaron, coreando un lamento de pena colectiva que lloraba la pérdida y la muerte de su líder. De los seguidores de Gaviota, apenas quedaban un centenar que todavía siguieran en pie o sobre sus monturas. Pero todos estaban retrasando su retirada, no queriendo huir y albergando la esperanza de que su líder todavía estuviese vivo.

Mangas Verdes fue empujada por sus protectoras, y acabó viéndose obligada a retroceder. La joven druida estaba aturdida por la ferocidad de la batalla y el horrible castigo físico que había padecido su hermano. Mangas Verdes se maldijo a sí misma, pues no había conjurado ni un solo hechizo para protegerle. El salvaje ataque había llegado con demasiada rapidez.

Y ya era demasiado tarde, porque el señor guerrero volvió a patear a Gaviota y no obtuvo ninguna respuesta. El coloso no podía seguir jugando al gato y al ratón, por lo que alzó su espada empuñándola con las dos manos y dirigió la punta hacia abajo, preparándose para hundirla a través del pecho de Gaviota.

--¡Por favor, mi señora! --suplicó Kuni.

Las Guardianas del Bosque tiraron de los codos de Mangas Verdes con tal desesperación que faltó poco para que la levantaran en vilo. Kuni movió su espada en una serie de grandes arcos para mantener a distancia a los bárbaros azules, que ardían en deseos de matar más enemigos. Un puñado de soldados vestidos de verde y negro, maldiciendo a través de sus lágrimas, fueron corriendo hacia Mangas Verdes, dispuestos a proteger a la otra líder de su ejército, pues su general seguramente tenía que estar muerto.

--Mi señora, debéis... --dijo secamente Kuni.

--¡No! --gritó la archidruida. Alzó los brazos hacia el cielo y apartó

a empujones a quienes la rodeaban, desplegando un hechizo de protección a su alrededor sin darse cuenta de lo que hacía--. ¡No sin mi hermano!

_____ 10 _____

La espada del señor guerrero descendió sobre Gaviota.

Mangas Verdes dejó caer una mano sobre su capa, posándola allí donde dos zorros bordados corrían por un campo dorado. Su otra mano cruzó dos dedos y se alzó para señalar al señor guerrero.

La gran espada se hundió... en el suelo.

Allí donde el señor guerrero se había alzado sobre Gaviota, acababan de aparecer dos bárbaros cuyos rostros estaban llenos de confusión.

Y el señor guerrero estaba a diez metros de distancia, volviendo la cabeza de un lado a otro en busca de su presa.

Los Perros Negros y Lanceros Verdes supervivientes apartaron a los bárbaros y se inclinaron sobre su líder caído.

Pero el señor guerrero aulló «¡Luchad! ¡Allí!» y todos los combatientes de su bando alzaron sus armas y gritaron, nuevamente dominados por aquel furor guerrero que los enloquecía. Incluso los heridos y los agonizantes buscaron un arma, o empezaron a arrastrarse con sus manos desnudas y ensangrentadas para atacar. El señor guerrero apoyó su espada encima de un hombro y se puso al frente de ellos.

Mangas Verdes hizo avanzar a sus guardias personales. La joven druida se subió las mangas cuando estaba a unos tres metros de Gaviota, apartó largos mechones de cabellos castaños de su rostro y rozó la corona de rayos que circundaba un sol de gordas mejillas bordado sobre su hombro. Las puntas de sus dedos empezaron a despedir chispas.

Los soldados de ambos bandos aullaron.

Un muro de luz multicolor que onduló delante de sus ojos en un cegador despliegue de claridad acababa de surgir de la nada. Los destellos brillaban y chasqueaban en el aire, centenares de resplandores independientes como las llamas parpadeantes de otras tantas velas gigantescas. Las luces ardieron, relucieron, parpadearon y estallaron a lo largo de diez metros en todas direcciones, alzándose hasta las copas de los árboles y rozando el suelo. La fuerza del señor guerrero retrocedió tambaleándose mientras el cuerpo semidesnudo de su líder sentía la quemadura de aquel tremendo calor, y los bárbaros azules y los cavernícolas acabaron quedándose inmóviles para contemplar aquel increíble espectáculo con los ojos desorbitados por el asombro.

Cada centímetro del muro era casi insoportablemente hermoso. Su belleza hacía que resultara imposible no mirarlo, pero la luz era demasiado intensa y tan deslumbrante que todos los que la contemplaban parpadearon y acabaron protegiéndose los ojos. Una gigantesca luz roja latía tan rápidamente como un corazón palpitante a la altura de la cabeza de un hombre adulto. Junto a ella, tan sinuosa como una serpiente, había una convulsa cadena de luces verdes que ondulaban siguiendo el ritmo del latido luminoso. Una luz azul surgió de la nada, creció hasta adquirir el tamaño de un carro en cuestión de segundos y estalló en un diluvio de chispas. Arriba y abajo, hacia atrás y hacia adelante... Las luces guiñaron, palpitaron y vibraron hasta que casi todos los combatientes de ambos ejércitos dejaron de mirarlas.

Y entonces el hechizo desapareció, dejando únicamente manchas azules en los ojos de quienes lo habían contemplado.

--¡Traed a mi hermano! --ordenó Mangas Verdes a los perplejos soldados vestidos de negro y de verde.

Los soldados obedecieron después de un momento de aturdida inmovilidad, y corrieron hacia la silueta inmóvil del leñador caído en el suelo. Doris, Micka, Kuni y Miko gritaron como la joven druida y después también echaron a correr, sosteniendo los bordes aleteantes de la capa de su señora mientras corrían.

Pero el señor guerrero actuó más deprisa.

--¡No penséis! --aulló el gigante--. ¡A la carga!

Sus soldados contemplaron al enemigo con los ojos entrecerrados durante unos instantes, y después se lanzaron al ataque. Estaban medio ciegos, pero centenares de ellos se oponían a cincuenta seguidores de Mangas Verdes, que se agrupaban alrededor de Gaviota o andaban dispersos por el bosque.

Mangas Verdes necesitaba algo más.

Los Perros Negros y los Lanceros Verdes serpentearon por entre los cuerpos y las armas y agarraron a Gaviota de los brazos. El derecho, que casi había sido arrancado del hueco del hombro, quedó ladeado en un ángulo imposible, pero Gaviota permaneció totalmente inmóvil y por un momento Mangas Verdes temió que estuviera muerto. Pero un gusano de sangre roja surgió del nacimiento de su pelo y empezó a deslizarse sobre su frente, y la joven druida sabía que los muertos no sangraban.

Ya había rescatado a Gaviota, y por lo tanto...

Mangas Verdes puso la mano sobre un bordado que representaba a una montaña con una vasta grieta en su ladera, y después se

acuclilló y apoyó las palmas de las manos en la tierra húmeda y llena de pisadas. La joven druida conocía muy bien el subsuelo del Bosque de los Susurros, por lo que no necesitaría mucho tiempo para crear aquel hechizo. Sólo tenía que enviar un impulso hacia abajo, haciendo que descendiera hasta el lecho rocoso y encontrando un canal para la energía, que sería incrustada en él como si fuese una cuña.

La tierra saltó.

Los combatientes de ambos ejércitos vacilaron y se tambalearon, perdiendo el equilibrio y siendo arrojados al aire como guisantes dentro de un frasco de cristal que estuviera siendo sacudido. Las armas cayeron de las manos, hombres y mujeres tropezaron y cayeron de bruces, las hojas se precipitaron desde las alturas, y chorros de tierra brotaron de las grietas y volvieron a caer como una lluvia marrón. Sólo Mangas Verdes siguió donde estaba, las manos apoyadas en el suelo. Doris intentó erguirse y se desplomó junto a ella con un estrépito de armadura. Incluso el señor guerrero de Keldon resbaló y cayó pesadamente, dejando una huella de un palmo de profundidad en el suelo.

Y después, mientras todos intentaban levantarse y recuperar sus armas y sus cascos, llegó una segunda sacudida. Aquella fuerza irresistible, que comunicaba sus temblores y estremecimientos a todo lo que encontraba en su camino, sacudió ojos, hizo castañetear dientes, revolvió el fluido oculto dentro de las orejas y provocó accesos de náuseas. Casi todos volvieron a caer de rodillas, o permanecieron tan pegados al suelo como si fueran tortugas y se aferraron a la tierra temblorosa.

Mangas Verdes volvió a gritar, y unos soldados tambaleantes agarraron nuevamente a Gaviota y lo colocaron sobre los hombros de dos robustos lanceros. Los soldados se impulsaron hacia arriba, moviéndose tan torpemente como niños, y lograron ponerse en pie con Gaviota sostenido encima de sus cabezas. Después trotaron con paso vacilante hacia Mangas Verdes y su esfera de protección.

El señor guerrero, que había caído a unos seis metros de distancia de ellos, fue el primero en quitarse de encima las hojas y la tierra, sacudiéndose como un perro mojado, y levantarse. La luz brillaba sobre su morena piel cubierta de sudor a pesar de los restos de vegetación que se habían adherido a su cuerpo. Los músculos de sus brazos eran tan gruesos como la cintura de Mangas Verdes. La joven druida podía oír el ruido de su respiración, un silbido tan potente como el del fuelle de una fragua que resonaba cada vez que el señor

guerrero tragaba aire para proporcionar energías a su inmenso cuerpo. «¿Cómo se puede ser tan enorme?», se preguntó. El señor guerrero debía de estar encantado y repleto de maná, tanto para disponer de un control total sobre los combatientes sometidos a sus yugos mágicos como para hacerle tan grande y fuerte.

Y durante un fugaz instante, una extraña e inexplicable curiosidad hizo que Mangas Verdes se preguntase quién era y por qué se había entregado de una manera tan completa a los hechiceros que lo habían pervertido hasta tales extremos. Pero la joven druida ya conocía la respuesta a sus preguntas. El señor guerrero había anhelado el poder y lo había obtenido..., a cambio de un precio.

Pues la magia siempre exigía un precio.

Los guerreros de la guardia personal que transportaban a Gaviota pasaron junto a su grupo y Kuni soltó un resoplido, pues habían pasado a ser la única fuerza que se oponía al señor guerrero. El coloso se tambaleó sobre sus pies y alzó su gigantesca espada, y Mangas Verdes se encontró contemplándole con intensa fascinación. Incluso las mejillas de aquel hombre estaban recubiertas de gruesos músculos. Detrás de los colmillos de hierro había dientes blancos y regulares, y un vello rojizo cubría su mandíbula. En el repentino silencio, el señor guerrero parecía despedir un vapor tan caliente como la fragua de un herrero, y todo su cuerpo irradiaba energía. El coloso alzó su espada e inició un grito de guerra...

... y fue sustituido por un abedul.

Mangas Verdes había vuelto a utilizar el hechizo de yuxtaposición, y había sustituido al señor guerrero por un peso de madera idéntico al de su cuerpo. El señor guerrero había pasado a encontrarse a cincuenta metros de distancia, y estaba rodeado por troncos que se erguían a su alrededor como los barrotes de una prisión blanca. El coloso lanzó un rugido de frustración y apartó dos árboles, partiéndolos como si fuesen ramitas.

--¡Llamad a los demás! --ordenó Mangas Verdes, y los que habían huido al bosque vinieron corriendo para incorporarse a lo que intentaba ser una formación.

El ejército de bárbaros y piratas miró a su alrededor, aturdido y confuso. Mangas Verdes podía ver la fatiga en sus ojos y sabía que el encanto que producía la locura de la batalla era una espada de dos filos: sus víctimas lucharían como fieras durante algún tiempo, pero después caerían bajo el peso del agotamiento cuando los efectos del hechizo se disiparan. Como caballos de carreras a los que se ha

exigido un esfuerzo excesivo, los esclavos del señor guerrero se derrumbaron y aguardaron órdenes sin moverse. Los Perros Negros y los Lanceros Verdes, cansados pero todavía dueños de sí mismos, transportaron a Gaviota sobre sus hombros mientras volvían a formar un círculo de acero dirigido hacia el exterior. Las guardianas de Mangas Verdes se colocaron a su alrededor, con lo que la joven druida tuvo que ponerse de puntillas para poder ver algo por encima de los hombros acorazados que la rodeaban.

--¡Es hora de irse! --gritó--. ¡No os mováis!

Mangas Verdes alzó hacia el cielo una mano tensa como una garra y rozó una nube de su capa, y después bajó los dedos en un movimiento tan brusco como si estuviera arañando el aire.

Y la lluvia cayó del cielo.

El aguacero era tan abundante y violento que nadie podía ver a más de medio metro de distancia. El agua cayó sobre todo y sobre todos, precipitándose en un diluvio cegador y tan ruidoso como una cascada. El mundo se había transformado en un muro gris. La temperatura cayó en picado, y todos empezaron a temblar. El suelo se convirtió en un barrizal en cuestión de segundos, y los soldados se tambalearon cuando sus pies se pegaron al fango.

«Volver al bosque --pensó Mangas Verdes--. Sólo está a cinco kilómetros de distancia... Reagrupar al ejército. Llamar a los Osos Blancos. Entregar el mando a Varrius y permitir que dirija el combate. Reunir a los que hayan logrado huir, restablecer las comunicaciones. Prepararse para huir, en el caso de que llegue a ser necesario.» Mangas Verdes disponía del poder suficiente para trasladar el ejército hasta otro continente. Tenía que ocuparse de su hermano, y necesitaba un poco de tiempo para pensar..., y tenía que ver a Kwam.

Mangas Verdes, llena de amargura, se reprochó a sí misma su lentitud a la hora de reaccionar y se dijo que hubiese podido hacer mucho más. Hubiera podido destruir a todo el ejército del señor guerrero. ¿Cómo? Hacer surgir un abismo en la tierra para que se los tragara. Dejar caer un océano sobre sus cabezas. Abrir el vacío. Mucha gente había muerto en aquel campo de batalla, todos buenos amigos suyos, y Mangas Verdes hubiese podido evitar esas muertes con un gesto de su mano.

Pero luchar iba en contra de todo lo que le habían enseñado. Como archidruida, Mangas Verdes tenía que mantener los equilibrios y sopesar una fuerza con otra fuerza igual, utilizando el mínimo de maná y recursos posibles. Si daba rienda suelta a todo su poder y golpeaba

ciegamente con él, barriendo vidas y perturbando el equilibrio, entonces no sería mejor que aquellos hechiceros cegados por la codicia a los que estaban intentando detener. Pero cuando contempló a los muertos que yacían a su alrededor, el saber que se había mantenido fiel a sus principios no la consoló demasiado.

Y mientras el diluvio repiqueteaba sobre su cabeza desprotegida y el agua chorreaba a lo largo de su rostro y de su cuello, Mangas Verdes se sintió desgarrada por las dudas. ¿Qué hubiese hecho Chaney? ¿Qué haría la próxima vez? ¿Qué debía hacer con todo el poder de que disponía?

El capitán y casi todos los sargentos de los Perros Negros habían muerto, y los soldados no tenían muy claro quién estaba al mando. Un sargento herido acabó informando de que no faltaba nadie, hablando a gritos para hacerse oír por encima del estrépito de la lluvia.

Mangas Verdes movió una mano y conjuró una ondulación de color marrón en el suelo, y luego creó verde más arriba, después azul y finalmente amarillo.

Y, a través de una neblina amarilla atravesada por gotas de lluvia, vio cómo la horrenda máscara de hierro del señor guerrero se inclinaba sobre ella.

Un instante después se habían esfumado para volver al bosque.

Y aparecer en el centro del desastre.

El bosque sagrado de Mangas Verdes había sido invadido.

La joven druida había dejado caer a su reducida y maltrecha fuerza en el centro de los contingentes enemigos.

Los atacantes tenían el brillante colorido de los pájaros, y eran tan mortíferos como águilas. Aquellos hombres y mujeres llevaban holgados pantalones azules y camisas con todos los colores del arco iris. Sus cabezas estaban envueltas por turbantes iridiscentes adornados con joyas, y capas de rebordes dorados aleteaban alrededor de sus hombros. Cimitarras curvas guiñaban y destellaban. Había centenares de aquellos combatientes --Mangas Verdes sabía que eran guerreros del desierto--, dispuestos en círculos concéntricos alrededor del bosque, e incluso a lo largo del alegre balbuceo del arroyo. Apostados en hileras dentro de la pendiente del bosquecillo había un centenar de jinetes del desierto que montaban caballos de lustrosos flancos negros.

Mangas Verdes --que estaba aturdida, empapada y medio ahogada-- y sus maltrechos compañeros miraron a su alrededor. Muy por encima de sus cabezas, inmóvil en la puerta de la cabaña de la

magia, estaba Karli de la Luna del Cántico, con su piel oscura y su cabellera blanca, vestida con ricos ropajes y con una chaqueta repleta de botones y medallones: su grimorio, bastante parecido a la capa llena de bordados de Mangas Verdes. Junto a ella estaba Gurias, el mocoso que había aterrorizado a una aldea con su mezquina lujuria. Él también llevaba un pentáculo nova encima de su jubón, mientras que Karli, que nunca había sido esclavizada por el casco de piedra, carecía de él.

Resultaba obvio que los dos hechiceros habían saqueado la cabaña de la magia, adueñándose de los pergaminos y artefactos. Un aleteo de miedo se agitó en el estómago de Mangas Verdes. ¿Dónde estaba Kwam? ¿Y los demás?

El pabellón había sido destrozado, derribado y deshecho a patadas. La mesa del consejo había caído, y las botellas y los alimentos habían sido aplastados a pisotones. Muchas cabañas y casitas arbóreas de los niveles inferiores habían sido saqueadas: las puertas habían sido derribadas, y habían encendido hogueras en su interior. Los puentes de sogas y las redes habían sido cortados a mandobles. Un puñado de Osos Blancos, enviados por Cerise como protección de la retaguardia y mensajeros, yacían hechos pedazos allí donde habían sido rodeados.

Mangas Verdes había sido manipulada, engañada, atrapada.

Tal como había temido su hermano, aquellos ataques ridículamente inadecuados lanzados por tres lados habían sido meras fintas para dividir al ejército. Después había llegado el asalto principal, surgido del oeste y dirigido por el señor guerrero. Pero aquel ataque también tenía como único objetivo agotarles y hacer que se retirasen.

Querían que volvieran allí, al bosque sagrado, el corazón del ejército.

Y entonces Mangas Verdes se acordó de los túneles. Había sentido la suave agitación de los túneles ocultos bajo sus pies cuando se enfrentaban a la primera oleada del señor guerrero. Dacian debía de haberlos conjurado para que aquellos guerreros del desierto pudieran pasar por ellos. Mangas Verdes volvió la cabeza hacia el norte y vio las bocas de los túneles, grandes agujeros que parecían toperas gigantes. Habían derribado árboles que yacían sobre el suelo con las raíces expuestas.

El enemigo se había desplazado por aquellos túneles subterráneos porque si hubieran viajado a través del éter Mangas Verdes habría percibido la disrupción en el maná del bosque. Por

aquel entonces Mangas Verdes se había preguntado de dónde habían salido aquellos túneles, y después se había olvidado de ellos en el fragor de la batalla.

Y por fin estaba pagando el precio de aquel olvido. Una fuerza intacta y descansada les había aguardado allí para tenderles una emboscada, superando a sus tropas heridas y agotadas en una proporción de diez a uno. Gaviota estaba inconsciente, y tal vez agonizaba..., y había dos o más hechiceros dispuestos a enfrentarse con Mangas Verdes.

La archidruida comprendió todo aquello en un instante. Un zumbido que se convirtió en un gruñido y un murmullo enfurecido, como perros de guerra impacientes por verse libres de sus correas, surgió de la nada y resonó a su alrededor.

--¡Dadme fuerzas, Espíritus del Bosque!

--¡Matadles! --gritó Karli desde el balcón de la cabaña de la magia--. ¡Destruid a Mangas Verdes!

* * *

Gurias fue el primero en actuar, como si llevara mucho tiempo esperando la oportunidad de vengar su humillación.

El joven hechicero juntó las manos con los dedos dirigidos hacia arriba, y lanzó un relámpago que abrasó el aire y descendió hacia la archidruida.

Mangas Verdes enseguida vio que el relámpago era muy potente. Gurias había aprendido algunas cosas de los hechiceros más experimentados. Pero Gurias apenas había iniciado su hechizo cuando la joven druida ya estaba alzando un hechizo de escudo para desviar el relámpago. El muro invisible se desplegó alrededor de Mangas Verdes y los soldados y guardias personales de las primeras filas. Quizá incluso podría...

Y Doris, con sus rizos rubios pegados al cráneo por la lluvia y sin saber que su señora acababa de invocar un hechizo de escudo, saltó hacia adelante para interponerse en la trayectoria del relámpago.

--¡No! --gritó la archidruida.

La Guardiana del Bosque vestida de verde alzó sus únicas armas, la espada y el escudo... en la peor defensa posible, pues la espada era de acero y el escudo estaba ribeteado de hierro.

El relámpago chocó con la espada y el escudo, ardió a través del cuerpo de Doris, hizo estallar su corazón, hirvió la sangre en sus

venas y la asó en un segundo. Una ruina calcinada se desplomó sobre las faldas de Mangas Verdes.

--¡Oh, Doris! ¡Oh, no!

El discurrir del tiempo se detuvo durante un momento. Gurias estaba riendo en las alturas, aplaudiéndose a sí mismo. Karli chillaba órdenes. Los guerreros del desierto convergían sobre el maltrecho grupo de combatientes. Pero Mangas Verdes no oyó nada de todo aquello.

¿Por qué? Otra alma perdida, otra muerte provocada por la lealtad. ¿Por qué las personas seguían muriendo para salvarla? ¿Y por qué no era capaz de protegerlas mejor?

¿Y por qué aquellos hechiceros se empeñaban en seguir atacándola?

La mente de Mangas Verdes se tambaleó bajo el peso de los acontecimientos de aquel día. Había sido perseguida, acosada, cazada de un árbol a otro. Había visto caer a su hermano y había contemplado cómo sus amigas y protectoras eran degolladas y arrastradas hacia el limbo, y cómo sus soldados eran intimidados y atormentados y heridos y eliminados en cada lugar donde luchaban, y todo ello por el amor y la lealtad. La pena y el dolor de todo aquel desperdicio de vidas amenazaron con abrumar a la joven druida, y estuvieron a punto de estrangularla y vencerla.

Pero todo había sido obra de aquellos hechiceros...

Mangas Verdes sintió un fugaz momento de perplejidad cuando su pena fue barrida de repente. Una ira fría y mortífera se desplegó dentro de ella, irguiéndose como una serpiente que se desenroscase en su estómago.

Mangas Verdes alzó una mano hacia el cielo como si quisiera hacer descender una nube y dirigió la otra hacia Gurias y Karli, apuntándola hacia el balcón como una larga flecha.

--¡Yo os daré todos los relámpagos que queráis!

El cielo lleno de nubes estalló cuando un enorme rayo se precipitó sobre el bosque. El destello cegó a todo el mundo y el hedor del aire quemado hizo que retrocedieran, y el calor los obligó a apartarse de un salto.

El relámpago siseante cayó sobre la druida con un palpitar ensordecedor, y toda la energía de los cielos quedó atrapada en el brazo de Mangas Verdes. Después la joven druida gritó un hechizo tan antiguo como peligroso, y la energía se acumuló en las puntas de sus dedos bajo la forma de una bola de llamas.

Y después el fuego del cielo saltó al aire y salió despedido hacia la cabaña de la magia.

Karli apenas tuvo tiempo de lanzarse al vacío y hacer que sus zapatillas de vuelo rosadas capturasen una brisa con sus puntas curvadas.

El joven y arrogante Gurias no tuvo ninguna posibilidad.

El relámpago cayó sobre el joven hechicero y lo destrozó, convirtiéndolo en una nube de vapor rojizo. Ropas, joyas, cabellos, zapatos, el pentáculo nova... Todo quedó reducido a partículas calcinadas en un abrir y cerrar de ojos. Sólo su cráneo quedó intacto, y giró dando tumbos a través del cielo para acabar cayendo encima del musgo pisoteado.

El relámpago siguió surcando el aire y chocó con el gigantesco roble rojo.

Una energía incalculable se incrustó en el árbol y descendió por él, quemando la corteza y abriéndose paso a través del corazón de la madera para hervir la savia y volverla vapor en un segundo. El vapor siseante atrapado debajo de la corteza hizo que el árbol estallara y quedara hecho añicos, destruido en una explosión ensordecedora.

Astillas, ramas, hojas y trozos de madera y corteza tan grandes como ataúdes giraron por los aires. Un contingente de guerreros del desierto que se encontraba junto a la base del árbol fue aplastado por los fragmentos violentamente despedidos y quedó reducido a gelatina roja. Más empuñadores de cimitarras fueron empujados hacia atrás por el estallido de fragmentos y cayeron al suelo, algunos con morados y otros con enormes astillas clavadas en sus cuerpos. Una rama tan grande como un dragón, disparada con tanto ímpetu como si hubiera surgido de una ballesta gigante, giró locamente entre la caballería de la pendiente y mató a una docena de caballos y jinetes. Un trozo de árbol, de varios metros de altura y algunas toneladas de peso, se derrumbó sobre una veintena de infantes. Las raíces que surgieron bruscamente del suelo llenaron el aire de tierra y rocas tan grandes como cráneos que llovieron sobre los rostros y los ojos de más guerreros del desierto. Trozos de hojas convertidos en partículas empapadas que recordaban a las gachas enterraron a la mitad de los enemigos.

Mangas Verdes permanecía erguida e inmóvil, habiendo desplegado un hechizo de protección sobre sus tres veintenas de seguidores y su hermano herido. Gritando para hacerse escuchar por encima de los ruidos, los gritos y el zumbido que resonaba en sus

oídos, el sargento de los Perros Negros, el único oficial superviviente, ordenó levantar las armas y dirigirlas hacia el exterior, pues sabía que el ataque llegaría en cuanto el enemigo hubiera conseguido recuperarse y se hubiera reagrupado.

Pero Mangas Verdes apartó mechones de cabellos empapados de su rostro y le detuvo con un grito.

--¡No! Yo me ocuparé de ellos... ¡De todos ellos!

Los jinetes montados sobre sus negros caballos, que habían estado aguardando en la pendiente, eran los que se encontraban más lejos de la destrucción y fueron los primeros en recuperarse, y todos ardían en deseos de vengar la muerte de sus camaradas. Chillando como chacales del desierto, hincaron las espuelas en los lustrosos flancos de sus monturas y se lanzaron furiosos sobre Mangas Verdes y el anillo de acero que la rodeaba.

Y no llegaron muy lejos.

La archidruida dio una palmada y conjuró a una manada de jabalíes del bosque de Durk, gigantescos animales de hirsuto pelaje negro grisáceo que se volvía plateado en las puntas y colmillos tan largos que se enroscaban sobre sí mismos apenas brotaban de los hocicos dilatados, para acabar dibujando una gran espiral. Los jabalíes, bruscamente precipitados entre toda aquella confusión, se agitaron nerviosamente y enseguida cargaron sobre los objetos móviles más grandes que había por los alrededores.

Las negras monturas se desviaron de sus cursos y chocaron unas con otras, haciendo caer a sus jinetes. Después se encabritaron y cayeron hacia atrás, aplastando a los humanos que habían seguido encima de sus sillas de montar. Muchos jinetes, acostumbrados a cazar cerdos salvajes, se inclinaron hacia el suelo y degollaron a los animales con sus largas cimitarras, o los atravesaron con lanzas. Pero su ataque se dividió por el centro, lo que proporcionó unos segundos preciosos a las tropas de Mangas Verdes.

La archidruida volvió a atacar. Sus dedos rozaron una silueta verde enroscada en un extremo de su capa, y Mangas Verdes murmuró un nombre muy antiguo y casi imposible de pronunciar.

Una forma muy, muy larga surgió de la nada alrededor de los troncos de los gigantescos robles rojos, ondulando en un estallido de verde y marrón y conservando aquellos colores después de materializarse. Como si fuera un seto repentinamente animado, la forma fue cobrando solidez y dejó escapar un siseo tan tremendo como el aliento de un horno. No era un mero dragón, sino una sierpe

dragón, un lagarto sin patas que medía decenas de metros de longitud. Unas fauces enormes de bordes tan afilados como cristales rotos se abrieron, revelando ser lo bastante grandes para poder engullir un caballo. Mangas Verdes había seguido el rastro de aquella gigantesca bestia en los bosques del lejano oeste, donde la sierpe dragón se alimentaba de ciervos y cabras, y había arriesgado su vida tratando de llegar lo bastante cerca de ella para poder marcarla. Aquel riesgo había valido la pena.

Cualquier caballo que todavía estuviera bajo el control de su jinete sucumbió al pánico. Los gritos de las monturas aterrorizadas desgarraron el aire. La larga, ondulante e imposiblemente extraña silueta de la sierpe dragón entró en el claro, y el olor entre reseco y mohoso a escamas de serpiente que desprendía dilató los ollares de todos los caballos. Las monturas volvieron grupas y emprendieron la huida con tal rapidez que aplastaron a una docena de soldados bajo sus cascos de hierro, pues los soldados también echaron a correr en todas direcciones para huir de la monstruosa criatura que venía hacia ellos. Incluso las tropas de Mangas Verdes retrocedieron, tambaleándose y tropezando unos con otros, pero la archidruida les dijo que se mantuvieran donde estaban, pues la sierpe dragón no les atacaría y se limitaría a pasar junto a ellos dando un rodeo.

Sus Perros Negros y Lanceros Verdes no quedaron muy convencidos pero permanecieron donde estaban, inmóviles sobre piernas temblorosas. Vieron con horror cómo un caballo, que había metido una pata en un hoyo y se la había roto, era partido en dos por el terrible mordisco de aquellas potentes fauces erizadas de pelos verdes. La guerrera del desierto que lo montaba había logrado saltar de la silla, pero el monstruoso hocico ensangrentado la aplastó contra los despojos del caballo, y su vida se extinguió como una vela.

Un Perro Negro gritó cuando un destello de luz ardió repentinamente sobre sus cabezas. Karli de la Luna del Cántico, olvidada en las copas de los árboles con sus zapatillas voladoras, había conjurado un efrit, un demonio de los desiertos del sur.

La criatura ardía con un resplandor tan brillante que los soldados se protegieron los ojos. Tenía la forma de una mujer de rostro alargado, desnuda y de piel tan blanca como la de una muerta, y medía unos tres metros y medio de altura. La efrit giró en el cielo, trazando un círculo de fuego, y después descendió como un fénix sobre las agotadas tropas de Mangas Verdes. Los soldados olieron un perfume ultraterreno y sintieron su calor sobre sus mejillas alzadas

hacia el cielo cuando la efrit pasó por encima de sus cabezas, con sólo la longitud de una lanza separándola de ellos.

Mangas Verdes reaccionó al instante. Alzó un brazo en un rápido arco y levantó mágicamente el arroyo borboteante de su cauce. Agua, espuma, peces y ranas subieron como un arco iris azul en una rápida curva a través del cielo y cayeron sobre la efrit. Su fuego se extinguió con un alarido, y el demonio de forma femenina giró tres veces y chocó con el tronco de un árbol. Mangas Verdes y sus tropas, que ya estaban empapadas, se quitaron más agua de las caras.

Mangas Verdes miró a su alrededor. La efrit yacía nacidamente inmóvil entre las raíces de un árbol, inconsciente. La sierpe dragón engullía y dispersaba caballos hacia el sur. El tronco del árbol destrozado humeaba. Los peces se agitaban en los charcos esparcidos alrededor de sus pies.

Alguien gritó. Una compañía de guerreros del desierto había surgido detrás de ellos y se lanzaba a la carga, blandiendo sus cimitarras por encima de sus cabezas. Desde la izquierda llegaban cinco gordas ogresas provistas de colmillos y vestidas con chillonas parodias de atuendos de bailarina, y cada una de ellas iba armada con un largo cuchillo de hoja curva.

Mangas Verdes, que no se había movido, alzó las dos manos.

Y el agua del arroyo que había empapado el suelo cobró vida al instante. Se alzó como la ola de un océano, salpicada de rocas, tierra, hierba, hojas y ramitas y después se solidificó de repente y se quedó inmóvil: un muro de hielo, una sucia barricada de tres metros de altura, acababa de aparecer a su alrededor. Los perplejos guerreros del desierto se detuvieron, mientras las ogresas golpeaban el muro de tierra y hielo con sus cuchillos en rabiosa frustración.

Mangas Verdes buscó a Karli y la vio volando hacia el este, saliendo del bosque..., y huyendo.

Y cuando la hechicera del desierto desapareció sobre las copas de los árboles, también desaparecieron todos los esbirros a los que había conjurado. Guerreros del desierto, jinetes, caballos, ogresas... Todo se esfumó. La efrit de fuego se alzó de las ramas como una nube de humo y despidió chorros de llamas que incendiaron las copas de varios árboles, haciendo crujir y chisporrotear hojas y ramas. Después la efrit emprendió el vuelo en pos de su dueña y señora.

Mangas Verdes, las manos y los ojos echando humo, miró a su alrededor en busca de más enemigos a los que castigar. Y no pudo ver ninguno.

* * *

El bosque ardía aquí y allá, pues el verano había sido bastante seco, pero Mangas Verdes chasqueó los dedos e invocó un aguacero que extinguió los incendios en cuestión de minutos. La joven druida y sus seguidores no podían estar más mojados. Mangas Verdes volvió a chasquear los dedos, y el diluvio cesó. Nubes grises se agitaron sobre su cabeza, su equilibrio perturbado.

La sierpe dragón había empezado a moverse en círculos, echando de menos a los caballos desaparecidos. Mangas Verdes la hizo desaparecer con otro roce de su capa. Después derritió el muro de hielo, convirtiendo el suelo en un fangal. El aire estaba lleno del humo que había brotado de los incendios extinguidos, al que se mezclaba una neblina helada.

El balbuceo del arroyo que volvía a llenar su cauce y el gotear del agua que caía de los árboles resonó con una potencia inesperada en el repentino silencio. Los soldados hablaban en susurros. Un grito resonó en el sur cuando refuerzos de los Osos Blancos y seguidores del campamento y curanderos aparecieron procedentes desde esa dirección. Los recién llegados se quedaron inmóviles durante unos momentos ante aquella escena de destrucción y carnicería, pero enseguida se hicieron cargo de Gaviota y de los demás heridos. A pesar del ajetreo y la repentina actividad, el aire impregnado de vapores parecía ahogar todos los ruidos.

Mangas Verdes contempló su bosque. Casi todas las cabañas estaban destrozadas: habían sido derribadas, saqueadas y quemadas. Las aguas del arroyo estaban sucias y llenas de barro. El musgo, la hierba y las flores habían sido pisoteados. Las copas de los árboles estaban medio chamuscadas y ofrecían un aspecto lamentable, y había corteza y trozos de madera esparcidos por todas partes. Uno de los robles gigantes había quedado convertido en un tocón astillado, un fantasma de sí mismo.

Mangas Verdes se frotó el rostro lleno de cansancio con una mano sucia, y después abrió los ojos para encontrarse con Kwam y los otros estudiantes inmóviles delante de ella. Otros seguidores del campamento fueron saliendo de entre los árboles para unirse a los refuerzos.

--A la primera señal de magia, reunimos a todo el mundo y huimos al bosque --le explicó Kwam--. No teníamos ninguna forma de luchar

contra esos demonios.

Mangas Verdes, sintiéndose terriblemente agotada, tomó la esbelta mano de Kwam entre sus dedos.

--Hicisteis bien. Me alegra ver que no os ha pasado nada.

Tybalt movió la cabeza en un rápido círculo y se inclinó para recoger el cráneo de Gurias. El flaco y narigudo estudiante de magia estaba tan excitado que empezó a pasárselo de una mano a otra.

--¡Cielos, Mangas Verdes! --exclamó--. ¡Qué gran triunfo! ¡Esto es algo digno de inspirar una docena de canciones! ¿Has vencido a...? ¿A cuántos hechiceros? ¿Tú sola te enfrentaste a seis o siete poderosos hechiceros y saliste vencedora?

La joven druida asintió.

--Lo hice, sí.

Y después, para horror de todos, se echó a llorar.

_____ 11 _____

Mangas Verdes estaba sentada junto a su hermano y volvía a sentir deseos de echarse a llorar.

Gaviota yacía dentro de una tienda erigida en lo que quedaba del Bosque de Mangas Verdes. Una lluvia que parecía no querer cesar nunca caía sin parar y tamborileaba sobre la lona de la tienda. Lirio estaba sentada al otro lado de su esposo y sostenía sobre su regazo a su hijita, que no paraba de retorcerse. Pero Lirio no quería dejarla ir, como si todavía hubiese monstruos y asesinos acechando en aquel bosque que había sido tan acogedor hacía sólo unos pocos días. Una curandera llamada Prane se había marchado para que la familia pudiera disfrutar de un poco de intimidad, pero Mangas Verdes y Lirio apenas habían hablado desde que se fue. La joven druida volvió la mirada hacia la entrada de la tienda para contemplar el día grisáceo, y después sopló para espantar a un mosquito que revoloteaba cerca de su rostro.

Gaviota podía hablar, aunque hacerlo le exigía un gran esfuerzo. Habían transcurrido varios días desde su batalla con el señor guerrero, pero su estado todavía era lamentable. La conmoción producida por el golpe que el señor guerrero le había asestado con el pomo de su espada tardó en disiparse, y temieron que nunca volvería a despertar. Pero el leñador había despertado para sufrir el dolor de una clavícula aplastada, un hombro dislocado, una rótula hecha añicos y otros morados y cortes. Mangas Verdes y Amma, la líder de los curanderos, habían regenerado los huesos rotos, aunque seguirían doliéndole mientras se curaban. Pero Gaviota era casi tan fuerte como los robles que había derribado en el pasado, y unos cuantos días de reposo más bastarían para que pudieran volver a verle en pie.

El bosque se iba recuperando con idéntica lentitud. Los exploradores habían recorrido la espesura, y habían vuelto para informar de que no quedaba rastro alguno de los hechiceros. Todos se habían esfumado. Incluso Immugio, atrapado bajo su prisión de cuerdas y estacas, había escapado. Lo único que habían dejado detrás de ellos era destrucción y muerte.

--Lo que no entiendo --murmuró Gaviota, luchando con su maltrecha y dolorida garganta--, es por qué ese señor guerrero me odiaba tanto. No se limitaba a cumplir con su deber. Quería matarme... Era algo personal.

Mangas Verdes asintió con una cansina inclinación de cabeza.

--Sí. Jugó contigo, y te golpeó una y otra vez porque disfrutaba haciéndolo. Por eso estás tan apaleado y lleno de heridas, en vez de estar simplemente muerto con el pecho atravesado por su espada. Era tan salvaje, tan...

--¿Eh? --Gaviota estiró el cuello para contemplarla a través de sus párpados hinchados, torció el gesto en una mueca de dolor y volvió a quedarse inmóvil--. ¿Tan... qué?

La joven druida meneó la cabeza.

--Tan... ¿familiar? Estaba lo bastante cerca para poder oír su voz. Me recordó a alguien, pero no era alguien que conociese..., si es que eso tiene algún sentido.

--No lo tiene --graznó su hermano.

--No, me temo que no. Aun así, tenía unos dientes magníficos y era pelirrojo. Vi el comienzo de una barba sobre su mentón. Me pregunté por qué un hombre, o supongo que también una mujer, estaría dispuesto a entregar su vida para convertirse en una..., en una bestia tan terrible.

--Por el poder --dijo Gaviota--. Igual que ocurre con los hechiceros.

--Sí.

No sabían gran cosa sobre los señores guerreros de Keldon. Se decía que los kelds era una tribu salvaje y belicosa que vivía en unas tierras muy inhóspitas del norte. Elegían niños de su tribu y de las tribus vecinas para convertirlos en señores guerreros mediante una ceremonia secreta en la que juraban obediencia total a cambio del poder absoluto. Después vagaban por el sur como capitanes de mercenarios, bucaneros y piratas, y volvían a su hogar en cuanto habían hecho fortuna.

--Ahora tenemos tantos enemigos que no debería sorprendernos demasiado que alguno de ellos nos parezca un poco familiar --siguió diciendo Mangas Verdes--. Probablemente hemos acumulado más enemigos que amigos.

--No --dijo Lirio--. Eso no es verdad. Aquí en el campamento tenemos a muchas personas maravillosas, y hay miles más que alaban vuestro nombre en aldeas y ciudades y granjas que hemos liberado de la tiranía de los hechiceros. --Lirio se sobresaltó cuando su bebé se agitó dentro de su estómago y le soltó una patada--. No lo olvidéis nunca. Es por esas gentes, y por las almas de vuestra familia muerta, por lo que estáis librando esta cruzada.

--Y ésa es la razón por la que causamos la muerte de nuestros

amigos --replicó la joven druida--. ¿A cuántos hemos perdido? ¿Cuántos más exhalarán su último aliento y morirán a causa de la infección durante los próximos días? ¿Y cuántos más quieren morir? ¡Cuando Kuni pidió nuevas Guardianas del Bosque, sesenta y tres mujeres se ofrecieron voluntarias! ¡Sesenta y tres! Y todas y cada una de ellas saben que pueden matarlas, y que probablemente las matarán... ¡De una manera horrible! O, y ese destino es todavía peor, que pueden acabar perdidas en las profundidades del infierno como la pobre Petalia...

--Te quieren --se limitó a decir Lirio.

Jacinta se retorció entre los brazos de su madre hasta que logró liberarse y corrió hacia la puerta, sin importarle que estuviera lloviendo. Lirio suspiró. Como furriel general del ejército, conocía demasiado bien las cifras. Más de noventa combatientes habían muerto o habían quedado gravemente heridos, la mayoría de ellos Perros Negros. Los supervivientes habían jurado reclutar nuevos combatientes y volver a formar su tropa, pero de momento estaban dispersos en otras centurias, por lo que los orgullosos Perros Negros ya sólo existían en el recuerdo. Habían perdido casi veinte jinetes, una décima parte de su caballería; y algunos seguidores del campamento y curanderos habían perecido durante las operaciones de limpieza del terreno. Aún faltaba por ver cuántos sobrevivirían a las amputaciones y la sepsis. Pero Lirio no estaba dispuesta a darse por vencida.

--Nuestras pérdidas carecen de importancia. Lo que importa es que hemos sobrevivido y que podemos volver a luchar..., ahora mismo, si tuviéramos que hacerlo.

Mangas Verdes meneó la cabeza. Se levantó, fue hasta la entrada de la tienda y se quedó inmóvil delante del faldón levantado para contemplar la lluvia. Unas cuantas siluetas corrían de un lado a otro, con las capas tapándoles las cabezas mientras se preguntaban por qué Mangas Verdes permitía que lloviese. Las druidas podían controlar el clima, ¿no? ¿Por qué no hacía que lloviera de noche?

Pero Mangas Verdes estaba decidida a permitir que la naturaleza siguiera su curso sin nuevas interferencias durante algún tiempo. No volvería a ejercer su poder para producir nuevas alteraciones en los bosquecillos, los árboles o la fauna, ni siquiera para curar las cicatrices de la naturaleza. Mangas Verdes ya había causado demasiados daños al bosque, y sólo conseguiría agravarlos.

--No sé cómo puedo remediar el mal que he hecho --dijo--. Yo tuve la culpa de que los hechiceros escaparan de sus ataduras. Si los

hubiera conjurado con más frecuencia y los hubiese examinado a fondo en busca de mentiras, quizá hubiera...

--Calla, Verde --dijo secamente Gaviota--. No fuiste tú quien los dejó en libertad, ¿verdad? Usaron la magia para liberarse. Probablemente haya sido obra de Liante: es de esos tipos rastreros que te apuñalan por la espalda... Nunca lo esclavizamos, por lo que ha podido actuar con toda libertad. Ha ido reuniendo a todos esos hechiceros y los ha lanzado contra nosotros.

Mangas Verdes se volvió hacia él.

--Pero si yo hubiera...

--Calla, hermana --dijo Lirio--. Te estás culpando a ti misma cuando no hay ninguna razón para ello. Hace tiempo todos estuvimos de acuerdo en que esa especie de «libertad condicional» que diste a los hechiceros era una solución imperfecta, y que necesitábamos encontrar algo mejor. Pero después nos olvidamos de ayudarte. Era una labor demasiado pesada para que una sola persona pudiera ocuparse de ello, incluso si se trataba de una persona con poderes tan grandes como los tuyos...

La joven druida asintió, sintiéndose demasiado cansada para discutir. Se dejó caer sobre su taburete y subió un poco más uno de los vendajes de Gaviota.

--Quizá --admitió--. Su conspiración ha estado muy bien planeada. Alguien entró en la cabaña de la magia y robó mi pentáculo nova, y después hizo copias de él para impedir que pudiera conjurarlos y evitar que pudiera viajar a través del éter hasta donde estaban. Lo intenté y fracasé.

--Me alegro... --carraspeó Gaviota, y las dos mujeres se volvieron hacia él y le contemplaron con los ojos llenos de curiosidad--. Me alegro de que Liante no muriese ahogado por esa ola. Quiero estrangularle muy despacio con..., con mis manos. Por papá y por mamá, y por Llovizna y Ala de Ángel y Semilla de Amapola y León y Cachorro y por nuestro pobre Gavilán, al que perdimos para siempre. Quiero que sepa quién le está matando, para que pueda saborearlo tanto como yo...

Su garganta le traicionó, y Gaviota sufrió un acceso de tos tan violento que se medio incorporó en la cama. La brusquedad del movimiento resultó excesiva para sus heridas e hizo que volvieran a sangrar. Lirio utilizó las dos manos para empujarle hacia atrás, obligándole a recostarse en el catre de campaña sobre el que yacía, y después le tapó con la manta cuando Gaviota empezó a temblar.

Prane entró con una poción caliente. Hicieron falta las fuerzas de las tres mujeres para levantar a Gaviota a fin de que pudiera bebería, y el herido no tardó en quedarse adormilado después de haberla bebido. Mangas Verdes se inclinó sobre él y besó su frente llena de morados verdes y púrpuras.

--No discutiremos más, porque eso no nos lleva a ninguna parte --le dijo a la furriel general del ejército después de haber vuelto a sentarse--. Pero debemos enfrentarnos a los hechos. Nuestra presencia está haciendo daño al bosque, y ya no nos ofrece un refugio en el que podamos estar a salvo de todos los peligros. Y de todas maneras el acampar aquí sólo fue una solución temporal para poder descansar entre una campaña y otra. Debemos irnos.

--¿Adonde? --Lirio frunció el ceño, y sus negras cejas se inclinaron en su frente--. Parece como si hubiéramos discutido el adonde ir en cada reunión de oficiales. ¿Tienes algún destino pensado?

--No. No. --Mangas Verdes se levantó, sintiéndose vieja y agotada--. Pero creo que sé dónde podemos encontrar la respuesta a esa pregunta.

* * *

Tybalt y Kwam se habían trasladado a una cabaña arbórea más pequeña y más alejada del centro del bosque, antiguamente utilizada como puesto de guardia. El recinto era todavía más pequeño que el de la cabaña de la magia original, con enormes ramas enmarcando la habitación por dos lados y planchas de formas extrañas incrustadas entre ellas. Pero los rostros de los estudiantes estaban muy sombríos cuando Mangas Verdes llegó al final de la escalera, con sus protectoras subiendo detrás de ella.

--No queda mucho que estudiar... --Tybalt tiró de su larga nariz y alzó una garra mecánica que contempló con expresión entristecida--. Esto es lo único que queda de ese cangrejo volador. Lástima. Estaba a punto de averiguar qué hacía...

A pesar de la atmósfera general de melancolía, Kwam dejó escapar un suave resoplido. Tybalt siempre estaba a punto de descubrir el significado oculto detrás de algo.

Tybalt alzó un trozo de pergamino que mostraba a una turba enfurecida sosteniendo a un perro encima de una hoguera.

--Sospechaba que este pergamino contenía un hechizo para

controlar a los animales --dijo en un tono apagado y lleno de abatimiento--. Pero medio quemado como está ahora...

Mangas Verdes encogió los hombros para sacudirse las gotas de lluvia de la capa y chasqueó la lengua. La cabaña era tan pequeña que sus protectoras se habían quedado en la escalera.

--Pues será mejor que nunca llegues a descubrir cómo funciona ese hechizo. Y ahora, ¿tendrías la bondad de decirme dónde está el casco?

Kwam apartó un montón de restos calcinados, abrió una caja de madera de cedro recubierta de tallas y volutas y sacó de ella un casco de una piedra verdosa. Su superficie estaba repleta de arrugas y circunvoluciones, y había sido minuciosamente trabajada para que se pareciese a un cerebro humano.

--Lo encontramos enterrado bajo una pila de hojas debajo del balcón --dijo--. Supongo que Karli hizo un nuevo intento de llevárselo, y el casco volvió a protegerse a sí mismo escurriéndose entre sus dedos. Está claro que no quiere ir con ella.

Kwam alzó el casco de piedra con visible reverencia. Mangas Verdes pensó que el artefacto mágico podía parecer sencillo y tosco, pero eso sólo demostraba que las apariencias eran engañosas. Al igual que ocurría con Kwam --y para utilizar una frase que Agridulce, la madre de Mangas Verdes, solía repetir--, «Las aguas tranquilas siempre son muy profundas», y no cabía duda de que así era en el caso de su amante.

Mangas Verdes tomó el casco de sus manos y lo contempló.

--Este casco... Quizá no sepamos demasiado sobre él, pero hay una cosa que sí está muy clara. Lo único que esos malditos hechiceros tienen en común es mi persona y este casco. No consigo imaginarme ninguna forma de que esa conexión haya surgido de mí, así que tiene que ser el casco.

Kwam parpadeó y Tybalt se tiró de la nariz. La cabaña se balanceó suavemente junto con el árbol bajo el delicado empujón de una brisa cargada de lluvia. Los dos estudiantes de magia no habían dicho nada, por lo que Mangas Verdes comprendió que debían de haber llegado a esa misma conclusión antes que ella. «Oh --pensó con una cierta exasperación--, ¿acaso soy la única a la que le cuesta tanto entender las cosas?»

--Bueno, algo sí sabemos sobre él --dijo Tybalt--. Los Sabios de Lat-Nam lo crearon, probablemente para detener a los Hermanos, Urza y Mishra, e impedir que conquistaran los Dominios o quizá,

simplemente, que el uno venciera al otro. Las leyendas cuentan cómo reinos enteros fueron devastados y convertidos en material de guerra. Continentes enteros quedaron destruidos en batallas libradas de un confín del horizonte al otro.

--Pero creemos que los Sabios fueron barridos y que los Hermanos acabaron triunfando --dijo Kwam--. Pero el casco funciona, porque deja totalmente sometido a su yugo mágico a cualquiera que se lo ponga.

Mangas Verdes asintió distraídamente.

--Sí, porque en cierta manera los grandes hechiceros siguen estando dentro de él. Unieron sus mentes para dejar grabadas las órdenes en el casco. Pero tiene que haber algo más...

--¡Ah! --Todo el mundo se sobresaltó cuando Tybalt gritó de repente. El narigudo estudiante de magia se llevó las manos a su sombrero púrpura mientras empezaba a dar saltitos con tanto entusiasmo como si hubiera vuelto a la infancia--. ¡Eso es! ¡Los sabios conectaron sus mentes para formar las órdenes! En consecuencia, cuando le ponemos el casco a nuevos hechiceros, y me refiero a los hechiceros de hoy en día, ¡entonces los conectamos los unos a los otros! ¡Oh, qué idiotas arrogantes hemos sido por no entenderlo antes!

--Es cierto. Tiene que serlo. --Kwam se pasó una mano por la frente--. Llevamos tres años cavando nuestras propias tumbas.

--Mi padre, Oso Pardo, solía decir que los amigos vienen y van, pero que los enemigos se acumulan --añadió Mangas Verdes--. Sí, hemos capturado hechiceros como si fueran peces y los hemos domesticado, y después los hemos dejado marchar. Pero dejamos los sedales en sus bocas, y ahora todos esos hilos se han enredado y los hechiceros se han aliado contra nosotros.

El casco que sostenía en las manos parecía haberse vuelto repentinamente muy pesado, o quizá fuera que estaba cansada. Mangas Verdes se sentó sobre un tocón.

--Hemos utilizado el casco para meternos en un buen lío, así que quizá podamos utilizarlo para salir de él. --Vio que todos le estaban contemplando con ojos llenos de perplejidad, por lo que se apresuró a seguir hablando--. Cuando me puse el casco, y me refiero a la única vez que lo he hecho, pude oír, o sentir, o ver dentro de las mentes de aquellos sabios de la antigüedad incluso mientras me gritaban. Había toda clase de secretos ocultos allí: historias, canciones, hechizos...

Los dos estudiantes de magia no dijeron nada. Ambos sabían muy bien lo que podía llegar a hacer el casco. Tybalt, que carecía de

poderes mágicos, había sido el primero en ponérselo cuando estaba haciendo experimentos, y casi había enloquecido. Cualquier hechicero al que se lo pusieran sufría y deliraba hasta que acababa sometiéndose. Sólo Mangas Verdes había logrado resistir sus exigencias y conservar la cordura, y eso únicamente porque había sido retrasada durante la mayor parte de su vida y comprendía la locura.

La joven druida habló como si estuviera sola.

--Pero hay algún secreto que se me ha pasado por alto, y está ahí dentro --dijo, golpeando suavemente la cúpula verde con un dedito calloso.

--¿Cómo podemos ayudarte? --preguntó Kwam.

Mangas Verdes se volvió hacia él con una sonrisa en los labios. Por eso le amaba, naturalmente: Kwam siempre le permitía ser ella misma, respetando su juicio y ayudándola únicamente cuando Mangas Verdes se lo pedía.

--Vigiladme, por favor. Es lo único que os pido. Si parezco estar sufriendo...

No pudo terminar la frase. Durante mucho tiempo después de haber recuperado la capacidad de pensar y haber descubierto la hechicería, Mangas Verdes se había sentido obsesionada por el miedo a la locura y el temor de que su mente volviera a convertirse en un erial lleno de confusión y caos. Todavía había momentos en los que pensamientos extraños y oscuros le hablaban en balbuceos incomprensibles desde la oscuridad, y la joven druida tenía que hacer un considerable esfuerzo para expulsarlos de su cabeza. Pero nadie sabía eso..., ni siquiera su amado Kwam.

Y entonces, antes de que pudiera seguir perdiendo ni un solo momento más en dudas y vacilaciones, Mangas Verdes se puso el casco en la cabeza.

Voces como martillos dentro de su cráneo, voces que aullaban como una tempestad en alta mar. Luces cegadoras que silueteaban figuras angulosas que graznaban, crujían y chirriaban. Hechiceros discutiendo, discutiendo, discutiendo.

Mangas Verdes hizo un esfuerzo desesperado para aferrarse a su mente. Sus pensamientos fueron abofeteados, empujados y apartados a un lado. Cien hechiceros le estaban gritando al unísono en una terrible cacofonía, pero cada voz resonaba con la nítida claridad de la campana de una iglesia. Una voz suave como una mariposa insistía en que Mangas Verdes debía ayudar en vez de estorbar. Un gruñido

como rocas que estuvieran siendo masticadas era la voz de un ogro que amenazaba con arrancarle el cerebro del cráneo y comérselo si no se sometía. Una voz joven y delicada prometía, imploraba y seducía. Una voz muy anciana hablaba del equilibrio en un monótono canturreo. Una voz seca y quebradiza era como un taladro helado, y había más voces, muchas más...

Y mientras los hechiceros muertos arengaban a la joven druida, las profundidades de sus mentes quedaron reveladas ante Mangas Verdes y le ofrecieron todo lo que habían llegado a saber.

Fragmentos de hechizos pasaron a toda velocidad junto a ella, deslizándose como hojas en un huracán. Retazos de canciones murmuradas al viento flotaban en el vacío. Imágenes y seres que ni siquiera podía comprender se arremolinaron a su alrededor. Una silueta fantasmal con una cabeza enorme que recordaba a la de un niño, montañas puntuadas de ojos que estallaban, peces hechos de maná que nadaban en un mar etéreo, esqueletos sin rostro que construían obeliscos de los que goteaba miel, un bufón blanco que bailaba con un coyote ciego, un cerebro partido por la mitad del que brotaba luz... Las imágenes hicieron que Mangas Verdes riera y llorase, y que quisiera cantar o esconderse entre gimoteos.

Mangas Verdes contempló las mentes de aquellos grandes hechiceros y tuvo fugaces atisbos de dioses enfrascados en extrañas labores, y se sintió tan diminuta e insignificante como una hormiga. Pero también vio a las personas que había dentro de ellas, y supo de dónde procedían y comprendió que venían de alturas místicas y valles perdidos y cascadas resplandecientes y castillos encantados y desiertos barridos por el viento..., y de hogares como los de cualquier persona normal y corriente, donde las madres hacían ganchillo junto al fuego y los niños jugaban con palos.

Y también vio cómo aquellos hechiceros estaban unidos por la magia y por aquel casco, y que gracias a ello podían hablar a través de sus mentes, de la misma manera en que los enemigos de Mangas Verdes podían ponerse en contacto unos con otros después de haber llevado el casco. Todos habían quedado mutuamente marcados, y habían sido arrojados al interior de la bolsa del mismo cazador como otras tantas codornices heridas.

Mangas Verdes comprendió que aquello había sido un grave descuido por su parte. No percibir la conexión creada por el casco había supuesto un error fatal.

Pero tenía que ver más.

Mangas Verdes luchó y se debatió y apartó a empujones a las siluetas que aullaban, rechazándolas como si estuviera abriéndose paso a través de una multitud beligerante. Porque más allá, detrás de ellas, percibía la presencia de la causa de su miedo, la razón por la que ordenaban sumisión.

Tres años antes no hubiese podido echarlos a un lado, porque no habría sabido cómo hacerlo. Por aquel entonces, Mangas Verdes había necesitado emplear todas sus fuerzas para conservar la cordura bajo el ataque mental. Pero de eso hacía tres años, y la nueva Mangas Verdes se abrió paso por entre aquellos hechiceros como si fuesen ovejas amontonadas en un pastizal, pues podía medirse en pie de igualdad incluso con el más grande de ellos.

Y vio por qué discutían y se preocupaban.

Su mundo estaba siendo asediado por la guerra.

Un retumbar ahogado al que se mezclaban tañidos metálicos hacía vibrar la tierra. Fuera, a través de ventanas abiertas en los muros de piedra, Mangas Verdes vio máquinas de guerra que llenaban el horizonte de ruinas, extendiéndose desde las montañas hasta los tocones de un bosque pasando por una orilla muerta. Centenares de bestias mecánicas de todas las formas y tamaños avanzaban a través de una llanura devastada. Un feroz vendaval traía consigo el olor a azufre del aceite de rocas ardiendo. El fuego caía del cielo, y una lluvia ácida quemaba la carne hasta revelar los huesos. Soldados, no humanos sino mutantes gigantes creados a partir de animales y demonios que caminaban erguidos, gritaban y resoplaban mientras morían atacando los baluartes. Una torre de hierro con ojos y tres brazos aplastaba catapultas, torres de asedio y soldados que intentaban huir bajo ella. Esqueletos de metal que empuñaban espadas eran atacados por bolas de fuego al rojo blanco. Pájaros mecánicos tan grandes como navíos dejaban caer huevos que estallaban para desprender goterones negros y humo rojo. Hombres y mujeres con alas y espadas morían atacando a los pilotos. Una torre de marfil se resquebrajó y ardió, y el hedor a polvo que emanaba de ella hizo que los camellos y los elefantes chillaran. Y mientras tanto un reloj hacía tic-tac encima de un estante, contando el tiempo que faltaba para que llegara la catástrofe final...

Las discusiones volaban por los aires dentro del colegio con tanta violencia como lo hacían las piedras en el exterior. El plan daría resultado. No funcionaría. Tenía que funcionar, o todos morirían. Pero morirían de todas maneras. El casco puede controlar a los Hermanos.

No a menos que alguien se lo ponga, ¿y quién está dispuesto a correr ese riesgo? No sólo puede controlar a los hechiceros, sino que también puede detenerlos por completo. ¿Quién se sometería a la prueba? Nadie, y ya era demasiado tarde. No si escondemos el plan, si lo enterramos en las profundidades. Pero no había tiempo. Los muros ardieron por dentro y por fuera. La sangre burbujeó y se ennegreció, y empezó a brotar por las aspilleras.

Era demasiado tarde, y las bolas de fuego ya casi estaban allí...

Mangas Verdes gritó y se levantó del tocón, tapándose los ojos y los oídos mientras suplicaba clemencia.

Y entonces la visión cesó, y el silencio fue ensordecedor.

Su frente sudorosa conoció un repentino frescor.

Kwam estaba inclinado encima de ella con el casco de piedra en las manos después de habérselo arrancado de la cabeza. Kwam dejó el casco a un lado y la tomó delicadamente de los hombros, y después la contempló con sus profundos ojos marrones llenos de preocupación y temor.

--¿Te encuentras bien?

--Sí, sí --jadeó Mangas Verdes.

Estaba empapada en sudor desde la cabeza hasta los pies, le temblaban las manos y su corazón palpitaba tan desenfrenadamente como si acabara de correr diez kilómetros. La brisa cargada de lluvia que entraba por la puerta abierta de la cabaña pareció helarla hasta la médula de los huesos, y la joven druida se estremeció.

--Sí, sí --dijo mientras le cogía la mano a Kwam en busca de consuelo y seguridad--. Creo que conozco... el secreto.

--¿Qué secreto? --balbuceó Tybalt.

--Bueno, el secreto no --se corrigió Mangas Verdes. Apoyó la cabeza en el pecho de Kwam, extrayendo nuevas fuerzas de su presencia--. Pero sé dónde puede estar el secreto. Aunque no sé si podremos llegar hasta él...

* * *

--Bien, por lo que he podido averiguar --dijo Mangas Verdes, que estaba sentada en el suelo rodeándose las rodillas con los brazos mientras Kwam la abrazaba--, los Sabios crearon el casco para detener a los Hermanos, Urza y Mishra. Harían falta cien hechiceros para vencerlos, suponiendo que eso fuera posible. Completaron la primera parte, dejando grabadas órdenes para someterse dentro del

casco..., pero tal vez no consiguieron llegar a perfeccionar el proceso, pues estoy segura de que no tenían ninguna intención de que los hechiceros recalcitrantes quedaran unidos unos a otros. Pero fuera cual fuese la segunda parte, nunca llegaron a completarla. Los Hermanos se enteraron del plan y atacaron el colegio con ejércitos y máquinas de guerra. Percibí la presencia de muchos centenares de bestias mecánicas, criaturas como el artilugio de Stiggur... Supongo que así de antiguo es.

Mangas Verdes respiró hondo.

--Pero oí lo que dijeron. «No sólo controlar a los hechiceros, sino detenerlos por completo.» Y también dijeron otra cosa: «Esconder el plan, enterrarlo en las profundidades...».

Tybalt empezó a ir y venir por el pequeño suelo de tablones.

--¡Así que el secreto sigue estando allí, escondido debajo del colegio!

Sus ojos habían empezado a brillar ante la perspectiva de tanta magia.

--Si es que existe --advirtió Mangas Verdes--. Dispusieron de muy poco tiempo para trabajar. Sospecho que al final se les agotó el tiempo.

--Pero... El Colegio de los Sabios, en Lat-Nam... --murmuró Kwam--. Nadie sabe dónde se encuentra. Los hechiceros llevan siglos buscándolo.

Mangas Verdes asintió cansadamente y volvió la mirada hacia la puertecita de la cabaña para contemplar el susurrante frescor verdoso de las hojas de los grandes robles, que estaban envueltos por una neblina de lluvia veraniega.

--Pues entonces ya va siendo hora de que alguien lo encuentre por fin.

* * *

Mangas Verdes estaba exhausta, pero aquella noche no pudo dormir.

Por fin había comprendido algo. La sombra de Chaney nunca venía a verla las noches en que Mangas Verdes no podía dormir. La sombra la despertaba deliberadamente. Era extraño que no hubiese caído en la cuenta de ello antes. Pero ¿qué razón podía haber para que los muertos recordaran la fatiga y el bálsamo del sueño?

Y en consecuencia, si estaba despierta, Chaney debía de estar

ahí fuera, aguardando.

Mangas Verdes, vestida únicamente con un retazo de cielo como tenía por costumbre, salió de la diminuta cabaña. No era su verdadero hogar, pues aquella cabaña había sido saqueada y destrozada, sino una morada arbórea reconstruida a toda prisa. Pasó junto a su protectora, otra mujer reclutada de las filas de los Osos Blancos. Durante un momento la joven druida se sintió un poco avergonzada, pues había olvidado cómo se llamaba.

Una pálida silueta juvenil estaba inmóvil en las ramas de un roble, temblando con un delicado resplandor iridiscente bajo la caricia de un viento que no podía ser percibido. Mangas Verdes se acodó en la barandilla y la saludó.

--Tengo noticias para ti, niña --dijo la druida muerta.

--Te vas --replicó Mangas Verdes.

--Sí. --La sombra volvió la cabeza y movió los labios. Estaba hablando con otros, quizá pidiéndoles que esperasen--. Ha llegado el momento --añadió, dirigiéndose una vez más a su antigua estudiante--. El bosque necesita tiempo para curarse, y la curación es una labor lenta y difícil en la que ninguna druida o sombra de druida puede ayudar. Y tú tienes que irte muy lejos de aquí, por lo que ya no hay nada que me retenga. Los brazos del Siervo de Gaia son muy largos, pero si no llegara a encontrarlos entonces estaría aquí para siempre..., y eso sería mucho tiempo.

Mangas Verdes se limitó a asentir. Pasar la eternidad vagando por el Bosque de los Susurros le parecía un destino muy apetecible. Pero el bosque necesitaba curarse, pues sus antiguos murmullos casi se habían acallado.

--Te dejo estas palabras --dijo la sombra. Se inclinó hacia adelante, pero no se cayó de la rama y lo único que ocurrió fue que quedó suspendida en el aire--. Nunca podremos lograr nada importante a menos que entreguemos todo a esa meta: cada fibra, cada nervio, cada gota de sangre y de sudor..., e incluso nuestras almas. El objetivo que esperas alcanzar se encuentra muy lejos de ti, y debes estar preparada para hacer el sacrificio final. Siempre, sin retener nada y dándolo todo... Si tu decisión no es sincera y completa, entonces fracasarás.

Mangas Verdes volvió a asentir. Ya había oído todo aquello con anterioridad. El significado nunca estaba claro, y sin embargo las preguntas no servían de nada. La sombra pensaba en ella, sí, pero sólo en parte. Cuando el cuerpo de Chaney abandonó aquella esfera,

la mayoría de sus pensamientos se fueron con él.
La sombra se irguió y empezó a retroceder, como si se dispusiera a desaparecer dentro del árbol igual que una dríada.
--Me marcho, niña. Recuerda que te amo, y que siempre te cuidaré y protegeré. Buena suerte. Y que el Espíritu del Bosque respire a través de ti.
Y un instante después Chaney se había esfumado.
Pasaron algunos momentos antes de que Mangas Verdes comprendiese que aquella despedida era definitiva. Chaney no volvería. Sintió que se le formaba un nudo en la garganta y notó una terrible punzada de dolor en el corazón, pero eso fue todo. Chaney había muerto hacía mucho tiempo, y Mangas Verdes la había llorado entonces. Aquella sombra no era más que el eco de su voz, y eso suponiendo que fuese real y no simplemente una creación de la mente de Mangas Verdes.
Había muchas cosas dentro de su mente de las que no sabía nada. Pero quizá todo el mundo tuviera ese problema.
Mangas Verdes volvió a la cama con paso lento y cansino.
--Lo siento --dijo al pasar junto a la Guardiana del Bosque y recibir su saludo--. He olvidado tu nombre.
--Me llamo Wichasta, mi señora. --La guerrera era esbelta, alta y morena, y se mantenía muy erguida--. Soy de la centuria de los Osos Blancos de la capitana Dionne.
«Qué extraño --pensó Mangas Verdes--. Que yo, una druida pequeña y desnuda, sea tratada con tan ceremonioso respeto por una robusta centinela de coraza blanca y armas de acero...»
--Sí. Gracias, Wichasta. Te agradezco mucho tu ayuda, y no volveré a olvidar tu nombre.
--Oh, no importa. Buenas noches, mi señora.
Kwam estaba despierto y había encendido una vela. Al verle medio incorporado en la cama, apoyándose sobre un codo con la luz de la vela bailoteando sobre su piel morena y el sedoso vello de su pecho, Mangas Verdes se asombró de que Kwam pudiera parecer simultáneamente bondadoso, atractivo, cálidamente protector y lleno de amor, todo eso al mismo tiempo.
Se dejó caer sobre la cama y se peinó los cabellos con los dedos, meramente para hacer algo.
--Se ha ido, ¿verdad? --preguntó Kwam en voz baja y suave.
La joven druida asintió.
--¿Cómo lo has sabido?

--Lo he visto en tu cara.

Mangas Verdes se estiró sobre la cama y se rascó distraídamente el estómago.

--Volvió a hablar de hacer el «sacrificio final» --murmuró--. ¿Qué puede ser? Si se trata de mi vida, la daría de buena gana para que no hubiese más batallas. Oh, cómo las odio... ¡Pero cada vez mueren más personas, y el bosque va siendo destrozado poco a poco! Hice estallar a Gurias con un rayo, ese pobre muchacho que se había llenado la cabeza de sueños estúpidos y mentiras y que en realidad sólo era un cachorro arrogante, y destruí un árbol de paso. ¿Qué hay de bueno en eso? ¿De qué ha servido? ¡Daría cualquier cosa para que no hubiese más luchas!

--Te creo. --Kwam depositó un beso sobre su cuello--. Luchar es algo tan ajeno a tu naturaleza como lo es a la de un álamo. Fuiste creada para proteger y nutrir la vida, tanto de la gente como de la tierra, y no para engendrar la muerte. Y por eso te amo, ¿sabes? Así pues, te ruego que no cambies. Te amo tal como eres.

Pero Mangas Verdes suspiró.

--Daría mi vida para salvar a otros, porque no soy más importante que ellos. Pero todo está tan oscuro y confuso como las aguas de un estanque lleno de barro... ¿Cuál es ese destino que me aguarda y que Chaney ha podido leer en el futuro? ¿Qué otros sacrificios puedo hacer, cuando no dispongo de tiempo para mí o para ti o para el bosque, y ni siquiera me queda tiempo para ayudar a la gente?

Kwam le apartó un mechón de cabellos de la frente.

--Sea cual sea tu destino, nos enfrentaremos a él juntos. Puedes estar segura de ello.

Mangas Verdes sonrió y acarició su morena mejilla.

--Mi dulce y amable Kwam... ¿Me aceptas como soy, con mis rarezas, defectos e inseguridades?

Y la respuesta de Kwam consistió en besarla, y Mangas Verdes le devolvió el beso.

--Pensaba que las... reses... preferían... las llanuras --jadeó Gaviota.

Mangas Verdes, que estaba respirando tan entrecortadamente como su hermano, movió una mano.

--¡No son... reses! ¡Ten cuidado... con lo que dices! Espera... Descansemos unos momentos.

El grupo se dejó caer sobre las rocas esparcidas a lo largo del angosto sendero que iba subiendo por la montaña en un interminable serpentear. Incluso Helki se apoyó en una pared rocosa y se llevó las manos a su jadeante pecho. Nadie alzó la mirada para averiguar qué distancia les quedaba por recorrer, pues las cimas hacia las que avanzaban se perdían entre las nubes.

--Vuelve a explicarme... por qué no podías llevarnos... hasta ahí arriba viajando a través del... éter --resopló Gaviota.

--Porque entonces hubiéramos muerto todos... al instante. O eso... me dijeron.

Mangas Verdes descolgó de su hombro una botella de agua envuelta en un paño de lana que había estado llevando a la espalda y tomó un sorbo, y después se la entregó a su hermano.

Esparcidas a lo largo del sendero había unas treinta personas. El pequeño grupo había dejado al ejército al oeste del Bosque de los Susurros, al otro lado de las Montañas del Hielo y bastante cerca de un gran puerto de mar llamado Bahía de las Ostras. Allí, bajo el mando de Varrius y la furriel Lirio, el ejército tendría que descansar y obtener nuevos reclutas para fortalecer sus filas, así como reavituallarse. Gaviota y Mangas Verdes habían partido con aquel contingente. La joven druida los había llevado a través del éter hasta las tierras que se extendían alrededor de aquellas montañas, y el grupo inició su viaje después de haber hablado con las gentes de aquel lugar.

Envuelto en prendas de abrigo para protegerse de aquel aire tenue y rarificado, el grupo ya llevaba seis días abriéndose paso a través de las colinas y escalando aquella montaña en un penoso avance que a veces les obligaba a arrastrarse. La expedición estaba formada por Mangas Verdes, con cuatro guardias personales capitaneadas por Kuni, y Gaviota, también con cuatro protectores mandados por «Muli» Muliya, pues los dos grupos de guardias se habían negado a permitir que sus líderes se fueran sin ellos. Helki y Holleb también estaban allí, equipados con herraduras claveteadas y

lamentando llevar encima todos sus arreos y la armadura completa. Cinco arqueras de D'Avenant ya habían demostrado su utilidad cazando tres rebecos con aspecto de chivos en las cañadas que se alzaban sobre ellos para complementar sus magras raciones de campaña. Kamee, dos bibliotecarios y un cartógrafo cargados con cestas llenas de pergaminos, libros y mapas incompletos también formaban parte de la expedición. Prane, una curandera, les acompañaba por si alguien se rompía una pierna o se caía, pero hasta el momento todos habían tenido suerte. Kwam había venido en representación de los estudiantes de magia, o por lo menos eso era lo que se había dicho. Uxmal, el enano del sur, y Quexotl, uno de sus compañeros, habían venido porque solicitaron poder ver las montañas, que les recordaban su hogar. En algún lugar por delante de ellos estaban «Tintineos» Jayne y un trío de sus exploradores vestidos con ropas oscuras. Finalmente, encogido junto a Gaviota había un bulto negruzco que parecía una marmota enferma: era Sorbehuevos, envuelto en un maltrecho montón de pieles. Gaviota había insistido en que viniera, porque de lo contrario estaba casi seguro de que alguien del campamento habría matado al trasgo apenas se hubiese quedado sin la protección del general.

--Quizá sea una prueba --volvió a decir Mangas Verdes--. Venir hasta tan lejos sólo para obtener la respuesta a una pregunta exige mucha determinación.

--Oh, no cabe duda de que es una maldita prueba --bufó Gaviota.

La montaña no sólo era tan empinada que parecía una escalera de caracol de muchos kilómetros de altura, sino que además la atmósfera se iba volviendo más y más tenue a medida que iban subiendo. Aparte de todo eso, Gaviota aún estaba bastante dolorido y todavía no se había recuperado del todo de su batalla con el señor guerrero.

--Es una prueba para averiguar lo inteligente que eres --siguió diciendo--. Si llegas hasta aquí, eso indica algo.

Su hermana frunció el ceño.

--¿Que eres lo bastante inteligente para escalar esta montaña sin ayuda, quizá?

--No --gruñó Gaviota--. Indica que eres lo bastante idiota como para ser incapaz de entender que habría sido mejor que te quedaras en las llanuras... ¡Oh!

Gaviota se sobresaltó levemente cuando un explorador apareció de repente sin producir ningún ruido. Los últimos reclutas de

«Tintineos» Jayne eran silenciosos como espectros y tan mortíferos como serpientes de cascabel, y Gaviota no podía soportar que se le acercaran sin ser vistos. El leñador juraba que usaban la magia, pero Jayne lo negaba. Aun así, desde que tenía a sus órdenes a aquellas gentes Jayne también se había vuelto callada y sigilosa.

El explorador era un hombretón muy corpulento con una barba rubia y dos trenzas gemelas que oscilaban sobre su velludo pecho. Se llamaba Perceval, y corrían rumores de que en una ocasión había matado a tres marineros porque le habían llamado «Percy».

--Hemos encontrado la entrada de su caverna.

Gaviota clavó la mirada en los gélidos ojos azules del hombre, y acabó siendo el primero en parpadear.

--¿Saben que estamos aquí?

El explorador soltó un resoplido.

--No.

Gaviota se incorporó, moviéndose con cierta dificultad y apoyándose en el mango de su hacha.

--Quizá deberíamos hacer algún ruido para anunciarnos...

Pero Perceval ya se había esfumado.

Jayne se reunió con ellos un poco más arriba y señaló su destino. Todavía más arriba había una larga raja horizontal abierta en el abrupto risco de la montaña. Un centinela iba y venía por delante de ella, montando guardia con una enorme hacha de guerra apoyada en su hombro.

Y no era humano.

Jayne lo señaló con una inclinación de cabeza.

--Este sendero lleva hasta una pequeña planicie donde ese guardia puede estudiarnos --dijo--. Después entra en una chimenea rocosa con peldaños tallados en las paredes. No hay otra forma de entrar en su fortaleza..., por lo menos no sin emplear cuerdas, martillos y clavos de escalada.

--El camino servirá --replicó Gaviota--. No tenemos nada que esconder. Y si hay un poco de suelo llano allí arriba, me arrodillaré y lo besaré. ¡Bueno, pronto habremos llegado! Esperemos que tengan un manantial caliente en el que poder remojar nuestras doloridas piernas...

El grupo fue subiendo por la chimenea entre gruñidos y bufidos, con sus pies entumecidos resbalando sobre los peldaños cincelados. Gaviota tuvo que ir muy encorvado para poder pasar. Los únicos que no entraron fueron los exploradores, que se esparcieron por las

cañadas azotadas por los vientos para vigilar el camino, y Helki y Holleb, que no podían meterse por un hueco tan reducido.

Gaviota iba delante con el hacha torpemente empuñada en una mano. Estaba casi seguro de que su avance no iba a ser repelido: si los hurloonitas hubieran deseado matarles, ya habrían podido hacerlo una docena de veces. Aun así, Gaviota sintió un considerable alivio cuando por fin entró en una cámara de piedra que resonó con el eco de sus pasos.

Y donde se encontraron con sus primeros minotauros.

Los minotauros de las Montañas de Hurloon eran enormes, unas criaturas monstruosas cuya estatura superaba a la de Gaviota en medio metro por lo menos. Respiraban pesadamente y su aliento humeaba en el aire, impregnándolo con un olor tan agradable como el de la hierba recién cortada. Tenían los hocicos achatados, y sus cuernos estaban adornados con láminas de oro. Todos lucían complicados tatuajes que formaban volutas y remolinos y se infiltraban en su espeso y rizado pelaje blanquecino, y algunos llegaban a extenderse por encima de sus cuernos. Sus brazos sólo tenían cuatro gruesos dedos terminados en una especie de callosidad negra, y carecían de pulgares. Sus piernas, gruesas y recubiertas de abundante pelaje, mostraban la pronunciada curvatura hacia atrás típica de las patas de los animales y terminaban en relucientes pezuñas negras tan grandes como cascos de acero. Todos llevaban el mismo atuendo, un faldellín de lana roja, por lo que resultaba imposible adivinar su sexo.

Había tres minotauros, todos armados con brillantes hachas de guerra tan grandes como palas para la nieve.

Más personas subieron por la escalera, se detuvieron cuando llegaron al final de ella y vieron a aquellos seres tan extraños, y fueron empujadas desde abajo. Mangas Verdes, flanqueada por sus protectoras, avanzó hasta colocarse delante de su hermano.

El minotauro que parecía estar al mando formuló la pregunta tradicional, hablando con una voz entre gutural y gorgoteante que hizo vibrar las costillas de quienes la oyeron.

--¿Por qué habéis venido?

Mangas Verdes dio la respuesta tradicional.

--Para hacer una pregunta.

El minotauro asintió.

--Entonces recibid una respuesta.

Los cansados viajeros fueron llevados hasta una gran sala

comunal --los minotauros, que originalmente habían sido criaturas acostumbradas a vivir en rebaños, no daban ningún valor a la intimidad-- donde podrían quitarse las botas, disfrutar de un baño de pies y limpiarse el sudor. Pero la sala estaba fría --todos tenían frío--, y no había ni rastro de fuegos. La única luz procedía de dos ventanas abiertas en un muro de piedra, y esa claridad era grisácea y melancólica. Les sirvieron bandejas de comida, consistente básicamente en distintas clases de hongos, y agua tan fría que dejaba doloridos los dientes al bebería.

El grupo de humanos, enanos y un trasgo se sentaron encima de unas pieles esparcidas por el suelo. El frío fue abriéndose paso poco a poco a través de sus ropas, y todos se fueron pegando unos a otros hasta que el grupo quedó convertido en una masa de pieles que desprendían vapor.

--Espero que obtengamos tu respuesta antes de que muramos de frío.

Gaviota tuvo que entrecerrar los ojos para poder distinguir a su hermana a través de la nube de alientos.

Su hermana estaba comiendo hongos sin hacerles ninguna clase de ascos, pues se había sustentado con ellos cuando era retrasada.

--No te quejes --replicó Mangas Verdes--. Éste va a ser uno de los grandes momentos de tu vida, Gaviota... Los minotauros de Hurloon son famosos en todos los Dominios por ser grandes narradores. Sus orígenes se remontan a tiempos tan lejanos que la gente afirma que fueron la primera raza creada por los dioses, y dicen que las reses fueron modeladas a partir de ellos. Conocen todas las historias de las razas capaces de hablar.

Gaviota meneó la cabeza.

--Ah, ¿sí? Y entonces ¿por qué estas vacas estúpidas no saben cómo hacer fuego frotando dos palos?

--¡Incluso yo sé hacer eso! --intervino una estridente voz de trasgo desde el fondo del montón de viejas pieles--. Hacer un fuego, asar una gorda y sabrosa gallina de los páramos, o un lagarto bien jugoso...

--Cállate, Sorbehuevos. Supongo que aquí arriba no hay nada que quemar, y estamos demasiado lejos de los valles para poder traer carbón o madera, pero... ¡Por las Pelotas de Boris, qué frío hace! ¡Y no tenemos ninguna garantía de que vayan a decirnos nada!

--Ten fe, hermano --dijo la joven druida--. Y no hace tanto frío. Un poco de aire fresco y limpio hace que el cerebro funcione mejor.

Pero Mangas Verdes se envolvió con las mantas y pieles, y se

acurrucó entre Kwam y sus Guardianas del Bosque.

* * *

Después de una noche muy fría que pasaron encogidos en la sala de piedra, Mangas Verdes fue llamada a la cámara del consejo.

En la estancia sólo había minotauros. Tallada en la roca desnuda hacía muchas eras, la sala estaba llena de ventanas que daban a una cordillera tras otra de picachos cubiertos de escarcha y hielo. Los minotauros estaban acuclillados sobre sus piernas torcidas, rozando el suelo con sus faldellines y formando un círculo cuyo centro estaba vacío. Sus dos protectoras tuvieron que quedarse en la puerta, y Mangas Verdes fue invitada a unirse al círculo. Al principio se sintió un tanto perpleja ante la falta de mobiliario o adornos, pero después de pensarlo un poco comprendió que las vidas de los narradores se desarrollaban principalmente dentro de sus imaginaciones. Aquellas criaturas vivían para la ceremonia y las canciones, y para las largas introducciones. Hicieron falta horas para que cada miembro del consejo fuera presentado, porque cada uno recitó una breve historia de su vida y sus logros. Los minotauros tenían nombres como Vigilante del Cielo, Canción del Trueno, Bestia de la Nieve y Rayo de Luna, y sin embargo entre ellos también usaban apodos tan familiares y sarcásticos como Pequeña Flor Mordisqueada, Comedor de Judías, Duerme de Día y Se Le Cayeron Seis Palos. Mangas Verdes se olvidó de sus nombres unos instantes después de haberlos aprendido. Tenía casi todo el cuerpo aterido e insensible, pues los vientos de las montañas soplaban a través de toda aquella cámara sin que hubiese nada que pudiera detenerlos.

Y el consejo por fin decidió prestarle su atención. Canción del Trueno, un minotauro de cuyo mentón brotaba una larga barba, se volvió hacia Mangas Verdes.

--Te rogamos que nos hables de ti.

La joven druida había meditado largamente sobre lo que debía decir. Deseaba causar una impresión favorable y no hacerles perder el tiempo, pero tampoco quería parecer brusca o descortés. Aun así... Bueno, su padre solía decir: «Olvídate de los pepinillos y del queso, y cuéntame qué ocurrió». Mangas Verdes decidió ser lo más clara y directa posible.

--Bien, señorías, encontramos entre nuestras posesiones un casco de piedra que es muy antiguo...

Veinte pares de ojos marrón oscuro se cerraron, y Mangas Verdes se calló.

--Lamentamos no haber sabido hacernos entender --dijo Canción del Trueno--, pero te pedimos tu historia y queremos saberlo todo sobre ti misma y tu pasado. ¿Podrías hablarnos de tus padres, por favor?

--Oh. --Mangas Verdes se ruborizó. Se había dejado llevar por el apresuramiento, y quizá les había ofendido dando la impresión de que sólo deseaba información--. Mi padre se llamaba Oso Pardo --empezó diciendo, tragando aire con una larga y temblorosa inspiración--, y mi madre se llamaba Agridulce. Tenía muchos hermanos y hermanas...

Los minotauros volvieron a cerrar los ojos, y Mangas Verdes titubeó y acabó callándose de nuevo.

--Necesitamos la imagen total para poder comprender tu petición --dijo Canción del Trueno, infinitamente paciente--. Empieza con tu padre, si así lo deseas. ¿Cuáles eran los nombres de sus padres, y de sus padres, y de los padres de éstos? Tómate tu tiempo. Tenemos mucho tiempo.

Un gemido de consternación silenciosa vibró dentro de la mente de Mangas Verdes. «Oh, oh...»

* * *

Horas después, la joven druida y sus protectoras volvieron con paso lento y cojeante a la sala comunal.

Fuera ya había oscurecido, por lo que el grupo se había trasladado a una habitación que no tenía ventanas. Todos se habían acurrucado debajo de las mantas y las pieles, formando una especie de madriguera de ardillas envuelta en la negrura más absoluta, pero se levantaron de un salto en cuanto Mangas Verdes regresó, incorporándose tan apresuradamente que chocaron unos con otros.

--¡Por fin! --jadeó Gaviota--. ¡Bueno, por fin has vuelto! ¡Llevamos horas esperando sin nada que hacer salvo oír castañetear nuestros dientes! ¿Obtuviste la respuesta? ¿Te dijeron dónde...?

Mangas Verdes no pudo responderle. Un día entero de estar sentada bajo aquel viento helado sin parar de hablar habían hecho que todo su cuerpo temblara incontrolablemente. Kwam avanzó a tientas entre la oscuridad y la envolvió en su manta, atrayéndola hacia su pecho y dando un respingo al notar lo fría que estaba.

--N-n-no --logró decir Mangas Verdes por fin--. Todavía n-no

tengo la re-respuesta. Antes hi-hicieron unas cuantas pre-preguntas.

--¿Que te hicieron preguntas? --chilló Gaviota, y algunos gimieron--. ¡Pensaba que los minotauros tenían todas las respuestas!

--Tal v-vez, pero tardaremos un po-poco en saberlo. De mo-momento sólo he llegado a hablarles d-de ti.

--¿De mí? ¿Qué estás diciendo, hermana?

La voz de Gaviota resonó en la habitación helada, pareciendo curiosamente estridente y a punto de quebrarse.

* * *

Tuvieron que alimentarla con hongos y frotarle los hombros y las manos hasta calentarla lo suficiente para que pudiese hablar. Al parecer los minotauros nunca se cansaban de acumular información, por lo que la habían interrogado sobre sus progenitores y su hogar, la aldea de Risco Blanco. Cuando Mangas Verdes les hubo explicado como buenamente pudo que no sabía gran cosa sobre sus padres porque había pasado toda su infancia y la primera parte de su juventud siendo retrasada, los minotauros habían quedado fascinados..., y como consecuencia Mangas Verdes tuvo que hablarles de su vida en el bosque, entre sus amigos los animales, y se vio obligada a decirles cómo se llamaban y tuvo que describirles sus costumbres y sus maneras de vivir.

Gaviota no pudo contenerse por más tiempo y estalló.

--¿Que te pasaste nueve horas hablando de tejones y conejos? ¿Ni siquiera has llegado a hablarles de la batalla de Risco Blanco? ¿No les has contado cómo fue destruida la aldea?

--Todavía no he-hemos llegado t-tan lejos. Espero poder contárselo den-dentro de un p-par de días.

--¿Días? --La palabra fue un siseo que a duras penas logró escapar por entre sus dientes. Gaviota estaba perplejo--. ¡Pasarán meses antes de que puedas preguntarles por el colegio!

--No. --Mangas Verdes se pegó al pecho de Kwam, temblando con tanta violencia que el joven estudiante de magia se estremeció--. Habré mu-muerto de frío mu-mucho antes...

* * *

De hecho, sólo transcurrieron siete días antes de que Mangas Verdes terminara de contar su historia.

Los minotauros no habían dejado de prestarle atención ni un solo instante, y la habían contemplado fijamente con sus grandes ojos marrones mientras permanecían pendientes de cada palabra que decía. Pero habían hecho bastantes preguntas..., centenares, en realidad. Después los minotauros solían discutir entre ellos las contestaciones de Mangas Verdes, y cada uno añadía algo: un acontecimiento similar de la antigüedad o una parábola que ilustraba algún punto del relato, y de vez en cuando todo el grupo se ponía a cantar pura y simplemente porque les apetecía hacerlo. Mangas Verdes lo encontraba fascinante a pesar de que hacía un frío terrible. Hubo más de un momento en el que deseó que estuviera permitido hacer magia, pues entonces podría haber conjurado madera o carbón, o incluso bolas de llamas o duendes del fuego. Pero los minotauros le habían advertido que no debía «echar chispas por los dedos», y Mangas Verdes les obedeció.

Pero los minotauros por fin habían acabado con sus preguntas, y todos guardaron silencio.

--¿Y cuál es tu pregunta? --inquirió Canción del Trueno, dirigiendo una inclinación de cabeza a los demás.

Mangas Verdes despertó de golpe. El frío la había adormilado, y se acordó de que había oído decir que la sensación de morir congelado resultaba curiosamente parecida a quedarse dormido. Durante unos instantes se limitó a contemplar a Canción del Trueno como si no supiese qué hacía allí, pero enseguida comprendió que el momento había llegado por fin. Tenía que elegir con mucha cautela sus palabras, pues la leyenda afirmaba que los minotauros de las Montañas de Hurloon, que lo sabían todo, sólo permitían que se les hiciera una pregunta.

En cuanto a si luego respondían a ella, era algo que no se sabía.

--Mis sabios y nobles señores --graznó Mangas Verdes, con la garganta dolorida por tantos días de hablar ininterrumpidamente--, ¿tendríais la bondad de decirme dónde se encuentran las ruinas del antiguo Colegio de los Sabios de Lat-Nam?

Un suave murmullo dio la vuelta a la cámara.

--Es una buena pregunta --murmuró un minotauro.

Pero no dieron ninguna indicación de que conocieran la respuesta.

--¿Tendrás la amabilidad de excusarnos? --le preguntó Canción del Trueno pasados unos momentos--. Necesitamos deliberar.

«¿Para qué?», se preguntó Mangas Verdes. Pero la archidruida

asintió afablemente, les dio las gracias a todos por haberla escuchado y salió de la cámara del consejo.

Cuando avanzaba por los pasillos helados, Mangas Verdes se encontró de repente con un minotauro que, a juzgar por lo corto de su barba, debía de ser bastante joven. El minotauro sostenía en sus manos un amasijo de pieles que se debatían y balbuceaban.

--Tal vez habéis perdido algo, mi señora --dijo el minotauro, y le alargó el bulto, sosteniéndolo por una flaca pierna verde grisácea.

--¡Suéltame! --oyó Mangas Verdes que gritaba el bulto--. ¡No he cogido nada! ¡Andaba detrás de unas ratas! ¡Eran ellas las que se estaban comiendo los hongos, no yo! ¡Y de todas maneras estaban rancios! ¡Suéltame la pierna!

--¿Tendréis la bondad de haceros responsable de esto? --preguntó el minotauro.

--Quizá sea pe-pedir demasiado --tartamudeó Mangas Verdes--. Pero... Sí, cla-claro. Micka, si eres tan amable...

La robusta Guardiana del Bosque rodeó la huesuda pierna con los dedos de una mano y después dejó caer al trasgo sobre el suelo de piedra para reducirlo al silencio.

--¿Me dais per-permiso para ti-tirarlo por una ven-ventana, mi señora?

Mangas Verdes siguió adelante, temblando y con los dientes castañeteándole.

--No. Es me-mejor que sufra c-con el resto de no-nosotros.

Las protestas de Sorbehuevos rebotaron en las heladas piedras de las paredes.

--¡Eh, suéltame la pierna! No cogí nada... ¡Bueno, casi nada! ¡Eh...!

* * *

Tardaron un rato en encontrar a Gaviota, Kwam y los demás.

Desde el segundo día, el grupo de veinte expedicionarios había ido recorriendo las cuevas abiertas en las alturas y estómagos de aquellas montañas. En vez de permanecer sentados en la oscuridad o congelarse a la luz, se habían limitado a pasearse... por todas partes. Habían subido y bajado por escaleras de caracol, habían avanzado a lo largo de riscos helados, habían cruzado umbrales enmarcados en piedra, subido a picachos y bajado a negras cavernas en las que tropezaban y soltaban maldiciones. Envueltos en todas las mantas y

capas que poseían, habían descendido dos veces al día por la chimenea para visitar a los centauros y los exploradores y llevarles agua y hongos. Alimentados por los hongos, Gaviota y los demás caminaron hasta que les dolieron las piernas. Pero por lo menos así entraban en calor, y podían dormir bastante bien en aquel cubículo oscuro como la noche.

Los únicos que parecían felices eran Kamee y sus estudiosos. Habían albergado la esperanza de que los minotauros tendrían una biblioteca que pudieran visitar, pero no encontraron ni un solo trocito de papel en todas aquellas cavernas solitarias. En consecuencia, cada estudioso eligió a un minotauro y se dedicó a seguirle por todas partes sin parar de hacerle preguntas. Aprendieron muchas cosas, pero tenían que hacer frecuentes pausas en sus apresurados garrapateos para chupar sus plumas heladas, que eran afectadas por el frío a pesar de que se habían guardado los tinteros debajo de la ropa y los llevaban pegados al pecho.

Mangas Verdes por fin encontró al grupo en una galería que atravesaba un lado de la montaña y en cuyos dos extremos había varias ventanas de contornos tan irregulares que parecían meros agujeros. Las ventanas permitían contemplar un impresionante panorama de nubes y cimas..., hasta que el frío empezaba a helarte los globos oculares.

El nuevo retraso hizo que Gaviota estuviera a punto de perder el control de sí mismo.

--¡Oh, en el nombre de Axelrod Gunnarson! ¿Sobre qué infiernos tienen que deliberar? Esas vacas estúpidas --Gaviota añadió unos cuantos calificativos más-- o saben dónde están las... --una nueva sarta de maldiciones de mulero-- ruinas o no lo saben. ¿Por qué tenemos que aguantar que se nos sigan congelando las pelotas y los traseros y seguir aquí hasta...?

Mangas Verdes, que estaba acurrucada junto al pecho de Kwam, permitió que su hermano siguiera gritando y maldiciendo y esperó a que se le pasara el ataque de ira. Por lo menos sus juramentos calentaban un poco el aire.

--¡No van a deliberar sobre el sitio en el que se encuentran las ruinas, sino sobre nosotros! --le interrumpió por fin, recurriendo a sus últimas reservas de paciencia--. Si no somos dignos de saberlo, no nos dirán dónde están las ruinas. No olvides que los hechiceros llevan siglos buscando esas ruinas, y sin duda centenares de ellos habrán venido hasta aquí para hacer la misma pregunta. ¡Y nunca se lo han

dicho a nadie!

--¿Cómo podemos estar seguros de que no se lo han dicho a nadie? --Gaviota se había dejado crecer la barba para no tener tanto frío, y tenía los ojos hundidos en las órbitas y los labios azules--. ¡Podrían haber revelado el secreto a los últimos cinco hechiceros que vinieron! ¡Por lo que sabemos, tus antiquísimas ruinas pueden haberse convertido en uno de los grandes centros turísticos de los Dominios!

Mangas Verdes se limitó a aferrarse a Kwam y siguió temblando.

--¡Bueyes asados! --masculló Gaviota--. ¡Voy a hacer que traigan un buen montón de madera a lo alto de estas montañas y luego voy a matar unos cuantos bueyes, y después me hartaré de comer buey asado, caliente, grasiento, jugoso, quemado por fuera y dorado por dentro, y luego seguiré comiendo hasta que se me salga por las orejas y tenga que vomitarlo!

La idea de un poco de comida caliente hizo que Uxmal y Muli lanzaran gemidos ahogados, pero los demás se limitaron a seguir temblando y sufriendo mientras los vientos de las montañas se abrían paso a través de la galería y de sus ropas.

Gaviota todavía no había terminado.

--¡Tenemos que conseguir la respuesta y salir de esta condenada cima! ¡Puede que a estas alturas ya sea padre! ¡Quizá tenga un nuevo hijo, o una nueva hija!

--Hija --balbuceó Mangas Verdes, y después se tapó la boca con los dedos.

Gaviota dio un brinco. Después se inclinó sobre su hermana pequeña y clavó sus ojos enrojecidos en los de Mangas Verdes, que apenas eran visibles por encima de la manta de Kwam.

--¿Qué has dicho?

--Nada.

--¡Has dicho algo! --Gaviota se inclinó un poco más sobre su hermana. Su aliento apestaba: allí nadie podía lavarse--. ¡Has dicho que he tenido una hija!

Mangas Verdes acabó bajando la manta para revelar una nariz enrojecida y goteante.

--Las druidas siempre están u-unidas a lo que las ro-rodea, ¿recuerdas?

Un día Lirio se estaba preguntando qué nombre debía poner al bebé, y dio la casualidad de que yo lo percibí... Es una niña, y bastante robusta.

--Muchas gracias --gruñó Gaviota, y su voz estaba más helada que las paredes--. ¡Quizá decida llamarla Bocazas en homenaje a su tía!

El leñador se envolvió en su manta.

--¡Vamos a dar un paseo!

Pero antes Micka le pasó la flaca pierna de Sorbehuevos. Gaviota se echó encima del hombro al trasgo que gritaba y se debatía, cargando con él como si fuese una gallina muerta, y se alejó.

* * *

La respuesta llegó rápidamente..., por lo menos para los patrones de los minotauros. Después de sólo cinco días de deliberaciones, Vigilante del Cielo fue en su busca y los encontró en el borde del gran tajo abierto en la ladera de la montaña.

--Tenemos noticias. El consejo ha tomado una decisión. Vuestra cruzada tiene como objetivo conseguir que se haga justicia y hacer progresar el conocimiento. Queréis construir en vez de destruir, y mejorar en vez de arrasar... --Vigilante del Cielo siguió con su discurso durante un rato mientras los humanos aguardaban en silencio, con nubéculas de aliento helado cerniéndose a su alrededor--. Os ayudaremos a encontrar el colegio --concluyó por fin--. ¿Tienes el casco de piedra?

--¿Que nos...? --empezó a decir Mangas Verdes.

Pero Kwam, luchando con sus dedos entumecidos por el frío, ya estaba sacando el artefacto de una mochila. El minotauro cogió el casco con sus grandes manos de cuatro dedos, sosteniéndolo con tanta facilidad como si no pesara nada y no pareciendo notar lo fría que estaba la piedra. Después alargó una mano hacia el capuchón de Mangas Verdes, lo echó hacia atrás y depositó el casco encima de su grasienta cabellera con delicada suavidad. La joven druida se envaró ante la repentina acometida de las voces que resonaron dentro de su cráneo con la brusquedad de un tornado. Pero entonces el minotauro cubierto de tatuajes rozó el casco, y las voces se callaron.

Y por encima del zumbido de fondo que recordaba una colmena de abejas a finales del verano, Mangas Verdes vio el sitio en el que se encontraba el colegio, distinguiéndolo con tanta claridad como si estuviera mirando por una ventana.

--¡Oh! --exclamó--. ¡Allí!

La joven druida se puso el casco.

--Si lo hubieras llevado puesto el tiempo suficiente, habrías visto el lugar --dijo Vigilante del Cielo mientras la joven druida se quitaba el casco--. Todo deja un rastro a medida que se va moviendo a través del espacio y el tiempo, al igual que el águila de cabeza blanca deja un rastro en el cielo. Tendrías que haberlo recordado.

--Oh, sí, por supuesto...

Mangas Verdes procuró no mirar a su hermano, pero pudo sentir cómo su mirada se posaba en ella y quemaba su rostro con un calor tan perceptible como el de una flecha de fuego.

--¿Podrías haberlo averiguado desde el primer momento? --siseó Gaviota.

Vigilante del Cielo estaba observándoles y asintió. ¿Sonreía? Los humanos no tenían forma alguna de saberlo.

--Ahora puedes irte. Te agradecemos que hayas venido, y también se lo agradecemos a tus acompañantes. Las historias de tus hazañas nos gustaron mucho, y esperamos oír muchas más. En cuanto a vos, mi noble y valeroso Gaviota, espero que encontréis vuestro banquete de «bueyes asados» en cuanto hayáis salido de este valle de «vacas estúpidas».

Gaviota se quedó boquiabierto, y la masa de pelos que rodeaba su boca hizo que la mueca de perplejidad resultara todavía más aparatosa.

--¿Podéis... leer la mente?

La media sonrisa llenó de arrugas el hocico de vaca.

--¿Cómo pensáis que llegamos a recoger tantas historias? Y ahora, marcharos. Recoged a vuestros seguidores, que os esperan pacientemente aquí y en las pendientes de más abajo, y la dama Mangas Verdes podrá llevaros a todos rápidamente a través del éter hasta vuestro lejano ejército.

Esta vez le tocó el turno a Mangas Verdes de quedarse boquiabierta.

--Pensaba que la magia no estaba permitida...

Pero el minotauro se limitó a agitar una mano de dedos tan cortos y gruesos que más parecía un muñón. Gaviota rodeó el mango de su hacha con las dos manos y tensó los músculos, prefiriendo hacer eso a gritar.

Los humanos y enanos no desperdiciaron ni un instante más. Media hora después estaban en una cuesta azotada por el viento, intentando ponerse a cubierto junto a los centauros y los exploradores.

Mangas Verdes tenía las mejillas y los labios agrietados por el

frío, pero eso no le impedía estar radiante.

--¡Iremos a Lat-Nam y al Colegio de los Sabios! ¡Pensad en todos los grandes descubrimientos que haremos!

--¡Comida! --graznó un bulto junto a los pies de Gaviota.

--¡Y pies calientes! --gruñó el leñador--. Mueve las manos, ¿quieres?

Mangas Verdes se aseguró de que todos estaban allí y después trazó un círculo con las manos, conjurando un estallido de colores de la tierra en el risco azotado por los vientos.

Y un instante después todos habían desaparecido.

_____ 13 _____

--¡Aquí no hay nada! --ladró Gaviota--. ¡Ay! ¡Maldición!

--¡Yo más bien diría que aquí hay muchas cosas!

Mangas Verdes estaba intentando apartar las ramas y los gruesos tallos de los brezales que se alzaban a cada lado de ellos, y sólo conseguía sufrir los aguijonazos de los espinos y zarzales.

El grupo de avanzada estaba formado básicamente por los mismos individuos que habían padecido las incomodidades de la estancia en las montañas de Hurloon: Gaviota y Mangas Verdes con sus cuatro guardias personales, «Tintineos» Jayne y sus sombríos y silenciosos exploradores, la pareja de centauros lanceros, cinco arqueras de D'Avenant, Kamee y unos cuantos cartógrafos, la curandera y los dos enanos. Habían vuelto a reunirse con el ejército para reavituallarse y descansar, pero su estancia allí había durado poco tiempo. Varrius les informó de que el reclutamiento iba bien: tenían más voluntarios de los que podían utilizar, por lo que el ejército ya casi había recuperado sus efectivos anteriores, y todos se estaban adiestrando a marchas forzadas.

Gaviota descubrió que Lirio le había dado otra hija, una niñita pelirroja tan nerviosa y aficionada a llorar y chillar que de momento habían decidido llamarla Agridulce, en parte como tributo a la madre de Gaviota. Lirio estaba estupendamente, pero un poco agotada por aquella niña tan exigente y gritona, y se alegró de ver a su esposo y luego se entristeció al verle marchar tan pronto. Al ejército no le hizo demasiada gracia verles marchar, pero Mangas Verdes les prometió que usaría la magia para que volvieran a reunirse en cuanto hubieran explorado el lugar donde se había alzado el legendario colegio de hechiceros.

Y allí estaban, hundidos hasta las rodillas en un inextricable amasijo de zarcillos y lianas. La vegetación les rodeaba por todas partes. Apenas podía llamársela bosque, pues los árboles más grandes no llegaban a los nueve metros de altura y sus troncos eran extrañamente frágiles y de una consistencia casi pulposa. Alguien los había llamado árboles de té, y entre ellos había esparcidos enormes espinos con agujas de un dedo de largo. Todos los árboles estaban recubiertos de lianas y bejucos, plantas parásitas que iban matándolos lentamente mientras trepaban hacia la luz del sol. Todo tenía espinos, e incluso la hierba quedaba aplastada bajo el peso de las hojas muertas erizadas de pinchos. Surgiendo en espirales de aquella

terrible espesura había enjambres de insectos que hundían sus aguijones en busca de sangre. Unos cuantos segundos bastaron para que todo el grupo estuviera maldiciendo, abofeteándose a sí mismos y asestando manotazos a diestra y siniestra, y asándose, porque hacía mucho calor y la frondosidad de toda aquella vegetación creaba una atmósfera asfixiante.

Los exploradores de Jayne ya habían desaparecido.

--¡Encontrad alguna manera de salir de aquí! --ordenó secamente Gaviota--. ¡Desplegaos!

Todos desenvainaron una espada o un cuchillo y empezaron a lanzar tajos contra la vegetación.

--¡Por aquí! --gritó un explorador al que no podían ver.

Gaviota ladró una orden y todos utilizaron enérgicamente sus armas, abriendo un camino a través de aquella confusión de espinos entre la que acechaban los insectos.

Y un instante después se quedaron inmóviles, perplejos y boquiabiertos.

El bosque desaparecía delante de ellos para revelar una inmensidad azulada tan luminosa como un zafiro. Todos suspiraron cuando una fresca brisa marina sopló sobre sus caras y ahuyentó a los insectos. La repentina claridad era tan intensa que les obligó a entrecerrar los ojos.

El agua era de un azul casi dolorosamente intenso, como si pudiera teñir las manos de quien la tocara. Una bahía rocosa con muchos canales y penínsulas formaba una especie de semicírculo. En la lejanía se divisaban islas, lo bastante cercanas para que se pudiese ver que eran de color verde y que estaban tan cubiertas de vegetación como la comarca que acababan de atravesar. Los delfines daban saltos mortales entre las islas y el final del bosque, creando surtidores de espuma con cada pirueta de sus esbeltos cuerpos negros surcados por franjas blancas. Estaban en lo alto de un acantilado de roca blanca, una pequeña península que se alzaba unos diez metros por encima de olas que se agitaban y arremolinaban sobre las rocas.

--El sur --dijo Gaviota--. El lejano sur, como los sitios por los que había navegado Morven, aunque no tan lejos como esa maldita isla tropical...

--Esto es lo que llaman un bosque de matorrales --dijo Kamee, la erudita, mientras se rascaba las picaduras de insectos hinchadas y enrojecidas que cubrían su rostro lleno de arrugas--. En realidad sólo son unos matorrales algo más frondosos de lo normal... Arbolillos,

lianas y herbazales resecos que no sirven para nada.

--Pero la tierra no tiene la culpa de ello --dijo Mangas Verdes con voz pensativa. Después se inclinó, apartó unos cuantos tallos de hierba, cogió un puñadito de tierra, se lo metió en la boca y enseguida lo escupió--. El suelo está enfermo. Está envenenado.

--¿Envenenado? --preguntó su hermano--. ¿Con qué venenos?

--Con todos. --Mangas Verdes removió el polvo oscuro con un dedo--. Arsénico. Antimonio. Mercurio. Hemos llegado al sitio que andábamos buscando, pues aquí hubo una terrible devastación. El poder de la alquimia cayó sobre esta tierra igual que una plaga.

Gaviota se dio la vuelta, contempló el bosquecillo por el que acababan de abrirse paso y torció el gesto.

--Pero no veo ruinas. Parece como si nadie hubiera puesto jamás los pies aquí.

Mangas Verdes no dijo nada, pero Kwam extendió una mano junto a ella y señaló con un dedo.

--Esas rocas de ahí... ¿Las veis? Son restos de bloques tallados.

Mangas Verdes se agarró al brazo de Kwam y se puso de puntillas para poder verlos. Era verdad. Un amasijo de rocas que se extendía junto a la base del acantilado, aunque agrietadas y llenas de señales y cubiertas por algas y restos de madera traídos por la marea, estaba claro que había conocido en tiempos lejanos el trabajo de los martillos y los cinceles que las habían tallado y moldeado. Kwam se acostó sobre el estómago para echar un vistazo por el borde del acantilado.

--Hay más piedras salidas de una cantera debajo de nuestros pies, cubiertas por la tierra y el polvo... Podría ser un camino, o una rampa que llevara hacia el mar.

--¡Mirad esto! --gritó de repente una exploradora.

Acababa de cortar unas cuantas lianas que estaban estrangulando a una higuera enana. Gaviota la ayudó a acabar de arrancarlas. Cuando hubieron terminado, dejaron al descubierto un viejo muro recubierto de musgo..., pero el musgo dibujaba una antigua escena de batalla en tres tonos distintos de verde.

Mangas Verdes fue resiguiendo un dibujo con la punta de su dedo, y después contempló el bosque medio asfixiado bajo la vegetación y los contornos llenos de irregularidades de aquella costa.

--Entonces es esto... Esto es lo que queda del colegio.

Percival, el corpulento explorador de las trenzas rubias, apareció tan silenciosamente como una sombra detrás de «Tintineos» Jayne.

Percival y Jayne repartieron tajos y mandobles por encima de sus cabezas y hacia los lados para abrirse paso a través de las lianas, las ramas espinosas y los tallos de hierba que les llegaban hasta las rodillas y que cortaban sus ropas como si fueran navajas. Los dos centauros, Helki y Holleb, fueron los que lo pasaron peor, pues eran quienes tenían más piel al descubierto a lo largo de sus flancos. Todos daban manotazos y maldecían a los mosquitos y demás insectos. Durante su avance tuvieron que contornear muchos lugares imposibles de atravesar donde los árboles de consistencia pulposa se habían derrumbado bajo el empujón de un vendaval, arrrastrando consigo a toda la masa de vegetación y creando un obstáculo todavía más denso. De vez en cuando chapoteaban a través de pequeñas lagunas de agua fétida de las que brotaban más insectos. Dejaron atrás columnas de roca llenas de señales y muescas y recubiertas de lianas que en tiempos lejanos habían sido los pilares de algún edificio, y se abrieron paso a través de una doble hilera de columnas que parecían estar a punto de derrumbarse. Sabían que aquel lugar había sido una gran sala, aunque no quedaba ni rastro del suelo original debajo de la gruesa alfombra de hojas muertas y restos de plantas espinosas.

De repente Holleb lanzó un grito ahogado y señaló el cielo como si fuera un perro de caza. El centauro se irguió sobre sus patas traseras y apartó de su campo visual una vaina de semillas medio podrida con la punta de su lanza. Después se volvió hacia Helki y gruñó, claramente insatisfecho.

--¿Qué ha pasado? --preguntó Gaviota.

Holleb no quiso responder, pero su esposa sí lo hizo.

--Holleb creyó ver a alguien volando por el cielo.

--¿Volando? --La palabra hizo que Gaviota girase sobre sus talones--. ¿Como Liante? ¿Está aquí ese bastardo?

--No --gruñó Holleb. El centauro tenía los ojos más agudos de todo el ejército, y estaba enfadado por no haber conseguido distinguir con más claridad lo que había visto en el cielo--. No, era hombre volador. Mujer, en realidad. Con alas.

--¿Alas? --preguntaron una docena de voces.

--Gentes aladas... --murmuró Gaviota--. Hay un nombre para esas criaturas, pero lo creeré cuando lo vea.

Mangas Verdes había permanecido en silencio detrás de él, y Gaviota le preguntó por qué no decía nada. La joven druida alargó distraídamente una mano hacia una planta de hojas suculentas y

recubiertas de pinchos que medían casi metro y medio de longitud.

--El bosque ha crecido de esta manera deforme y enferma debido a los venenos que hay en el suelo. Pero hay algo más que eso... Hay algo debajo de nosotros.

--Desde luego que sí --murmuró Gaviota con irritación, y espantó a una mosca chupadora de sangre de su oreja--. Incluso las hojas muertas intentan atravesarte el pellejo.

--No --replicó su hermana, tirando de su capa llena de bordados para liberarla de unos espinos en los que se había enganchado y arrancando unos cuantos hilos azules y ojos con el tirón--. Lo que quiero decir es que hay algo debajo...

--¡Mirad eso! --gritó Kwam, y todos se callaron.

Una intensa claridad acababa de aparecer a través de la espesura, y cuando por fin se encontraron libres de las garras del bosque todos se quedaron inmóviles y miraron hacia adelante.

El bosque desaparecía de repente, extinguiéndose en pequeños canales de vegetación y bajando por una pendiente polvorienta para acabar tropezándose con un desierto.

Gaviota, rodeado por sus cuatro guardias personales, avanzó después de que todos los demás se hubieran detenido. Estorbado por sus gruesas botas, el leñador medio corrió y medio resbaló por la pendiente hasta llegar al suelo del desierto. El suelo crujía como cristales rotos debajo de sus pies. Gaviota, sorprendido, se inclinó y cogió un fragmento.

El trozo de suelo era del tamaño de la palma de su mano y el color que predominaba en él era el negro, con algunas franjas grises y amarillas.

--Parece obsidiana, pero no lo es...

--No --dijo su hermana, que había repetido el ruidoso descenso de Gaviota detrás de él--. Es cristal. Cristal puro. Cristal negro.

Y así era, pues desde el oeste donde el desierto se encontraba con el bosque hasta el sur y una orilla peñascosa, extendiéndose hacia el este y el norte para terminar en un horizonte no muy lejano de colinas grisáceas, había un desierto de trozos de cristal negro. Aquí y allá se veían pequeños macizos de cactus o de hierba amarillenta donde aquellas plantas resistentes y tenaces habían logrado apartar a los trozos de cristal a un lado, pero básicamente sólo había la desolación del cristal caliente. Un explorador se había internado un poco por el desierto, y de repente gritó. Jayne fue a reunirse con Gaviota para informarle de que habían encontrado un murete de

piedra azul que se extendía a lo largo de unos treinta metros antes de desaparecer.

Gaviota hizo girar el fragmento de cristal entre sus dedos. Después se pasó la mano por la frente para quitarse el sudor, pues el sol del sur que se reflejaba en aquel lúgubre erial desnudo daba mucho calor.

--No lo entiendo.

--Ya sabes cómo hacen el cristal, ¿no? --le explicó su hermana--. Has visto a sopladores de vidrio haciendo botellas en las ciudades. Calientan arena y productos químicos en un fuego hasta que la mezcla se funde, y luego soplan a través de un tubo para darle forma.

Gaviota asintió distraídamente.

--Sí, pero... Esos fuegos dan mucho calor. Necesitarías un horno para derretir arena y obtener cristal...

La joven druida se limitó a asentir. Todos guardaron silencio, pues aquel erial devastado era un lugar fantasmagórico que mataba las conversaciones.

--Así que es verdad --murmuró Kamee, que estaba tan seria como de costumbre--. Esta tierra fue consumida por fuegos más calientes que los del infierno. Los Hermanos fueron a la tierra de los Sabios y los barrieron, y acabaron con todos ellos.

Gaviota arrojó el fragmento de cristal negro al suelo, y éste se reunió con sus vecinos en un ruidoso repiqueteo.

--No puede quedar gran cosa. Una columna, un pilar o dos, unas cuantas rocas cuadradas...

--Y muy poca magia --dijo Mangas Verdes, y suspiró--. La tierra ha sido concienzudamente saqueada. Apenas siento un leve cosquilleo en los pulgares. Me temo que obtendremos muy pocas respuestas a nuestras preguntas...

--¡Eh! --gritó Muli, colocándose de un salto delante de Gaviota y sosteniendo su larga lanza en un ángulo muy pronunciado con respecto al suelo--. ¡Volved atrás y buscad refugio entre los árboles, mi señor! ¡Deprisa!

Todo el mundo alzó la mirada hacia el cielo.

Viniendo rápidamente hacia ellos en un veloz vuelo se acercaban ángeles..., armados con espadas.

Los ángeles cantaban mientras se lanzaban a la batalla. Su canción era salvaje y libre y vibraba con un potente latido que hacía temblar los huesos, estremeciéndolos como el viento que silba en los cordajes de un navío que se precipita hacia las rocas. Aquel extraño y

estridente cántico hizo que los aventureros sintieran que se les erizaba el vello.

Los ángeles empuñaban relucientes espadas plateadas y escudos de bronce pulimentado que brillaban como soles en miniatura. Había más de un centenar de ellos, y los ángeles llenaban el cielo vacío de nubes con la blancura de sus alas y su estruendoso aletear. Había ángeles del sexo masculino y ángeles del sexo femenino, y todos vestían una especie de túnicas anudadas encima de una cadera para formar una vaina donde guardar la espada. Todos eran rubios, con la piel bronceada casi hasta la negrura por el sol de aquellas latitudes sureñas. Iban descalzos y sus brazos y sus piernas eran muy musculosos, con pechos anchos y robustos de los que brotaban poderosas alas que se desplegaban hasta alcanzar una envergadura de más de seis metros. El aire pareció palpitar cuando la horda alada oscureció el sol para lanzarse sobre los intrusos.

Su salvaje belleza había dejado paralizados a los aventureros. Entonces alguien gritó una advertencia, y los combatientes curtidos en muchas batallas echaron a correr en busca de refugio mientras desenvainaban sus espadas y colocaban flechas en sus arcos. Pero más de un valiente luchador que había sobrevivido a un centenar de escaramuzas gimió ante la sola idea de derribar a una de aquellas preciosidades voladoras.

Gaviota llegó al comienzo del bosque pero no tuvo tiempo de prepararse para luchar, pues Muli retrocedió velozmente hasta tropezar con él y empujarle con su robusto trasero, obligándole a retroceder mediante su peso.

--¡Vamos, mi señor! ¡Id al interior del bosque, y deprisa! ¡Formaremos una retaguardia!

Gaviota se dio cuenta de que ni siquiera en aquel momento de máxima tensión había utilizado la palabra «retirada».

Gaviota echó a correr bendiciendo a Chaney, la anciana druida muerta que había regenerado su rodilla, pues el leñador que antes había cojeado podía volver a correr tan deprisa como un joven potro. Gaviota se precipitó por entre los árboles, rompiendo tallos de brezo con su cabeza y sus brazos, sus guardias personales pisándole los talones detrás de él. Cuando llegó al sendero que habían abierto a mandobles, se encontró a Mangas Verdes casi oculta detrás de una pantalla de protectoras de anchos hombros. Los otros combatientes habían girado sobre sus talones para tensar sus arcos o alzar sus lanzas. Un poco más atrás, Kamee estaba gritando a sus estudiosos

--Kwam entre ellos-- que se agacharan y buscaran refugio. Todos sabían que no debían estorbar a los guerreros durante el combate.

Gaviota miró hacia arriba e intentó pensar en cómo debía dirigir la primera batalla aérea de su vida. Los árboles de té medían unos nueve metros de altura y estaban festoneados de lianas, pero había muchos lugares donde los brezales y lianas sólo les llegaban a la altura de los hombros..., lo cual dejaba sus cabezas expuestas a las espadas de los ángeles. Gaviota intentó calcular si tendrían tiempo de correr a las profundidades del bosque antes de que los ángeles cayeran sobre ellos.

Y mientras estaba calculando un ataque, su hermana estaba bajando a manotazos los arcos y las flechas que sus Guardianas del Bosque apuntaban hacia el cielo y gritaba a las arqueras de D'Avenant y a los exploradores, e incluso a los dos enanos de negras barbas que habían alzado sus ballestas, que no disparasen.

--¡No disparéis! ¡Lo prohibo! ¡Nadie debe disparar contra ellos! ¡Hablaremos en vez de luchar!

--¡Basta, Verde! --le gritó su hermano desde detrás de un árbol--. ¡No interfieras! Conseguirás que...

--¡Bajad la cabeza! --rugió Holleb, y siguió su propio consejo enviando a Helki hacia un matorral espinoso con un violento empujón.

Los ángeles se abrieron paso a través del bosque, hendiéndolo con sus espadas mientras acompañaban sus golpes con un coro ululante.

Mangas Verdes nunca se hubiese imaginado que pudieran maniobrar por entre aquella vegetación tan frondosa y todos aquellos árboles enanos de troncos retorcidos y nudosos. Pero los ángeles pegaron sus alas a los costados y cayeron sobre ellos como gavilanes que se lanzaran por entre los pinos en busca de gorriones, o como gaviotas deslizándose sobre las aguas para capturar peces. Los aventureros fueron atacados antes de que Mangas Verdes pudiera conjurar, o ni siquiera imaginar, un hechizo de protección.

Y allí donde golpeaban aquellos pájaros de presa, hacían brotar la sangre.

La archidruida se encogió sobre sí misma cuando un ángel recogió sus alas junto al cuerpo y pasó disparado por encima de su cabeza, deslizándose lo bastante cerca de ella para que Mangas Verdes hubiese podido tocarlo. La criatura alada cayó y perdió altitud, bajando lo suficientemente deprisa para correr el peligro de chocar con el suelo, y de repente dio una veloz media vuelta en el aire y lanzó un

mandoble. El ataque llegó tan deprisa, y de una manera tan inesperada entre todos aquellos árboles, que Miko levantó su escudo demasiado tarde. El acero plateado chocó con el hierro pintado de verde produciendo un aterrador tintineo metálico, y el hombro de la protectora de Mangas Verdes fue rajado hasta el hueso. Miko dejó escapar un jadeo ahogado e intentó mantener levantado su escudo mientras la sangre corría por su coraza de piel de buey blanco.

Kuni lanzó un feroz mandoble contra otro ángel que pasaba velozmente por encima de ella, pero no calculó correctamente su velocidad y el golpe sólo consiguió rozar el pie de la criatura y cortar un par de dedos. Aun así, la criatura alada atacó a la Guardiana del Bosque inmóvil detrás de Mangas Verdes, y su golpe dejó un surco en el casco de acero de Wichasta.

--¡Coged prisioneros! --gritó Gaviota, intentando hacerse oír por encima del siseo de las espadas y las flechas y el atronar de las alas--. ¡Capturad a uno con vida!

Una docena de golpes fueron asestados en unos cuantos segundos. Uno de los guardias personales de Gaviota recibió un mandoble en el rostro y se derrumbó como una piedra. Helki alzó su lanza, y vio cómo la ancha punta de acero era desprendida del astil para rebotar ruidosamente en el peto de Holleb. El hombre-corcel dejó caer su lanza sin inmutarse, saltó casi cinco metros en el aire impulsándose con sus potentes patas y lanzó sus enormes manos hacia los tobillos del ángel. Pero su ataque fue tan inútil como si estuviera intentando echar sal en la cola de un pájaro, pues el ángel se limitó a mover los pies en una salvaje patada mientras giraba en el aire e incluso llegó al extremo de reírse del enorme centauro.

Los mandobles de las espadas caían del cielo, resonando estrepitosamente entre el grupo de aventureros como una lluvia de piedras. La pequeña ballesta de Uxmal fue hecha añicos por la punta de una espada dirigida con implacable precisión. Una arquera perdió un mechón de cabellos bajo la punta de otra espada. Un explorador que intentaba ponerse a cubierto recibió una larga herida en su espalda, a un metro escaso del suelo. Una de las protectoras de Gaviota detuvo una estocada con su escudo y el impacto hizo que el borde del escudo saliera violentamente despedido hacia atrás y se incrustara en su frente, con lo que la guerrera se derrumbó, aturdida y ensangrentada.

Pero el grupo también estaba logrando asestar unos cuantos golpes. Dos arqueras alzaron hacia el cielo flechas tan largas que su

campo visual quedó repleto de piel morena y alas blancas. Cuando las lanzaron, el chasquido de las flechas hundiéndose en la carne resonó con tanta potencia, como un tablón golpeando una valla, que fueron muchos los que no pudieron evitar torcer el gesto. Un ángel murió con el pecho atravesado por una flecha, y chocó contra el suelo entre un horrible crujir de huesos. El otro, que había sufrido una grave herida en el estómago, cayó del cielo y se lanzó sobre su atacante. Los dos se derrumbaron y rodaron por el suelo en un confuso amasijo de ropas negras, plumas blancas y hojas verdes.

Percival, el más impasible de los silenciosos y hoscos exploradores, hizo girar su espada en un golpe lanzado desde el suelo e impulsado con las dos manos e hirió a un ángel en la columna vertebral, con lo que la criatura alada se dobló sobre la hoja, salió despedida hacia un lado y acabó incrustada en un árbol entre una masa de ramas rotas.

Y de repente los ángeles desaparecieron. Sólo unos cuantos muertos y agonizantes yacían sobre el follaje pisoteado, y aquí y allá se veía alguna pluma blanca, más larga y más nívea que las de un cisne.

--¡Mantened con vida a los prisioneros! --gritó Gaviota.

Sus soldados sabían que la información era el más importante de todos los botines que podía llegar a obtener el ejército, pero en el fragor de la batalla era bastante frecuente que los combatientes acabaran olvidando pequeños detalles como el de que no debían rematar a los heridos.

El general del ejército recorrió rápidamente los alrededores con la mirada y maldijo porque la vegetación apenas le dejaba ver nada. El ángel de Percival había quedado prácticamente cortado por la mitad: su piel se había vuelto muy blanca, y la criatura alada seguía siendo hermosa incluso en la muerte. El primer ángel derribado por una arquera también estaba muerto. Pero el que se había lanzado sobre la otra arquera seguía vivo, aunque la flecha le había atravesado las entrañas y estaba sufriendo toda una agonía de dolores. Gaviota fue hacia él saltando y manoteando entre la espesura y Mangas Verdes se reunió con su hermano, seguida por sus protectoras.

El ángel herido intentó arrastrarse hacia la maleza y huir de ellos. Una arquera de D'Avenant había perdido el conocimiento, pero los demás agarraron al ángel por sus convulsas y medio aplastadas alas y se aferraron a ellas, aunque las alas se agitaron con tal violencia que tuvieron que doblar las plumas entre sus dedos.

Mangas Verdes asumió el mando.
--¡Con cuidado, con cuidado! Oh, la pobre criatura está sufriendo mucho... ¡Creo que hemos cometido un terrible error! Sujetadle, pero con delicadeza... ¡Oh!
El último sonido que escapó de sus labios apenas llegó a ser un balido ahogado. Aunque estaba medio doblado sobre sí mismo y arrodillado en el suelo con las manos encima de su estómago que no paraba de sangrar, el ángel rubio acababa de clavar en ella la mirada de sus insondables ojos castaños, y Mangas Verdes vio en ellos tanto odio y oscura determinación que no pudo evitar retroceder. Pero también se sentía llena de compasión, pues el ángel nunca volvería a volar.
Kuni y dos guardianas más habían dejado a su camarada herida cerca del bosque. La capitana desenvainó su espada y la mantuvo entre el ángel herido y su señora. Pero incluso Kuni, que nunca perdía la calma, dio un respingo cuando el ángel se movió con la velocidad del rayo.
Pues la criatura alada no se lanzó sobre Mangas Verdes..., sino directamente sobre el arma de Kuni.
El ángel extendió una mano manchada de tierra, y sus dedos aferraron la espada de Kuni por la empuñadura e hicieron bajar la hoja para empalarse en su afilada punta. Tanto el ángel como Kuni se estremecieron cuando el acero se hundió en sus costillas y sus pulmones.
Y sólo entonces se aflojaron por fin los tensos músculos del ángel, y el odio se esfumó de sus ojos para ser sustituido por la mirada vacía de la eternidad. La criatura alada tosió una sola vez, con los labios llenos de sangre, y se desplomó sobre el suelo del bosque.
--Oh, no... --dijo Mangas Verdes. Y lloró, igual que lo hizo Kuni.

* * *

--Sigo sin entender qué razón podían tener para atacarnos --gruñó Gaviota.
Ya lo había dicho una docena de veces, por lo que nadie respondió.
--O por qué luchaban con tanto salvajismo --dijo Helki--. Eran como águilas de las montañas, con los ojos implacables y certeros.
--Pensad en lo que han visto --murmuró Kamee, que siempre andaba en busca de nuevos conocimientos--. Volando delante del sol,

contemplando el mundo desde las alturas...

--Tenemos pájaros de los grandes aires en nuestra tierra --dijo Uxmal con su voz gutural--. Cón-dores. Nunca el suelo tocan y sólo siempre vuelan en círculos, y sus huevos se rompen encima de sus espaldas. Cual estos ángeles, y como ellos.

Los aventureros estaban sentados alrededor de una pequeña hoguera dentro de un claro que acababan de abrir en el bosquecillo. Los exploradores habían elegido un lugar adecuado entre cuatro árboles bastante altos, y después habían cortado árboles más pequeños y los habían unido para formar un tosco tejado encima del que habían amontonado maleza y hojas. Cualquier ángel que quisiera atacarles tendría que abrirse paso a través de los puestos de guardia y venir corriendo hacia la hoguera. Gaviota estaba un poco preocupado porque temía que las llamas pudieran incendiar aquel techo improvisado a toda prisa, pero los demás estaban dispuestos a correr ese riesgo. Echaron hojas verdes en la hoguera para ahuyentar el quejumbroso revoloteo de los insectos y después permanecieron inmóviles alrededor del fuego, tosiendo y entrecerrando los ojos entre la humareda.

Discutieron el ataque de los ángeles y el suicidio del superviviente durante horas sin llegar a ningún acuerdo. Algunos pensaban que el ángel había temido la tortura. Otros pensaban que no quería ser contaminado por el contacto con criaturas que vivían en el suelo. Otros creían que su culto adoraba a la muerte y que el ángel había liberado su espíritu para que regresase al cielo, pues todos habían podido ver que nunca volvería a volar.

No todos hablaron, pues había por lo menos una media docena de heridos que, o estaban aturdidos por las pociones de Prane o permanecían despiertos, apretando los dientes hasta hacerlos rechinar debido al dolor que padecían por haberlas rechazado. El grupo comió raciones de campaña, así como la carne asada de unos pájaros muy grandes e incapaces de volar que los exploradores habían matado. La carne era tan dura que habría resultado más adecuada para hacer zapatos que para ser comida. Todos bebieron vino de las botas que habían traído consigo.

Los ángeles muertos habían sido enterrados allí donde terminaba el bosque. Las fosas de escasa profundidad que abrieron en el suelo del desierto de cristal negro revelaron arena grisácea debajo de los fragmentos de cristal. Las tumbas habían quedado claramente marcadas mediante estacas en cuyas puntas habían colocado unas

cuantas plumas. Mangas Verdes esperaba que el demostrar aquella consideración hacia sus muertos quizá haría que los ángeles que seguían con vida no volvieran a atacarles.

La archidruida oyó discutir a sus compañeros, pero en realidad no estaba de acuerdo con ellos. Los ángeles habían demostrado ser criaturas mortíferamente salvajes, cierto, pero Mangas Verdes había visto algo más en la mirada de aquellos ojos marrones: Mangas Verdes había percibido en ella una inteligencia tan terrible como aguda, y llevaba toda la noche intentando descifrar su significado.

Pero el horror le impedía pensar con claridad. Intentó imaginarse agarrando una espada y hundiéndola en su propio pecho. Arrojar deliberadamente tu vida a la oscuridad para... ¿Para qué? ¿Qué idea, qué propósito, qué demonio o qué dios impulsaba a aquellas criaturas? ¿Cómo algo tan hermoso podía ser tan salvaje?

Pero la joven druida también sabía que la belleza y el salvajismo no tenían por qué estar necesariamente relacionados, como tampoco tenían por qué estarlo la verdad y la belleza. Un tigre era hermoso, pero también lo era una mariposa. La belleza estaba en el alma.

Y el alma de aquel ángel había actuado impulsada por --y Mangas Verdes apenas podía creerlo-- el amor. Pero ¿el amor a qué? ¿A aquel bosque deforme y raquítico? ¿A aquel desierto desolado y vacío?

Mangas Verdes, que estaba absorta en sus pensamientos, se sobresaltó cuando alguien gritó.

Y un instante después la maleza que les rodeaba estalló en una erupción de crujidos y chasquidos.

Extraños hombres y mujeres de piel oscura, escamosa y húmeda, saltaron sobre ellos blandiendo tridentes.

_____ 14 _____

Mangas Verdes no vio gran cosa de la batalla que se libró a continuación, pues sus siempre alerta protectoras se apresuraron a empujarla hacia el suelo.

Al amanecer se descubrió que los puestos de guardia habían sucumbido a una poción con la que se habían untado las hojas de los arbustos en toda la periferia del campamento. La droga, obtenida a partir de la raíz de una planta que paralizaba a los peces, había aturdido a las víctimas cuando éstas rozaron las hojas, y luego habían muerto bajo las púas de los tridentes. Una arquera y dos exploradores, el salvaje Percival entre ellos, habían perecido.

Y sus muertes permitieron que sus atacantes cayeran sobre el grupo de aventureros.

Mangas Verdes levantó la cabeza para mirar más allá de las pantorrillas de una de sus guardianas y logró tener un fugaz atisbo de sus agresores. Eran esbeltos y musculosos, y parecían tan iridiscentes como sardinas bajo la parpadeante claridad de la noguera. «Son criaturas del mar --pensó--, tritones que se han aventurado a pisar tierra firme...» Pero Mangas Verdes sabía que eran algo más que eso. Sus rostros eran delgados y tan angulosos como los caparazones de los cangrejos marinos, y sus orejas y sus cejas eran visiblemente puntiagudas: estaba claro que se enfrentaban a elfos que habían vuelto al mar. Su cabellera era larga y negra y brillaba con reflejos sedosos bajo las llamas de la hoguera, y su piel escamosa resplandecía como si estuviera adornada por un millar de perlas diminutas incrustadas en ella. Una parte de la mente de Mangas Verdes, todavía aturdida y confusa, se fijó en que las hojas se pegaban a sus cuerpos mojados. Los atacantes iban completamente desnudos y no parecían tener sexo, pues las partes íntimas de los hombres estaban casi ocultas en sus ingles y las mujeres casi no tenían pechos. Los elfos del mar tenían largas aletas entre los dedos de las manos y de los pies, así como en las axilas. Sus únicas herramientas eran los esbeltos tridentes de triple púa hechos con algún metal que no se oxidaba.

Aquellas criaturas eran tan silenciosas y mortíferamente eficientes como los tiburones.

Doblemente aturdidos ante la falta de advertencia de los puestos de guardia y el veloz ataque llevado a cabo por unos seres tan extraños, los aventureros apenas si tuvieron tiempo de ponerse en pie.

Las manos volaron hacia las armas..., demasiado tarde.

Kuni fue atravesada por dos golpes de tridente que se hundieron en su estómago cuando tres criaturas marinas atacaron al grupo de protectoras de la archidruida. Mangas Verdes vio cómo las púas sobresalían por su espalda. Miko, que ya estaba herida, acabó con la garganta atravesada por un tridente y murió gorgoteando sangre, pero consiguió agarrar el astil del arma para evitar que la mujer de las olas se lanzara sobre Mangas Verdes. Muli, la capitana de la guardia personal de Gaviota, sufrió una herida de tridente en el muslo y se lanzó sobre su atacante, empujándole para hacerle perder el equilibrio mientras desenvainaba su espada. Su desesperada ofensiva dio resultado, pues tensar los músculos del muslo sirvió para dejar atrapada la cruel púa y Muli pudo descargar su espada sobre el rostro de su atacante. Quexotl, el compañero de Uxmal, no pudo esquivar el tridente lanzado hacia su estómago que le atravesó las entrañas para levantarlo limpiamente del suelo después, como si fuese un salmón recién pescado. El capitán de los enanos empuñó la ballesta de su amigo para dispararla y matar a su oponente. Holleb, que se había incorporado sobre sus cuatro patas terminadas en temibles pezuñas, recibió un golpe de tridente en el flanco mientras volvía grupas, y luego recibió otro en el flanco opuesto. Pero el centauro se inclinó hacia adelante, apoyándose en sus patas delanteras, y lanzó una potente coz que destrozó los pechos de dos criaturas marinas e hizo que salieran volando por los aires para caer entre la espesura. Helki relinchó mientras derribaba a otro atacante con una lanza, aprovechando el que la longitud de su arma y de sus brazos le permitiera quedar fuera del alcance de los tridentes. Breves y furiosos combates florecieron alrededor del círculo de claridad que proyectaba la hoguera. Gritos humanos, jadeos y alaridos resonaron en la noche, llenándola de ecos que asustaron a los pájaros dormidos e hicieron que remontaran el vuelo desde las ramas en las que habían estado descansando. Los fantasmagóricos hombres y mujeres del océano luchaban sin producir ningún sonido.

Gaviota logró seguir con vida gracias a que había estado limpiando la hoja de su hacha, que se oxidaba por el contacto del aire marino, y eso le permitió alzarla y hacerla girar por los aires sin perder ni un solo instante. Su golpe no logró acertar al primer atacante, que retrocedió, pero el hacha acabó chocando con el pecho de otro y rebotó en él para herir a una mujer del mar en el costado. Pero la criatura era tan fuerte y difícil de matar que cuando cayó logró arrancar

el mango del hacha de los dedos sudorosos del leñador. El ex mulero se llevó una mano al cinturón y empuñó su látigo. La larga tira de cuero siseó en el aire cuando Gaviota la alzó detrás de su cabeza, buscando un blanco para ella.

Pero ya no quedaba ninguno.

Y el bosquecillo también había desaparecido.

A pesar de haber sido arrojada al suelo y pisoteada por amigos y enemigos, Mangas Verdes había logrado lanzar un hechizo de desplazamiento.

No les había llevado muy lejos, sólo unos cuatro kilómetros. El grupo se tambaleó cuando sus pies se deslizaron ruidosamente sobre fragmentos de cristal negro, en vez de sobre hojas aplastadas.

El hechizo de Mangas Verdes había sido conjurado tan deprisa que también había traído consigo a cuatro criaturas marinas. Los hombres y mujeres del océano estaban confusos, y fueron salvajemente degollados antes de que pudieran reaccionar.

Kuni, mortalmente herida, cayó hacia atrás y se desplomó encima de Mangas Verdes. La joven druida logró cogerla, pero el peso del cuerpo acorazado de la Guardiana del Bosque hizo que se desplomara sobre el desierto de cristal negro. Miko, que ya estaba muerta, había quedado en el bosquecillo. Otros cayeron, y Uxmal lloró mientras su amigo Quexotl moría en sus brazos. Otros maldecían con amargura, especialmente «Tintineos» Jayne, porque sus exploradores no les habían advertido del ataque. Prane, la curandera, corría de un cuerpo herido a otro, decidiendo a quién debía atender primero.

Gaviota dejó escapar una enfurecida sarta de juramentos, inmóvil y con su látigo colgando nacidamente de su mano.

--¿Quién demonios eran esos bastardos? --resopló por fin.

--Guardias --jadeó su hermana.

--¿Sí, mi señora? --graznaron Micka y Wichasta, las dos únicas Guardianas del Bosque que le quedaban.

Pero la joven druida se limitó a menear la cabeza.

--No. Los ángeles, las gentes del mar... Son guardias, centinelas. Acabo de comprenderlo, y tendría que haberlo sabido cuando vi la expresión del rostro de ese ángel. Los últimos pensamientos de su agonía eran de una devoción total..., como los de la pobre Kuni. Él y los demás son los guardianes de estas tierras, de estas viejas ruinas. Y nosotros hemos invadido su territorio, y hemos causado todas estas muertes para nada.

Y entonces se le quebró la voz, y Mangas Verdes acunó el

cadáver de Kuni entre sus brazos y lloró como una niña que se hubiera extraviado.

* * *

Los aventureros no quisieron volver al bosque y correr el riesgo de sufrir un nuevo ataque de las criaturas marinas, pero tampoco deseaban permanecer en el desierto donde podían padecer ataques aéreos de los ángeles. Jayne suponía que los ángeles no volarían de noche y que los hombres y las mujeres del mar no se aventurarían por el desierto, por lo que acabaron acurrucándose junto a las viejas piedras azules de los muros medio desmoronados, envolviéndose en sus capas a falta de una hoguera.

Nadie lo expresó en voz alta, pero todos compartían el mismo pensamiento: Mangas Verdes podía llevarles a medio mundo de distancia y trasladarles a prácticamente cualquier sitio con sólo curvar un dedo. Pero la joven druida no se ofreció a sacarles de allí y casi todos supusieron que se negaba a huir de un enemigo, por lo que se pegaron a las ruinas e intentaron dormir, y se preguntaron qué les traería el amanecer.

La salida del sol trajo consigo un grito de las protectoras de Mangas Verdes al que siguió el de su hermano, pues la archidruida ya no estaba allí. Mangas Verdes se había esfumado.

* * *

Mangas Verdes no se había esfumado, sino que se había limitado a usar un hechizo de camuflaje y se había marchado sin dejar rastro.

La archidruida se internó en el desierto y fue hacia las distantes montañas, proyectando una larga sombra del amanecer sobre el dibujo incomprensible que formaban los fragmentos de cristal negro. Mangas Verdes sólo se había llevado consigo el casco de piedra que sostenía en su mano y caminaba muy erguida, entrecerrando los ojos para no ser deslumbrada por el sol que iba subiendo rápidamente sobre el horizonte.

La noche había sido casi gélida, pero la luz del sol expulsó al frío y evaporó al instante el rocío acumulado sobre las oquedades y las partes planas de las rocas. Zarcillos de neblina subieron hacia el cielo y un extraño pájaro, invisible en algún nido rocoso, entonó su llamada. Como hacía allí donde fuera, Mangas Verdes entró en sintonía con la

tierra, y allí donde otros sólo habían visto desolación, la joven druida percibió los delgados zarcillos de vida que serpenteaban y se agitaban a través del desierto. Cerca de la frontera del bosque se extendían pequeños retazos de hierba que había echado raíces entre los fragmentos de cristal negro, y la maleza enviaba hacia el cielo diminutos brotes rosados no más grandes que el pábilo de una vela. Lagartos que parecían arco iris salpicados de negrura correteaban a la sombra de las rocas, cazando escarabajos de un rojo tan anaranjado como el de las mariquitas. Centenares de millones de hormigas cavaban túneles y se afanaban para alimentar a sus minúsculos descendientes, y había tantas que Mangas Verdes casi sintió un débil cosquilleo en las plantas de los pies, como si estuviera notando su veloz y enloquecida diligencia. Muy por encima de su cabeza, un cernícalo de plumaje marrón cazaba ratones de largas patas y colas peludas, y junto a los confines del bosque acechaba una pequeña criatura prima de la marmota y de un amarillo tan arenoso como el suelo que había dejado atrás. Mangas Verdes hizo que aquella especie de marmota se detuviera y le prestara atención durante un momento al lanzar una especie de risita desde la comisura de sus labios, un grito familiar con un extraño acento.

Pero en realidad Mangas Verdes estaba llorando el destino sufrido por aquellas tierras, pues se hallaban tan envenenadas como el suelo que se extendía debajo del bosque y las lagunas de aguas sucias y fangosas. Aquel lugar tardaría mucho tiempo en curarse..., tanto que cuando lo consiguiese quizá ya no habría hombres y mujeres para verlo.

La joven druida siguió caminando, internándose más y más en el desierto y alejándose del bosque y de la tenue vida que ofrecía. No tenía agua ni comida, y no disponía de más protección que la de su capa llena de bordados. Si su plan salía tal como esperaba, entonces no necesitaría agua.

Y si fracasaba, tampoco la necesitaría.

Y si moría allí, por lo menos su cuerpo alimentaría a aquella tierra devastada y la ayudaría a curarse.

Entonces los vio por fin, como un halo oscuro alrededor del sol naciente.

Eran ángeles, una docena o más, precipitándose hacia la intrusa que avanzaba por el desierto negro, la tierra que se les había encargado proteger. Mangas Verdes vio cómo los rayos del sol destellaban sobre sus alas blancas y hacían brillar sus armas con un

sinfín de chispazos resplandecientes. Expuesta en el desierto, sola, los ángeles podían hacerla picadillo en cuestión de segundos.

A menos que...

El estrépito producido por los ángeles se había vuelto todavía más intenso, y ya era tan ensordecedor como un vendaval que se deslizara por encima del desierto: los ángeles batían sus inmensas alas, remontándose sobre las corrientes de aire caliente como águilas y volviendo a descender en picado. Pronto estarían lo bastante cerca para tocarla, y para matarla.

Mangas Verdes aguardó.

Y alzó la mano un instante antes de que los ángeles iniciaran su descenso final con las espadas en alto.

* * *

Gaviota, como siempre que su hermana desaparecía del campamento, se enfureció y fue de un lado a otro y soltó discursos incoherentes y envió exploradores en todas direcciones. Uno de ellos volvió corriendo después de dos horas para informar de que había encontrado las huellas de la archidruida en el desierto. Todo el grupo, disminuido en número por la muerte y las heridas, se congregó allí donde empezaba el desierto y clavó la mirada en el lugar donde otro explorador estaba indicando el comienzo del rastro dejado por Mangas Verdes, que empezaba tan de repente como si la hermana de Gaviota hubiera surgido de la nada.

--Condenada muchacha --resopló Gaviota, tan gélidamente tranquilo como siempre que era necesario tomar una decisión--. Incluso yo puedo ver que usó un hechizo de camuflaje para pasar junto a los centinelas sin ser vista y marcharse por el desierto. Pero... Oh, por los Brazos de Axelrod, ¿por qué?

Holleb, que tenía los ojos más agudos de toda la compañía, alzó la cabeza de repente como si olisqueara el viento. Después levantó su lanza con un robusto brazo para señalar con ella.

--¡Los ángeles vuelven!

Los estudiosos retrocedieron para no estorbar a los soldados, que se dispusieron alrededor de Gaviota formando un anillo de cuerpos cuyos hombros se rozaban. Sólo el leñador se había quedado inmóvil, y estaba contemplando el cálido cielo del desierto con los ojos entrecerrados. Algo se agitaba allí, y ese algo no volaba. Era como si...

--¿Qué transportan?

Holleb volvió a piafar, y Helki emitió un sonido gorgoteante: una pregunta en el lenguaje de los centauros.

--¡Es... Mangas Verdes!

Y entonces Gaviota echó a caminar, y los soldados y guardias personales también tuvieron que avanzar. El general se deslizó por la pendiente rocosa que llevaba hasta el suelo recalentado del desierto y se internó por él, con sus botas haciendo crujir los fragmentos de cristal negro. Después se detuvo y dejó que el hacha colgara de su mano derecha, la que tenía todos los dedos.

La horda de ángeles se fue volviendo más y más grande contra el cielo blanco azulado, hasta que sus cuerpos parecieron un nubarrón de tormenta que impedía el paso de los rayos del sol. Había muchos más ángeles que antes, centenares y centenares de ellos. Los humanos pudieron distinguir ángeles más jóvenes y niños, así como débiles ancianos que eran sostenidos a ambos lados por ayudantes más animosos. La inmensa mayoría de los ángeles parecían robustos y llenos de energías pero, como los pájaros, no tenían ni un gramo de grasa, por lo que esa apariencia general que en los jóvenes producía una impresión de belleza flaca y austera pasaba a ser famélica delgadez en la ancianidad. El retumbar de sus alas era tan ensordecedor como el de un tornado que se aproximara a gran velocidad, y los soldados y exploradores alzaron las manos sudorosas que empuñaban sus armas en nerviosa expectación.

Pero Gaviota permaneció inmóvil y esperó, y poco a poco los ángeles de las primeras filas se fueron posando en el suelo a poco más de un tiro de arco de él y se acercaron caminando. Ninguno había desenvainado su espada, y no llevaban escudos.

Sólo llevaban a Mangas Verdes, que era transportada por dos ángeles esbeltos y musculosos que habían formado una cuna con sus brazos. Los pies de la archidruida colgaban en el vacío como si fuera una niña subida a un columpio, y Mangas Verdes soltó una risita entrecortada cuando los dos ángeles se posaron sobre la arena y la bajaron al suelo con cautelosa delicadeza.

Más y más ángeles fueron descendiendo para pisar el suelo con sus sandalias de cordones, hasta que las alas blancas y los cabellos rubios hicieron que el desierto pareciese un campo de girasoles en plena floración. Cuando las nubes de polvo se hubieron disipado, Gaviota se abrió paso por entre sus protectores y avanzó hasta que pudo dirigirse a su hermana.

Y cuando habló empleó un suspiro lleno de cansancio, el tono de un hermano mayor al que se ha encomendado la pesada misión de vigilar a una hermanita que sólo sabe darle problemas.

--Muy bien, Verde... ¿De qué se trata esta vez?

La joven druida se apartó los cabellos de la cara y agradeció a sus dos porteadores el que hubieran cargado con ella.

--Bien, hermano, todo era tal como había supuesto --dijo después, alzando el casco de piedra verde--. Los ángeles y las gentes del mar fueron nombrados guardianes hace muchos eones, cuando los Sabios de Lat-Nam gobernaban estas tierras. Los Sabios los crearon, dando el poder de volar a humanos normales y corrientes y regalando el mar a los elfos. Las dos razas protegieron el colegio durante mucho tiempo. Cuando me puse el casco por segunda vez y tuve la visión de la destrucción final, entreví ángeles armados con espadas que morían valerosamente para hacer retroceder a los monstruos. Pero después me olvidé de ellos... Los ángeles y las gentes del mar sobrevivieron a la destrucción y han estado protegiendo estas tierras desde aquel entonces, vigilándolas y expulsando a los intrusos. Por eso nos atacaron.

Los dos bandos se acordaron de la batalla del día anterior y de los compañeros que habían muerto y se removieron nerviosamente, pero la disciplina se impuso y los mantuvo inmóviles.

--Ahora todos desean que no nos hubieran atacado --añadió Mangas Verdes--. En cuanto hube comprendido lo que había ocurrido, necesitaba demostrarlo. Por eso me fui del campamento sin ser vista, y pido disculpas a los puestos de guardia, y fui hacia las montañas. --La joven druida movió la mano en un vago señalar por encima de su hombro--. Los ángeles me vieron, naturalmente, y vinieron volando para... interceptarme. Pero yo alcé esto: el casco de piedra. Bastó, y hablamos. Después me llevaron a su hogar de las montañas. Todos tendríais que verlo alguna vez, pues escapó a la desolación de los Hermanos. Es muy hermoso, con panoramas de muchos kilómetros que pueden ser contemplados desde más balcones de los que se pueden contar, y con fuentes en grandes lagunas. Pero... Bien, el caso es que fui conducida ante sus eruditos, que reconocieron el casco. Uno de los ancianos incluso llegó a ponérselo para oír el coro de gritos que resuena en su interior, y se llevó toda una sorpresa.

--Verde... --Gaviota empleó un tono de cariñosa reprimenda, como si su hermana y él fueran los dos únicos seres vivos en muchos kilómetros a la redonda y Mangas Verdes acabara de ser sorprendida

robando unas cuantas manzanas--. ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Podrían haberte matado!

Su hermana pequeña asintió, contrita ante su preocupación, pero enseguida se encogió de hombros.

--Era preferible que muriese intentando obtener la paz que el ver cómo seguíamos librando batallas innecesarias.

Muchos menearon la cabeza, asombrados y llenos de admiración, al igual que hicieron los ángeles.

--Bueno, ahora la situación es mucho mejor. Los ancianos decidieron que, dado que poseía el casco de piedra y deseaba poner en práctica las enseñanzas de los Sabios y oponerme a los hechiceros malévolos, era su legítima heredera..., y en consecuencia van a ayudarnos en nuestra empresa. Ah, y además creen que las gentes de los mares también nos ayudarán.

Gaviota --general, leñador y hermano-- asintió, pero eso fue todo. Resistió la tentación de volver la mirada hacia el comienzo del desierto, donde se extendían las hileras de tumbas recién cavadas de humanos, ángeles y hombres y mujeres de las olas. Sólo habían estado cumpliendo con su deber, al igual que él, pero Gaviota no podía perdonarles de inmediato, y dudaba de que sus seguidores fueran a hacerlo.

--Entonces dales las gracias por haberte traído hasta aquí --dijo, empleando un tono cuidadosamente neutral--. Kamee y los demás hemos estado hablando, y la única solución que vemos al problema que supone encontrar el secreto enterrado de tus Sabios es cavar hasta dar con él. Será un trabajo sucio y agotador. Si desean ayudarnos, pueden hacerlo..., y eso es todo lo que voy a decir por ahora. ¿Están dispuestos a hacerlo?

Mangas Verdes se volvió hacia una anciana que había permanecido inmóvil en el centro de la bandada, una mujer increíblemente flaca y marchita que tenía más de pájaro que de humano. Habló con ella en voz muy baja, y la mujer respondió con un graznido jadeante.

La joven druida se volvió hacia su hermano.

--Nos ayudarán. El sabio que los engendró sacó su inspiración de la leyenda de los ángeles de Serra, y los llamó ángeles de Duler. Las gentes del océano son la tribu de la Concha de Cobre, y fueron creados tomando como modelo a los tritones del Tridente de Perla, pero con piernas en vez de colas.

--Estupendo. --Gaviota ya había empezado a darles la espalda, y

sus protectores se apresuraron a colocarse detrás de él. El leñador apoyó la hoja de su hacha en el hombro y echó a caminar hacia el bosquecillo--. Bien, pues pongamos manos a la obra.

* * *

Pero antes de que pudieran encontrar las ruinas, tenían que trasladar al contingente principal del ejército hasta aquel paisaje torturado y complejo.

Mangas Verdes empezó trayendo a los zapadores enanos, que enseguida iniciaron los trabajos necesarios para preparar el lugar donde se excavaría. Quitaron la maleza, despejaron una gran explanada para establecer un campamento, localizaron un acuífero que Mangas Verdes se encargó de purificar y abrieron caminos. Los exploradores descubrieron que el bosque terminaba a unos diez kilómetros hacia el oeste, donde era sustituido por una gran sabana, que fue el nombre con el que Kamee identificó a aquellas pequeñas colinas cubiertas de hierba que les llegaba hasta las rodillas y grandes árboles de copas aplanadas por el viento. Aquello era una buena noticia, pues toda aquella vegetación alimentaría a las monturas de la caballería y a las reses. Un camino que llevaba hasta la sabana fue abierto a golpes de hacha y espada, y se establecieron puestos de guardia. Después erigieron más puestos a lo largo del acantilado que daba al mar, y por el perímetro del desierto.

Todo el mundo sabía por qué estaban haciendo todo aquello. Tarde o temprano Liante y el congreso de hechiceros de Karli darían con ellos, y atacarían.

Mangas Verdes acabó opinando que ya estaban lo suficientemente protegidos y dedicó cuatro días a trasladar al ejército hasta allí, tomándoselo con calma y procurando no cansarse. Se estableció un campamento y el ejército, flexible y lleno de motivación, empezó a adiestrar a los nuevos reclutas e inició la exploración de aquellas nuevas tierras.

Una vez que decidieron iniciar los trabajos de excavación propiamente dichos, Gaviota dejó todos los aspectos de la labor en las manos de Uxmal y sus enanos. Uxmal y sus cohortes del sur utilizaron el consejo de los exploradores, cartógrafos y bibliotecarios y dispusieron estacas y cordeles formando triángulos. Después construyeron andamios de bambú, quitaron la maleza, solicitaron a los herreros que forjaran más palas, picos y palanquetas y, finalmente,

anunciaron que empezarían a cavar allí, en una extensión de matorrales y hierba que no se diferenciaba en nada de ningún otro lugar de la zona.

Dos horas después ya habían puesto al descubierto una cara.

La cara había estado oculta a un metro escaso debajo del polvoriento suelo grisáceo. Representaba a un sol de gordas mejillas y expresión jovial de cuya cabeza irradiaban rayos serpenteantes. La totalidad del dibujo era un mosaico hecho con losetas, meticulosamente encajadas y no más grandes que la articulación de un pulgar, de colores antiguos pero todavía relucientes que habían surgido del fuego hacía muchos siglos y habían sido colocados bajo el sol para que fueran perdiendo poco a poco su viveza inicial: había azules tan pálidos como un cielo veraniego, rojos de óxido y oscuros tonos ámbar que formaban el sol. Uxmal, jefe de los zapadores, se puso de rodillas y limpió delicadamente el rostro hasta dejarlo totalmente revelado, y después las losetas fueron brillando con un colorido más intenso a cada minuto que pasaba.

Los enanos quitaron más maleza, arrojaron más tierra a un lado, arrancaron raíces y levantaron piedras. Rodeando al sol había planetas y las dos lunas de los Dominios, la Luna de las Neblinas y la Luna Brillante. El círculo era muy grande, de casi seis metros de diámetro: alguien bromeó diciendo que era lo bastante grande para poder bailar sobre él.

Rodeando el perímetro formado por los planetas había un canal de un palmo de profundidad para recoger la lluvia. Más chorros de polvo se esparcieron por el aire. Al otro lado del canal había más mosaicos, y más detallados. Los zapadores enanos fueron sacando a la luz del día leyendas, mitos y monstruos de tiempos muy lejanos, todos formados mediante losetas multicolores cocidas en hornos de alfarería. Algunas de las leyendas resultaban familiares: quienes contemplaron los mosaicos reconocieron la santa figura de Jacques Le Vert luchando con la Bestia delante de la misteriosa ciudad arbórea olvidada; a la dama Evángela cabalgando un arco iris para llegar hasta la Luna de las Neblinas; a Marhault saliendo a rastras de los restos consumidos por las llamas de su navío y jurando vengarse. Pero muchas imágenes no tenían nada de familiar y se convirtieron en tema de apasionadas discusiones, pues no hubo nadie en todo el ejército que no estudiara las fantásticas historias que contaban. Una espada adornada con gemas era hundida en el centro de una gran llanura cubierta de hierba mientras una tormenta retumbaba en las alturas.

Una calabaza que un cuchillo había convertido en una grotesca cabeza bajaba rodando por una colina, avanzando hacia un caldero del que surgía humo. Una mujer envuelta en llamas bailaba sobre un pedestal de piedra.

Los enanos siguieron cavando y fueron muchos los que se unieron a ellos, y hasta aquellos que podían descansar acabaron trabajando. Hombres, mujeres y niños cavaron con palas y cubos que habían tomado prestados, y después usaron cucharas y cuchillos cuando ya no quedaron más herramientas disponibles. El círculo fue creciendo, y se fueron encontrando más y más artefactos: un engranaje de relojería tan grande como una rueda de carreta, una espada medio fundida y montones de dientes, lo único que quedaba de esqueletos incinerados y aplastados.

Los ángeles llegaron al mediodía y se ofrecieron a ayudar, y así lo hicieron, pero sus enormes alas hacían que no sirvieran de mucho para cavar y ni siquiera para pasar cestos de unas manos a otras, por lo que terminaron quedando a un lado, aún no perdonados. Los ángeles acabaron remontando el vuelo sin decir una palabra, y el ejército se alegró de verlos marchar.

Los voluntarios trabajaban apoyados sobre las manos y las rodillas, empleando trapos y cubos para limpiar las losetas, y éstas brillaban como si agradecieran lo que se hacía por ellas. Descubrieron fuentes adornadas con estatuas que habían perdido partes del cuerpo y se habían derrumbado, y luego encontraron las cañerías subterráneas que las alimentaban. Círculos de piedra que sólo contenían tierra salieron a la luz, y acabaron confirmando lo que Mangas Verdes había sospechado desde el principio.

El rostro era el centro de un gigantesco jardín ornamental, una obra de arte que mostrar al mundo. La maleza que había brotado encima de sus huesos estaba formada por los especímenes más resistentes de aquel antiquísimo jardín. La joven druida suponía que originalmente la mayor parte de aquellas tierras habían sido una gran sabana que se extendía hacia el horizonte hasta acabar confundiéndose con las pequeñas colinas azuladas. Los Sabios habían construido el colegio allí --nadie sabía por qué habían preferido aquel lugar determinado a otros--, y habían introducido en él muchas criaturas y plantas de procedencias exóticas..., y, naturalmente, también habían construido sus propias creaciones, los ángeles y las gentes del mar entre ellas.

Al anochecer los enanos habían puesto al descubierto la entrada

a un túnel lo bastante grande para que una recua de bueyes pudiera pasar por él. Una vez investigado, encontraron un túnel similar al otro lado del círculo, pues la disposición del jardín era simétrica.

Gaviota, Uxmal, Kamee y Mangas Verdes se reunieron bajo la luz de las hogueras de maleza y hojas para decidir qué debían hacer con la entrada del túnel, que estaba obstruida por una masa de tierra muy compacta.

--¿Qué opinas, Verde? --preguntó Gaviota--. ¿Crees que tu secreto del casco, o lo que sea, está ahí abajo?

La joven druida guardó silencio durante unos momentos antes de responder.

--¿Debajo de un jardín? --murmuró por fin--. No tengo forma alguna de saberlo.

--¿Y qué con la tierra faceremos? --preguntó el enano, siempre práctico.

--¿Qué tamaño tiene esta especie de jardín? --replicó Gaviota.

El enano consultó con el bibliotecario, se fue a dar un paseo por las excavaciones y volvió casi enseguida.

--Suponémonos que tiene un centenar, quizá un centenar y cinco zancadas de un lado a otro. Zancadas de humano, claro... Círculo muy grande.

Gaviota estiró el cuello y miró a su alrededor, intentando ver algo en aquella oscuridad casi tropical. El campamento principal se encontraba a poco más de medio kilómetro al norte, y el pequeño acantilado oceánico se alzaba a unos trescientos metros en dirección sur. A su alrededor se extendía el bosque infestado de insectos, con el claro más o menos circular que habían despejado abriéndose en su centro.

--¿Qué os parece si trasladamos el campamento a este jardín? --preguntó Gaviota con voz pensativa--. Podríamos fortificar el perímetro y convertirlo en un lugar bastante seguro.

--¿Por qué hacer tal cosa? --preguntó Uxmal--. Tonto es. Ahora tener que montar campamento encima de sitio donde excavar, y luego venir aquí y allá y volver para nada.

Gaviota se encogió de hombros, sintiéndose repentinamente incómodo y teniendo la vaga e inexplicable impresión de que estaba haciendo el ridículo.

--Serviría para... No sé, para darnos una meta. Es algo de lo que podría acabar saliendo una buena historia, ¿no? Vivir encima de todas esas antiguas leyendas y secretos... Los jardines son tan importantes

para la moral como las armas, la comida y las canciones.

Mangas Verdes entrecerró los ojos y contempló a su tozudo hermano con visible curiosidad.

--Vaya, Gaviota... Eso que acabas de decir es decididamente poético --dijo por fin.

Su hermano puso los ojos en blanco.

--Bueno, lo único que ocurre es que me parece buena idea estar cerca de lo que..., de lo que sea que estamos buscando.

Después se fue, seguido por sus guardias personales. Mangas Verdes bajó la mirada hacia el polvo y la tierra que estaban pisando.

--Mañana cavamos, y mucho encontramos --le dijo el enano.

--Me pregunto qué encontraremos...

Dos días después, un monstruo surgió del agujero.

15

Equipos de enanos y humanos trabajaron incesantemente para limpiar el jardín, mientras que otras cuadrillas excavaban los túneles y otras trabajaban en las fortificaciones del perímetro.

El suelo y las rocas sacadas de las excavaciones fueron utilizados para varias cosas. Uxmal supervisó la construcción de rampas de tierra grisácea y piedras que servirían como baluartes y que fueron meticulosamente dispuestas alrededor de todo el círculo, con zanjas fuera de ellas. Los árboles de té cortados fueron colocados en las rampas para que sirvieran como una empalizada, más alta que Gaviota y sujetada mediante clavijas y cuerdas, y después erigieron una torre de vigilancia cada diez metros. Dos entradas provistas de sólidas puertas fueron instaladas al este y al oeste. El gran muro de tierra, las torres construidas con árboles a los que se les habían cortado las ramas y los tejadillos que rodeaban un círculo recién lavado de mosaicos resplandecientes que hablaban de antiguas glorias formaban un extraño espectáculo, al que volvía todavía más chocante el campamento de tiendas, hogueras para cocinar y cuerdas repletas de colada esparcido entre las urnas de piedra vacías que habían contenido arriates de flores. A medida que el bosque iba siendo talado y más jardín quedaba al descubierto, el ejército se fue extendiendo por el nuevo espacio para no estar tan apelotonado. La tierra no se hallaba completamente desnuda, pues conservaron algunos macizos de árboles de té o bosquecillos de bambú para que proporcionaran algo de sombra. Algunos seguidores del campamento trabajaban en sus tareas habituales en tanto que otros frotaban las losetas y las iban limpiando, y cantaban mientras lo hacían, pues el ejército tenía la moral muy alta: todos tenían la sensación de estar haciendo grandes cosas que algún día serían registradas en las leyendas. Niños cubiertos de polvo armados con espadas de madera libraban las guerras imaginarias de los mosaicos y representaban sus escenas y daban vueltas y más vueltas, hasta acabar mareados en un intento de reseguir aquellos dibujos laberínticos con sus pies.

No había ni rastro de los ángeles o de las gentes del mar, y poco a poco la gente dejó de hablar de sus caprichosos y nada fiables aliados.

Y entonces se produjo el primer desastre.

Según los relatos de todos los que estaban allí, y que se conocieron después, los zapadores ayudados por humanos habían

estado haciendo considerables progresos en la excavación de los túneles gemelos. A la luz de velas adheridas a sus cascos, los enanos sudaban y se esforzaban para desmenuzar la dura tierra apisonada usando zapapicos, palas y barras metálicas, e iban llenando una cesta tras otra con los detritos. Los túneles empezaban descendiendo durante unos diez metros y alejándose del centro, y después se nivelaban para convertirse en antiguos corredores que prometían todavía más misterios.

Y entonces un enano vio oro. Los gritos surgieron al instante de todas partes, y el ritmo de la excavación se aceleró de una manera frenética. Los zapadores no tardaron en dejar al descubierto una gran esfera de oro unida a una especie de varilla.

Un instante después un enano la rozó con su mano, y el objeto cobró vida de repente.

No era una esfera, sino una rodilla articulada.

Con un retumbar ahogado que hizo vibrar la tierra, un chorro de vapor y un eructo de gas, un monstruo recubierto de placas de oro se arrancó de la prisión de tierra que lo había estado envolviendo y entró estrepitosamente en el túnel abierto. El enano que se encontraba delante de él fue aplastado al instante. Otros zapadores pudieron retroceder gracias a que disponían de un poco más de espacio para esquivar la acometida, y sólo sufrieron la fractura de algunos miembros.

El pánico se adueñó de todo el campamento cuando el monstruo salió rugiendo del túnel, moviéndose tan deprisa como un caballo lanzado al galope y siseando, echando vapor y haciendo tanto ruido como un cajón lleno de platos que cayera rodando escaleras abajo.

Alguien gritó su nombre. Era un dragón de vapor.

Gaviota se encontraba en los baluartes, inspeccionando las fortificaciones y visitándolas con Lirio y las niñas, cuando la criatura irrumpió en el centro del campamento. El leñador pensó que parecía el esqueleto dorado de un dragón. Estaba claro que se trataba de un artefacto, una máquina construida con engranajes y planchas de latón o de acero dorado. Una cabeza muy parecida a la de un pájaro lucía un reluciente par de gemas verdes por ojos, y el hocico montado en ella iba escupiendo chorros de vapor. Las ruedas dentadas y los ejes y poleas giraban, empujaban y se agitaban, impulsando patas articuladas y pies provistos de unas garras tan afiladas que se abrían paso por un igual a través de las tiendas, los haces de madera para las hogueras, la tierra y las losetas de los mosaicos.

Eructando, siseando, tintineando y haciendo girar su cabeza como si fuese una serpiente, la criatura se sacudió el polvo que cubría su cuerpo de metal deslustrado --manchado de sangre en la zona del pecho-- mientras vagaba por el campamento en un ruidoso deambular. Las dos patas delanteras se movían en un continuo y veloz ir y venir, alzándose por el aire para caer enseguida y hacer pedazos cuanto encontraran debajo de ellas. Dotado de cierto sentido agresivo, el dragón de vapor se dirigió hacia las aglomeraciones más grandes, persiguiéndolas como si anduviera detrás de unos ratones. Un anciano, demasiado lento, quedó atrapado debajo de una terrible garra y su cuerpo quedó limpiamente partido en tres trozos.

El dragón de vapor hizo girar su cabeza hasta completar toda una revolución, y vio a otro grupo de gente y avanzó hacia él. Los hombres y mujeres que lo formaban tuvieron que salir corriendo por un agujero de la empalizada todavía no terminada, y sólo gracias a eso pudieron escapar. La larga cola esquelética del dragón, cuyo extremo era tan afiladamente cortante como el aguijón de un escorpión, osciló de un lado a otro y arrancó las puntas de un macizo de bambúes.

Gaviota agarró a Lirio por un hombro, lanzó a Jacinta a los brazos de un aya y empujó a las dos mujeres y la niña hacia la brecha de la empalizada.

--¡Poneros a cubierto bien lejos de aquí! --El general del ejército se volvió hacia un pelotón de soldados boquiabiertos de asombro que estaban contemplando al dragón de vapor y empezó a ladrarles órdenes--. ¡Coged vuestras lanzas y detenedlo!

Los gritos de Gaviota les sacaron de su estupor, y hombres y mujeres se apresuraron a buscar lanzas, postes, alabardas y cualquier objeto similar que fuese lo bastante largo. Pero Gaviota sabía que sus esfuerzos no servirían de mucho.

--¿Qué infiernos hacemos con esa cosa? --le preguntó a Jayne en lo alto del baluarte--. ¿Dónde está Verde? Puede usar sus hechizos de desplazamiento para...

Pero su hermana estaba lejos del campamento, y se encontraba en algún lugar del bosque.

La líder de los exploradores meneó la cabeza.

--Las flechas y las lanzas no servirán de nada. Se supone que los enanos entienden mucho de máquinas...

--Tal vez podamos inmovilizarla --dijo Gaviota, pensando en voz alta--. Hay que traer cuerdas, o cadenas, y enredarla en ellas, atarla a un árbol hasta que alguien pueda aplastar sus entrañas de metal.

Quizá la bestia mecánica de Stiggur, o Liko, podrían...

Casi todo el mundo se había apresurado a huir del dragón, ya fuese por las brechas de la empalizada o escondiéndose detrás de los árboles o en la misma entrada del túnel. Nadie corría un peligro inmediato, porque de momento la criatura no parecía muy decidida a trepar por las fortificaciones de tierra, pero Gaviota sabía que tenían que evacuar el campamento.

El dragón de vapor no había parado de sisear, de la misma manera en que un ser vivo hubiese podido jadear con cada inspiración de aire, y se había vuelto hacia una sección de la empalizada en la que unas cuantas personas asomaban la cabeza por la brecha para contemplar al monstruo.

Entonces el dragón de vapor estiró la cabeza en un movimiento repentino, y abrió sus fauces como si tuviera algo atascado en la garganta y se estuviera atragantando. Los que le observaban se acercaron un poco más, impulsados por la curiosidad.

Una horrible premonición hizo que Gaviota empezara a gritar.

--¡Poneros a cubierto! ¡Al suelo!

Asustados, todos obedecieron de inmediato y se apresuraron a buscar protección detrás de la empalizada o de los montones de tierra de los baluartes.

El dragón de vapor había estado siseando y emitiendo chasquidos metálicos, y de pronto logró eliminar el obstáculo con el que había estado luchando. Un pequeño tubo apareció en el fondo de su garganta. Hubo más chasquidos. Un chorro de chispas brilló detrás de los colmillos dorados del dragón de vapor.

Otro chasquido, una chispa y... ¡Whosssh!

Un chorro de llamas de diez metros de longitud brotó de las fauces del dragón. Las personas que se habían apresurado a buscar refugio vieron cómo sus calzones y sus faldas empezaban a arder.

--¡Es gas! --gritó Jayne--. ¡Gas de los pantanos!

--¡Por las Piedras de Stangg! --maldijo el leñador--. ¡Ahora sí que ya no nos queda ninguna esperanza de capturarlo! ¡Corred! --le gritó Gaviota a todo el campamento.

El dragón giró sobre sí mismo. Su conducto del gas, por fin libre de la tierra que lo había estado obstruyendo, eructó los fuegos del infierno e incendió tiendas, muros y equipo. Todo el mundo echó a correr en un desesperado intento de huir del campamento.

Gaviota se refugió detrás de la empalizada y empezó a maldecir, aun sabiendo que no conseguiría nada con ello. ¡Maldita fuese la

magia, y malditos fuesen todos los artilugios mágicos! El leñador no podía pensar en otra cosa que no fuesen los juramentos y el maldecir a la magia. La gente estaba siendo incinerada y el campamento estaba siendo destruido, y lo único que podía hacer Gaviota era...

... alzar la mirada hacia el cielo.

Un retumbar de alas resonó sobre sus cabezas. Ráfagas de viento agitaron el follaje por todo el bosque. El cielo se llenó de esbeltos cuerpos morenos y grandes alas blancas.

Los ángeles acudían al rescate.

Las siluetas aladas revolotearon por entre las nubes de humo negro y se lanzaron sobre el campamento, descendiendo con una agitación de alas en gráciles arcos.

Astutos y veloces como gorriones, media docena de ángeles frenaron repentinamente su caída y se deslizaron en un rápido planeo a menos de tres metros por encima de la cabeza del artefacto que estaba sembrando la destrucción en el campamento. Las fauces mecánicas se abrieron y se cerraron en un intento de atraparlos y la cabeza se inclinó hacia atrás y eructó fuego, pero los ángeles siempre se hacían a un lado en el último segundo, imposibles de aplastar.

El dragón agitó sus garras de acero e hizo girar su cabeza, atacando y lanzando chorros de fuego contra una escurridiza silueta que revoloteaba aquí, allá o en otro lugar, y fallando siempre. Entonces los ángeles intercambiaron un veloz cántico y se dirigieron hacia la puerta del este. El dragón de vapor fue en pos de ellos, siguiéndoles en un estrepitoso avance tan predecible como el de una mula que va detrás de una zanahoria.

Volar de aquella manera suponía un riesgo, y el riesgo podía ser letal. Un ángel, joven y falto de experiencia o quizá sencillamente infortunado, no consiguió ejecutar correctamente un rizo. Las fauces del dragón, que estaban tan calientes como el infierno, se cerraron sobre las piernas del ángel. Los huesos crujieron y se rompieron, y las alas siguieron su destino. Cuando el dragón volvió a abrir sus fauces ribeteadas de rojo, el cuerpo medio destrozado cayó al suelo para quedar aplastado bajo sus patas.

Pero los otros ángeles no interrumpieron ni un solo segundo los revoloteos con que entretenían y provocaban al dragón, sino que giraron como hojas de otoño delante de la cabeza del monstruo que los amenazaba abriendo y cerrando sus fauces. El dragón de vapor los siguió en una rápida persecución, y fue detrás de ellos hasta que salió por la puerta este. Los ángeles se desviaron hacia el sur, volando

tan bajo que sus pies calzados con sandalias casi rozaban los colmillos dorados.

El dragón siguió corriendo detrás de ellos. Los ángeles volaron por encima de una ancha senda abierta a mandobles en el bosque, pero la máquina era todavía más ancha. El dragón de vapor se abrió paso por entre los árboles de té y los bambúes, arrancando la corteza y las hojas y aplastando la vegetación. Gaviota cogió su hacha y echó a correr detrás de ellos, tal como hicieron docenas de combatientes. Los espectadores podían ver que los ángeles estaban empezando a acusar el cansancio provocado por tantos giros y revoloteos, que resultaban todavía más agotadores por deber llevarse a cabo mientras esquivaban troncos de árboles y el mortífero abrir y cerrarse de las mandíbulas de la bestia metálica.

Pero no tardaron en llegar al claro, pues el bosque terminaba de repente.

El dragón de vapor, que carecía de mente, no se dio cuenta de ello.

Los ángeles hicieron un último y desesperado esfuerzo, forzando sus alas hasta que estuvieron a punto de caer de las alturas, y se alzaron hacia un luminoso cielo blanco azulado.

El dragón de vapor se lanzó a la carga detrás de ellos...

... por el borde del acantilado.

Durante los últimos segundos la bestia intentó detenerse. Sus patas traseras produjeron un estridente rechinar metálico cuando se abrieron paso a través de la tierra y arañaron los sillares de las viejas ruinas. La cola del dragón de vapor se retorció hacia abajo como si fuese un enorme anzuelo para frenar su acometida, pero había toneladas de metal trabajando en contra de ella, y la criatura se precipitó por el borde del acantilado. La cola se movió en un último latigazo y arrancó trocitos de mármol del borde antes de desaparecer.

Cuando Gaviota llegó al acantilado, jadeando y resoplando, el espantoso estruendo de la caída ya se había desvanecido. Hubo un último y lejano retumbar, y una vaharada de gas del pantano subió por el acantilado. El leñador vio al dragón de vapor, hecho añicos contra las rocas diez metros más abajo. El oleaje siseaba alrededor del metal recalentado del hocico.

Gaviota meneó la cabeza.

--Stiggur se pondrá muy triste cuando vea que ha perdido la ocasión de tener otro juguete mecánico.

Un potente aletear resonó por encima de su cabeza, haciendo

tanto ruido como si se estuviera aproximando una tormenta. Una docena de ángeles se posaron en el acantilado, visiblemente agotados y con sus pechos subiendo y bajando a toda velocidad. No podían hablar, pero no necesitaban hacerlo.

Gaviota se pasó el hacha a su mano izquierda, la mutilada, y estrechó con la derecha la mano de cada uno de aquellos ángeles exhaustos mientras repetía una y otra vez «¡Gracias! ¡Gracias!».

* * *

Un ruidoso estallido de vítores resonó allí donde terminaba el bosque.

Mangas Verdes y sus protectoras habían vuelto de su estancia en el bosque, y la archidruida enseguida fue informada de las últimas novedades.

Encontró a Gaviota inmóvil delante de la boca de un túnel.

--¡Tienes que detener las excavaciones, hermano! ¿Y si encuentran otro monstruo?

--¿Y qué más da si lo encuentran?

Gaviota le lanzó una mirada extraña y distante que Mangas Verdes nunca había visto en sus ojos hasta aquel momento.

--¿Cómo puedes decir eso? --Mangas Verdes agitó las manos en el aire, como si buscara las palabras que se negaban a acudir a su mente--. ¡Hubo heridos, y muertos! ¡Ese dragón de vapor era alguna vieja máquina de guerra que fue reactivada por la luz, o el aire, o el contacto con la mano de alguien! ¡Podría haber sido colocado allí deliberadamente como una trampa! Puede que los Sabios se retiraran a esos túneles durante los últimos días del apocalipsis... ¡Podría haber cien trampas más ahí abajo!

--Cierto, cierto. --Su hermano asintió--. Eso es lo que les dije. Pero dijeron que en tal caso, tu secreto de cómo controlar a los hechiceros tenía que estar ahí abajo. Y otros secretos que nos beneficiarán a todos... Un mapa de los Dominios, tal vez, que muestre dónde está la tierra natal de todo el mundo. Quizá también haya tesoros. Ahora tienen un hueso entre los dientes y misterios que resolver, y van a seguir cavando hasta sacarlos a la luz.

--¿Qué? --Mangas Verdes miró a su alrededor por primera vez desde que había llegado y contempló el campamento. Vio a algunas personas limpiando los destrozos, consolando a los heridos y recogiendo a los muertos. Pero no eran muchas--. ¿Dónde están

todos?

Gaviota se limitó a señalar el túnel con un dedo.

--Ahí dentro --dijo--. Están cavando.

Mangas Verdes estaba tan perpleja que sólo pudo contemplar la oscuridad.

* * *

El ejército siguió cavando y se encontró con más monstruos, más catástrofes evitadas en el último momento y más muertes.

Un ángel fue incinerado y quedó convertido en cenizas cuando rozó una bola plateada medio incrustada en la tierra. Sus camaradas contaron que una de sus alas rozó una protuberancia plateada a pesar de que el ángel las mantenía lo más pegadas posible al cuerpo. Hubo un tremendo destello y un gran estallido, y del ángel sólo quedaron unas cuantas plumas chamuscadas y la pestilencia de la carne quemada. El destello plateado fue tan deslumbrante que quienes se encontraban cerca de él estuvieron ciegos durante dos días.

Pero siguieron cavando.

Un enano acabó con la cabeza destrozada cuando pisó una especie de alfombrilla de aspecto gomoso y resbaladizo y la alfombrilla se alzó de repente y lo lanzó contra el techo. Una babosa tan grande como un buey cobró vida para atacarles con sus pegajosas protuberancias, y luego les persiguió impulsándose sobre un pie gigantesco. Hicieron falta tres soldados armados con lanzas para matar a aquella criatura blanda y pulposa, y después cinco soldados tuvieron que usar ganchos de hierro para sacarla de los túneles y remolcarla hasta el borde del acantilado, donde la arrojaron a las rocas cubiertas de algas que había debajo. Las aves marinas disfrutaron de un banquete que duró tres días.

Y aun así el ejército siguió cavando. Los trabajos de excavación pasaron a abarcar todo el día y toda la noche.

Dos zapadores se desmayaron cuando un repugnante gas grisáceo brotó de debajo de una losa, y se necesitaron varias horas de arrojar antorchas a aquel tramo del túnel para purificar el aire emponzoñado. Un equipo fue bruscamente expulsado de un túnel, y salió aullando de él cuando puso al descubierto una colonia de hormigas de fuego del tamaño de una casa. Tuvieron que recurrir al fuego y a la pez ardiendo para matar a todas las hormigas, y luego su hedor metálico hizo que todos tuvieran náuseas durante días.

Pero siguieron cavando.
Los soldados insistieron en que debían ser los únicos a los que se les permitiera cavar, y argumentaron que era un trabajo demasiado peligroso para los zapadores y los seguidores del campamento. Otros replicaron que los soldados sólo querían acaparar toda la gloria, y de repente hubo ciento cincuenta trabajadores cubiertos de polvo y suciedad peleándose dentro del túnel y en la superficie y bajo la luz del sol. Gaviota intervino y declaró que quien quisiera cavar podría hacerlo. Eso provocó nuevos problemas, pues los cocineros, las ayas y los remendones también quisieron unirse a la excavación. Pero no había herramientas suficientes, por lo que al final lo echaron a suertes y hombres y mujeres maldijeron cuando el azar los confinó a la superficie.
Una mujer murió después de haber inhalado una nube de polvo atrapada en una pequeña cueva, un virulento veneno que había permanecido allí desde la guerra. Muchos enfermaron y tosieron y escupieron sangre, o sufrieron quemaduras al tocar el suelo y sus manos quedaron cubiertas por una veloz erupción de lesiones que les impidieron sostener las herramientas. Apenas se habían marchado a las tiendas de los curanderos cuando otros nombres y mujeres cogieron sus palas y sus picos.
Y cavaron.
--¡Están locos! --gimió una noche Mangas Verdes mientras estaban cenando alrededor de una hoguera del campamento--. ¿Por qué quieren arriesgar sus vidas de esa manera? ¡Oh, se han vuelto locos!
--No. Se están enfrentando a un desafío --replicó Gaviota--. Esta ruina, esta ciudad perdida... Bueno, está intentando quitárselos de encima. Quiere asustarlos y hacer que huyan, y ellos están decididos a vencerla.
--¡No lo entiendo! --Mangas Verdes se había echado a llorar--. ¡No deberían sacrificarse a sí mismos de esta manera! ¿Y si no hay ningún secreto? ¿Qué pasará si no encontramos ninguna forma de controlar a los hechiceros ni ninguna otra cosa? ¿Y si la gente está muriendo para nada sólo porque creen en lo que les he dicho?
Gaviota frunció el ceño, pero acabó meneando la cabeza.
--No se sacrifican por ti, Verde --dijo después--. Se trata de algo más grande.
--¿Algo más grande? ¿Qué puede ser? --Mangas Verdes resopló y sorbió aire por la nariz, y Wichasta le alargó un pañuelo--. ¡Por todos

los dioses, Gaviota! Lo único que habíamos hecho hasta este momento era luchar y luchar, ¡y ahora estamos luchando contra la misma tierra y la magia de la antigüedad! ¿Por qué estamos muriendo?

Gaviota se limitó a menear la cabeza.

--No lo sé. Nos unimos para combatir a los hechiceros y vinimos aquí en busca del conocimiento, y tenemos que luchar con uñas y dientes para obtenerlo, y... Estamos atrapados en una leyenda, Verde, una epopeya tan grande como cualquier historia sobre Tobías Andrión o la dama Caleria. Es una historia que vivirá eternamente, algo tan inolvidable que luego podremos sentirnos orgullosos cuando contemos a nuestros nietos que formamos parte de ello...

--Oh, sí, quienes sobrevivan podrán sentirse muy orgullosos --gimoteó la joven druida.

--Sobreviviremos --dijo su hermano.

* * *

Y el ejército siguió cavando y sufrió heridas y mutilaciones, y siguió cavando con más ahínco, y quienes cavaban se negaron a dejar de trabajar cuando llegaba el final de sus turnos y tuvieron que ser sacados de los túneles a punta de lanza, y siguieron cavando y cavando.

Dos semanas después, Uxmal llevó a Gaviota y Mangas Verdes a los túneles para hacer un recorrido por ellos.

Los soldados, zapadores y seguidores del campamento se enfrentaban al peligro cada día, pero aun así ninguno de ellos estaba dispuesto a permitir que sus amados líderes visitaran el subsuelo hasta que Uxmal, con una sonrisa, aseguró a sus guardias personales que no correrían ningún riesgo.

Los líderes quedaron fascinados. Las paredes eran de piedra, mármol o algún mineral todavía más duro que había sido minuciosamente tallado y pulimentado por los constructores de la antigüedad hasta dejarlo tan liso como el satén. En un momento de la visita, el jefe de los enanos enseñó a Gaviota su reflejo en un panel de piedra que no había sufrido ningún daño. Los muros eran de color marrón claro con manchitas doradas y los suelos eran blancos con vetas grisáceas, pero tanto unos como otros estaban muy sucios. Muchos muros se hallaban agrietados, y también había grandes brechas entre los bloques de los muros y el techo.

Los túneles se bifurcaban y se convertían en habitaciones, salas y pasadizos que se alejaban en todas direcciones, serpenteando hasta dejar muy atrás los límites del jardín recubierto de mosaicos que se extendía sobre sus cabezas. Gaviota con su hacha, y Mangas Verdes con su capa de bordados multicolores, guardaron silencio mientras seguían al enano en su descenso por escaleras de diez metros de anchura, avanzaban por corredores iluminados con antorchas que habrían permitido cómodamente el paso de seis jinetes cabalgando el uno al lado del otro, atravesaban atrios con estanques secos en sus suelos, subían por rampas y pasaban junto a columnas repletas de tallas y arcadas. Y Uxmal suponía que había más: arriba, debajo de la espesura del bosque, probablemente hubiese un gran número de senderos, templetes y muros adornados con mosaicos.

Antorchas metidas en viejos pebeteros iluminaban el camino de los líderes, pero Uxmal llevaba puesto un casco de minero provisto de una vela que iba dejando caer gotitas de cera sobre su enorme nariz. El enano no paraba de hablar mientras caminaban. Uxmal creía que la tierra que habían sacado durante las excavaciones había sido introducida deliberadamente en los túneles. A juzgar por los huesos que habían encontrado, alguien debía de haber provocado una avalancha de barro lo suficientemente caliente para abrasar. Las grietas existentes entre los bloques del techo habían permitido que se produjeran filtraciones que habían ido llenando todos los huecos a lo largo de los siglos. Los zapadores habían consultado con los estudiantes de magia, y estaban de acuerdo en que las amenazas dispersadas por entre la tierra eran trampas colocadas allí con una clara intención de matar a los intrusos. Incluso la babosa se había hallado en un estado de hibernación mágica, o eso suponían, y el aire fresco la había revivido.

--Sí --les dijo Mangas Verdes--. Vi la destrucción en el casco. Los agentes de los Hermanos debían de querer que este sitio permaneciera enterrado lejos de los ojos de la humanidad.

El jefe de los enanos les informó de que habían ido registrando cada estancia a medida que quitaban la tierra, pero que no habían encontrado gran cosa. De vez en cuando daban con un cráneo calcinado o agrietado --muchos de ellos no eran humanos--, o una espada rota o una lanza. En una ocasión un cofre medio aplastado reforzado con bandas de un metal plateado reveló contener una considerable cantidad de oro. Muchas bombas plateadas más habían estallado, aunque las protecciones que usaban hicieron que nadie

sufriese daños. Los enanos, siempre curiosos, habían intentado sacar algunas de los túneles para estudiarlas, pero las bombas siempre habían explotado con un destello cegador y un gran estruendo.

Gaviota y Mangas Verdes habían estado yendo de un lado a otro, pisando suelos de mármol manchados de tierra hasta que estuvieron un poco mareados, cuando de repente Uxmal se metió por un corredor muy espacioso.

Oyeron el retumbar del oleaje, y olieron a aire salado. El final del corredor daba al mar: era un agujero en el acantilado, a unos seis metros por encima de las aguas, con el borde del acantilado a tres metros por encima de él. Uxmal explicó que el pasadizo había sido obstruido con rocas.

El túnel sencillamente dejaba de existir. Las losas de mármol gris terminaban allí, con algunos huecos que parecían mellas mostrando los lugares en los que otras losas habían caído al mar.

Seguidos por sus guardias personales, los tres contemplaron las aguas de un azul imposiblemente intenso. Una ballena lanzaba su surtidor a lo lejos, un chorro de agua y vapor que se iba disipando en el viento marino. Una gaviota se dejó caer desde un nido oculto en el borde del acantilado para descender velozmente dentro de la bahía llena de olitas enmarcada por penínsulas de contornos escarpados e irregulares, y chocó con el agua, golpeándola igual que un dardo en su persecución de un pez plateado.

Gaviota contempló el agujero cuadrado y frunció el ceño.

--¿Adónde llevaba esto?

El enano extendió sus cortos y gruesos dedos recubiertos de callosidades hacia el vacío y el océano que se extendía por debajo de él.

--Afuera.

--Hemos terminado --dijo Mangas Verdes.

* * *

La archidruida reunió a los oficiales del campamento y los llevó hasta el borde del acantilado. Faltaba poco para que anocheciese, pero el cielo todavía estaba teñido de rosa y púrpura en el oeste. El viento hacía chasquear los revueltos mechones castaños de Mangas Verdes, y su capa llena de bordados ondulaba detrás de ella como las alas de un ángel.

--Toda esta excavación no ha servido de nada --dijo--. Según las

conjeturas de Uxmal y Kamee, el colegio fue construido con cinco brazos, más o menos como una estrella de mar. Éste era un brazo. En el centro, donde ahora se encuentra la bahía, había alguna clase de estructura central. Esos islotes son todo lo que queda de los otros brazos.

Todos los oficiales estaban muy serios.

--Me alegra que los Hermanos murieran hace mucho tiempo --murmuró Gaviota--. Si pudieron invocar el poder necesario para hacer que kilómetros de túneles de piedra y todo un castillo se desplomaran en el mar, entonces me alegro de que nunca tengamos que enfrentarnos a ellos.

--Yo correría ese riesgo si con ello pudiera obtener el conocimiento que andamos buscando --dijo la archidruida--. Es lo único que considero que tiene un valor inapreciable, aparte de mis amigos... Pero lo que quería saber, el secreto del casco que nos queda por descubrir y que los Sabios no pudieron fijar con sus encantamientos por falta de tiempo, se encuentra en algún lugar del mar. Se ha perdido para siempre.

* * *

Gaviota volvió a su tienda un rato después y oyó llorar a la pequeña Agridulce. Lirio estaba sentada sobre su catre junto a una vela encendida, vestida con un camisón y haciendo cosquillas a la niña mientras la hacía saltar sobre su regazo, pero Agridulce se limitaba a llorar y chillar con su rostro enrojecido contorsionado en una mueca de irritación. Lirio siguió intentando calmarla hasta que no pudo aguantar más y prorrumpió en sollozos.

Gaviota dejó apoyada su hacha en un poste de la tienda, cogió al bebé e intentó tranquilizarlo. Pero la niña no se dejó calmar por sus caricias y murmullos, y Gaviota acabó pidiendo a uno de sus guardias que trajese a un aya. La mujer se llevó a la niña, que seguía chillando y llorando.

Lirio se limpió las lágrimas con el canto de la mano.

--Lo siento, Gaviota. Soy una mala madre.

--Oh, calla. --Gaviota se sentó junto a ella y la atrajo suavemente hacia su pecho hasta que Lirio apoyó la cabeza en él--. Eso no es verdad --añadió mientras la acariciaba--. Eres una madre magnífica, Lirio. Mira qué bien se porta Jacinta, y lo guapa que se está poniendo.

Y así era, pues su hija mayor estaba dormida sobre un pequeño

catre, con la boca abierta y los cabellos esparcidos alrededor de su cabecita como una aureola.

--¡Oh, Gaviota, estoy tan cansada! --Lirio le abrazó, pero no tenía muchas fuerzas para hacerlo--. La niña no para de llorar, todavía no me he recuperado del parto, tú nunca estás aquí...

--Ya lo sé, ya lo sé --murmuró Gaviota con dulzura, intentando calmarla.

--Ojalá fuera un ángel --murmuró Lirio.

Gaviota se echó hacia atrás y entrecerró los ojos, intentando ver su rostro en la penumbra.

--¿Un qué?

--Oh, Gaviota... --jadeó Lirio con voz entrecortada--. ¿Te has fijado en ellos? ¿Los has observado alguna vez con auténtica atención? Son tan hermosos... Vuelan por el cielo y planean sobre los vientos, y no pueden ser más hermosos. Cómo los envidio... No tienen responsabilidades, y pueden hacer lo que quieran.

--Tienen muchas responsabilidades. Se les encomendó la misión de proteger esta tierra, o lo que queda de ella. --Gaviota acostó a su esposa encima del catre con cariñosa delicadeza y la tapó con una manta--. Y ahora no digas nada más, Lirio. Estás cansada, eso es todo... No sabes lo que dices.

--Sí que lo sé. --Lirio suspiró, medio dormida--. Volar como ellos sería tan hermoso... Hubo un tiempo en el que podía volar, ¿te acuerdas? Y también hacía volar a otros. ¡Oh, era una sensación maravillosa! He olvidado cómo lo hacía, pero quizá podría volver a aprender. Pero no puedo dejar a las niñas, ni a mis responsabilidades...

Lirio acabó quedándose profundamente dormida.

Gaviota se pasó una mano por la frente y se fue desnudando lentamente.

--Mi esposa quiere volar, mi hermana quiere secretos que nadie conoce, mi ejército ha vuelto a quedarse sin una meta, y yo no sé qué he de hacer ahora. Quizá todos deberíamos irnos volando y dejar atrás nuestras responsabilidades...

Se dejó caer encima de su catre, y se incorporó de un salto cuando algo chilló debajo de él.

Gaviota apartó una colcha de un manotazo y descubrió a Sorbehuevos aferrando la esquina de una manta entre sus dedos.

--¡Casi me aplastas! ¡Devuélveme eso! ¡Hace frío!

--Hace frío, ¿eh? --gruñó Gaviota--. ¡Yo haré que tengas frío de

verdad, condenado ladronzuelo rastrero!

Gaviota agarró al trasgo por una pierna y salió de la tienda a paso de carga. Lanceros sobresaltados retrocedieron cuando Gaviota echó a correr con el trasgo firmemente agarrado por una pierna..., y lo lanzó al aire como si fuese un haz de ramas para el fuego.

El trasgo giró por los aires, y pasó limpiamente por encima del muro de la empalizada más próximo sin dejar de chillar ni un solo instante.

16

Mangas Verdes, que estaba durmiendo en una cama de campaña doble al lado de Kwam, fue despertada por unos ruidos sigilosos fuera de su tienda: un suave golpeteo de pies, unos gruñidos ahogados, una maldición casi inaudible... Alguien tropezó con el poste de la tienda e hizo temblar la lona. La archidruida se levantó y deslizó una túnica por encima de su cabeza.

En el exterior reinaba la negrura salvo por alguna que otra antorcha y las hogueras de los puestos de guardia que arrancaban destellos a los mosaicos. Dos Guardianas del Bosque se agitaban entre media docena de tritones de pieles resbaladizas, desnudas y goteantes. Las gentes del mar intentaban abrirse paso por entre las protectoras de Mangas Verdes, y las Guardianas del Bosque les impedían el paso con sus lanzas. Las gentes del mar no hablaban, y las Guardianas del Bosque discutían en susurros enronquecidos para no despertar a su señora.

--¿Tendríais la bondad de decirme a qué viene todo esto? --preguntó Mangas Verdes, consiguiendo sobresaltar a todo el mundo.

Micka, la nueva capitana, respondió sin apartar un ojo de las lustrosas siluetas de los hombres-peces.

--Insisten en veros, mi señora, y no quieren irse. Me temo que tendremos que usar la violencia...

La archidruida meneó su despeinada cabeza.

--No. Deben de tener una buena razón. ¿Cómo puedo ayudaros, buenas gentes?

Habían descubierto que los moradores del mar se comunicaban con sus mentes, por lo que no podían hablar a los habitantes de la tierra. Cuando estaban encima de las olas, tenían que recurrir a la mímica. Una mujer del océano, desnuda y tan escamosa como un arenque, se limitó a curvar una mano. Mangas Verdes debía ir con ellos.

Mangas Verdes formuló unas cuantas preguntas mediante la mímica, pero la respuesta siempre fue la misma. «Ven. Ahora.»

Mangas Verdes acabó alzando un dedo para indicarles que esperasen, y después volvió a la tienda y se puso su mejor vestido. Tenía la impresión de que se trataba de algo importante, pues normalmente las gentes del mar siempre se mantenían alejadas de la tierra firme. Mangas Verdes se calzó un par de botines y se colgó la capa de los hombros, y después se dio la vuelta para besar a Kwam.

Pero el estudiante de magia ya se había levantado y se estaba vistiendo para acompañarla. Mangas Verdes deslizó sus deditos encallecidos a través de su cabellera hasta dejarla más o menos peinada y salió de la tienda para seguir a las gentes del mar..., presumiblemente hasta la orilla. Kwam fue detrás de ella, frotándose los ojos y bostezando, casi invisible en sus ropas negras. Seis guardias avanzaban detrás del estudiante de magia, ya que el turno de día había sido despertado.

Pero no fueron hacia el acantilado, sino hacia el bosque y por un sendero lo suficientemente ancho para acoger a dos personas. Aquella parte del bosque seguía intacta, pues el sendero iba descendiendo entre una sucesión de borrosas escaleras naturales y restos de viejos escalones tallados en el suelo que ya casi habían desaparecido bajo las raíces, la maleza y las hojas muertas. El olor de la podredumbre impregnó las fosas nasales de Mangas Verdes, pero se fue mezclando poco a poco con el frescor del aire marino. A pesar del calor del día anterior, la brisa nocturna que giraba alrededor de sus tobillos desnudos era bastante fresca, y Mangas Verdes se alegró de llevar puesta su capa. Tenía que ir mirando dónde ponía los pies, pues avanzaban bajo la claridad de las antorchas que sostenían sus protectoras. Las gentes del mar, acostumbradas a las profundidades oceánicas, podían ver en la oscuridad tan bien como los gatos.

El cortejo acabó saliendo de aquella masa de arbolillos y llegó a una playita rocosa que se extendía por una cala diminuta. Había rocas de todos los tamaños, desde peñascos hasta guijarros con forma de huevo. El oleaje estaba muy calmado y lamía perezosamente la playa, deslizándose por entre las algas con un suave siseo.

Mangas Verdes miró a su alrededor. Hacía una noche muy estrellada, y la joven druida ordenó que apagaran las antorchas para permitir que sus ojos pudieran acostumbrarse a la claridad del firmamento. Mangas Verdes no tardó en poder distinguir el contorno plateado del oleaje, el bosque que se alzaba por encima de ellos y a las gentes del mar. Las seis siluetas escamosas estaban inmóviles en la orilla, presentándole seis esbeltas espaldas desnudas en las que se distinguían diminutas aletas y seis pares de nalgas musculosas. Ninguna se movió. Las gentes del mar se limitaron a quedar inmóviles y esperaron.

Las Guardianas del Bosque, acostumbradas a largas noches de vigilia, se sumieron en su semiestupor habitual, mitad descansando y mitad alerta. Kwam se subió a una roca, y su curiosidad innata no

pudo impedir que se quedase adormilado.

Esperaron largo tiempo mientras las estrellas giraban sobre sus cabezas, con la marea siendo la única voz que hablaba en la playa. Mangas Verdes reprimió un bostezo y pensó en su cama. Entonces un tritón se removió, y un instante después todas las gentes del mar imitaron su agitación.

Algo estaba surgiendo del oleaje.

Las protectoras de Mangas Verdes despertaron de golpe y se desplegaron alrededor de su señora, extendiendo las lanzas para formar un anillo de puntas de acero. Micka les ordenó que retrocedieran hacia el bosque, pero Mangas Verdes les ordenó que permanecieran donde estaban. No hubiese podido explicar por qué, pero confiaba en que las gentes del mar no le harían ningún daño. Además sentía curiosidad, y quería averiguar qué era lo que se estaba acercando.

Fuera lo que fuese, era grande.

Lo primero que Mangas Verdes logró ver, todavía a unos cien metros de ella, fue una enorme aleta muy parecida a la de un tiburón que hendía las aguas. Bastante por detrás de ella había una aleta más pequeña y delicada, y con una curvatura tan suave como la de un abanico.

Antes de que Mangas Verdes pudiera formar la imagen de aquel enorme pez en su mente --pues la joven druida sabía muchas cosas sobre las criaturas de tierra firme, pero casi nada sobre las del mar--, su visión se hizo añicos..., porque la gigantesca aleta separó las olas para revelar el rostro de un hombre.

Como levantado por un cabrestante, el hombre fue subiendo por encima de las olas hasta que se alzó sobre ellos a pesar de que todavía se encontraba a unos treinta metros de distancia. Mangas Verdes sabía que se hallaba ante un gigante.

O ante un dios.

El señor de las olas quedó revelado en todo su esplendor, y todos contuvieron el aliento.

El dios del mar había traído consigo su propia luz espectral, como un Cometa en el cielo, con lo que muchos detalles quedaron iluminados como por la claridad de una hoguera. Su piel era de un color púrpura oscuro, y su estómago de un verde pálido que recordaba a los peces. Era tan imponente, y tan delicadamente complejo en su colorido y sus formas, que resultaba difícil decir qué era adorno y qué carne natural. La gran aleta brotaba de su calva cabeza y descendía

hasta terminar a media espalda. Por encima de sus Orejas brotaban más aletas, y de sus orejas colgaban pendientes hechos con círculos de madreperla. Aletas que parecían alas sobresalían de sus hombros como una gran capa ondulante, y gruesas bandas de oro rodeaban los enormes músculos de sus brazos. El dios del mar llevaba guanteletes de bronce en los que había incrustadas joyas tan grandes como los ojos de una ballena. Su cuerpo, tan grueso que dos personas no habrían podido rodearlo con los brazos, se iba estrechando hasta convertirse en una serpiente a la altura de la cintura, y aquel largo cuerpo articulado de serpiente se hundía en las aguas y se desplegaba muy por detrás de él para acabar creciendo y convertirse en una enorme aleta suavemente curvada. Las manos del dios del mar sostenían una lanza tan complejamente bifurcada como la copa de un árbol, con puntas recubiertas por un doble juego de dientes de sierra y pinchos que se doblaban hacia atrás.

El dios del mar se fue acercando con la marea, moviéndose sin apenas hacer ruido, y se irguió entre las aguas para mecerse en un lento subir y bajar con el palpitar de las olas. Cuando estuvo a unos tres metros de Mangas Verdes, el dios del mar habló.

Con su mente.

«Eres Mangas Verdes.» Envió el mensaje directamente a su cerebro, con el resultado de que las palabras mentales resonaron dentro del cráneo de Mangas Verdes como si hubieran sido gritadas en un desfiladero. La voz encerraba un inmenso poder, pero también estaba llena de una amable tolerancia.

«Sí --respondió Mangas Verdes sin hablar--. ¿Y tú eres...?»

La sugerencia de una risita onduló a través de su mente. Mangas Verdes recordó algo que su hermano había dicho en una ocasión: los dioses debían de tener un gran sentido del humor, pues eso era lo único que podía explicar el que se complacieran en imponer labores tan ridículas a los humanos.

Pero aun así la respuesta la dejó aturdida.

«Soy el Señor de la Atlántida. Vendrás conmigo.»

«Sí», respondió automáticamente Mangas Verdes.

Micka se dio cuenta de que alguna clase de comunicación estaba teniendo lugar entre su señora y el dios del mar. La Guardiana del Bosque vio cómo Mangas Verdes daba un paso hacia adelante, y dejó caer su lanza a través del camino que se disponía a seguir la joven druida.

--¡No, mi señora! --gritó, mitad implorando y mitad ordenando--.

¡Os ha embrujado! No podéis... Os ahogaréis...

Y entonces Micka se quedó totalmente inmóvil. Los demás también permanecieron inmóviles, las gentes del mar incluidas. El señor de los océanos había paralizado sus músculos con su poder. Sólo Mangas Verdes podía moverse, y avanzó como en un sueño --un sueño muy agradable--, hasta que las frías aguas se agitaron alrededor de sus botas con un suave chapoteo.

Ya se había metido en el mar hasta las rodillas cuando el Señor de la Atlántida le rozó el hombro con su lanza. El dios del mar retrocedió un poco y Mangas Verdes siguió adelante, y los dos fueron entrando en el oleaje y lo dejaron atrás para llegar a las aguas profundas.

Cuando el nivel del agua hubo subido hasta el mentón de Mangas Verdes, el dios del mar movió su cola en un vaivén tan potente como el coletazo de una ballena. Rodeó a Mangas Verdes con su cola y la dejó envuelta en sus anillos, y los dos se sumergieron debajo de las olas.

Las estrellas dejaron de ser visibles. Al principio Mangas Verdes pensó que se estaba ahogando.

Cuando las aguas se cerraron sobre su cabeza, el peligro se hizo presente de una manera tan repentina como si hasta aquel momento hubiera estado caminando en sueños y acabara de despertar. El pánico hizo que se tensara, redoblado por hallarse envuelta en los colosales anillos del Señor de la Atlántida. Mangas Verdes contuvo el aliento en un esfuerzo desesperado.

Pero el dios del mar rozó sus labios con un grueso dedo púrpura, y Mangas Verdes pudo respirar. La joven druida no sabía si estaba inhalando el agua igual que un pez, o si se encontraba suspendida en alguna especie de bolsa de aire. Todo su cuerpo estaba mojado, desde luego, pero no tenía frío, y cuando levantó una mano luego pudo verla bajar en un descenso tan lánguidamente suave como el de una semilla de vilano. Mangas Verdes pensó que debía de estar flotando..., o quizá estuviera hundiéndose.

Pero no dispuso de mucho tiempo para pensar. El Señor de la Atlántida, bañado en aquella luz blanco verdosa creada por él mismo, iluminaba el agua hasta unos tres metros a su alrededor. El dios del mar cogió a Mangas Verdes con sus enormes manos púrpuras y la desplazó con tanta facilidad como si no pesara nada, colocándola sobre su espalda y tirando suavemente de sus manos hasta ponérselas encima de las aletas de sus hombros para que se agarrara

a ellas. Después un movimiento casi imperceptible de su cola bastó para impulsarlos hacia las profundidades.

Un par de delfines se acercaron para investigar y fueron dejados atrás. Más peces pasaron junto a ellos: un banco de peces manteca, llamados así por su color amarillo; esbeltos atunes de un blanco plateado que los perseguían; un pez globo tan grande y plano como la tapa de un barril; muchos más peces que Mangas Verdes no conocía, entre ellos un gigantesco tiburón cuyo cráneo formaba dos protuberancias que sobresalían del centro y le daban una forma muy parecida al martillo de un zapatero remendón... Pero incluso el tiburón se apartó ante el Señor de la Atlántida.

Las preguntas fueron acudiendo a la mente de Mangas Verdes mientras se agarraba a aquellas aletas rígidas de un tacto vagamente gomoso y sentía el roce del agua deslizándose junto a sus pies, pero no en su cara. No estaba muy segura de si debía hablar --hacerlo podía romper algún hechizo--, pero las preguntas seguían estando allí.

Y fueron respondidas.

«Buscas a los Sabios de Lat-Nam y a sus secretos.» La réplica llegó hasta ella al instante, y resonó dentro de su mente como el repique de una gran campana.

«¿Cómo lo has sabido?», replicó Mangas Verdes en una reacción automática. Un segundo después lo comprendió. Por supuesto: el dios del mar podía leer sus pensamientos.

«Los recuerdo», resonó la campana.

Mangas Verdes se quedó perpleja.

«¿Te acuerdas de ellos? Pero ya hace...»

«Eras. Sí, para alguien como tú... Para el mar no hace tanto tiempo. Eran buenos, aunque demasiado dados a la introspección.»

«¿La introspección?», preguntó Mangas Verdes.

Qué palabra tan extraña. Mangas Verdes también encontraba bastante extraño conversar con los pensamientos que se escondían dentro de otra cabeza, especialmente si se trataba de una cabeza púrpura llena de aletas y la conversación tenía lugar debajo del agua.

«Estaban demasiado absortos en la meta de la magia. Ésa fue su gloria, y también fue su perdición.»

Aquel dios del mar representaba a una sabiduría muy antigua, pero de repente Mangas Verdes se encontró pensando que en realidad no era más viejo que un padre: paciente y sabio, y quizá un poco cansado. Pero la conversación se desarrolló en cuestión de segundos, avanzando tan deprisa que los pensamientos de Mangas

Verdes apenas llegaban a ser destellos mentales que enseguida recibían respuesta.

La voz palpitó dentro de su cabeza mientras seguían hundiéndose en las profundidades marinas. Mangas Verdes pensó que arriba podía ser de día o de noche, verano o invierno, y hacer buen tiempo o la furia de una tempestad. Pero allí abajo apenas había cambios. Se hallaba en un mundo de paz infinita.

«Los Sabios jugaron con la magia --habló el señor del mar--. Se alimentaron de ella, la movieron y creyeron en ella y en muy pocas cosas más. Estaban ciegos a los deseos de los demás. Se entrometieron en la vida de mi reino creando a la tribu de la Concha de Cobre. Permití que sus gentes marinas permanecieran en las aguas, pero advertí a los Sabios de que nunca más debían volver a jugar con mi mar, mis orillas y mis súbditos. Cuando comprendieron la amenaza que representaban los Hermanos, ya era demasiado tarde. Las máquinas, la plaga, el fuego y el barro cayeron sobre ellos y los engulleron. El mar todavía sufre sus efectos, pues muchos subditos nacen enfermos o deformes y mueren antes de tiempo.»

Mangas Verdes tenía muchas preguntas que hacer, pero el Señor de la Atlántida se le adelantó.

«Obsesionarse en exceso con la magia es malo, como lo es hacerlo con cualquier otra cosa --le dijo--. Una criatura en equilibrio aprende de todo, interroga a todas las cosas y aprende de todas ellas. ¿Comprendes?»

«Sí», replicó la archidruida, pues era la única respuesta posible. El dios del mar acababa de decirle algo que Mangas Verdes ya sabía. Un exceso de magia, o de cualquier cosa, haría que la mente y el cuerpo perdieran su equilibrio. Era bueno que se lo recordaran.

«Sí, y prometo que no me dejaré deslumbrar ni por la vida ni por la magia.»

«Tal como pensaba --replicó la voz mental del señor del mar, y había la sombra de una risita en ella--. Y ahora, ven y aprende.»

Mangas Verdes parpadeó. La luz que emanaba del cuerpo del señor del mar le permitía ver el fondo del océano. Debajo de ella se extendía un bosque de coral, fantásticamente diverso y tan grande como el Bosque de los Susurros. Peces que parecían hechos de musgo y criaturas recubiertas de gruesos caparazones caminaban, nadaban y volaban por entre árboles, flores, plantas y animales de todos los colores, tamaños y formas imaginables. Las largas cintas de las algas se alzaban hacia el cielo, y medusas que parecían nubes

iban y venían de un lado a otro en lentas ondulaciones junto a ellas, mientras que los pulpos y los calamares lanzaban sus chorros para propulsarse en pos de peces tan veloces y multicolores como pájaros. Todo un mundo, tal vez nunca visto por un ser humano hasta aquel momento, se arrastraba, palpitaba, nadaba, se agitaba y vivía y moría debajo de los pies de Mangas Verdes, extendiéndose en todas direcciones hasta perderse de vista.

Un gran acantilado, una montaña submarina, se alzó de repente ante ella y Mangas Verdes parpadeó y dejó escapar un jadeo de sorpresa. Una enorme caverna abría su entrada en el acantilado, y el dios del mar los introdujo en su interior con una sola ondulación de su cola.

La cámara carecía de aire. Era un túnel, o un corredor, bastante parecido a aquellos que el ejército había excavado en la superficie y que tendría unos ocho metros de anchura y unos cuatro de altura. Avanzaron por el corredor, con el Señor de la Atlántida manteniendo su cuerpo casi totalmente estirado y nadando en línea recta para que sus colosales dimensiones pudieran pasar por él. Aquel lugar se hallaba sumido en la negrura más absoluta, y Mangas Verdes supuso que lo habría estado durante siglos. Pero hubo un tiempo en el que había estado seco, pues había aros de hierro para sostener antorchas en las paredes. Casi todos los muros estaban recubiertos por una delgada vellosidad de musgo marino, y en el suelo se amontonaban las protuberancias irregulares del coral a medio formar por entre las que se podían distinguir cangrejos blanquecinos que correteaban en pos de peces de pálidas escamas.

Y entonces vio luz delante de ella.

La luz le resultó familiar.

El Señor de la Atlántida se detuvo con una ondulación de su cola que hizo temblar a decenas de plantas y animales bajo su viento subacuático. Mangas Verdes sintió una leve vibración cuando el enorme cuerpo del dios del mar se posó sobre el suelo del océano, y luego bajó de su espalda, moviéndose tan cautelosamente como si estuviera desmontando de un corcel que ningún jinete podía controlar.

Después giró sobre sí misma en un lento círculo y contempló lo que la rodeaba. Los antiquísimos muros cubiertos de musgo brillaban, hasta tal punto se hallaban impregnados de maná.

La estancia también le resultó familiar, aunque nunca la había visto antes.

Por lo menos, no con sus ojos.

Mangas Verdes se llevó una mano a la cabeza casi sin darse cuenta de lo que hacía, y descubrió que su despeinada cabellera flotaba a su alrededor tan delicadamente como un halo. No llevaba nada en la cabeza, pero sentía como si la tuviese cubierta..., como por un casco.

Por el casco de piedra verde creado por los Sabios hacía muchas eras.

Era allí, en aquella sala, donde los Sabios lo habían creado y le habían dado su poder. Mangas Verdes pudo verlos dentro de su mente, gritándose los unos a los otros mientras la devastación caía sobre ellos, y el fuego y las piedras y los monstruos hacían añicos la torre para que se desmoronase encima de ellos.

Y más tarde, alguna fuerza inimaginable destruyó el centro del colegio y hundió los brazos que le daban la forma de una estrella de mar en el lecho del océano. Toda el ala en la que se encontraba, mágicamente preservada de alguna manera inexplicable y totalmente intacta, se sumergió en el reino de los peces.

El Señor de la Atlántida la observaba pacientemente, inmóvil en el túnel debajo de ella. Mangas Verdes se preguntó qué debía encontrar. Dio un paso hacia adelante y algo rozó su pie, y Mangas Verdes se inclinó lentamente en el agua espesa y fría para recogerlo.

Era un cráneo del que sólo quedaba la mitad de la cara. Los moluscos y el coral lo habían ido recubriendo por completo, convirtiéndolo en una máscara viviente de musgo y piedra. Mientras lo contemplaba, una diminuta gamba rosada surgió de la única órbita para investigar el exterior y sus antenas temblaron bajo la brisa submarina.

--¿Quién fuiste? --se preguntó Mangas Verdes en voz alta. El agua que la rodeaba hizo que su voz resonara con inesperada potencia en sus oídos.

Entonces se acordó de algo que Chaney le había enseñado hacía mucho tiempo.

Dormir sobre un cráneo para comunicarse con los muertos-Mangas Verdes se llevó el fragmento coralino a la frente, manejándolo con inmensa delicadeza por miedo a que se le desmoronase entre los dedos. Los pétreos brotes de crecimiento marino que lo cubrían hacían que la superficie resultara rugosa, pero a pesar de ello Mangas Verdes también sintió el beso húmedo del musgo mojado.

--¿Qué era? --le murmuró al Sabio que había muerto hacía tanto

tiempo--. ¿Cuál era el secreto del casco de piedra? ¿Cómo pretendíais controlar a los hechiceros maléficos? ¿Puedes decírmelo? Te lo pido porque mi hermano y yo hemos jurado detener a la magia maléfica allí donde la encontremos. Proseguiremos vuestra obra, mi buen señor o señora, pero te lo ruego... Oh, te lo ruego... Revélame el secreto.

Y una voz reseca y cascada, casi reducida al silencio por la edad y la acumulación de depósitos marinos, resonó de repente en las profundidades de su cabeza.

Mangas Verdes la escuchó con gran atención.

Y el cráneo le habló.

* * *

Una enorme ola llegó a la orilla justo cuando el sol estaba asomando por encima del horizonte. El Señor de la Atlántida cabalgaba sobre la estela de la ola. Una pequeña ondulación de su cola bastó para que impulsara suavemente a Mangas Verdes hacia la orilla. La joven druida saltó al agua, que le llegó hasta el pecho, y se volvió para darle las gracias, pero el dios del mar ya se había ido y Mangas Verdes sólo pudo ver la agitación de las olas.

Alguien gritó.

Mangas Verdes extendió un brazo, logró asentar los pies sobre el resbaladizo fondo de guijarros y se abrió paso a través de la espuma de la ola. Ya estaba empezando a sentir cómo el hechizo que la había protegido del agua --seiba disipando. Pero cuando llegó a la orilla descubrió que, aparte de sus botines y el extremo de su túnica, estaba totalmente seca. Kwam había esperado en la playa junto con sus seis protectoras, y fue corriendo hacia las olitas espumeantes que rompían en la orilla para abrazar a Mangas Verdes.

--¡Lo encontré! --exclamó Mangas Verdes con los labios pegados a su hombro mientras Kwam la estrechaba entre sus brazos--. ¡Lo encontré, Kwam! ¡Conozco el secreto del casco! Ahora podremos...

Pero Kwam estaba hablando al mismo tiempo que ella, murmurando una y otra vez las mismas palabras.

--¡...tanto, me alegro tanto de verte! ¡Desapareciste debajo de las aguas, y no podíamos movernos! ¡Las gentes del mar no nos dijeron nada, y se limitaron a hundirse bajo las olas detrás de ti! ¡Temíamos a los tiburones! Pensábamos que...

Mangas Verdes se calló, sorprendida por el miedo que había en la voz de Kwam. No había pensado en la posibilidad de que alguien se

preocupara por ella, pues se había sentido perfectamente a salvo en todo momento bajo la protección del Señor de la Atlántida. Pero a pesar del pánico de Kwam, a Mangas Verdes la emocionó y la encantó que alguien se preocupara tanto por ella y que la quisiera hasta tales extremos...

Un instante después algo atrajo su atención: unas llamas rojo amarillentas bailaban en lo alto del acantilado, agitándose por encima del bosque. No era el amanecer. Eran hogueras, unas hogueras inmensas que estaban fuera de control... Sus Guardianas del Bosque volvieron la cabeza en esa dirección con los ojos llenos de preocupación.

--¿Qué está pasando?

El estudiante de magia le rozó la coronilla con las puntas de los dedos y depositó un beso sobre ella.

--Ésa es otra de las razones por las que me preocupaba tanto lo que pudiera haber sido de ti --dijo--. Volvemos a ser atacados. Los hechiceros combinados nos han encontrado.

* * *

Mangas Verdes y Kwam, flanqueados por las seis mujeres armadas con espadas y lanzas, avanzaron bajo la luz humeante, tambaleándose y tropezando a lo largo del sendero que subía hacia el bosque..., para encontrarse con una manada de felinos cuyos dientes eran tan grandes como sables que lanzaban gruñidos y rugidos hacia unos mamuts que trompeteaban en el comienzo del bosque. Un grupo de cavernícolas de pálida piel los vieron llegar, lanzaron feroces gruñidos y parecieron prepararse para arrojarles lanzas de puntas de piedra. Las protectoras de Mangas Verdes gritaron y alzaron sus escudos, pero la archidruida se limitó a mover la mano en el aire como si quisiera hendirlo y se transportó a sí misma y a sus compañeros hasta el campamento.

La locura reinaba en el recinto. A la luz de las rugientes hogueras, Mangas Verdes pudo ver soldados y zapadores esparcidos por los baluartes que rodeaban al enorme mosaico que libraban un encarnizado combate con oleadas de monstruos y merodeadores ululantes. Muchos soldados iban sin botas o sin casco, tan repentinamente habían sido levantados de sus lechos. La cabeza de una mujer llamada Hannah, que normalmente lucía cuatro coletas impecables, estaba rodeada por largos mechones de cabellos que se

agitaban locamente en todas direcciones. Los soldados usaban sus lanzas y jabalinas para evitar que la turba trepara por encima de la empalizada o se abriera paso a través de ella. Bárbaros azules, cavernícolas y piratas de tez morena aullaban, lanzaban golpes, maldecían y morían. Algunos atacantes ya habían conseguido infiltrarse en el recinto, y sus cuerpos se amontonaban sobre los baluartes. En la retaguardia, gritándoles que avanzasen, resonaba la áspera voz del señor guerrero de Keldon.

Y aquélla no era la única batalla. Más allá del bosque de maleza, Mangas Verdes pudo oír los trompeteos triunfantes de los mamuts y los relinchos aterrorizados de las monturas. La caballería debía de estar luchando por esa zona.

Rodeado por sólo seis Lanceros Verdes --los demás estaban taponando brechas en los muros--, Gaviota gritaba órdenes y palabras de ánimo que nadie oía. Sólo llevaba su faldellín, y blandía su enorme hacha. Su piel, cubierta de sudor y manchada por la sangre de otros, relucía bajo la parpadeante claridad amarilla de las hogueras.

El leñador dejó de aullar órdenes a un zapador para volverse hacia su hermana.

--¿Dónde infiernos has estado?

--En el fondo del mar. ¿De dónde han salido?

--¡Como si alguien lo supiera! --gritó Gaviota, tratando de hacerse oír por encima del estrépito de la batalla y aquel ululular colectivo que parecía un vendaval--. ¿Puedes hacerlos retroceder?

Por toda respuesta, Mangas Verdes se limitó a rozar un punto de su capa repleta de bordados, hizo girar su mano en el aire y entonó un estridente hechizo que subió hacia las copas de los árboles con la velocidad del viento.

Un torbellino de humo y cenizas surgió instantáneamente de la nada y se agitó a su alrededor, y la cabellera de la archidruida onduló y chasqueó bajo su impacto. El vendaval recorrió todo el campamento con la velocidad del rayo, un muro de viento sólido que aullaba como las almas de los condenados.

Arrancado de un mar sacudido por las tormentas, el huracán olía a aire quemado, lluvia fresca y sal marina. Mangas Verdes vio un albatros y peces voladores atrapados entre sus pliegues. La caprichosa tormenta respiraba con ráfagas y ventarrones impredecibles y tan potentes que podían arrastrar a un marinero por encima de la borda o partir por la mitad los mástiles más sólidos.

Cuando la tormenta cayó sobre los invasores, hizo que salieran

despedidos en todas direcciones y chocaran unos con otros, cegándolos, aspirando el aire de sus pulmones y embistiéndoles con una furia tan grande que no permitía ni pensar.

Pero a pesar de que castigaba al enemigo, la tormenta evitó a los seguidores de Mangas Verdes, pues un hechizo de protección se desplegó hacia el exterior surgiendo del perímetro de los baluartes. La archidruida era el ojo del huracán. Soldados vestidos de verde, rojo y blanco se tambalearon mientras el telón de viento y lluvia se agitaba a sólo un brazo de ellos. Con sus capitanes gritándoles que retrocedieran, hombres, mujeres y enanos bajaron con paso vacilante de los baluartes y contemplaron con los ojos llenos de asombro aquel muro circular que parecía el interior de un gigantesco pozo.

--¡No extiendas demasiado la tormenta! --le advirtió Gaviota--. ¡Nuestra caballería y otras fuerzas están ahí fuera!

Su hermana no le prestó ninguna atención. Mangas Verdes, las manos apretadas en dos tensos puños, mantuvo la esfera de protección mientras aumentaba la intensidad de la tormenta. El viento aullaba y chillaba, pero aun así todos pudieron oír la agitación de las ramas que se rompían en el bosque, y los gritos de los enemigos heridos que eran aplastados y golpeados por los restos que giraban en el aire.

La tormenta aumentó todavía más su furia, hasta que llegó un momento en el que la lluvia y las ondulaciones de la tempestad empezaron a abrirse paso a través de la cortina de protección y derramaron cataratas de agua fangosa por encima de los baluartes. Los seguidores de Mangas Verdes curvaron las manos encima de la boca, pues cada vez resultaba más difícil respirar. Muchos lanzaron miradas llenas de inquietud a la archidruida, temerosos de su poder y de que pudiera perder el control de él.

Pero Mangas Verdes mantuvo intacta la tormenta, aprisionándola por dos lados hasta que sus puños empezaron a temblar y sintió que le dolían los brazos y se le estremecía el cuerpo. Mangas Verdes se mordió los labios para seguir resistiendo, pero era como si estuviese siendo despedazada por un tiro de caballos salvajes.

Cuando se dio cuenta de que corría el peligro de perder el control de la tormenta, Mangas Verdes se apresuró a murmurar un hechizo de disipación.

Y un instante después la tormenta se había esfumado.

Y Mangas Verdes se derrumbó como una vela rasgada por la mitad.

Los combatientes parpadearon, aturdidos e incapaces de hablar.

En un momento dado la tormenta rugía y hacía estragos junto a ellos como un tembloroso acantilado de granito, y al siguiente el cielo estaba despejado y la nebulosa luz del amanecer les permitía ver el bosque. Las ramas se inclinaban hacia el suelo, las hojas mojadas colgaban flácidamente y charcos de agua salada desprendían vapor al sentir el calor de la tierra. Esparcidos entre el barro y las hojas había docenas de invasores derribados por la furia de la tempestad: bárbaros de largos colmillos con su pintura de guerra azul borrada por la lluvia, piratas de ropas empapadas, cavernícolas que se tapaban las cabezas con las manos para protegerse de los dioses del cielo... La fuerza enemiga se fue levantando lentamente, quedando hundida hasta las rodillas en el barro y las hojas. Los atacantes, perplejos y confusos, miraron a su alrededor y después empezaron a desaparecer en el bosque. Muchos nunca llegaron a levantarse, pues habían sido dejados inconscientes por los embates de la tempestad o se habían ahogado en los charcos de agua fangosa.

Mangas Verdes también estaba inconsciente, derrumbada sobre las losetas del mosaico y rodeada por seis guardias personales de rostros enrojecidos y llenos de preocupación. La archidruida abrió los ojos, y sintió que la cabeza le daba vueltas.

--La batalla acaba de empezar, y ya tengo más bajas que ayuda...

--Habéis vivido una noche muy larga, mi señora.

Micka, la robusta hija de una granja, llevó a la pequeña druida hasta su tienda y la acostó con cariñosa delicadeza en su cama.

Fuera de ella, los capitanes y los sargentos fueron imponiendo el orden entre sus fuerzas mientras el sol naciente iba convirtiendo el agua de mar en vapor y repartieron órdenes, asegurándose de que los heridos eran llevados al hospital, de que se nombraban nuevos centinelas y de que las armas eran afiladas y se traían más suministros. Dionne de los Escorpiones y Neith de las Focas pidieron permiso para matar a los rezagados que pudieran encontrar, pero Gaviota se lo negó, diciendo que abrirse paso a través del barro y de un bosque hostil no iba a serles de mucho provecho.

--Además, esas tropas no son el verdadero enemigo --añadió--. Queremos acabar con los hechiceros y con ese condenado señor guerrero, no con sus esclavos... Más vale que os aseguréis de que el ejército coma algo de desayuno y de que todo el mundo está

preparado para combatir. Tenemos un día de lucha muy largo por delante.

El leñador dio unas cuantas órdenes más, y después se dio cuenta de que su hermana no estaba allí.

--¡Eres realmente útil, Verde! --observó cuando la encontró dentro de la tienda que olía a moho.

Mangas Verdes se irguió en su catre y tomó un sorbo de té endulzado con miel. La archidruida decidió pasar por alto la contradicción que encerraban las palabras de su hermano: Gaviota odiaba la magia y a los hechiceros, pero alababa la hechicería de su hermana.

Un par de lanceros habían traído las ropas de Gaviota. El leñador se puso su túnica de cuero y su casco de acero, y se calzó las botas. Después le trajeron pan y unas tiras de carne seca, y Gaviota fue engullendo vorazmente la comida mientras contemplaba el campamento y el bosque que se extendía a su alrededor.

--Deberíamos haber cortado unos cuantos árboles más para que ese maldito bosque estuviera más lejos de nosotros... Podrían esconder a todo un rebaño de mamuts ahí dentro. Pero ya es un poco tarde para pensar en eso, claro.

Mangas Verdes meneó la cabeza. La falta de sueño, el encuentro con un dios, la visita al fondo del mar y el esfuerzo de mantener a raya a un huracán la habían dejado tan agotada que apenas si podía recordar su nombre. Pero la curiosidad acabó venciendo.

--Me pregunto cómo se las habrán arreglado Liante y los hechiceros sometidos para dar con nosotros.

--Supongo que te referirás a los hechiceros que estaban sometidos y que ahora son libres, ¿no? Esa magia también falló.

El agotamiento hizo que Mangas Verdes no pudiera contener su ira por más tiempo.

--¡Ya te dije que soy una druida, no una carcelera! ¡No quiero ser responsable de ellos!

Gaviota la contempló con los ojos entrecerrados, masticó y tomó un sorbo de cerveza caliente de un vaso de cuero.

--No te estoy echando la culpa de nada, Verde. Esos bastardos son un problema de todos, y se trata de un problema que nunca hemos llegado a resolver adecuadamente... Yo me habría limitado a cortarles la cabeza y ahí se habría acabado todo, pero ésa es la eterna discusión. --Gaviota se olvidó de ella con un encogimiento de hombros--. Y no sé cómo nos han seguido el rastro. Puede que hayan

captado el olor a magia de alguno de esos artefactos relucientes con los que juegan tus estudiantes, o puede que entre nuestras filas haya un espía que los informó. Quizá los minotauros les dijeron dónde estábamos, o los pájaros... No lo sé. Están aquí, y debemos enfrentarnos a ellos porque así lo quieren los dioses. Pero... ¡Oh, por las pelotas de Boris, cómo odio la magia!

Mangas Verdes reprimió un suspiro.

--A veces yo también la odio. Pero esto no nos lleva a ninguna parte. ¿Qué hacemos ahora?

Esta vez le tocó el turno de suspirar a Gaviota.

--La otra vieja discusión... --murmuró--. Luchamos. Algunos de nosotros mueren.

Mangas Verdes oyó un leve ruido de pies fuera de la tienda. Morir era algo que no tenía secretos para sus Guardianas del Bosque: la guardia personal de Mangas Verdes había perdido a seis guerreras en tres meses. El único miembro original que seguía con vida era Caltha, que había acabado con la clavícula aplastada en un combate.

Pensar en más luchas y más muertes hizo que Mangas Verdes se encorvara. Las discusiones y los argumentos siguieron sucediéndose unos a otros con sólo una constante: la gran meta del ejército era detener a los hechiceros, normalmente luchando.

--Podríamos irnos a otro sitio --sugirió Mangas Verdes a pesar de ello--. Podríamos viajar por el éter hasta cualquier lugar de los Dominios.

Había hablado en un tono quejumbroso y no le gustaba nada hacerlo, pero no quería ver a nadie más herido o muerto..., y sus problemas parecían imposibles de resolver.

Su hermano mayor meneó la cabeza. Gaviota alzó su hacha y, sin darse cuenta de lo que hacía, sacó una piedra de amolar de su faltriquera y empezó a deslizaría por el filo.

--No. Ése es otro tema que ya hemos discutido demasiadas veces. Volverían a dar con nosotros, y no voy a seguir huyendo. Los dioses nos han impuesto el destino de luchar a muerte con los esclavos de Liante. Que así sea.

Mangas Verdes se levantó del catre y fue a apoyarse en el poste de la tienda. El campamento iba recobrando su apariencia habitual, y los cadáveres estaban siendo transportados a sus fosas y pasaban por delante de la tienda: hombres y mujeres degollados por espadas, atravesados por lanzas, cegados por garrotes y látigos... Mangas Verdes sintió un repentino y casi incontenible deseo de llorar.

--Ojalá no tuviéramos que luchar --murmuró.

--Ojalá siguiera siendo un leñador --añadió Gaviota--. Lirio desearía poder volar. Los hombres desean oro, las mujeres amor y los niños caramelos. Los deseos no significan nada... ¿Qué era eso que dijiste hace un rato de que habías estado en el fondo del mar?

--Sí, estuve allí. --Mangas Verdes movió la mano en un gesto despectivo, como indicando que aquello no tenía ninguna importancia--. Descubrí el secreto del casco, pero no se trata de algo que pueda ayudarnos ahora. He de reflexionar en lo que significa. No sé qué hacer...

--Pues cuando lo averigües, háznoslo saber --gruñó Gaviota. Contempló el bosque recién lavado por la lluvia que brillaba bajo los rayos del sol, y golpeó las losetas del mosaico con el mango de su hacha--. Una cosa está clara: tenemos que reunir información. Debemos saber quién está acechando ahí fuera, y luego debemos encontrar alguna estrategia para evitar que nos corten en rebanadas... ¿Eh?

Alguien gritó y señaló el cielo. Varias personas se hicieron sombra en tos ojos con una mano para escrutar el cielo. Hacia el este, y a una gran altura, había docenas de siluetas que revoloteaban y aleteaban, descendiendo en picado y trazando círculos como gorriones que jugaran en las corrientes de aire caliente. La luz del sol arrancaba destellos a cascos pulimentados y largas agujas de acero resplandeciente.

--Los ángeles van armados con espadas, pero no llevan cascos --dijo Gaviota con voz pensativa--. ¿A quién están combatiendo? ¿Quién más vuela?

Mangas Verdes alzó la mirada hacia el cielo. Los ángeles se movían por entre otras criaturas aladas vestidas con túnicas azules y corazas doradas. Los mandobles de los ángeles no conseguían frenar el vuelo de las criaturas doradas, pero los golpes con que éstas devolvían los ataques herían a los ángeles. Mientras todo el mundo mantenía clavados los ojos en el cielo, un ángel se precipitó hacia el desierto dejando tras de sí una estela de plumas ensangrentadas.

--Fantasmas --murmuró Mangas Verdes--. Creo que están luchando con fantasmas, sombras espectrales a las que no puedes tocar pero que sí pueden tocarte. Y también pueden matarte.

Gaviota masculló una maldición.

--Otro sucio y rastrero truco mágico... ¿Dónde infiernos están mis exploradores y mi caballería? ¡Ya tendrían que habernos informado!

Gaviota pidió a gritos que le trajeran su caballo, y se fue hecho una furia.
Mangas Verdes se quedó con sus Guardianas del Bosque, pero su presencia no impidió que se sintiera sola.
--A veces desearía no haber oído hablar jamás de la magia...

* * *

Rodeado por treinta Lanceros Verdes, Gaviota galopó a través del bosque por el sendero del oeste para averiguar qué destino había sufrido su caballería, que se encontraba acampada en la sabana. Pequeñas bolsas de tropas enemigas intentaron lanzarse a la carga contra ellos, pero el contingente de Gaviota las rechazó y se alejó al galope. Los árboles de troncos nudosos y deformes no tardaron en ir escaseando, y el bosque se convirtió en pequeños macizos de troncos separados por grandes extensiones de hierba que llegaba hasta la rodilla de un hombre adulto.
Un piquete hizo sonar su clarín, y un pelotón formado por centauros de la Compañía Rosada apareció al galope para ir al encuentro de la tropa de Gaviota. Sus vendajes y su apariencia un tanto maltrecha indicaron al leñador que ellos también habían luchado y habían sufrido severas pérdidas. Los centauros le llevaron al puesto de mando de la capitana Helki.
La mujer-yegua y sus oficiales estaban delante de un frondoso bosquecillo de árboles cuyas copas tenían una delicada apariencia vaporosa, y estudiaban un mapa. Cuidadores humanos atendían a los heridos en los alrededores del bosquecillo, ocupándose por un igual de centauros, jinetes y caballos.
--¡Helki!
Gaviota detuvo su montura lo bastante cerca para poder captar el olor de la centauro, y sus fosas nasales percibieron aquella extraña mezcla de sudor humano y equino, hierba, cuero y pulimento para metales. Una hoja muy afilada había dejado su señal en el peto de Helki. Algunos de sus mensajeros llevaban vendajes, y uno había perdido el casco.
--¿Qué tal van las cosas?
El rostro de Helki estaba sonrojado dentro de aquel casco que le daba una expresión hosca y amenazadora.
--Grupos de jinetes vestidos de azul atacan nuestros flancos. Intentamos averiguar cuántos hay, pero cambian de tal manera que

nos preguntamos si no estarán yendo y viniendo a través del éter. Luchamos contra ellos como podemos. También hay infantería sobre alfombras voladoras, que viene y va... También, orcos escondidos en esos bosquecillos que salen corriendo para apuñalar a nuestros heridos, malditos sean esos cobardes.

Helki podía perdonar las incursiones contra sus flancos, pues eso era hacer la guerra. Pero que mataran a los heridos la enfurecía.

Gaviota recorrió el horizonte de hierba con la mirada, pero había demasiados bosquecillos obstruyendo la visibilidad. Una bandada de enormes aves corredoras pasaba al galope de vez en cuando, pareciendo arbustos que hubieran cobrado vida. Gaviota divisó en la lejanía a un contingente de caballería vestido de azul --los jinetes del desierto de Karli-- que estaba siendo perseguido por una fuerza mixta de humanos y centauros. Los jinetes azules huyeron, pero desaparecieron detrás de otro bosquecillo..., probablemente para describir un círculo y lanzar un nuevo ataque.

--Estáis demasiado desperdigados --le dijo a su capitana--. Están jugando con nosotros. Atacan y luego salen huyendo, igual que en la guerra del Bosque de los Susurros, e intentan agotarnos... Esta mañana no reanudaron su ataque al campamento. Se están escondiendo y se reagrupan, probablemente para acabar con los rezagados durante el día y atacarnos durante la noche. Liante sabe que si se enfrentara a nosotros en una batalla abierta podría ser derrotado, porque somos voluntarios y él sólo tiene esclavos sometidos mediante la magia, así que está usando la táctica de los ataques por sorpresa.

Gaviota se irguió sobre la silla de montar y señaló el bosque de maleza y árboles deformes, que se encontraba a poco más de un kilómetro y medio de distancia.

--Lleva a tus tropas hasta donde empieza el bosque, pero deja un poco de espacio para poder galopar. Su caballería no se atreverá a internarse por el bosque para colocarse detrás de vosotros, porque la maleza es demasiado espesa. Y si no te queda más remedio, puedes retirarte por el sendero y venir al campamento... Creo que eso evitará que vayan acabando con vosotros uno a uno, y entonces averiguaremos con quién nos estamos enfrentando en realidad.

--Sí. --La mujer-yegua asintió, y su casco subió y bajó con un destello metálico--. Es buena idea y dará resultado, si ése realmente es su plan.

Helki volvió grupas para gritar nuevas órdenes a los mensajeros,

pero entonces un grito surgió de un puesto de guardia situado a su izquierda. Helki y Gaviota, sintiendo curiosidad, fueron hacia allí para poder ver mejor qué ocurría.

A dos tiros de arco de allí, una gran falange de jinetes del desierto --treinta de ellos o más-- había formado una hilera. En su centro había una silueta que a esas alturas ya les resultaba familiar a todos: era el señor guerrero de Keldon.

El gigante llevaba su yelmo adornado con colmillos de hierro y una larga capa roja, y apoyaba en el soporte de su estribo una gran lanza coronada por un estandarte color rojo sangre. La bestia que montaba era alguna clase de mutante, increíblemente enorme y robusta, pues ningún caballo normal hubiera podido transportarle. La criatura era de un intenso color rojo oscuro, como el de la sangre seca, con unas crines tiesas y despeinadas y cuernos de toro que sobresalían hacia adelante.

Helki soltó un relincho nada más ver al señor guerrero. Los centauros y la caballería se acercaron al trote y formaron su propia hilera. Estaba claro que la capitana centauro pretendía lanzarse a la carga. Los treinta lanceros de Gaviota volvieron la mirada hacia su líder, claramente deseosos de unirse a la carga. Gaviota se limitó a alzar una mano mientras su cerebro funcionaba a toda velocidad.

Helki lanzó otro grito de guerra, y sus tropas lo corearon. Las pezuñas de los centauros y los caballos subieron y bajaron, cortando los amarillentos tallos de hierba en su nervioso anhelo por iniciar el galope.

--¡Esperad! --aulló Gaviota.

Todos le miraron, perplejos.

Gaviota galopó a lo largo de la fila, interponiéndose entre Helki y el señor guerrero con sus lanceros apresurándose a mantenerse detrás de él.

--¡Te he ordenado que retrocedas hasta el bosque, y hablaba en serio!

Helki frunció el ceño debajo de las láminas protectoras de su casco. Las órdenes no le gustaban nada, pero la centauro, siempre disciplinada, ordenó a sus tropas que rompieran la formación y se retirasen.

--¡Cobardes! --llegó un grito enronquecido desde la lejanía--. ¡Cobardes mandados por una medusa viscosa y asustada! ¡Un leñador que juega a la guerra!

Gaviota volvió grupas. El señor guerrero siguió lanzando burlas e

insultos mientras su fila de jinetes continuaba avanzando detrás de él.

--¿Quién demonios puede ser ese bastardo para tenerme tanto odio? --Gaviota se alzó sobre sus estribos para contestarle, también a gritos--. ¡No soy idiota, de eso puedes estar seguro! No jugaré a tu juego... ¡Yo fijaré las reglas! Ahora ve a buscar unos cuantos prisioneros indefensos a los que torturar, maldito...

Una sarta de tremendas maldiciones de mulero resonó a través de la pradera.

Y, como respuesta a ellas, el señor guerrero soltó una carcajada, bajó su lanza y aulló una orden.

--¡A la carga!

Antes de que Gaviota pudiera entender lo que estaba ocurriendo, su contingente de caballería ya había devuelto el grito. Alguien --no Helki-- gritó «¡A la carga!». Un trompeta hizo sonar la llamada de ataque, y la hilera rugió y hundió los talones en los flancos de sus monturas...

... y se detuvo, perpleja, en un confusa agitación cuando Gaviota se interpuso en su camino.

--¡He dicho que no! --Gaviota agarró su hacha por la hoja y la movió de un lado a otro, agitando su largo mango para señalar el bosque--. ¡Volved atrás! ¡Vamos, retroceded todos! ¡Es una orden!

Helki, que había sido adiestrada en las artes de la guerra desde que pudo sostenerse sobre sus cuatro patas, había quedado consternada y perpleja ante aquel quebrantamiento de la disciplina por parte de sus tropas. La centauro ladró y rugió órdenes con auténtica furia, y envió a su caballería al galope a través de la hierba hacia el bosque, con los jinetes del señor guerrero a sólo unos treinta metros detrás de ella.

Muli colocó a los Lanceros Verdes en posición alrededor de Gaviota y éstos le siguieron, lanzándose al galope hacia el bosque. La llanura vibró con el atronar de centenares de pezuñas.

Un grito sarcástico y los alaridos con que el señor guerrero conminaba a Gaviota a que se detuviera y luchase de una vez resonaron detrás de ellos.

Gaviota maldijo furiosamente mientras sentía el azote del viento en su rostro. No quería huir, pero tenía que proteger a las tropas de Helki, que se hallaban seriamente superadas en número. No podía permitir que sacrificaran sus vidas en cargas estúpidas.

--¡Variación izquierda! --gritó, clavando los ojos en los contornos del bosque que se extendía delante de ellos.

Caballos y centauros se desviaron hacia la izquierda.

--¡Odio correr! --jadeó Muli mientras galopaba al lado de Gaviota con su estandarte verde aleteando en el viento--. ¡Preferiría luchar!

--¡Antes de que todo esto haya acabado podrás hartarte de luchar! --respondió Gaviota, alzando la voz para hacerse oír--. ¡Volved grupas! ¡Volved grupas aquí y desplegaros!

Adiestradas hasta alcanzar la perfección, las tropas de Helki formaron un círculo con un movimiento tan impecablemente sincronizado como el de una bandada de gorriones. Gaviota había llevado a la caballería hacia una brecha de unos seis metros de anchura que se abría entre dos grandes macizos de vegetación espinosa, y la había conducido hasta una especie de claro que tendría unos sesenta metros de anchura. Un angosto sendero se introducía en el bosque. Gaviota, mirando en todas direcciones a la vez, ordenó a sus lanceros que fuesen hacia el bosque para sacarlos del camino que debería seguir la caballería. Después agitó el mango de su hacha, y gritó a Helki que desplegara a sus fuerzas hacia la izquierda y hacia la derecha. La mujer-yegua comprendió lo que pretendía conseguir.

Unos segundos después la caballería había quedado oculta detrás de los zarzales y arbustos espinosos. Gaviota se colocó en el centro del claro, perfectamente visible con sus guardias personales rodeándole. La caballería del señor guerrero rió a carcajadas al verle desprovisto de una auténtica fuerza de caballería, pensando que el contingente de Helki había abandonado a su líder, y se lanzó al galope por el sendero del bosque. Los jinetes azules removieron la tierra con los cascos de sus monturas mientras gritaban amenazas y les prometían la muerte, y alteraron su formación convirtiéndola en una hilera de cuatro jinetes de anchura para lanzarse por la brecha.

Y murieron.

La caballería de Helki cayó sobre el enemigo desde dos direcciones distintas, atacándolo con sus lanzas y sus sables. Largas lanzas adornadas con estandartes rosados arrancaron a los jinetes del desierto de sus sillas de montar. Otros fueron derribados de un mandoble, y acabaron aplastados bajo los afilados cascos de sus monturas.

Los gritos de triunfo se convirtieron en aullidos de indignación. Los centauros y la caballería de Helki actuaban en una estrecha cooperación, deslizándose los unos junto a los otros para hundir sus largos aceros en las filas del enemigo y alejarse después en un baile tan ágil y veloz como el de un ciervo. La desenfrenada carga

de los jinetes del desierto sólo terminó cuando la brecha entre los arbustos espinosos quedó tan repleta de cadáveres de hombres, mujeres y caballos que los jinetes de la retaguardia se encontraron con que no podían entrar en el claro.

Pero el señor guerrero de Keldon, que había permanecido en la retaguardia y había visto morir a sus tropas, no expresó ni rabia ni remordimiento.

--¡Eres un cobarde, Gaviota! --gritó, alzándose sobre su bestia de guerra mientras agitaba un puño en el aire--. ¡Te escondes detrás de mortales inferiores e indignos, y te ocultas detrás de esta escoria que tiende emboscadas! ¡No eres un auténtico líder! ¡Eres un cobarde, y te sacaré el hígado con mis manos desnudas!

Gaviota, inmóvil como una estatua de bronce, le contempló desde su caballo con el hacha apoyada en el pomo de la silla de montar. Los jinetes del señor guerrero retrocedieron, incapaces de hacer avanzar a sus monturas. Las tropas de Helki aguardaron, con las lanzas alzadas hacia el cielo de tal manera que la sangre caía por los astiles, o con los sables de caballería inclinados hacia el suelo y goteando sangre. Sus combatientes miraron a Gaviota y se preguntaron cómo respondería a aquellos insultos.

Gaviota no hizo nada y no dijo nada. Estaba perplejo.

Una pregunta resonaba una y otra vez en su cerebro. ¿Por qué le odiaba tanto el señor guerrero? ¿Por qué sentía aquel odio tan intenso y tan personal hacia él?

Y, por el amor de todos los dioses, ¿por qué su voz le resultaba tan familiar? Gaviota nunca había visto a aquel hombre, y en toda su vida jamás había visto a nadie tan enorme. Así pues, ¿qué razón podía haber para que la voz del señor guerrero vibrase en su cerebro como el repique de una campana?

Después de un rato más de maldiciones e insultos, el señor guerrero de Keldon gruñó una orden a sus tropas, tiró de las riendas de su extraño monstruo-caballo y volvió grupas, disponiéndose a marcharse. El trueno ahogado de su galope se fue desvaneciendo, y el polvo fue cayendo lentamente al suelo.

Gaviota contempló la brecha por la que se había marchado el señor guerrero y se volvió hacia la centauro.

--Helki, quiero que hables con tus tropas y que te asegures de que entienden la situación --dijo--. Nos enfrentamos a un ataque como nunca hemos conocido antes, con centenares de enemigos que quieren nuestros pellejos. Y esta vez no huiremos, sino que

lucharemos hasta la muerte.
La Caballería Rosada y los Lanceros Verdes intercambiaron rápidas miradas mientras Gaviota seguía hablando.
--En este ejército sólo hay voluntarios, y en nuestras filas no hay ni un solo esclavo de la magia conjurado por un hechicero. Pero nuestras gentes se unieron al ejército para luchar, no para malgastar sus vidas inútilmente... Lo que te digo, y lo que diré a los otros capitanes, es que todos deben saberlo. Puede que nuestra causa esté perdida. En consecuencia...
El general, una silueta alta y robusta erguida sobre su caballo gris, hizo una profunda inspiración y logró calmar su respiración entrecortada por la ira.
--En consecuencia, vuelvo a pedir voluntarios..., no para luchar, sino para morir. Cualquier persona que desee seguir viviendo, cualquiera que tenga un poco de sentido común... Bien, si se retira no se le condenará por ello. Quien quiera marcharse debería estar encima del sol del mosaico al ocaso. Mangas Verdes los desplazará a través del éter hasta otro lugar. Casi todos los seguidores del campamento y los niños se marcharán primero, y luego les tocará el turno a los demás. ¿Ha quedado entendido?
--Perfectamente --dijo la capitana centauro.
Su espalda estaba muy erguida, y su lanza permanecía totalmente inmóvil. El estandarte rosa colgado de la punta aleteaba bajo la brisa.
--Muy bien --dijo Gaviota--. Quienes decidan quedarse, y que los dioses tengan compasión de sus almas, permanecerán en el comienzo del bosque y se mantendrán alerta. No permitáis que nadie sea atraído hacia una trampa, porque necesitaremos a todos los que no quieran irse. ¿Entendido? Bien... Ahora iré a decírselo a los otros capitanes.
Gaviota y sus guardias personales volvieron grupas y entraron en el bosque por el angosto sendero.
--¡Ya habéis oído a nuestro general! --gritó Helki, señalando el sendero con su lanza en cuanto el retumbar de los cascos de sus monturas se hubo desvanecido--. Quien desee marcharse, que se vaya.

* * *

Los dos hermanos hablaron delante de sus tiendas mientras engullían a toda prisa un poco de comida sostenida en sus manos

cubiertas de polvo. El sol ya estaba muy bajo, y largas sombras salpicaban el complicado laberinto de historias y leyendas de los mosaicos y hacían resaltar los alegres colores que el tiempo había ido oscureciendo poco a poco.

--... en el desierto, la Caballería Dorada se enfrenta a guerreros de coraza marrón que montan escorpiones, e incluso a criaturas mitad escorpión y mitad humano. Y también hay enormes pájaros negros parecidos a los buitres que pueden arrancar el brazo de un hombre con un solo picotazo. Y en el bosque, los mamuts aplastaron a amigos y enemigos por un igual. Hay escaramuzas rodeándonos por todas partes. Nuestros exploradores, armados únicamente con cuchillos, están tendiendo emboscadas a los bárbaros. Y un bibliotecario ha informado de que las gentes del mar se enfrentan a tiburones hechizados tan inteligentes y mortíferos como lobos, pero tienen unas ballenas de rayas blancas para que les ayuden. Y... --Gaviota se quedó sin aliento y bebió un trago de vino tinto--. Y no sé qué más. No veo ningún final a este combate y, en realidad, me parece que la batalla se está haciendo cada vez más y más encarnizada. No podremos dormir mucho rato.

Gaviota se levantó y se quitó el polvo de las ropas. Estaba tan cansado que se tambaleó, y apoyó una mano en el robusto hombro de Muli para recuperar el equilibrio.

Mangas Verdes también se levantó. Había pasado la tarde conjurando muros de espinos y de luz, agua de mar y surtidores para extinguir incendios, provocando pequeños terremotos que resquebrajaban la tierra para separar a las facciones que combatían o invocando manadas de lobos para que acosaran a los incursores. Estaba tan cansada que habría podido echarse a llorar.

Pero lo que más temía y más la horrorizaba era la perspectiva de lo que su hermano había profetizado sería la batalla final, que terminaría con sus muertes o con las de los hechiceros. Mangas Verdes no podía evitar pensar que todo aquello había ocurrido por su culpa. Si no poseyera el poder de hacer magia, no estarían viviendo todo aquel caos. Los demás le aseguraban que eso era una tontería, pero en lo más profundo de su corazón Mangas Verdes presentía que estaba en lo cierto..., y lo peor era que no tenía ni idea de cómo detener aquella locura.

Gaviota contempló el sol poniente con los ojos entrecerrados.

--Vamos, Verde. Tienes que sacar de aquí a los no combatientes y a los niños.

Mangas Verdes ni siquiera estaba segura de que pudiera hacer un solo conjuro más. Le dolían los brazos, y le ardían los dedos. Su cabeza latía con un doloroso palpitar de tanto preocuparse y concentrarse. Volvió la mirada hacia el mosaico central, donde una multitud se había estado congregando desde hacía una hora. «Tantas personas que desplazar a través del éter...», gimió para sus adentros.

Pero deslizó la mano por el hueco del codo de Kwam --Kwam, siempre lleno de paciencia, siempre a su lado y siempre dispuesto a ayudarla--, y fue hacia allí con su hermano.

La multitud contempló cómo sus dos líderes avanzaban por entre las hogueras, las tiendas y los montones de equipo, los haces de leña y las recuas de monturas. Gaviota vio que Helki y Holleb, los dos centauros, estaban en el perímetro de la multitud, así como otros combatientes de caballería que habían dejado atadas sus monturas en alguna cuerda. Pero la multitud estaba extrañamente silenciosa, y Gaviota había esperado oír despedidas lacrimosas y bromas vacilantes. Nadie hablaba, y un niño que había empezado a lloriquear fue acallado casi inmediatamente y estrechado con más fuerza entre los brazos que lo sostenían.

Los Lanceros Verdes rodearon y precedieron a Gaviota, como siempre, mientras que las Guardianas del Bosque avanzaban detrás de Mangas Verdes.

--¡Dejad paso al general y a Mangas Verdes! --ordenó secamente Muli cuando estuvieron cerca.

La multitud se abrió ante ellos.

Gaviota y Mangas Verdes se detuvieron.

El centro estaba vacío.

Gaviota y Mangas Verdes no se dieron cuenta de que, por una vez, sus guardias personales no estaban pisándoles los talones. Kwam había dejado de sujetar la mano de Mangas Verdes. Los dos hermanos fueron hasta el centro del mosaico sin que nadie les acompañara. Su séquito llegó hasta donde empezaba el círculo solar, pero ya no fue más lejos.

Gaviota miró a su alrededor, sintiéndose cada vez más perplejo. Mangas Verdes bajó la vista hacia el rostro sonriente de gordas mejillas del que brotaban rayos serpenteantes, como si el sol pudiera responderle.

--No lo entiendo...

Gaviota contempló a la multitud inmóvil alrededor del círculo solar. Había lugares en los que el gentío tenía diez o quince cuerpos de

espesor, y todos esperaban y miraban. Pero nadie ponía un pie sobre la línea.

--¿Qué demonios significa todo esto? --preguntó--. ¿Quién va a marcharse?

Silencio, como un calor palpable que brotara de los cuerpos inmóviles.

--¿No os atrevéis a avanzar? Ya he dicho que nadie será despreciado por salvar su vida, o la de sus hijos. Que quienes vayan a irse den un paso hacia adelante.

Nadie se movió. Algunos miraron al general a la cara y algunos desviaron la mirada o la bajaron, pero nadie habló.

Mangas Verdes estaba notando una sensación muy extraña en el estómago, como si se estuviera precipitando por un abismo.

Gaviota chasqueó la lengua.

--Basta de tonterías. Estamos perdiendo el tiempo. --Eligió a un hombre que llevaba un delantal lleno de manchas, un herrero y armero encima de cuyo hombro había un saco por el que una niña muy pequeña asomaba la cabeza y lo contemplaba todo con ojos llenos de curiosidad--. Ya no tienes nada que hacer aquí, Ezno. Coge a tus hijos y a tus hijas y...

El herrero se lamió los labios y movió la cabeza en una lenta negativa.

--La caballería me necesita para que ponga herraduras a sus caballos, Gaviota, o no podrán luchar.

Gaviota, perplejo, frunció el ceño.

--Bueno, pues entonces habrá que ocuparse de tu bebé... La llamaste Carina, ¿verdad? Confíasela a un aya, y se marchará con ella. --Señaló a un aya, una mujer muy gorda que llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y un delantal repleto de bolsillos. Media docena de niños se agarraban a sus faldas--. Tú tienes un poco más de sentido común, ¿verdad, Dasha? Venga, di a esos niños que entren... Pero Dasha también meneó la cabeza.

--No sirvo para hacer de aya, general --dijo--. Los niños no me obedecerán, y no puedo irme sin ellos.

Mangas Verdes probó suerte con la persuasión.

--Pero seguramente entiendes que los niños no estarán a salvo si se quedan aquí, Dasha --dijo--. Les harán daño, los matarán... Si no se...

--Quieren luchar --dijo el aya.

Un niño que sólo le llegaba hasta las rodillas alzó una sucia

manecita para mostrar su arco y su flecha de juguete.

Las palabras que Mangas Verdes iba a pronunciar murieron en sus labios.

Gaviota meneó la cabeza y cruzó el círculo. Por primera vez, vio que sus seguidores retrocedían como si se encontraran ante un monstruo. Lirio estaba entre ellos, con Agridulce en los brazos, y un aya sostenía a Jacinta. Kwam estaba junto a ellas, pareciendo hallarse absorto en sus pensamientos. Gaviota extendió un brazo.

--¡Échame una mano, Helki! Haz venir a las tropas que vayan a marcharse...

--¡No las hay, mi general! --respondió la centauro con voz potente y nítida--. ¡Nadie desea irse!

--Pero eso es... --Gaviota alargó la mano hacia una cocinera de cabellos rizados por el contacto continuo con los vapores que sólo tenía una mano--. ¡Sal de aquí, Amissa! Comeremos raciones de campaña y...

La cocinera retrocedió cuando los dedos de Gaviota se cerraron sobre su mano llena de cicatrices y viejas quemaduras. Estaba demasiado asustada para hablar pero, para el asombro del general, docenas de manos se posaron sobre los hombros y las faldas de Amissa y la sujetaron. Gaviota, confuso y aturdido, la soltó.

El fuego de la ira empezó a arder dentro de él.

--¡No podéis quedaros todos! ¡Es una estupidez! ¡Nos quedaremos con un núcleo de combatientes, gentes que no tengan nada que perder, y eso será todo! Amissa, tú perdiste esa mano durante el ataque al campamento... ¡Un jinete del desierto te la cortó de un sablazo! ¡Estuviste a punto de morir! Y morirás... ¡Lirio, ayúdame!

Gaviota, desesperado, se volvió hacia su siempre prudente y práctica esposa, pero Lirio se limitó a menear la cabeza. Sus ojos relucían con el brillo de las lágrimas.

Gaviota se dio por vencido.

--¡Muli! Trae a tus lanceros y separaremos a estos idiotas de los demás. No podemos pasarnos toda la noche...

Y la respuesta de Muli le dejó boquiabierto.

--No, general Gaviota. Lo siento, pero... No. No entraremos en este círculo..., ni ahora ni nunca.

--Yo tampoco entraré --declaró Ezno, el herrero.

--Ni yo --dijo secamente Dasha, el aya.

--Ni yo --graznó Amissa, la cocinera.

--¡Ni yo! --gritó alguien desde atrás.

--¡Ni yo! --le hizo eco una voz.

--¡Ni yo! ¡Ni yo! ¡Ni yo! --gritaron muchas voces.

Las dos sílabas recorrieron el círculo una y otra vez, repitiéndose como una canción. Gaviota estaba tan perplejo que sólo atinó a menear la cabeza. Después alzó las manos, la derecha que estaba intacta y la izquierda que estaba mutilada y sólo tenía dos dedos.

--Pero... ¿Es que no lo entendéis? ¡Quedarse aquí significa la muerte! ¡Los hechiceros han jurado destruirnos, o esclavizarnos! Quizá nos hagan cosas todavía peores... Ellos no... El cántico del ejército se volvió todavía más ensordecedor.

--¡Ni yo! ¡Ni yo! ¡Ni yo!

Gaviota se desgañitó en un intento de imponerse a gritos, pero acabó rindiéndose y se calló.

--Creía que yo era el único maldito cabezota que había en este ejército... --dijo con voz pensativa.

Y Mangas Verdes, sola junto a él sin ni siquiera su amado Kwam, se echó a llorar.

--¿Por qué lo hacen, Helki?

Olvidando sus modales, y que los centauros no soportaban ser tratados como bestias de carga, Mangas Verdes se derrumbó sobre el flanco caliente y suave de su amiga. La centauro no protestó.

--¿Por qué se esfuerzan tanto, por qué luchan y mueren por mí y por mi hermano?

--No lo hacen por vosotros --replicó la centauro--. Lo hacen por ellos mismos.

--¿Eh?

Ya había anochecido, y las hogueras iluminaban el campamento. Los fuegos eran más grandes de lo habitual. Las canciones resonaban por todo el campamento, y se oían muchas risas y carcajadas, y el entrechocar de jarras alzadas en un brindis, y los alegres sonidos de la danza. Después de que Gaviota se hubiera dado por vencido y hubiese dejado de tratar de convencer a la gente de que se fuese, el campamento se había dedicado a preparar la cena. Pero poco a poco, a medida que la gente saboreaba su victoria moral, una atmósfera general de celebración se había ido adueñando de todos, aunque los puestos de guardia seguían vigilando desde las empalizadas.

A Mangas Verdes todo aquello le parecía tan horrible como imposible de entender. Ella y Kwam habían recorrido el campamento y habían sido recibidos con joviales saludos por muchos, hasta que la joven druida encontró a sus amigos los centauros, todavía con la coraza y los arreos de guerra puestos, hablando con otros combatientes de la caballería. Mangas Verdes había intentado formular preguntas coherentes hasta que llegó un momento en el que no pudo seguir conteniéndose y estalló.

--¡No lo entiendo! --balbuceó--. ¡Probablemente van a morir, y sin embargo se sienten felices de poder sacrificarse! ¡Gaviota y yo no nos merecemos esa clase de devoción!

--No es por Gaviota y por ti. --La centauro, que era mucho más alta que Mangas Verdes, se inclinó un poco y acarició la despeinada cabellera de la mujer apoyada en su flanco. Kwam estaba a un metro de ellas, escuchando en silencio--. Las personas se sacrifican por ellas mismas. Por sus familias, y por sus sueños de volver a casa... Pero sobre todo se sacrifican por la causa.

--¿Cuál es nuestra causa? --Mangas Verdes clavó la mirada en el resplandor de las hogueras--. Se me ha olvidado.

--Ellos no la han olvidado. Cada día, con cada tarea, la gente trabaja para la buena causa que tú y Gaviota iniciasteis. Eso los vuelve más grandes.

--¿Qué quieres decir? ¿Cómo?

Helki intentó encontrar las palabras adecuadas en una lengua que no era la suya.

--No es la guerra, y no es ejército. Es una cruzada para detener a los hechiceros. Es... la idea. Gloriosa idea. La gente se une a la idea, y la hace suya. Se van haciendo más grandes para que la nueva idea pueda caber dentro de sus cabezas.

--No... No lo entiendo.

Helki piafó y golpeó el suelo con sus pezuñas. Su cola onduló de un lado a otro mientras pensaba.

--Te contaré una historia, de los tiempos en que viajábamos por los lejanos bosques del oeste. Entonces Holleb no era tan bueno y amable como ahora. Pero cambió. --El hombre-corcel, que estaba cerca de ellas, soltó un gruñido, pero Helki siguió hablando sin inmutarse--. Escucha, y yo contaré...

* * *

Los bandidos eran astutos y no produjeron ningún sonido cuando saltaron desde los árboles, con sus largos cuchillos preparados para clavarse y rajar.

Pero sus presas, que estaban avanzando por el sendero medio perdido entre la frondosa vegetación, no eran humanos corrientes.

Holleb y Helki, centauros lanceros, estaban llevando a cabo una misión de exploración para el ejército. Llevaban cascos y petos de acero pintado y adornado con volutas, arneses de guerra y equipo y otras impedimentas sujetos a lo largo de sus potentes y lustrosos flancos rojizos. Iban armados con lanzas tan largas como sus cuerpos cuyos astiles estaban adornados con plumas de vivos colores. Holleb, el hombre-corcel, medía casi tres metros de altura, con brazos gruesos como troncos de árbol y un delicado y casi plumoso pelaje blanco encima de sus inmensas pezuñas. Helki, su compañera y casi tan grande como él, se movía tan silenciosamente como un gato montes.

Cuando los dos bandidos, vestidos con harapos, fragmentos de armadura robada y suciedad, se dejaron caer desde los árboles, cada centauro advirtió al otro con un resoplido.

La lanza de Holleb brilló en el aire y se incrustó en el pecho del primer bandido, que era bastante joven. La punta de la lanza, tan afilada como una navaja de afeitar y de un palmo de anchura, se abrió paso a través del hígado y los ríñones del muchacho y salió por su espalda. El centauro inclinó impasiblemente su lanza en cuanto el joven agonizante empezó a deslizarse a lo largo del astil entre chorros de sangre, bajándola para permitir que cayera al suelo. Las robustas manos cubiertas de vello rojizo de Holleb hicieron girar la lanza en el último momento para causar todavía más destrozos en las entrañas del bandido, y después hicieron que su cuerpo saliera despedido por los aires hasta que su cabeza acabó chocando con el tronco de un árbol. El ladrón había muerto tres veces antes de que su cuerpo tocara el suelo.

Helki se enfrentó a una mujer que intentaba saltar sobre su ancha grupa de caballo. Lanzando una coz con sus patas traseras, la mujer-yegua se hizo a un lado tan rápidamente que su atacante cayó de bruces sobre el suelo del bosque. La fuerza del impacto expulsó el aire de sus pulmones. Helki invirtió su lanza y dejó caer la contera de hierro en que terminaba el astil sobre el cráneo de la bandolera, dejándola aturdida. Después asestó otro golpe de contera sobre la mandíbula de la mujer. La bandolera se quedó inmóvil.

Helki bajó la cabeza desde su gran altura para contemplar a su cautiva, y sonrió con satisfacción.

Pero un instante después soltó un balido de sorpresa cuando Holleb pasó velozmente junto a ella y alanceó a la bandolera en el vientre. La mujer se sacudió como un pez en el anzuelo. Holleb bajó la contera de su lanza, y golpeó hacia arriba para atravesarle el corazón. La mujer sufrió un espasmo, escupió un chorro de sangre muy roja y murió.

--¿Por qué la matas? --Helki habló en la lengua común de los humanos, aunque su voz apenas llegó a ser un susurro porque seguían estando en misión de exploración--. ¡Si es posible, Gaviota quiere que capturemos a nuestros enemigos!

El áspero gruñido de réplica de Holleb llegó en el lenguaje de resoplidos y relinchos de los centauros de las estepas. Su compañero siempre hablaba así cuando estaban a solas.

--Gaviota es un estúpido. Si echas a una rata de un barril de grano, ¿es que no vuelve nunca? Estos bandidos atacan nuestros carros de provisiones, roban y saquean, y por eso seguimos su pista y por eso ponemos fin a sus robos.

Gaviota el leñador les había pedido que encontraran a los ladrones porque ninguno de sus rastreadores humanos podía seguir su pista. Dotados de ojos que podían ver hasta el horizonte, los centauros eran capaces de «seguir el rastro de un insecto sobre el rostro de la luna».

Helki inspeccionó la contera de su lanza para asegurarse de que seguía unida a la madera. Después deslizó la punta de la lanza por entre las harapientas ropas de la mujer, y sólo encontró pulgas y una vaina de cuchillo.

--No estamos en las estepas. Ahora las cosas son distintas. Trabajamos con los dos-patas, y debemos respetar sus costumbres.

Holleb arrancó unas cuantas hojas amarillas de una parra silvestre y limpió cuidadosamente la sangre de la punta de su lanza. Después inspeccionó el filo, tan cortante como el de una navaja, en busca de melladuras.

--Trabajamos para los dos-patas, tal como ha hecho siempre nuestro pueblo --replicó--. Pero no debemos volvernos como ellos. Nunca serán ni la mitad de lo que somos. Las cosas no son distintas. No olvides eso.

Helki meneó la cabeza. Agarró a la mujer muerta de los cabellos con una mano, la alzó en vilo y metió su cadáver por entre los zarcillos de la parra y detrás de un muro de piedra, ocultándolo para evitar que fuese visto si otros bandidos venían por allí.

--No podemos borrar la sangre.

--No importa. Si pasan, correrán con nosotros persiguiéndoles. Y los humanos están ciegos, y podrían llegar a tropezar con un búfalo... Los que se escondían en las ramas de los árboles pensaban que no podíamos verlos.

Holleb escrutó el bosque que se extendía por delante y por detrás de ellos. El final del otoño se estaba preparando para convertirse en invierno. Aquella mañana había llovido y volvería a llover antes de que anocheciese, pero el bosque aún estaba ataviado por un espléndido ropaje de vivos colores. Las hojas amarillas de las hayas, el follaje anaranjado de los robles enanos y el negro de los troncos de los grandes robles centenarios todavía formaban un dosel que se cernía sobre el bosque como un diluvio de claridad solar invertida. El aire estaba impregnado por la picante mezcla del perfume de las bayas rojas y las moras y el acre olor del tanino de la corteza de los robles. Los fugaces movimientos de las hojas que caían al suelo girando lentamente estaban por todas partes y suponían una distracción

constante, pero los centauros ya habían adaptado su visión para que excluyera cualquier cosa más pequeña que un rostro humano.

Bajaron sus lanzas sin decir ni una palabra más, se separaron hasta dejar dos cuerpos de distancia entre ellos y reanudaron la cacería. El sendero era casi totalmente llano bajo sus cascos. Unos cincuenta metros más adelante se dividió de repente, convirtiéndose en dos caminos que se alejaban hacia la izquierda y hacia la derecha. Los dos estaban marcados por grandes arces de troncos tan gruesos que habían derrumbado secciones enteras de los muros de piedra al irlos empujando hacia un lado.

Helki describió un lento círculo. A los centauros les gustaba moverse en círculos, estando preparados para enfrentarse a cualquier peligro, y lo preferían a volver la cabeza: sabían que esa costumbre ponía bastante nerviosos a los humanos, que temían ver aplastados sus pies bajo sus enormes cascos herrados. Su equipo, una espada de bronce, los rollos de cuerda y las alforjas para transportar comida tintinearon y crujieron suavemente.

--Calle principal. Los arces eran árboles ornamentales.

Holleb emitió un gruñido de asentimiento. Los centauros supieron que habría ruinas más adelante apenas llegaron al camino, a pesar de que éste se hallaba cubierto por varios centímetros de tierra. Holleb fue por una de las dos avenidas para averiguar qué había más allá de los muros de piedra y los troncos de los árboles, pero el terreno se convertía en un amontonamiento de terrazas, laberintos y edificios de piedra. El centauro volvió con su compañera.

--Grandes jardines que nadie cuida desde hace tiempo --dijo--. Muchos lugares en los que buscar.

Helki había explorado la otra avenida.

--Viejas mansiones. Hay un lago seco a ese lado, y un viejo embarcadero cubierto. Pero ésta debe de ser la parte de atrás de las residencias. Ha de haber una gran ciudad, lejos al oeste, para haber mantenido tantas casas tan grandes... Estará toda en ruinas, pero deberíamos informar a Mangas Verdes para la búsqueda de artefactos, y a los cartógrafos y bibliotecarios para que puedan ponerla en sus mapas.

Holleb resopló. La historia humana no le interesaba en lo más mínimo.

El hombre-corcel contempló el cielo por entre las hojas, y vio que ya era primera hora de la tarde y que las nubes no tardarían demasiado en traer lluvia. Holleb tomó una decisión, aunque le

disgustaba dividir el equipo que formaban.

--No tenemos tiempo suficiente para buscar por todas partes --dijo--. Tú vas al norte, yo al sur. Si el camino es simétrico, nos encontraremos delante de las casas en el oeste. Si encuentro sendero, entonces llamaré como el buho de orejas largas. Espérame... No vayas en su busca sola.

Helki escondió una sonrisa mientras asentía. Ya sabía todo lo que le estaba diciendo Holleb, pero le gustaba que su esposo se preocupara por ella. Los centauros, que se unían para toda la vida, sentían unas emociones muy profundas hacia su pareja..., tan profundas, de hecho, que Helki sospechaba que los humanos no podían llegar a entenderlas. A pesar de su fachada de hosca rudeza, Holleb era la criatura más lacrimosamente sentimental que jamás había conocido. Su compañero no podía entonar las viejas canciones de guerra o recitar las sagas de amor sin prorrumpir en sollozos. Pero eran precisamente aquellas emociones tan potentes, que nunca estaban muy lejos de la superficie, las que le hacían proyectar una apariencia tan coriácea y las que provocaban tal ferocidad en la guerra y la gélida eliminación de los prisioneros. A veces Holleb sentía una nostalgia tan desgarradora de su tierra perdida que Helki a duras penas conseguía evitar que cayera en la melancolía, y por eso había acogido con tanto entusiasmo aquella misión exploratoria. Cuando estaba ocupado, Holleb era feliz.

--Es bueno que estemos trabajando juntos. Como en los viejos tiempos. --Holleb la obsequió con una de sus raras sonrisas, un saludo de su lanza y el chiste más viejo conocido entre los centauros--. ¡Vigila tu cola!

Después, nuevamente serio, se alejó al trote por el camino con sus agudos ojos observando cuanto le rodeaba.

Helki dejó escapar un suspiro surgido de las profundidades de su pecho y volvió grupas para regresar al camino. Tenían enemigos a los que seguir la pista, y estarían en algún lugar de aquel laberinto repleto de vegetación..., y no demasiado lejos.

* * *

Helki contempló el camino desde debajo de la protuberancia frontal de su casco pintado, examinándolo en busca de señales de actividad. La centauro acabó decidiendo que aquellos bandidos eran muy listos. Llevaban zapatos de piel de ciervo a la que no se le había

quitado el pelaje y arrastraban los pies mientras caminaban, por lo que iban borrando su rastro en el mismo instante en que lo creaban.

Dobló una esquina, avanzando hacia el oeste, y algo se movió en el límite de su campo de visión. Helki se puso rígida y se encogió sobre sí misma y, mirando a lo largo de un túnel oscuro, vio una hoja de álamo temblón que había sido retorcida sobre su tallo por el contacto con algo. Alguien la había rozado, dándole la vuelta de tal manera que las vetas blancas brillaban bajo la luz. Helki inspeccionó el camino que había seguido, y después dobló las patas delanteras para inclinarse hacia adelante y echó un vistazo por el túnel, una vieja abertura en un muro de piedra. Sí, había pisadas hechas por un mínimo de tres humanos, probablemente dos hombres y una mujer con los pies menos anchos. Pero las pisadas ya tenían varios días de antigüedad, y eran lo bastante viejas para que las hormigas hubieran reconstruido el hormiguero que había quedado aplastado en el hueco dejado por un talón. No había ningún rastro de salida, por lo que Helki decidió olvidarse de aquellas huellas y encontrar la otra boca del túnel en algún lugar al noroeste.

Helki sabía que la única desventaja que padecían los exploradores centauros era su gran tamaño y su miedo a los lugares angostos, que siempre les impulsaba a evitar todo lo posible el meterse en agujeros y túneles.

Un palpitar ahogado debajo de sus cascos la advirtió de que algo se aproximaba sobre cuatro robustas patas. Helki volvió grupas y bajó instintivamente su lanza, asegurándose de que había espacios abiertos por los que echar a correr en el caso de que fuese necesario. Pero, al mismo tiempo, ya sabía de quién se trataba.

Holleb dobló la esquina, levantando las patas en un enérgico trote que hacía ondular el plumoso pelaje que casi cubría sus pezuñas. Los músculos ondulaban debajo de sus lustrosos flancos. La parte de abajo de sus patas estaba salpicada de hojas de haya caídas al suelo.

--¡He encontrado un rastro! --medio gruñó y medio susurró en la lengua de los centauros.

--¿Sí? Enséñamelo --dijo su compañera, y esperó hasta que Holleb estuvo separado de ella por la longitud de su lanza.

Y entonces atacó, dirigiendo la lanza hacia un punto situado entre el final de su peto y su mentón. Los músculos de los brazos de Helki se hincharon y se tensaron, impulsando el astil como una flecha gigante lanzada desde una ballesta descomunal.

La ancha punta de acero atravesó la garganta de Holleb antes de

que el centauro pudiera levantar su lanza, partiendo por la mitad su tráquea y los vasos sanguíneos y atravesando su columna vertebral. Helki tiró de su lanza hasta sacarla, y la herida empezó a desprender chorros de sangre que se esparcieron formando un abanico muy rojo. El hombre-corcel apenas pudo parpadear antes de que su cabeza, ya medio separada del cuerpo, se inclinara hacia un lado y su cuerpo se derrumbara sobre las losas del camino. Un escarabajo cubierto de sangre salió del charco pegajoso, subió por la larga nariz bronceada de Holleb y atravesó el inmóvil globo ocular.

--¡Idiota! --bufó la mujer-yegua, y limpió su lanza en el flanco rojizo del centauro.

El pelaje ya no era lustroso, y estaba empezando a perder su brillo y su color tan deprisa como las hojas caídas de los árboles. Antes de que hubiera transcurrido un minuto, el centauro se había convertido en una criatura marchita y reseca, un ovillo oscuro que recordaba una enorme semilla reventada.

Bailoteando nerviosamente sobre sus cuatro patas, Helki se aseguró de que la punta de acero de su lanza seguía firmemente sujeta al astil y de que todavía estaba afilada.

Después hundió los cascos en la blandura de la tierra y se lanzó al galope por la avenida.

* * *

Holleb vio la primera amenaza, pero no la segunda.

Había ido avanzando a lo largo de los muros de piedra y encontró un rastro similar al descubierto por Helki. Pero aquel rastro era fresco, y a juzgar por la nitidez de los bordes de una pisada y lo húmedos que estaban sólo tenía un día de antigüedad. Aquel túnel era lo suficientemente alto para que incluso Holleb pudiera pasar por él, siempre que se encorvara un poco, pues discurría por una arcada de piedra que se encontraba a menos de tres metros entre los zarzales y matojos.

El centauro pasó por debajo de la arcada sin hacer ningún ruido, levantando las ramas que colgaban sobre él con la punta de su lanza. Holleb vio que los arbustos espinosos habían sido rosales: los tallos eran tan gruesos como cuerdas y estaban repletos de espinas, y todavía se veían diminutos capullos blancos aquí y allá. El recinto era un patio delimitado por muros de piedra, aunque la vegetación del jardín se había vuelto tan frondosa que sólo se veían algunos palmos

de piedra. Un fresno monstruoso había curvado las losas empujándolas desde abajo, como si el árbol hubiera agitado sus raíces. Hojas de bordes aserrados y racimos de bayas de un color amarillo oscuro llenaban el cielo por encima de su cabeza.

Holleb se agachó para pasar por debajo de las ramas, sintiéndose bastante a disgusto en aquel espacio tan reducido, y empezó a examinar el follaje sobre el que avanzaba en busca de hojas aplastadas que indicaran el paso de algún humano. Pero apenas había entrado cuando algo llenó la arcada de enfrente y le hizo alzar su lanza.

Era su compañera.

--¡Helki! ¿Qué...?

Desde detrás de los muros de piedra, un poco más altas que su cabeza, surgieron cuatro siluetas borrosas oscurecidas por unas nubes grises.

Redes.

Holleb alzó su lanza y golpeó a una silueta en el estómago con la contera. Una muchacha de cabellos sucios y despeinados que parecían colas de rata soltó un chillido y se dobló alrededor de la madera. Sin molestarse en quitarla de allí, Holleb hizo girar la lanza en dirección opuesta y rasgó el muslo de un bandido con la punta. Pero otro ladrón cayó sobre su ancha espalda. Holleb sintió un pinchazo abrasador cuando un cuchillo de hoja corta se hundió en sus costillas. Movió velozmente el codo hacia atrás para quitarse de encima a su atacante, pero el hombre se agachó y el golpe del centauro falló su objetivo. Holleb sintió otro pinchazo, apretó los dientes y lo ignoró. Mientras el ladrón no lograra acertar su columna vertebral, probablemente no pasaría mucho rato antes de que se viera despedido de su grupa. Una red se enganchó en su brazo derecho y en la contera de su lanza, y otra se desplegó sobre su casco y le oscureció la visión.

Helki llegó al galope para ayudar a su compañero. La centauro lanzó un estridente grito de guerra y apartó de un empujón a una mujer que estaba intentando desplegar una red, enviándola contra un pequeño macizo de rododendros que crujieron y chasquearon. La intervención de Helki proporcionó al hombre-corcel el tiempo suficiente para que pudiera sacarse de encima las redes. Holleb se quitó de un manotazo la red que había caído sobre su casco y la arrojó detrás de él para que atrapara al hombre del cuchillo. Después sujetó la otra red debajo de sus patas, y tensó el brazo para hacerla pedazos. Estaba

hecha de cáñamo y las fibras eran tan resistentes que habrían podido inmovilizar a un buey, pero Holleb era más fuerte que cualquier buey.

No hubo más ataques, pues dos bandidos salieron corriendo por las arcadas y la mujer que había quedado medio atrapada en el arbusto se liberó y escaló el muro igual que una ardilla, desapareciendo por encima de él con la blancura del trasero asomando por entre los desgarrones de su túnica. La joven que había caído al suelo jadeó, rodó sobre sí misma e intentó marcharse a rastras. Helki dejó caer la contera de su lanza sobre el cuello de la joven con la fuerza suficiente para aturdiría, y el golpe la dejó inmovilizada.

--¡Lo hacemos muy bien juntos! --gritó entusiasmada--. ¡Como en los viejos tiempos!

--No --respondió Holleb--. Las cosas son diferentes.

El centauro estaba a un metro escaso de distancia de su compañera, y desde allí hundió la lanza en su costado justo detrás del peto. Helki chilló y se encabritó para escapar de aquel horrible dolor, pero Holleb se acercó un poco más e hizo girar la lanza entre sus dedos para que los pinchos que rodeaban la punta se abrieran paso a través del hígado y las entrañas de Helki y la hicieran pedazos por dentro con su rotación.

Pero la mujer-yegua se limitó a contemplarle con sus ojos marrones llenos de pena. Cuando abrió la boca, un chorro de sangre manchó sus labios y acabó cayendo sobre el rostro de Holleb.

--¿Por qué...? --preguntó con voz suplicante.

Y un pensamiento horrible cruzó por la mente de Holleb, y el centauro pensó que había pecado de exceso de confianza en sí mismo y había atacado demasiado deprisa.

Y que había cometido un error y había matado a su compañera.

El horror se adueñó de él y le dejó paralizado. Visiones de Helki desfilaron velozmente por su cerebro: Helki corriendo por las estepas rocosas, orgullosa, libre y desnuda, con la luz del sol brillando sobre sus flancos mientras se burlaba de él y le decía que la alcanzara; Helki sonriéndole animosamente mientras galopaban hacia su primera batalla, haciéndole reír para que Holleb olvidara su miedo; Helki acariciándole los flancos mientras jugaban y chapoteaban en una laguna alimentada por una cascada a kilómetros de la tribu...

Fascinado por el horror, Holleb no vio cómo una de las manos de Helki se transformaba en un gancho escamoso tan temiblemente curvado como la garra de una mantis religiosa. La garra ascendió,

lanzándose hacia su garganta para rajarla de un lado a otro...

... y cayó nacidamente sobre el suelo cubierto de hojas, limpiamente cercenada a la altura de la muñeca. Nuevos chorros de sangre mancharon el peto de Holleb, pero aquella sangre era de color marrón.

Helki --la verdadera Helki-- había cruzado la arcada de un solo salto, dejando caer la afilada punta de su lanza como si fuese una guadaña para cortar la mano del monstruo antes de que pudiera atravesar la garganta de su esposo.

La centauro movió su lanza en un rápido barrido lateral, y la punta hendió la nuca de la Helki-monstruo y la abrió de un lado a otro con tanta facilidad como si estuviese cortando un melón. Los ojos del fantasma giraron hasta quedar ocultos bajo las órbitas, y su cuerpo se fue doblando nacidamente y terminó derrumbándose sobre el suelo del jardín. Unos minutos después ya se había encogido y marchitado para acabar convirtiéndose en una masa marrón envuelta por pliegues de una especie de cuero oscuro, como un gigantesco capullo abandonado por su ocupante. El rostro de la criatura era largo y anguloso, surcado por tensas tiras de músculos y tan reseco como el de una momia.

Holleb dejó escapar un gemido de alivio al ver con vida a su compañera y comprender que no la había matado.

--Pero ¿qué era...?

Helki empujó la masa de cuero muerto con la punta de su lanza.

--Un doble o un clon. No sé cuál de las dos cosas. Una criatura que imita, nada más... Quizá lo bastante inteligente para engañar a los humanos, medio ciegos como están, pero no a los ojos del centauro. Uno vino a mí y habló con tu voz. Pero llevaba unas cuantas hojas pegadas a las patas, y no sabía que el verdadero Holleb las habría quitado para evitar que crujieran o rozaran algo e hiciesen ruido. Y tampoco tenía la pequeña cicatriz que hay en tu grupa derecha, allí donde la flecha se hundió hace ya tanto tiempo... --Helki alzó la mirada hacia su compañero y sonrió--. Y, por encima de todo, no tenía la sonrisa que siempre está escondida detrás de tus ojos.

Holleb se rió, una mezcla entre carraspeo y trueno ahogado.

--Eso fue lo que eché en falta --dijo después--. Sus ojos estaban muertos, mientras que los tuyos son como la luz del sol a través de una cascada. Pero estaba asustado, porque no cambió cuando la atravesé.

Con un diestro giro de su muñeca, Helki enganchó el hombro del

doble en uno de los afilados pinchos de su lanza y le dio la vuelta. La herida infligida por Holleb quedaba bastante abajo en el marchito cuerpo marrón de la criatura.

--Golpeaste allí donde estarían el hígado y los pulmones en un centauro, pero en esta cosa aquí sólo hay tripas. No fue golpe que mata, así que siguió aguantando y mantuvo mi forma para atacarte con garras. Quizá podía curarse a sí mismo rápidamente.

Holleb asintió con expresión solemne, como si lo hubiera sabido desde el principio. Pero después se quitó el casco y se secó el sudor que cubría su frente. La franja de cabellos que adornaba la parte superior de su cabeza antes de convertirse en crines estaba pegada al cráneo.

--Me preocupé, pensando que había golpeado demasiado deprisa, sin pensar...

Holleb sonrió, dio un paso hacia adelante y le besó en el mentón, y después frotó su larga nariz con la suya.

--Eres demasiado listo para que se te pueda engañar mucho rato, mi orgulloso guerrero.

El centauro se limitó a mirarla, como si no estuviera tan seguro de ello, y volvió a ponerse el casco.

--Cojamos a los bandidos. No hará falta mucho tiempo.

* * *

Así fue: una hora después ya habían capturado a los cuatro bandidos restantes y los tenían atados en el patio del jardín. Aturdidos por los golpes recibidos en la cabeza y el cuerpo, los harapientos bribones estaban sentados sobre los arriates de flores y miraban fijamente hacia adelante, temblando y aguardando la muerte. Helki hundió la contera de su lanza en el suelo y se medio apoyó en ella.

--¿Qué hacemos con ellos? --preguntó a su compañero, hablando en un tono excesivamente despreocupado y como si el asunto no tuviera ninguna importancia.

Holleb se señaló una oreja, indicándole que estaba preparado para escuchar, y señaló a los bandidos.

--Hablad.

Los bandidos se miraron los unos a los otros, sorprendidos y un poco asustados. Finalmente la más vieja de las mujeres, que tenía el rostro lleno de suciedad y los cabellos revueltos y enmarañados, se decidió a hablar.

--¡No pretendíamos hacer ningún daño! --gimoteó--. ¡Sólo robamos comida! ¡No teníamos otra elección! ¡Aquellas cosas nos obligaron a hacerlo! Eran muy viejas, y se habían estado escondiendo aquí desde que estas ruinas eran hogares habitados, viviendo como vampiros... Podían parecer cualquiera. Tu madre, tu mejor amigo... ¡Nos atrajeron hasta aquí y tuvimos que robar para alimentarlas! Algunos intentaron huir, pero los mataron...

Holleb alzó una mano y la mujer se encogió temerosamente. El centauro se llevó el brazo a la espalda y se rascó el sitio donde un vendaje cubría dos aguijonazos. Los ojos de la mujer, que esperaba ser torturada, giraron desesperadamente en sus órbitas.

El hombre-corcel habló por fin.

--Deberíamos mataros por crímenes. Es lo prudente. Pero... --Holleb miró a Helki antes de seguir hablando--. Pero Gaviota cree que deberíamos convertir a los enemigos en amigos. Eso es lo que hizo con nosotros, y nos aceptó en su ejército cuando quedamos abandonados lejos de nuestro hogar. Nuestro ejército necesita exploradores. Si podéis robar comida con tanta habilidad y no dejar ningún rastro, entonces seríais buenos exploradores. ¿Aceptaréis? --Hicieron falta unos momentos para que sus palabras fueran comprendidas, y después llegó el alivio.

--¡Sí, sí! --balbuceó la mujer--. ¡Nos uniremos al ejército! ¡Haremos lo que digas, cualquier cosa! ¡Oh, claro que sí! ¡Haremos cualquier cosa con tal de salir de estas ruinas!

Holleb alzó una mano para hacerla callar. No podía soportar la forma en que parloteaban los humanos. Un giro de su robusta muñeca bastó para que la lanza se moviera hacia adelante con la velocidad de una lengua letal y cortase sus ataduras. Los ex bandidos se fueron levantando, moviéndose muy despacio y con cauteloso recelo. Holleb inclinó la cabeza, señalando la arcada y el sendero que llevaba al campamento.

--¿Conocéis el camino? --preguntó con su voz seca y gutural.

Después tuvo que transcurrir un minuto entero antes de que los nuevos exploradores comprendiesen que estaba bromeando y se rieran nerviosamente.

--¿Has cambiado de parecer últimamente, esposo mío? --le preguntó Helki a Holleb en el lenguaje de los centauros mientras el grupo avanzaba por el bosque.

--No --dijo secamente Holleb, aunque sonrió--. Pero las cosas son diferentes tanto si me gusta como si no, y Gaviota estará complacido.

Su compañera dejó escapar un relincho ahogado y le propinó un potente empujón con una de sus robustas ancas.

--Y Helki también...

--Y así Holleb encontró gran idea, y la aceptó como suya propia --concluyó Helki, acabando de contar su historia a Mangas Verdes--. Pero porque idea es más grande que él, entonces Holleb crece para que idea pueda caber.

»¿Entiendes? --La centauro describió un pequeño círculo hasta quedar de cara a su melancólica amiga--. Piensa en lo lejos que has llegado. Sólo tenías media mente, eras boba y tonta. Gaviota cortaba árboles, y podría haber seguido siendo leñador siempre. Lirio era ramera, y podría haber dado placer a hombres hasta volverse vieja y fea y ser arrojada a la calle. Liko era gigante simplón que cogía peces. Stiggur era chico del cocinero. Sorbehuevos era ladrón. Holleb y yo éramos mercenarios que luchaban para quienquiera que nos pagara. Pero todas esas personas aceptan la idea de la cruzada, y entonces se vuelven más grandes y hacen grandes cosas juntas.

»Gaviota se convierte en sabio general que puede prever lo que ocurrirá y es fuerte, pero justo. Lirio es buena madre y furriel. Tú eres poderosa hechicera, y ayudas a muchas, muchas personas. Stiggur aprende a manejar máquinas, y se vuelve muy listo. Incluso Liko nos ayuda. Hasta Sorbehuevos, quizá... Kwam, tu amigo, aprende muchas cosas y nos las dice. Y Holleb, como muestra mi historia, acepta a los dos-patas como amigos.

»¡Por eso luchamos y trabajamos y cavamos y nos sacrificamos y tal vez morimos! ¡No por ninguna razón, sino por bondad de la cruzada y por su bien! La idea hace fuertes a las personas, y ellas devuelven eso a la idea.

--¡Pero todas las batallas, todas las muertes! Si nunca hubiera aprendido a hacer magia...

Helki meneó la cabeza. El yelmo osciló de un lado a otro, y sus crines se agitaron detrás de él.

--Mientras el ejército exista y busque hechiceros para presentarles batalla, será un objetivo que atacar. Pero ¿qué otra cosa hay? ¿Dispersar ejército y volver a casa? ¿Dejar que los hechiceros gobiernen todo, que tiranicen a las gentes como les apetezca? ¡Este ejército es la esperanza para todas las personas sin poderes mágicos de los Dominios!

Mangas Verdes intentó digerir todas aquellas ideas tan nuevas.

--Pero Gaviota y yo...

--Tú y Gaviota sois símbolos, como rey y reina, o dioses, o bandera, o tierra donde se nace. Sois líderes de idea.

--Que llevan a quienes les siguen a la batalla y la muerte.

--Si es necesario. Pero también trabajan, haciendo que la tierra pase de lo malo a lo bueno. Ayudan a aldeas. Hacen amigos de nuevas razas. Aprenden historia. Dibujan mapas. Recogen artefactos de magia... Y enseñan lección a hechiceros.

Mangas Verdes suspiró.

--Ojalá la idea me resultara tan clara como les resulta a todos los demás.

Helki puso la mano sobre la revuelta cabellera de la archidruida y le dio unas palmaditas.

--Con el tiempo. Todas las cosas a su tiempo.

Después se cogió del brazo de Holleb y los dos centauros se perdieron en la noche, alejándose con un trote que hacía oscilar sus colas de un lado a otro y dejando a Mangas Verdes y Kwam solos en la oscuridad.

--No tenemos tiempo... Se nos ha acabado --gruñó Mangas Verdes mientras contemplaba las estrellas que parpadeaban sobre su cabeza--, pero si todas esas personas están dispuestas a luchar hasta la muerte, si han luchado por quedarse y van a luchar por aquello en lo que creen... ¿Cómo puedo no hacer lo mismo que ellas?

--Cierto, ¿cómo? --murmuró Kwam, y la besó.

Pero Mangas Verdes se aferró a su cuello y se echó a llorar.

--¡Oh, Kwam! ¡No quiero que mueras!

El estudiante de magia besó su coronilla.

--Yo tampoco quiero morir, y no quiero que tú mueras. Pero ¿qué otra cosa deberíamos hacer? ¿Huir a algún otro sitio viajando a través del éter? ¿Ir a escondernos en el Bosque de los Susurros?

--Por supuesto que no --murmuró Mangas Verdes, sorbiendo aire por la nariz--. Nunca podría... abandonar... a todas estas personas tan leales.

Kwam sonrió y le limpió las lágrimas con la punta de un dedo.

--Ah, por el comienzo de la sabiduría...

19

El combate seguía librándose encarnizadamente por todas partes tanto de día como de noche.

Un grupo de trasgos aeronautas fue atacado por ángeles armados con espadas que perforaron los globos en que viajaban, y se ahogó en el océano. Trolls de Uthden surgieron de sus túneles, pero sólo consiguieron quedar inconscientes bajo los martillos y barras metálicas de los enanos. Otro grupo de trolls que estaba acechando en el bosque fue atacado por exploradores que los atravesaron con sus jabalinas, hasta que unos diablillos surgieron de la nada y atacaron a los exploradores con espinos que intentaban clavar en sus ojos y los obligaron a huir. Una horda de bárbaros azules de blancas cabelleras y largos colmillos fue dispersada y derrotada por una sierpe dragón, y después acabó pereciendo bajo los cascos de una compañía de centauros. Pero un muro de lápidas desvió a los hombres-caballo hacia un campo de ortigas y zarzales, donde muchos de ellos quedaron lisiados. Arqueros élficos mataron a docenas de orcos, pero se dejaron dominar por el frenesí de la batalla y persiguieron a su antiguo enemigo hasta una trampa y fueron aniquilados por soldados rojos que atacaron desde detrás de un frente de escudos. Gentes del mar, con delfines como aliados, se enfrentaron a tiburones hechizados y criaturas que eran mitad ballenas asesinas y mitad humanos. Las flechas de los arqueros derribaron dragones que volaban por el cielo, pero los arqueros murieron a causa de la sangre venenosa que cayó sobre ellos. Hombres de negras barbas con cuerpo de escorpión y armadura de bronce hicieron estragos entre la caballería, atacándola con sus espadas y sus aguijones en el desierto de cristal negro.

Las batallas eran descomunales y se libraban a lo largo de kilómetros sobre llanuras, o eran pequeñas y personales, con los combatientes jadeando, debatiéndose y sudando en la oscuridad. Immugio, el ogro-gigante, y sus orcos se enfrentaron en el bosque con Liko, el gigante de las dos cabezas y los dos garrotes, y la bestia mecánica de Stiggur, así como con una docena de seguidores del campamento que empuñaban martillos, azadas y armas improvisadas. Los dos gigantes hicieron temblar la tierra mientras chocaban y se golpeaban, bamboleándose de un lado a otro y pisoteando por un igual a amigos y enemigos, rompiendo ramas y desenraizando troncos, todo ello mientras Stiggur disparaba sus dardos de ballesta de dos metros de longitud y los orcos gritaban, balbuceaban y morían.

Sólo un incendio forestal engendrado por Immugio pudo poner fin al combate, pero Liko sufrió la rotura de un brazo y la pérdida de una oreja. La bestia mecánica volvió al campamento con su espaciosa espalda repleta de heridos y agonizantes.

El campamento principal siempre era atacado, y los ataques eran rechazados una y otra vez. Mangas Verdes se mantenía lo más cerca posible de allí, e iba conjurando hechizos defensivos. Invocó céfiros para que alejaran nubes de gas amarillo que marchitaban las flores y hacían que quienes las respiraban cayesen al suelo, presas de violentos accesos de náuseas y con las bocas y las gargantas quemadas. Invocó muros de ramas y espinos, tierra roja, fuego, piedra y luz para hacer retroceder a hordas aullantes. Duendes del fuego aparecieron de entre nubes de humo para hacer huir a buitres hambrientos que se lanzaban sobre los rostros de los soldados. Mangas Verdes invocó a dríadas para que envolvieran en lianas a un basilisco que dejó catatónico a un niño con su temible mordedura. También conjuró a una manada de mapaches para que engulleran a una tempestad de ratas que cayó de los árboles.

Cuando podía, viajaba a través del éter junto con su guardia personal hasta otros escenarios del combate para ayudar en la medida de lo posible. Una manada de lobos de las montañas hizo huir a falanges de caballería. Mangas Verdes arrojó un hechizo de ansia viajera sobre un grupo de guerreros salvajes de las tierras norteñas, y éstos dejaron de luchar y se fueron corriendo al desierto en pos de alguna visión. Resquebrajó la tierra para crear cañadas y derribó árboles para que sirviesen como barricadas, y desvió arroyos para convertir el polvo en barrizales donde se hundieran los enemigos. Mangas Verdes conjuró y conjuró hasta que la cabeza le dio vueltas de puro agotamiento y empezó a cometer errores. En una ocasión salió del éter para aparecer junto a la hoguera de unos cavernícolas que estaban asando un caballo. Los cavernícolas agarraron sus armas al instante y se lanzaron sobre su grupo, y la robusta Micka acabó con los sesos destrozados mientras intentaba salvar a su señora antes de que Mangas Verdes pudiera sacarles de allí.

A esas alturas, la archidruida ya estaba tan cansada que ni siquiera podía llorar.

--Lo que más me enfurece --jadeó Gaviota-- es que apenas vemos a los condenados hechiceros. Se esconden ahí atrás, bien lejos de las líneas, y lanzan oleada tras oleada de sus esclavos contra nosotros, ¡y hasta el momento ninguno de ellos ha sufrido ni siquiera

un morado en un dedo!

El general se apoyó en un baluarte de tierra y empezó a mordisquear un trozo de cerdo salado. Gaviota tenía los ojos hundidos en las cuencas y no se había afeitado, y le temblaban las manos a causa de los largos días de combate incesante. Había prescindido de la comida y el sueño hasta que incluso su enorme fortaleza empezó a desfallecer.

Los hermanos estaban hablando a la parpadeante claridad de una hoguera en la que ardía un barril que habían hecho pedazos. Nadie podía recoger leña, y el campamento estaba sumido en la oscuridad. Las Guardianas del Bosque de Mangas Verdes y los Lanceros Verdes de Gaviota se habían desplegado en una formación circular alrededor de ellos y montaban guardia, con la mayoría de hombres y mujeres durmiendo de pie. El resto del campamento estaba muy silencioso mientras los soldados y seguidores reparaban el equipo, vendaban miembros, preparaban té, cambiaban de posición las barricadas y esperaban el siguiente ataque. Todos podían sentir en las plantas de los pies el tintineo metálico producido por las herramientas de los enanos, que seguían trabajando en los túneles.

Gaviota fue comiendo mientras hablaba, mitad para sí mismo y mitad para los demás.

--Los bastardos elitistas están esperando bien lejos de la batalla, probablemente bebiendo vino y comiendo pastelillos de miel mientras sus peones lanzan ataques suicidas y sus caballos galopan y galopan hasta que se les doblan las patas y mueren de cansancio... Vi cómo Immugio se enfrentaba con Liko, y a Ludoc haciendo avanzar a sus cavernícolas, o quizá fueran los de Dwen. Ese maldito señor guerrero de Keldon parece un dios, y empuja a los combatientes hacia las fauces de la muerte. Haakón ya no invoca demonios, lo sé. Dacian ha muerto: estaba tan borracha que apenas se tenía en pie y se hizo un lío con un conjuro mágico, y una de las arqueras de D'Avenant la mató de un flechazo. Suponemos que Sanguijuelo está muerto, pero algo se comió todos los cadáveres de esa batalla con los trolls. Fabia conducía una carroza dorada de la que tiraban cuatro caballos blancos hasta que los ángeles los mataron, y después Fabia desapareció. Y algunos creen que Atronadora, la Reina de los Trasgos, ha huido. Pero no he visto ni rastro de Liante o de Karli.

»Ah, pero he descubierto que soy un genio perdiendo tropas. Cuando iniciamos esta campaña, teníamos más de mil combatientes... Ahora tendremos suerte si quedan seiscientos capaces de mantenerse

en pie. Apenas puedo caminar sin tropezar con nuestros muertos y nuestros heridos.

Mangas Verdes asintió cansadamente. Estaba demasiado agotada para comer, por lo que se había acostado en el suelo con la cabeza apoyada en una silla de montar y estaba tomando sorbos de agua de manantial de un cáliz de plata.

--Conozco muy bien nuestras pérdidas. He trasladado por el éter a más cadáveres de los que puedo contar, tanto de nuestras tropas como de las suyas, y los he ido llevando a las profundidades del desierto. Allí hay tantos buitres que parecen una nube de tormenta suspendida en el cielo. Y las emboscadas, y los ardides... Hoy una de mis guardianas insistió en probar mi comida y acabó vomitando las entrañas, aunque no tengo ni idea de cómo se las arreglaron para introducir el veneno en lo que iba a comer. Y una intrusa invisible me habría hundido una daga en la espalda si Nashira no hubiera tropezado con ella por casualidad, descubriendo su presencia y dejándola sin sentido. Es horrible descubrir que eres tan odiada.

--Ni siquiera puedo recordar por qué estamos luchando --gruñó Gaviota--. Lo único que recuerdo es que Liante y sus esbirros quieren matarnos a todos y que nosotros debemos impedir que nos maten, y centenares de inocentes están atrapados dentro de una picadora de carne entre un bando y el otro.

Mangas Verdes, que se había estado adormilando, se despabiló de golpe. Las palabras de Gaviota acababan de recordarle los lamentos que había dirigido a Helki la noche anterior. Pero Lirio se encargó de responder por ella.

--Yo sí me acuerdo.

La capa negra que cubría sus hombros hacía que la esposa de Gaviota resultara casi invisible. Lirio estaba sentada encima de unas losetas cubiertas de tierra y cuidaba de Agridulce mientras un aya acunaba a Jacinta, que ya estaba dormida. Lirio se alegraba de estar cerca de su esposo, al que ya llevaba varios días viendo únicamente de vez en cuando. Como furriel general, tenía que coordinar los esfuerzos para mantener el flujo de comida, agua y suministros a través del campamento y hacer que llegara a sus dispersas fuerzas, al mismo tiempo que se ocupaba de hacer que la basura, las heces y el agua sucia salieran del campamento para mantener a raya a la infección y la plaga. Las manos le temblaban de agotamiento mientras acariciaba la rizada y morena cabellera de su hijita.

--El propósito de nuestra cruzada es, y siempre lo ha sido, detener

las depredaciones de los hechiceros que se ceban en los inocentes. Vinimos aquí, a estas ruinas, en busca de conocimientos que nos permitieran detener a los hechiceros, y ellos han venido a derrotarnos. Pero encontraremos ese conocimiento y los barreremos y los encadenaremos, y nos aseguraremos de que nunca más vuelvan a hacer daño a nadie. Sé todo eso y vosotros también lo sabéis, y todo el ejército lo sabe. No perdáis de vista la meta.

Gaviota soltó un gruñido, pero asintió. Mangas Verdes suspiró. Sí, recordaba una búsqueda en pos del conocimiento. Había descendido al fondo del mar con el Señor de la Atlántida en busca de un secreto para controlar a los hechiceros. Había hecho varias preguntas a un cráneo y había obtenido respuestas, o más preguntas, pues todo el viaje no era más que un montón de imágenes confusas dentro de su cerebro, como un sueño que se hubiera hecho añicos.

Un Lancero Verde alzó la voz para gritar un «¿Quién va?», y después dejó pasar a Stiggur, Déla y Sorbehuevos. El muchacho cojeaba con un vendaje alrededor de su pantorrilla, una flaca y maltrecha copia de Gaviota, su héroe. Sorbehuevos, con su cabellera a franjas que tanto recordaba al pelaje de una mofeta y sus harapientas pieles de conejo, parecía algo salido de un montón de basuras. El trasgo lanzó una mirada llena de avidez a la pata de cerdo salado que Gaviota estaba comiendo, y Gaviota suspiró y se la arrojó.

--Se está preparando otro ataque por el norte --informó Stiggur--. Un centenar de bárbaros azules o quizá más, y cavernícolas... Los vi desde lo alto de Cabezota.

El muchacho había llamado a su bestia mecánica con el nombre de una de las mulas de Gaviota, muerta hacía ya mucho tiempo.

El general se levantó con un gemido ahogado. Apuró una jarra de agua, pues no tenían otra cosa que beber, y pidió a un ayudante de los cocineros que le trajera comida para llevársela consigo. El muchacho trajo una cesta de arenques secos, delgadas varillas marrones que se curvaban sobre sí mismas y desprendían un potente hedor a sal y moho. Gaviota agarró su mellada hacha de leñador y alargó la mano hacia el cesto para coger un puñado de arenques.

--Stiggur, recorre la empalizada y avisa a los capitanes. Veremos... ¿Qué infiernos haces?

Con un salto tan ágil como el de una liebre, Sorbehuevos se lanzó sobre la mano de Gaviota y le arrebató los peces. La cesta se volcó, esparciendo los arenques resecos y amarronados por el suelo y encima de la hoguera.

Gaviota estaba agotado, y perdió los estribos. Agarró al trasgo por el pescuezo y lo sacudió con la fuerza suficiente para partirle el cuello.

--¡Oh, por las campanas de Kormus! Sucio y repugnante ladronzuelo rastrero... ¿Es que no puedes obtener comida sin robar aunque sólo sea por una vez? ¿Cuándo...?

El chillido de Lirio le interrumpió.

Los arenques esparcidos bajo la débil claridad de la hoguera parecían trocitos de corteza marrón..., pero una docena de varillas se estaban moviendo.

Gaviota masculló una maldición y alzó sus grandes botas, dejándolas caer una y otra vez sobre aquellas cosas que se retorcían. Stiggur se unió rápidamente a él, al igual que hicieron muchos de los guardias. El círculo de siluetas se convirtió en una danza enloquecida.

Cuando ya no hubo nada que se moviera sobre las losetas del antiquísimo mosaico, Stiggur se acuclilló junto a la hoguera y removió aquellos objetos medio aplastados con la punta de su cuchillo.

--¡Escorpiones! ¡Toda la cesta estaba llena de escorpiones escondidos entre los peces!

El ayudante del cocinero estaba contemplándolos con los ojos desorbitados, paralizado por el horror.

--Estaban encima de la mesa. Habían dejado el cesto allí y... ¡Jotham me dijo que se los llevara al general! Pero yo no...

Alguien le calmó y le dio palmaditas en el hombro hasta conseguir que se callara.

--No ha sido culpa tuya, muchacho --jadeó Gaviota--. Hemos tenido asesinos en el campamento antes... ¿Eh?

La confusión general había hecho que Gaviota no se diera cuenta de que seguía sujetando a Sorbehuevos. El leñador lo bajó hasta dejar sus pies en el suelo, pero el trasgo se derrumbó. Perplejo, Gaviota se arrodilló junto al diminuto ladrón.

Sorbehuevos estaba retorciéndose como si tuviera fiebre o escalofríos. Sus dientes, amarillentos y muy separados los unos de los otros, castañeteaban. El trasgo se sujetaba la muñeca contra el pecho: su mano derecha se había hinchado hasta alcanzar tres veces su tamaño normal.

--¿Qué...? --Gaviota le agarró la mano--. ¡Te han picado! ¡Por el amor de los dioses, Sorbehuevos! No deberías haber robado mi...

Pero Lirio le interrumpió. Su esposa se había levantado y sostenía a su bebé junto a su pecho, envuelto entre los pliegues de su capa.

--Calla, Gaviota --dijo--. Sorbehuevos no intentó robar tu comida.

Vio los escorpiones en tu mano y te los quitó de encima.

--¿Cómo?

Gaviota, perplejo y aturdido, contempló en silencio a su esposa durante unos momentos y después volvió la mirada hacia el trasgo que temblaba y se estremecía. Aceptó la capa que le ofrecía un lancero y envolvió en ella el diminuto y flaco cuerpecillo. Los ojos de Sorbehuevos parecían estar a punto de salirse de las órbitas, y su respiración siseaba mientras el veneno se extendía velozmente por todo su organismo.

--¡Eso no tiene ningún sentido, Sorbehuevos! Me... Me has salvado la vida. ¿Por qué?

--Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo --respondió Muli, la capitana de los Lanceros Verdes, alzándose sobre él.

Gaviota sostuvo a Sorbehuevos junto a su pecho y lo estrechó entre sus brazos, como si con ello pudiera introducir su fuerza vital en la criatura.

--¿No puedes hacer algo, Verde?

Mangas Verdes meneó la cabeza mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

--No contra el veneno... No.

Gaviota acunó a Sorbehuevos con tanta delicadeza como si fuera hijo suyo.

--¿Por qué lo hiciste, Sorbehuevos? Siempre has sido... Tú nunca... Podrías haber vuelto con tu gente en cualquier momento, y tú lo sabes. Había trasgos luchando contra nosotros. Podrías haberte unido a ellos.

Los temblores de Sorbehuevos cesaron de repente. Cuando habló, su voz entrecortada que ya parecía llegar de muy lejos les recordó el chirrido de una bisagra oxidada.

--Yo... Es que... Me gustaba estar con... vosotros, nada más...

La voz se extinguió de repente, y un instante después Sorbehuevos estaba muerto.

Las manos de quienes lo contemplaban subieron hacia sus rostros para frotar los ojos y las narices, y algunos se pasaron la manga por la cara para ahogar el comienzo del llanto. Gaviota acunó al trasgo muerto entre sus brazos.

--Llorarle sería una estupidez, ¿verdad? Siempre estaba creando problemas, robando y metiéndose por todas partes, estorbándonos a cada momento... No tenía que dar su vida por salvar la mía.

Después lloró en silencio, con su mejilla apoyada en la lacia

cabellera surcada por aquella franja blanca que le daba la apariencia de una mofeta.

--Es verdad lo que dicen --murmuró Lirio--. El amor supera todos los obstáculos, y luchamos por el amor que sentimos hacia los demás.

* * *

La presa se rompió aquella noche, y los exhaustos defensores no pudieron seguir conteniendo el torrente.

Entorpecida por la fatiga y debilitada por las severas pérdidas sufridas, un muro de la Centuria Blanca cedió ante la horda aullante que lo atacaba. Gaviota gritó a sus Lanceros Verdes que le siguieran, y corrió hacia la brecha llegando allí antes que ellos..., pero varios piratas de rostros morenos ya habían arrancado las estacas de la empalizada y se habían abierto paso, y ya estaban saltando por encima de los cadáveres para lanzarse hacia el círculo del sol de mosaicos. Los atacantes hicieron estragos entre los defensores con sus sables, sus garrotes y sus espadas, matando e hiriendo a hombres y mujeres, soldados y seguidores del campamento, ancianos y niños. Gaviota lanzó un rugido desafiante y agitó en el aire su hacha de leñador de doble hoja, moviéndola tan deprisa que el metal silbó en el aire, y cayó sobre el grupo de piratas con sus guardias personales pisándole los talones. Gritando, corriendo y lanzando golpes letales bajo la roja luz saturada de humo de las hogueras que se iban extinguiendo, los refuerzos acabaron con los piratas. Pero su hazaña no sirvió de nada, pues un instante después vieron cómo nuevos contingentes de bárbaros azules, cavernícolas y piratas devastaban el resto del campamento.

Mangas Verdes, sostenida por Kwam, intentó reunir el maná necesario para hacer conjuros. Los hechizos morían en las puntas de sus dedos con un débil chisporroteo. No podía arrastrar al viento, la lluvia o el terremoto a lo largo de sus marcas etéreas, y ni siquiera podía traer hasta allí el agua del mar, que se encontraba a sólo medio kilómetro de distancia. La joven druida jadeó, alzó las manos..., y se desplomó, desmayada. La presencia de Kwam fue lo único que evitó que se destrozara el cráneo contra las losetas del viejo mosaico, mientras las Guardianas del Bosque mantenían a raya a los demonios con sus largas lanzas erizadas de temibles pinchos.

Gaviota vio derrumbarse a su hermana, la última esperanza de su defensa.

--¡Hemos perdido este lugar! --le gritó a Muli--. ¡Forma un anillo, y retroceded hacia los pozos! ¡Resistiremos en los túneles! ¡Trompeta!

Una estridente nota musical se abrió paso a través de los gritos y el entrechocar de las armas: era el toque de retirada. Tal como se había planeado, hombres y mujeres agarraron armas y niños y corrieron hacia las rampas gemelas que llevaban a los túneles. Los soldados formaron anillos alrededor de las entradas y empezaron a gritar, apremiando a todo el mundo a que se metiera por ellas. Gaviota corría de un lado a otro con sus lanceros, lanzando terribles hachazos para hacer retroceder a grupos de enemigos y permitir que su gente pudiera escapar. El caos de cuerpos, humo, fuego y oscuridad hizo que no pudiese estar seguro de que todo el mundo había sido rescatado, pero Muli tiró de su túnica y le suplicó que retrocediera. Así lo hicieron, asestando hachazos y mandobles, y perdiendo un lancero cada minuto a medida que los frustrados merodeadores iban encontrando cada vez menos enemigos y se concentraban en el famoso general Gaviota.

Cuando Gaviota llegó a la rampa, ya sólo le quedaba una docena de lanceros. Muli sangraba por las heridas de su brazo y su rostro, y otros combatientes habían sufrido heridas similares. Gaviota no lo sabía, pero él también estaba sangrando por el cuello, las costillas y una pantorrilla. Pero gritó a todo el mundo que se metiera en los túneles, y faltó muy poco para que fuese el último en entrar.

Mientras retrocedía con los lanceros pegados a sus costillas, la turba ululante y sedienta de sangre le persiguió por el pasadizo. Los enanos no activaron su última defensa hasta que Gaviota hubo pasado junto al robusto Uxmal.

Gritando en su lenguaje ronco y gutural, los enanos apartaron los soportes de madera y empujaron una piedra de medio metro de grosor. Impulsada por un complejo sistema de contrapesos, la enorme puerta se cerró sobre la entrada del túnel. Una mano y un pie, amputados por la piedra, cayeron al suelo del túnel. Tres bárbaros quedaron atrapados dentro, y fueron eliminados rápidamente.

Gaviota apoyó la espalda en la pared, envuelto en el silencio y la oscuridad casi total que se habían adueñado repentinamente del túnel, y se pasó una mano por la frente y descubrió que estaba cubierta por una pegajosa capa de sangre.

--Buen trabajo --se limitó a decir con voz entrecortada, volviéndose hacia los enanos y sus seguidores heridos.

Después se alejó con paso tambaleante a través de la oscuridad

para encontrar a su familia.

* * *

Mangas Verdes recobró el conocimiento para ver a Kwam alzándose sobre ella en la penumbra. Hileras de antorchas humeantes iluminaban las viejas paredes recubiertas de frescos. Mangas Verdes fue entendiendo poco a poco que se encontraba en los túneles, y que de momento no corría peligro. Pero cuando intentó invocar algo, cualquier cosa que pudiera traer hasta allí a lo largo de las marcas invisibles que la rodeaban como telarañas, sólo encontró el vacío.

--¡He perdido mi capacidad de conjurar, Kwam! ¡No puedo invocar nada!

Y después se echó a llorar, abrumada por el peso del miedo, la soledad, la preocupación y el puro y simple agotamiento. Kwam la rodeó con sus brazos mientras sollozaba, pero el llanto de Mangas Verdes no tardó en cesar. Llorar era demasiado agotador, y no tenían tiempo para las lágrimas.

Gaviota se reunió con ellos, sosteniendo a sus hijas en los brazos con Lirio siguiéndole y agarrándose a su cinturón con una mano para no perderse. No había ningún oficial presente, pues todos estaban muy ocupados corriendo por las salas y pasillos para reunir a sus seguidores y asegurarse de que sus defensas no habían sido atravesadas. Uxmal y sus enanos se encontraban en los extremos de varios conductos de salida, haciendo los preparativos para huir al bosque y seguir el camino que llevaba hasta el acantilado.

Gaviota no desperdició ni un instante.

--¿Puedes sacarnos de aquí a través del éter, Verde? --preguntó, sosteniendo a sus hijas junto a su pecho.

Mangas Verdes apoyó la cabeza en la fría piedra, aceptó la botella de agua que le ofrecía Kwam y tomó un sorbo de ella. La tristeza se había esfumado, y en su lugar sólo había resignación. Mangas Verdes decidió que intentaría calmarse, y que trataría de hacer todo lo posible con los escasos medios a su alcance.

--No, esta noche no... Puede que nunca. No me queda ni una brizna de magia, y en estos momentos sirvo de tan poco como una vela sin pábilo. Llevo demasiados días derrochando la magia sin parar. Ni siquiera sé si podré volver a hacer conjuros.

Gaviota asintió, extrañamente tranquilo.

--Oh, bueno --murmuró--. Esta última batalla ha sido un desastre

desde el principio hasta el final, así que ahora no me sorprende demasiado que no podamos huir mediante la magia. Es lo más lógico, ¿verdad? De todas maneras, es algo que nunca me gustó.

Los soldados examinaban sus armas y se ceñían los cinturones a su alrededor, e iban formando pelotones según recibían órdenes de sus capitanes. Había heridos por todas partes, gimiendo o apretando los dientes en su angustia. Los curanderos iban y venían por entre ellos, ayudando como buenamente podían. Las antorchas se movían por entre la oscuridad, creando extrañas sombras que se deslizaban a lo largo de los muros y enmascarando la fatiga y la preocupación que había en los rostros de todos. Un sargento vendó la cabeza de Muli, que había recibido una herida debajo del casco, y después se volvió hacia Gaviota. El leñador le despidió con un gesto de la mano, ordenándole que fuera a cuidar de los otros heridos.

--Estamos atrapados aquí abajo --dijo Mangas Verdes--. No podremos salir hasta que los enanos abran sus pasadizos.

Gaviota se sentó pesadamente en el suelo, estiró las piernas y torció el gesto cuando sintió el roce de unos granos de polvo en la herida de su pantorrilla.

--Eso no será de mucha ayuda. Algunos podrían escapar, pero únicamente conseguirían acabar muriendo bajo las espadas de los jinetes del desierto, los bárbaros, los trolls o sólo los dioses saben qué otros enemigos... A menos que Stiggur, Liko y nuestra caballería sigan vivos para poder ayudar en la defensa, claro. Pero admito que como respuesta no es gran cosa, ¿verdad? Ya hace tiempo que se me acabaron las respuestas. Ojalá hubiera insistido en que algunos se fueran a través del éter. Pero nadie quería marcharse, así que no pueden echarle la culpa de lo ocurrido a nadie salvo a sí mismos. Aunque si lo desean pueden culparme... No me importa.

Lirio puso la mano sobre la de su esposo.

--Cantarán canciones y urdirán leyendas sobre ti hasta el fin de los tiempos, Gaviota..., y también sobre ti, Mangas Verdes. Allí donde haya personas oprimidas por los hechiceros, algún narrador dirá: «Dejad que os hable de Gaviota y Mangas Verdes, y de cómo se opusieron a la hechicería hasta su último aliento».

Y Gaviota, a pesar de todo su cansancio y su abatimiento, llegó a reírse. El leñador miró a su hijita, aquella niña de ojos enormes, y le hizo cosquillas debajo del mentón.

--Cuando derriben esa puerta de piedra, algunos de nosotros defenderemos los túneles mientras el resto huye --dijo después--. Yo y

mis lanceros seremos los defensores. Tendrás que coger a nuestras hijas y marcharte, Lirio.

Lirio no intentó discutir con él, y sus ojos relucieron con un brillo de lágrimas en la oscuridad iluminada por las antorchas.

Kwam fue haciendo circular su botella de agua hasta que quedó vacía. Mangas Verdes le cogió la mano. Se preguntó qué haría Kwam si le pedía que se fuera. ¿Se iría? Probablemente no. La amaba demasiado, más de lo que ella se merecía.

Mangas Verdes intentó pensar de una manera constructiva.

--¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Podríamos negociar con Liante y Karli, ofrecernos como rehenes para que deje marchar a los demás? ¿Sacrificarnos, quizá? ¿Respetarían ese pacto?

Y volvió a pensar en todo lo que le había dicho Chaney sobre el «sacrificio final», y se preguntó si la druida muerta estaría observando a su estudiante en aquellos momentos. Mangas Verdes estaba dispuesta a dar su vida para salvar a sus seguidores, pero ¿sería suficiente? De hecho, ¿serviría de algo? Apretó suavemente la fuerte mano de Kwam.

Gaviota chasqueó la lengua, como había hecho en tantas ocasiones cuando dirigía a su recua de mulas hacía mucho tiempo, y meneó su despeinada cabeza.

--Quizá. Nos quieren en cuerpo y alma, eso es verdad... Pero nunca permitirían que nuestro ejército escapara y volviera a reagruparse.

--No podría volver a reagruparse sin vos, general. Y sin Mangas Verdes --dijo Muli desde la oscuridad.

Hubo un destello de blancura cuando Gaviota sonrió.

--Sí, lo haría --dijo--. Debería hacerlo. Nosotros carecemos de importancia. Helki podría mandar el ejército, o Varrius, si todavía está vivo. Lirio podría hacerlo. O tú, Muli... No, nuestra existencia supone un peligro demasiado grande para los hechiceros. Seguirán lanzando monstruos y asesinos contra nosotros hasta que sólo seamos un recuerdo. Así que en realidad no sé... qué...

Todos estiraron el cuello para oír y sólo oyeron el silencio, y vieron que Gaviota se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el muro de piedra y su hija Jacinta hecha un ovillo sobre su pecho, inmóvil debajo de su mano mutilada con el pulgar metido en la boca.

Y todos permanecieron inmóviles donde estaban, perdidos en su propia soledad y en sus pensamientos.

* * *

Gaviota estaba soñando.

Últimamente había tenido muchos sueños, y cuando podía dormir un rato su mente enseguida era invadida por una extraña mezcla de visiones y fragmentos de realidad.

Esta vez volvía a estar en Risco Blanco, la aldea en la que había nacido, pero la aldea estaba devastada, desgarrada y quemada por un terremoto. Las casas se habían derrumbado, y el lecho del arroyo estaba seco.

Pero no había enemigos, sólo su familia.

Gaviota estaba inmóvil en el centro de la aldea, extrañamente frío bajo los cálidos rayos del sol. A lo lejos, en el risco de al lado, se alzaba su familia, todos aquellos que habían muerto a causa de la debilidad, la plaga y la lluvia de piedras. Su padre, Oso Pardo, ya no se hallaba doblado por la cintura debido a una espalda rota, sino que estaba erguido e intacto, muy parecido a Gaviota salvo en las canas de su cabellera. Su madre, Agridulce, robusta y opulenta, seguía sonriendo y su cabellera parecía tan dorada como el trigo bajo el sol. Junto a ellos estaban sus hermanos y hermanas: Lluvia, Ala de Ángel, Semilla de Amapola, León y Cachorro, tan pequeño que ni siquiera tenía un nombre de verdad, sólo un apodo que se había ganado por seguir continuamente a su hermano mayor allá donde fuera. Gaviota se dio cuenta de que el único que faltaba era Gavilán, el hermano de la cabellera pelirroja y las pecas, impulsivo y travieso, al que había visto por última vez echando a correr alrededor de un granero para enfrentarse a unos soldados vestidos de rojo que tenían tres veces su estatura.

«Si estoy viendo a los muertos --se preguntó distraídamente, con esa falta de sorpresa e interés tan típica de los sueños--, ¿por qué Gavilán no está entre ellos?» Si los sueños significaban algo (pues Gaviota sabía que estaba soñando), ¿significaba eso que Gavilán estaba vivo en algún lugar de los Dominios?

Gaviota quería echar a correr hacia su familia. Verlos era maravilloso, pero estar tan cerca de ellos y no poder acercarse más le estaba rompiendo el corazón. Quería abrazarlos y sentirlos entre sus brazos y volver a tirar de las coletas de Semilla de Amapola, pero era como si sus pies hubieran echado raíces en el suelo. Y una parte de su ser sabía que así tenía que ser, pues él estaba vivo y ellos muertos, y no debían tener nada que ver los unos con los otros, aunque

pudieran comunicarse en sueños.

--¡Lo siento! --gritó Gaviota a través de la lejanía--. ¡Siento no haber conseguido que esos hechiceros pagaran sus culpas! ¡Hice cuanto pude, pero no fue suficiente!

Pero su familia no le estaba escuchando. Todos, desde el primero hasta el último, habían extendido los brazos y señalaban algo que se encontraba detrás del hombro de Gaviota.

Gaviota arrancó los pies del suelo y giró sobre sí mismo en ese movimiento lentísimo, como estorbado por la niebla, habitual en los sueños, y vio a Gavilán sonriéndole desde el risco que tenía detrás. Su hermano alzó un clavo oxidado que empuñaba a guisa de espada y lo agitó, como señalando algo que se encontraba en el risco siguiente. La neblina de los sueños impidió que Gaviota pudiera ver qué era. El leñador empezó a avanzar hacia Gavilán, obedeciendo a sus padres y volviendo a dejarlos atrás de nuevo mientras se preguntaba adonde le llevaría aquel sueño...

¿Por qué debía seguir a Gavilán? ¿Adónde podía llevarle el muchacho? ¿Y qué...?

Y entonces Gaviota despertó de repente, y lo comprendió todo.

--¡Gaviota! --Lirio le estaba sacudiendo. Gaviota abrió los ojos, aturdido y todavía medio dormido, y se impulsó con las piernas para apartar el cuello de la pared--. ¡Gaviota! ¡Hay un bote en el agua, y Liante está en él!

Gaviota se levantó, desorientado y todavía exhausto. Entregó su gran hacha de leñador a un aya para que cuidase de ella, se pasó su hija dormida a la mano derecha como si la niña fuese un arma, y vio cómo le quitaban la niña de la mano y le entregaban el hacha.

--Estoy despierto --le dijo a Lirio--. Enséñame dónde está ese bote. Pero ¿qué infiernos puede querer? Vamos, Verde --añadió, tirando de su hermana con su mano buena.

Gaviota, sus guardias personales, Lirio y Mangas Verdes empezaron a avanzar a través de la penumbra, tambaleándose y tropezando con los heridos, los suministros y los restos de equipo perdido hasta que un par de enanos los cogieron de la mano. Fueron por un sinfín de túneles, caminando y caminando hasta que Gaviota tuvo la sensación de que volvía a estar soñando y pensó que nunca dejaría atrás aquellas paredes húmedas y aquellos espacios angostos que le habían hecho perder todo sentido de la orientación. Pero por fin olió el aroma fresco y salado del aire marino delante de él.

Habían llegado al final del túnel, allí donde el acantilado se

desplomaba en una caída de unos diez metros hasta el oleaje. Los enanos habían fortificado el agujero, uniendo rocas con mortero hasta formar una barricada que les llegaba a la altura de la cintura. Gaviota miró a su alrededor para averiguar si había algún peligro y entrecerró los ojos buscando señales de una emboscada, pero no encontró ninguna y se apoyó en la barricada.

Un bote de pesca subía y bajaba sobre las olas en la oscuridad nocturna, con Liante y Karli, la hechicera de piel morena, inmóviles dentro de él. Los dos hechiceros estaban rodeados por una extraña claridad que relucía como la luz de una lámpara, por lo que parecían fantasmas a la deriva en una negra noche sin estrellas. Liante y Karli flotaban sobre las aguas a un tiro de arco de sus enemigos, pero no parecían sentir ningún temor. Probablemente estaban protegidos por algún hechizo. Seis piratas remaban para mantener inmóvil el bote, evitando que fuese arrastrado por las olas que se estrellaban contra el acantilado.

Gaviota se acodó en la barricada, envuelto por el retumbar del oleaje, y contempló a su viejo enemigo. Liante seguía llevando su atuendo de franjas multicolores, y lucía un frondoso bigote de morsa y se había untado los cabellos con algo que los mantenía pegados al cráneo. Gaviota ya llevaba meses enfrentándose a los esbirros del hechicero, pero no había visto a Liante desde el día en que la ola de un gigantesco maremoto barrió a sus fuerzas y su caravana de carros. Verle por fin hizo que Gaviota apretara los dientes hasta que los oyó rechinar.

--¡Os veo! --gritó el leñador--. ¿Qué queréis?

Después dejó escapar un jadeo de sorpresa cuando un pirata alzó un remo en cuya punta aleteaba un trapo blanco. Liante se tambaleó, intentando conservar el equilibrio en el bote que oscilaba y se bamboleaba, y se llevó las manos a la boca para formar bocina con ellas.

--¡Propongo una tregua! ¡Deberíamos hablar!

--¿Hablar? --repitió Gaviota en voz alta, mirando a quienes le rodeaban--. ¿De qué demonios hay que hablar? ¡Lo único que quiero es agarrar a Liante por el cuello y aplastarle el cráneo!

Mangas Verdes rodeó la gruesa muñeca de Gaviota con sus deditos.

--Hay otros en quienes debemos pensar, hermano. Deberíamos hablar.

El leñador apretó los dientes sin poder contener su rabia, pero

acabó asintiendo.

--¿Por qué no? --gruñó--. ¡De acuerdo, hablemos! --le gritó al viento nocturno.

20

Se encontraron en el desierto de cristal negro.

Flanqueados por los supervivientes de sus guardias personales, Gaviota y Mangas Verdes salieron del bosque y fueron hacia el abigarrado grupo de siluetas que los aguardaba a medio kilómetro de distancia. Los dos hermanos estaban sucios y no se habían molestado en cambiarse de ropa, agotados por días de combates interminables. La enorme hacha de Gaviota era un gran peso que colgaba de su cinturón, pero los dos mantuvieron la cabeza alta mientras sus pies avanzaban sobre la llanura haciendo crujir los fragmentos de cristal.

Todos los hechiceros estaban allí. Immugio, el ogro-gigante, llevaba un brazo en cabestrillo como resultado de su batalla con Liko. Dwen, la hechicera del océano, aferraba su falsa Lanza del Mar y les dirigió una mirada llena de odio. Fabia, resplandeciente en su atuendo de gasas rojas, estaba sentada sobre su carroza, cuyo tiro original de caballos blancos había tenido que ser sustituido por monturas de varios colores, rodeada por bellos seguidores que vestían túnicas rojas. A pesar de los rumores, Atronadora, la Reina de los Trasgos, también estaba allí en compañía de un cortejo de trasgos que chillaban y balbuceaban. Ludoc, el canoso hechicero vestido de pieles, acariciaba a su halcón y el cuello de su lobo. Haakón, que se había proclamado a sí mismo Rey de las Malas Tierras, tenía todo el aspecto de un rey, pues había obtenido una armadura completa que había pintado de rojo y plata, y una larga capa roja colgaba sobre su espalda. Incluso había colocado un rubí en su yelmo para que tapara la cuenca vacía del ojo que perdió. Como en una burlona y desafiante exhibición, cada hechicero llevaba puesto el pentáculo nova que impedía que Mangas Verdes pudiera trasladarlos a través del éter.

Gaviota vio que Gurias de Tolaria, al que su hermana había hecho estallar en el Bosque de los Susurros, no se hallaba entre ellos. Sanguijuelo, el troll, del que se rumoreaba que había muerto, no era visible por parte alguna, pero podía no haber querido entrar en el desierto y estar acechando en el bosque. Dacian la Roja, que había invocado una lluvia de piedras sobre Risco Blanco y había matado a su padre y a otros, también estaba ausente. Habían reducido el número de sus enemigos en dos o tres hechiceros, y eso ya era algo.

Pero el peor enemigo de Gaviota, Liante el de la lengua melosa y la mente traicionera, estaba vivo e ileso y sonreía en su triunfo. Junto a él estaba Karli, la hechicera de los cabellos blancos y la piel oscura,

tan traicionera como una cobra y luciendo su chaqueta festoneada de botones y medallones.

El cónclave de hechiceros se hallaba flanqueado por docenas de guerreros del desierto vestidos con túnicas azules, combatientes leales a Karli cuyas cimitarras curvas relucían bajo el sol. Detrás de ellos se veía hacer piruetas a un contingente de caballería del desierto que montaba caballos recubiertos por corazas de vivos colores y adornados con campanillas tintineantes.

Y directamente detrás de Liante, tan grande como una esfinge en aquel desierto calcinado por el sol, se alzaba el señor guerrero de Keldon. El sudor brillaba sobre su cuerpo a pesar de la suave brisa. Sus temibles brazos, tan gruesos como los muslos de Gaviota, estaban cruzados sobre su pecho. La punta de su enorme espada, que debía ser empuñada con las dos manos, reposaba sobre los fragmentos de cristal negro delante de sus pies.

Ayer Gaviota hubiese odiado al señor guerrero, pero ya no podía hacerlo.

Liante y Karli estaban esperándoles detrás de una tosca mesa de madera sobre la que había una hoja de pergamino y una pluma de ave metida en un tintero de piedra. Gaviota y Mangas Verdes se detuvieron a un brazo de distancia de ellos. Sus guardias personales se envararon y mantuvieron las lanzas rígidamente apuntadas hacia el cielo, los músculos tan tensos como cuerdas de arco. Todo el mundo esperaba una traición, salvo Gaviota y Mangas Verdes. Por extraño que pudiera parecer, los dos creían que Liante mantendría su palabra tal como había dicho y que se limitaría a hablar.

El hechicero alzó las dos manos en un aparente gesto de amistad, y las mangas que contenían todos los colores del arco iris cayeron hacia el suelo. Su túnica de muchos colores tenía un aspecto tan iridiscente como de costumbre, brillando y reluciendo como el ala de un insecto, y su bigote se erizaba orgullosamente y sus cabellos estaban untados de lechada. Pero su rostro ya no parecía joven. Las patas de gallo que rodeaban su boca y sus ojos hacían que se le pudiera haber tomado por un abuelo, pero Liante sonrió como si estuviera saludando a un par de viejos amigos.

--Gaviota, Mangas Verdes... Nos alegra mucho que estéis dispuestos a hablar como dos personas inteligentes. Tengo la seguridad de que todos estamos de acuerdo en que ya ha habido muertes más que suficientes...

--No --le interrumpió Gaviota--. Aún no ha habido suficientes

muertos, pues sigues vivo.

Liante parpadeó y su rostro se endureció, pero enseguida recuperó el control de sí mismo y volvió a sonreírles con la misma falsa jovialidad de antes.

--Bueno, después de todo... ¿Sabes una cosa, Gaviota? Que Mangas Verdes mantuviera a estos otros hechiceros... --movió una mano en un gesto que abarcó todos los rostros llenos de odio--, bajo su yugo y que los obligara a permanecer a su disposición en todo momento no es algo que pueda considerarse justo. No, eso no está nada bien... Si tienes a unos hechiceros sometidos a ti como peones, ¿de qué forma eres mejor que nosotros? ¿Y bien, Mangas Verdes? ¿Puedes responderme a esa pregunta?

--Mi hermana es mejor que tú de la misma forma en que un león es mejor que una sanguijuela --gruñó Gaviota--. Pero tienes razón. Nunca deberíamos haberos sometido a ese yugo mágico: yo os habría cortado la cabeza. Pero mi hermana insiste en que hay algo bueno en todo el mundo, incluso en unos malditos hechiceros rastreros y codiciosos, y por eso se os permitió seguir con vida.

--¡Vosotros, pareja de altos, sois los que han seguido con vida porque así lo quisimos! --aulló la reseca y marchita reina Atronadora, vestida de harapos y coronada con clavos torcidos--. ¡Somos nosotros los que nos daremos un banquete con vuestros huesos alrededor de vuestras hogueras!

Gaviota volvió la cabeza hacia ella.

--¡Pues debes saber, arpía, que mi hermana ha resultado tener razón y que yo estaba equivocado, pues un trasgo dio su vida para salvar la mía! He ordenado a todo mi ejército que nunca vuelva a hablar mal de los trasgos delante de mí.

Aquella noticia tan sorprendente causó una considerable agitación. Liante, que parecía bastante cansado, agitó una mano en el aire.

--Bueno, olvidémonos de la charla preliminar y los intercambios de cortesías. Sigamos con lo que realmente nos interesa, ¿de acuerdo? Tengo aquí un documento que quiero que examinéis.

Liante entregó la hoja de pergamino a Gaviota, pero el leñador ni siquiera la miró. Se limitó a pasársela a Mangas Verdes, que sabía leer. La druida clavó la mirada en aquella hermosa caligrafía y fue resiguiéndola con la punta de un dedito, pero sólo durante unas cuantas líneas.

--Son unas condiciones de rendición --acabó diciendo.

Mangas Verdes arrojó el pergamino hacia la mesa. La brisa se lo llevó antes de que llegara a ella, y nadie se inclinó para recuperarlo.

Liante alzó sus delgados hombros y dejó escapar un aparatoso suspiro. Karli se frotó la nariz para ocultar una sonrisa. Parecía alegrarse de ver cómo la oferta de Liante era rechazada, y estaba claro que le gustaría que hubiese nuevos combates. Si Liante había envejecido durante aquellos últimos meses, Karli se había vuelto más joven. Su aspecto de gatita era más acentuado que nunca..., pero tenía colmillos.

--Acabáis de sufrir un revés de la fortuna, como le ocurre a todo el mundo más tarde o más temprano --dijo el hechicero vestido con los colores del arco iris--. No podéis ganar esta batalla. Expulsaremos a vuestro ejército de este lugar, y será nuestro. Los secretos de los antiguos Sabios serán nuestros, y...

--No hay ningún secreto --le interrumpió Mangas Verdes, y el aire del desierto hizo que su voz sonara débil y temblorosa--. Encontramos unos cuantos túneles, pero están vacíos. Visité el fondo del mar y sólo encontré fantasmas. No hay artefactos, no hay fuentes de poder... Y esta tierra está enferma, y se halla envenenada. No hay nada por lo que valga la pena luchar o morir.

Liante estaba visiblemente confuso. Que la creyera decía mucho en favor de la sinceridad de Mangas Verdes.

--Pero... Si no estás luchando para conservar los secretos de los Sabios, ¿entonces qué...?

--Luchamos contra ti --dijo Gaviota--. Eso es lo que hacemos. Nos oponemos a los hechiceros que utilizan el poder para oprimir a sus peones, como tú los llamas. Seguiremos luchando hasta que hayas quedado aplastado y tus pedazos hayan sido esparcidos a los cuatro vientos.

--Si alguien va a rendirse, deberías ser tú --añadió Mangas Verdes--. Puedes matarnos, pero nunca podrás derrotarnos.

Los labios de Liante se movieron sin que ningún sonido saliera de ellos. El hechicero, que era un hombre codicioso, había dado por sentado que el ejército luchaba para acumular riquezas y poder. Comprender que no era así había hecho que no supiese qué decir.

Pero Karli sí sabía lo que debía decir.

--¡Entonces os mataremos! --declaró con su gutural acento del desierto--. ¡Desapareceréis y seréis aplastados, y dentro de unos cuantos años ya ni siquiera quedará un recuerdo de vosotros! ¡Y reuniremos a nuestras fuerzas y avanzaremos sin que nadie pueda

oponérsenos!

--Tal vez --replicó Mangas Verdes sin inmutarse--, pero seguiremos existiendo como un recuerdo. Lirio así lo dijo. Con el tiempo, las personas corrientes de todos los Dominios sabrán que otras personas como ellos se enfrentaron a los hechiceros y que obtuvieron algunas victorias. Ése será nuestro legado, y es más que suficiente.

Liante puso los ojos en blanco y se pasó una mano por la cara, bajándola desde la frente hasta el mentón. Las filas de soldados y caballería del desierto se removieron lentamente detrás de él y un murmullo recorrió las formaciones, y Liante las redujo al silencio con una seca orden.

--Así que esta guerra ha de continuar, ¿no? ¿Seguiréis luchando hasta que cada hombre, mujer y niño haya quedado destripado y sirva de pasto a los buitres? ¿Estáis dispuestos a hacer que vuestro ejército salte a la muerte desde un acantilado, como esos roedores que se suicidan lanzándose al mar? ¿Es eso lo que queréis?

--No --repitió Gaviota--. Y a ese fin, yo tengo una propuesta que hacer. Es una contrapropuesta, en realidad... Propongo un combate a muerte.

Liante miró a Karli, que le devolvió la mirada. Los seguidores de Gaviota miraron a su alrededor, confusos y perplejos.

Gaviota alzó un robusto brazo y señaló al señor guerrero de Keldon con un dedo.

--Yo, como general del ejército, desafío a vuestro señor guerrero a un combate personal --dijo--. Si muero, Mangas Verdes se lleva el ejército y lo saca de aquí a través del éter, y vosotros os quedáis con estas ruinas vacías. Pero si gano, os marcharéis de esta tierra y no regresaréis nunca.

--¡No, espera! --gritaron al unísono Mangas Verdes y Muli.

Un zumbido de voces llenas de excitación resonó alrededor de Gaviota.

Pero Liante sonrió y gritó un seco «¡Trato hecho!» que más parecía un ladrido. El hechicero soltó una risita de puro deleite, incapaz de creer en su suerte.

--¡Sí, trato hecho! ¡Aceptamos!

Pues cualquiera podía ver que Gaviota, aun siendo fuerte y buen luchador, no era rival para el poderoso señor guerrero. El hombre de Keldon aplastaría a Gaviota con tanta facilidad como un halcón destroza a una paloma.

Pero el leñador se limitó a apoyar su mano mutilada sobre el mango del hacha que colgaba de su cinturón.

--Mañana, entonces --dijo--. Al mediodía. Aquí.

--¡Perfecto! --exclamó Liante, cada vez más contento--. ¡Mientras tanto suspenderemos todos los ataques! Y si vences, nos retiraremos y no volveremos nunca.

Pero se echó a reír, pues había saboreado la victoria y ya estaba planeando cómo explotarla.

Gaviota giró sobre sus talones y fue hacia el bosque, caminando tan deprisa que Mangas Verdes tuvo que echar a correr para alcanzarle.

--¡Gaviota! ¡H-Hermano! --Mangas Verdes estaba tan nerviosa y preocupada que tartamudeaba, una costumbre que había perdido hacía años--. ¡No pu-puedes luchar c-con él! ¡Es demasiado gran-grande, de-demasiado fuerte! ¡Te ma-matará!

--Quizá --replicó Gaviota sin mirarla--. Quizá no.

--Pe-Pero Gaviota... --Mangas Verdes tropezó con el extremo de su maltrecha falda cuando entraron en el sendero que atravesaba el bosque--. ¡No era necesario! Podríamos haber lu-luchado todos jun-juntos...

Pero su hermano siguió caminando sin escucharla. Mangas Verdes se detuvo y le vio marchar, las mejillas llenas de lágrimas.

* * *

--Sigo sin entenderlo, hermano --dijo Mangas Verdes por duodécima vez.

La joven druida estaba sentada delante de una pequeña hoguera en el círculo solar. Gaviota y Lirio también estaban allí. Liante había sido fiel a su palabra y había retirado a su ejército de bárbaros. Los seguidores de Gaviota y Mangas Verdes habían vuelto a acampar en la superficie, y ya habían reforzado la empalizada y los baluartes de tierra. Pero todo el mundo guardaba silencio, como si ya estuvieran llorando la muerte de su líder. Un niño que se había echado a reír fue acallado al instante por una docena de adultos. La familia estaba sola dentro de un círculo de guardias personales, y un acuerdo tácito hacía que todo el ejército se mantuviera lejos de ella.

Teniendo en cuenta que debía enfrentarse a una muerte segura a la mañana siguiente, Gaviota se hallaba maravillosamente tranquilo. El leñador acunaba a una Jacinta profundamente dormida en el hueco de

un robusto brazo, y sostenía la delgada mano de su hermana con su otra manaza.

--Enfrentarme a él en un duelo proporciona tiempo a nuestro ejército para que descanse y haga planes. Si tengo razón y gano, entonces tendréis que estar preparados para enfrentaros a la traición. Si me equivoco y pierdo... Quizá podáis obtener un trato mejor. De cualquier manera, tal vez se salven unas cuantas vidas.

--¡Tonterías! --resopló Mangas Verdes--. ¡Nada de todo eso tiene ningún sentido! ¡Estarás muerto, y nosotros estaremos metidos en la misma situación desesperada de antes! Sólo que entonces será peor, porque no sabré qué hacer sin ti...

Gaviota le apretó la mano, pero Mangas Verdes se la arrebató de un tirón, mitad enfurecida y mitad asustada.

--Tendrás que luchar contra los hechiceros de cualquier manera que esté a tu alcance --dijo--. No se puede evitar, y en este ejército hay montones de personas que pueden decirte cómo hacerlo. Tienes reunidas aquí a algunas de las mejores mentes de los Dominios: soldados que llevan toda su vida peleando, curanderos, eruditos y escribanos... Yo casi no soy necesario, pues sólo soy un leñador.

La joven druida se negaba a dejarse consolar.

--Sabes que eso no es verdad, pero no discutiré contigo. Si debes luchar con ese señor guerrero, y no veo por qué, ¿podré al menos darte algún poder mediante unos cuantos hechizos? No te preocupes --se apresuró a añadir--. Dormir le ha hecho muchísimo bien a mis capacidades mágicas. Puedo aumentar tu fuerza y tu velocidad, y otorgarte una vista muy aguda. Y Kwam tiene toda clase de artefactos: corazas mágicas que desvían las espadas, cascos...

--No, Verde. La magia nunca me ha gustado y no voy a utilizarla ahora. Y si estoy equivocado, la magia tampoco serviría de nada.

--¿Qué significa todo eso? --La pena de Mangas Verdes se esfumó y fue sustituida por la ira. Su tono despertó a Jacinta, pero la niña murmuró algo ininteligible y volvió a acurrucarse sobre el pecho de su padre--. ¿Si estás equivocado en qué? --murmuró la joven druida--. ¿Qué se te ha metido en la cabeza hacer?

--Tuve un sueño --dijo Gaviota con voz pensativa--. Soñé con nuestra familia. Agridulce y Oso Pardo, nuestros hermanos y hermanas... Pero no diré nada más, porque temo perder la magia que había en ese sueño. --Gaviota sonrió ante sus contradicciones--. ¿Tendrías la bondad de excusarnos, Verde? Queremos estar solos.

--¡Oh!

Las emociones de Mangas Verdes giraban tan locamente como si estuvieran atrapadas en un huracán, y no pudo decir nada más. Se levantó entre un revoloteo de faldas, tropezó y fue sostenida por Gaviota antes de que cayera. Después giró sobre sus talones para marcharse, hecha una furia, pero cambió de parecer y besó a su hermano en la coronilla. Luego salió del anillo de guardias personales y fue corriendo hacia Kwam, llorando desesperadamente.

--Está muy preocupada por ti --dijo Lirio con voz baja y suave, rompiendo el silencio en el que sólo se podían oír los chasquidos de la hoguera--. Te echará de menos.

--¿Y tú no me echarás de menos? --bromeó Gaviota.

Lirio sonrió con tristeza. Sus ojos brillaban.

--Tú nunca haces las cosas a medias, Gaviota. Siempre he sabido que podía convertirme en una viuda. La idea me asusta, pero por lo menos estoy acostumbrada a ella. Confío en tu buen juicio, esposo mío.

--Siempre he admirado tu fortaleza, Lirio. --Gaviota le puso la mano en el hombro, lo apretó cariñosamente y la atrajo hacia él--. Hay un núcleo de acero oculto debajo de toda esa hermosa suavidad.

Lirio se inclinó sobre su bebé dormido y acercó un poco más los pliegues de la manta a su rostro rosado para protegerlo del frío.

--Y tú tienes la cabeza de madera, así de tozudo eres... Pero ¿qué puedo esperar de un leñador?

Gaviota suspiró.

--Pues por extraño que te pueda parecer, eso es lo único que he querido ser en toda mi vida --dijo--. Casarme con una buena mujer, cortar árboles, enseñar a mis hijos a dar forma a la madera y engordar y llenarme de canas delante del fuego... Sí, habría sido feliz y no habría necesitado nada más para sentirme satisfecho. Pero todas estas locas aventuras han valido la pena, porque me permitieron conocerte.

Esta vez fue Lirio la que suspiró, pero de puro placer mientras se inclinaba hasta quedar apoyada en su sólido esposo.

--Por lo menos tenemos un objetivo común --dijo--. En toda mi vida sólo he deseado una cosa: ser la esposa de un buen nombre.

--¿No querías ser un ángel? --volvió a bromear Gaviota.

Lirio meneó la cabeza, y sus cabellos castaños rozaron el brazo desnudo del leñador.

--No sé en qué estaba pensando al imaginarme que dejaría atrás este mundo. ¿Por qué podía necesitar volar cuando un hombre tan

maravilloso, bueno y decente como tú camina sobre la faz de la tierra?

Gaviota le acarició los cabellos y se los besó.

--Si tú eres feliz, yo soy feliz.

--Oh, esposo... --Después Lirio pensó en el día siguiente y en cómo terminaría su amor, y suspiró--. Pero, Gaviota, ¿cuál fue ese sueño que mencionaste?

--Oh, sí. Mi plan, por así llamarlo. Soñé con mi familia... Y le contó su sueño, y el mensaje que encerraba.

* * *

Llegó el amanecer, con más preparativos y trabajos de fortificación, y finalmente, el mediodía se fue aproximando.

Gaviota, inmóvil sobre el círculo solar, permitió que se ocuparan de él. Sin que lo supiera, sus Lanceros Verdes habían pasado toda la noche limpiando su equipo. Gaviota se sorprendió al ver un faldellín y una túnica de cuero que parecían nuevos y estaban tan lustrosos y relucientes como el flanco de un caballo. Su casco y su coraza, que habían estado llenos de arañazos y melladuras, brillaban. Muli sostenía su gran hacha de doble hoja, con el mango recién frotado y el metal abrillantado hasta dejarlo tan luminosamente reluciente como un espejo. Stiggur había trenzado un nuevo látigo de mulero. Gaviota se dejó vestir, agradeciendo toda aquella atención: casco de acero, ropas de cuero y botas de media caña, ancho cinturón con el látigo metido debajo de él, coraza de acero y una capa azul que aleteaba bajo la brisa. Finalmente, Gaviota aceptó su temible hacha y todos lanzaron exclamaciones ahogadas.

Pero apenas se habló. Sólo Jacinta, pegada a las faldas de su madre, abrió la boca para preguntar adonde iba papá.

Lirio reprimió las lágrimas mientras observaba con ojos llenos de orgullo a su impasible esposo.

--Papá va a trabajar con su hacha, querida --dijo después--. No tardará en volver.

Gaviota alzó la cabeza y contempló el sol con los ojos entrecerrados.

--Ya es la hora.

Fue por el sendero que atravesaba el bosque, con la mitad de su guardia personal precediéndole y la otra mitad siguiéndole. Casi todo el ejército iba detrás de ellos. Liko avanzaba con su pesado caminar y la bestia mecánica de Stiggur subía y bajaba sus patas terminadas en

pezuñas de hierro por entre los brezales, con el muchacho que la conducía llorando sin intentar ocultar su llanto. La caballería, humanos y centauros por un igual, avanzaba a través de la maleza y serpenteaba por entre los árboles para no perder de vista a su general. Detrás, con un aya llevando en brazos a Jacinta, venían Lirio, Mangas Verdes, Kwam y los demás.

La marcha por el bosque no duró mucho rato, y no tardaron en emerger a la cegadora luz solar que caía sobre el desierto de cristal negro. Los ángeles habían venido volando desde su lejana montaña y se habían alineado en el comienzo del bosque, con sus blancas alas brillando bajo el sol.

En el desierto había un gran semicírculo: Liante y los hechiceros, y muchos esclavos de su magia vestidos con prendas de vivos colores. Delante de ellos, solo, estaba aguardando el señor guerrero de Keldon.

Gaviota se detuvo entre el bosque y el desierto. Habló en voz alta para que sus palabras pudieran llegar hasta las últimas filas de la multitud, que había ido creciendo poco a poco y estaba formada por centenares de personas.

--¡Aquí es donde os dejo! ¡Os doy las gracias a todos, y os agradezco vuestra ayuda y vuestra amistad! Recordad que luchamos por el bien, la justicia y la libertad, y no permitáis jamás que esa esperanza... muera.

Con un nudo en la garganta y con veintenas de seguidores que lloraban delante de él, Gaviota no pudo decir nada más. Tomó la mano de Lirio y se la besó, como si fuese una reina.

Muli, que estaba junto a él, no pudo contenerse.

--¡Por favor, general! ¡Oh, Gaviota, por favor! ¡Deja que vayamos contigo!

Todos se sintieron un poco incómodos, pues estaba claro que Lirio no era la única mujer que amaba a Gaviota. Pero el leñador se limitó a menear la cabeza, y se inclinó y besó la dura y chata mejilla de Muli.

Después se volvió para decirle algo a Mangas Verdes, pero no se le ocurrió nada que decir. Ella tampoco pudo hablar, aunque sus ojos ardían con la luz del amor y de un tozudo orgullo. Gaviota se conformó con revolverle los cabellos, como había hecho en tiempos más sencillos, y giró sobre sus talones.

Y se fue al desierto..., solo.

El señor guerrero parecía más enorme que nunca, una montaña

de músculos relucientes de sudor, con su aliento sibilando como una gran fragua y sus miembros temblando de puro poder. Preparado para matar, había prescindido de su capa roja y su cornamenta de reno y sólo llevaba un faldellín negro, un arnés de guerra y el yelmo de hierro adornado con colmillos que tenía dos resplandecientes gemas rojas por ojos. Cuando vio aproximarse a Gaviota con su brillante hacha, el señor guerrero desenvainó lentamente su enorme espada, un arma tan alta como el mismo Gaviota, y la levantó.

Gaviota se detuvo a unos tres metros del gigante, plantó firmemente los pies en el suelo y alzó el mentón. La brisa que se deslizaba sobre el desierto agitó las esquinas de su capa azul.

El señor guerrero resopló, como si enfrentarse a un oponente tan insignificante se hallara por debajo de su dignidad. Cuando habló, su voz retumbó como el trueno que estalla por encima de las montañas.

--Gaviota, llamado el leñador... ¿Estás preparado para morir?

Gaviota alzó un poco más su mentón. Podía oír los leves ruidos de muchas personas que le observaban, lejos detrás de él. Detrás del señor guerrero había veintenas de siluetas, enemigos que anhelaban su muerte..., y Liante, inmóvil entre ellas, era quien más la deseaba.

Pero el leñador meneó la cabeza.

--No. Todavía no.

Y arrojó su hacha al suelo.

Un jadeo de sorpresa surgió del bosque detrás de él, pero Gaviota lo ignoró.

Gaviota se arrancó de un manotazo su casco resplandeciente y lo arrojó encima del hacha. Después se quitó su capa azul y dejó que cayera al suelo, y tiró de su coraza hasta romper las tiras y la arrojó al suelo con un ruidoso tintineo metálico. Sacó el látigo de mulero de su cinturón y lo arrojó encima del montón de ropa y metal, y agarró su túnica de cuero con las dos manos y la arrancó de su pecho.

Y terminó por fin, con su faldellín de cuero y sus botas por único atuendo, medio desnudo y desarmado.

Si el señor guerrero de Keldon estaba confuso, no lo demostró. Gaviota supuso que había matado a muchas víctimas, y que algunas habían enloquecido al final. El coloso alzó su espada y dio un paso hacia adelante.

--¿Morirás sin un arma en las manos? --gruñó.

--Que luche no serviría de mucho --replicó Gaviota, y cruzó los brazos sobre su pecho desnudo. Vio cómo Liante y los demás se inclinaban hacia adelante detrás del señor guerrero para poder oír sus

palabras, por lo que alzó la voz--. No puedo derrotarte en un duelo. Pero si he de morir, tengo una última petición.

El señor guerrero se había quedado inmóvil y la espada subía y bajaba lentamente en sus manos, oscilando como la lengua de una serpiente.

--Si está dentro de mi poder...

Gaviota se pasó una mano por la cara.

--Quítate el casco de hierro para que pueda ver el rostro de mi ejecutor.

--¡No! --gritó Liante detrás del señor guerrero--. ¡No lo hagas!

Pero el grito de Gaviota se impuso a las órdenes del hechicero.

--¡Es una petición muy sencilla, y satisfacerla no puede causar ningún daño! Si tienes una brizna de honor, si los señores guerreros de Keldon tienen algo de orgullo y no temen mostrar su rostro a los dioses..., entonces me concederás mi deseo. ¿Y bien?

El señor guerrero bajó lentamente su espada, inclinándola unos centímetros pero todavía preparado para el combate. Después alzó su mano libre y tiró de los colmillos de hierro que sobresalían por encima de su boca.

--¡No! --volvió a gritar Liante, levantando las manos como si se dispusiera a lanzar un hechizo--. Eso no forma parte del contrato...

Sin su horrible tocado, el señor guerrero tenía un aspecto sorprendentemente normal. Su rostro estaba curtido por la intemperie y recubierto de músculos nudosos, marcado por las cicatrices de muchas batallas o de un cruel adiestramiento, y su piel estaba muy pálida como resultado de llevar puesto el casco durante todo el día. Su cabellera pelirroja era tan corta que parecía una extensión del vello que cubría sus mandíbulas.

--Tal como pensaba --dijo Gaviota con voz temblorosa--. Gavilán...

--¡Gavilán!

El grito llegó desde el comienzo del bosque. Gaviota giró sobre sí mismo y vio cómo Mangas Verdes avanzaba con paso tambaleante, seguida por Kwam y sus Guardianas del Bosque. La archidruida se tapaba la boca con una mano. Mangas Verdes había reconocido al hermano perdido hacía tanto tiempo.

Gaviota relajó los brazos y dejó que los puños colgaran inmóviles junto a sus costados. Después habló, y el señor guerrero escuchó.

--Lo sospechaba, Gavilán, pero sin saberlo de una manera consciente, y eso me ha estado obsesionando. Me fijé en que tu barba era roja durante nuestra primera batalla, y me pregunté quién podrías

ser. Tu voz me resultaba familiar: ahora que has crecido, se parece mucho a la de nuestro padre. Pero no fue hasta que tuve el sueño, el sueño en el que vi a nuestra familia, cuando lo comprendí. Nuestros padres estaban al otro lado, donde moran los muertos, pero tú estabas detrás de mí, en la tierra de los vivos, y me apremiaron a que te siguiera. Oso Pardo, y Agridulce, nuestros hermanos y hermanas, dondequiera que estén, sabían quién eras y por fin lograron comunicármelo.

»O quizá fuiste tú quien causó mi sueño. Tienes el poder de controlar las mentes de los hombres, nublar sus pensamientos, agitar sus emociones y volverlos obedientes y deseosos de luchar. Esos pensamientos tan poderosos pueden haber llegado hasta mi mente mientras dormía y haberme proporcionado pistas. Creo que me enviaste esos pensamientos de manera deliberada, para que pudiera saber quién eras.

El señor guerrero se limitó a menear su imponente cabeza.

--No...

Gaviota estaba asombrado ante la transformación sufrida por su «hermano pequeño», al que había visto por última vez cuando tenía once veranos de edad. Gavilán era la viva imagen de su padre, Oso Pardo, en el esplendor de su virilidad.

--¡Pues seguiré haciendo conjeturas! --Gaviota alzó la voz para que la brisa pudiera llevarla hasta el comienzo del bosque--. Creo que fuiste hecho prisionero durante la batalla de Risco Blanco. Una compañía de soldados siempre necesita chicos avispados para que aprendan el arte de la guerra y se ocupen de mil pequeñas tareas. Así fue como Stiggur entró a formar parte del ejército. Pero no me detendré ahí. Apostaría a que Liante... --Gaviota señaló al hechicero de las franjas multicolores--. Sí, apostaría a que Liante, siempre traicionero y tramando ardides, buscó una manera de destruirme y de destruir a Mangas Verdes, y se enteró de quién eras. Apostaría a que compró tu servidumbre, que te envió a las tierras de los kelds y te hizo adiestrar en un hechizo de tiempo colapsado, llenándote de magia y encantándote para que adquirieses la forma de un poderoso guerrero. Y Liante utilizó sus hechizos de control mental para alterar y deformar el amor a tu familia y convertirlo en odio. De lo contrario, ¿por qué ibas a odiarme si nunca nos habíamos encontrado anteriormente? Liante te convenció de que te abandonamos, ¿verdad? ¿Estoy en lo cierto?

--Abandonado... --murmuro el señor guerrero con voz pensativa--. Olvidado...

--¡Sí! --gritó Gaviota, y una repentina pasión impregnó su voz--. ¡Así es como actúa Liante, que me reclutó para poder mantener cerca de él a Mangas Verdes a fin de sacrificarla, que contrató a Lirio para sacrificarla cuando llegara el momento adecuado! Debió de pensar que lanzar a mi propio hermano contra mí era una broma magnífica.

--¡Mátale! --gritó Liante--. ¡No le escuches! ¡Mátale! ¡Ahora!

--¡Sí! --respondió Gaviota con voz desafiante, extendiendo los brazos para mostrar su pecho--. ¡Mátame y piérdete a ti mismo! ¡Niega lo que eres! ¡Niega que eres mi hermano! Niega que eres hermano de Mangas Verdes, que está ahí, delante del bosque, y niega que desciendes de Oso Pardo y Agridulce, y que eres un hijo de Risco Blanco. ¡Alza tu espada y niégate a ti mismo! ¡Acepta que te han convertido en una bestia, una máquina de matar que no tiene alma!

»O --bajó la voz y todos aguzaron el oído para no perderse sus palabras--, encuentra tu alma dentro de ese caparazón. Vuelve como nuestro hermano, Gavilán, que se perdió y que ha vuelto a ser encontrado.

Y después Gaviota extendió los dos brazos con las manos vacías.

El señor guerrero alzó su espada y la contempló como si nunca la hubiera visto antes. Volvió a mirar a Gaviota y dejó caer el arma.

Y avanzó con paso torpe y tambaleante, tropezando con sus propios pies, no un hombre colosal o un señor guerrero, sino un niño de once años que se había perdido en el bosque y que acababa de lograr encontrar el camino de vuelta al hogar.

Gaviota, sonriendo de oreja a oreja, recibió al hombre-monstruo en sus brazos y lo apretó contra su pecho.

--Bienvenido a casa, Gavilán.

Mangas Verdes, que estaba inmóvil junto a los árboles, agarró a sus amigos de la mano y lloró de alegría.

--¡Oh, Kwam! ¿Has visto? ¿Los has visto, Lirio? ¡Apenas puedo creerlo! Gaviota dijo que debíamos luchar hasta la muerte y que debíamos combatir sin parar, ¡y ha sido el no luchar lo que ha derrotado a Liante y nos ha devuelto a nuestro hermano! ¡Oh, qué valientes han sido los dos! ¿Qué...?

Los dos hermanos se separaron cuando Liante lanzó un grito de furia. Haakón, el hechicero-rey de la armadura plateada, acababa de aparecer detrás de él. El hechicero de las franjas multicolores volvió a gritar. Los jinetes subieron de un salto a sus sillas de montar y los soldados desenvainaron sus cimitarras, apremiados a atacar por los alaridos de un Liante enloquecido de furia y los estridentes chillidos de

Karli.

Toda aquella nueva actividad hizo que Gaviota y Gavilán empezaran a retroceder. Gaviota le decía a su hermano que corriera hacia el risco y Gavilán estaba discutiendo con él, cuando Haakón obedeció las órdenes de Liante y atacó.

Una bola de fuego tan grande como el sol del desierto siseó en las manos de Haakón. Soldados y hechiceros, e incluso Liante, retrocedieron ante el calor de la esfera llameante. Los caballos piafaron y relincharon. La cegadora claridad de aquella esfera al rojo blanco hizo que Mangas Verdes apenas pudiera ver al enemigo.

Y Haakón lanzó la bola de fuego. Gavilán rodeó a Gaviota con los brazos.

Y Mangas Verdes gritó cuando sus dos hermanos quedaron envueltos en llamas.

_____ 21 _____

Mangas Verdes estaba inmóvil, aturdida y horrorizada.

Allí donde habían estado los dos hermanos sólo había un agujero, un pequeño pozo calcinado con un par de bultos ennegrecidos en el fondo.

Todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Mangas Verdes no podía comprender lo que veía. Las emociones hirvieron dentro de ella, convirtiendo su mente en un torbellino: sorpresa ante la perspicacia de Gaviota y la identidad de su hermano, alegría al ver cómo su hermano volvía a ellos, miedo cuando los dos fueron atacados, pena ante la bola de fuego abrasador que los había consumido, condena de su propia estupidez y credulidad por haber confiado en que Liante cumpliría su parte del acuerdo...

Y con esa última emoción, alzándose por encima de todas las demás y consumiéndolas dentro de su mente con la potencia irresistible de una bola de fuego, llegó la ira y un resentimiento tan profundo y ardiente que Mangas Verdes nunca había conocido nada igual hasta aquel momento.

Fragmentos de su ejército entraron rápidamente en acción a su alrededor. Los capitanes gritaron a sus soldados que adoptaran las formaciones de combate. Los trompetas hicieron sonar sus clarines, y los tambores atronaron. Soldados enfurecidos rugieron un desafío mientras avanzaban al trote sobre los cristales negros del desierto. Muli aulló una orden y sus Lanceros Verdes echaron a correr en una carga suicida, sus estandartes aleteando por encima de ellos. Stiggur gritó instrucciones a Dala mientras los dos luchaban por armar lo más deprisa posible la ballesta gigante instalada sobre la bestia mecánica. Liko hizo temblar la tierra con los golpes de sus dos garrotes, ardiendo en deseos de unirse a la carga. Los ángeles desenvainaron sus espadas, lanzaron un grito de guerra y emprendieron el vuelo entre una agitación de potentes alas. Cuervos y arqueras de D'Avenant colocaron flechas en sus arcos y avanzaron detrás de las centurias Roja, Azul y Blanca. Helki y Holleb, uno a cada extremo del ejército, aullaron su estridente grito de batalla, golpearon el suelo con sus potentes pezuñas, bajaron sus lanzas y se lanzaron a la carga. Los seguidores del campamento, e incluso los estudiantes de magia, avanzaron después del ejército para ayudar o destruir en la medida que pudieran.

En el desierto, entre remolinos de arena y el ir y venir de las colas

de los caballos, Liante gritó la orden de ataque. Dwen movió su lanza en el aire y conjuró docenas de cavernícolas de pálida piel. Ludoc lanzó su águila llameante al cielo para conjurar osos de las cavernas y enfurecidas manadas de toros rojos. La reina Atronadora se volvió hacia sus trasgos y emitió un veloz parloteo de órdenes. Otros hechiceros conjuraron bestias y secuaces. Millares de enemigos estaban siendo invocados, y todos anhelaban destruir a los escasos centenares de seguidores de Mangas Verdes. Y en primera línea del enemigo, chillando con su voz estridente, estaba Liante, el hechicero del bigote erizado y la túnica multicolor, apremiándoles a avanzar y exigiéndoles que dieran el máximo de sí mismos para aquella batalla final y aquella última carnicería.

Sólo una persona permanecía inmóvil, y era Mangas Verdes. La archidruida se hallaba abrumada por la emoción, porque --y por primera vez en su vida-- quería matar a alguien.

Y entonces, mientras el caos y la locura se agitaban a su alrededor, Mangas Verdes quedó repentinamente paralizada, aturdida por una nueva comprensión.

En un instante, como si el fantasma de Chaney hubiese aparecido delante de ella, Mangas Verdes comprendió a qué se refería cuando hablaba del «sacrificio final».

Mangas Verdes había estado dispuesta a sacrificar su vida para detener a aquellos hechiceros.

Incluso había estado dispuesta a sacrificar a sus amigos y seguidores para poner fin a sus depredaciones.

Pero en lo más profundo de sí misma, nunca había estado dispuesta a sacrificar sus principios.

Adiestrada en los ritos y creencias de los druidas, Mangas Verdes siempre había intentado mantener el equilibrio entre los humanos y la naturaleza, entre el caos y el orden, entre la vida y la muerte, entre el bien y el mal. Mientras se esforzaba por mantener ese equilibrio, siempre había frenado su poder. Había aplicado únicamente el mínimo de fuerza posible para detener a los hechiceros, y sólo había usado una fracción de su poder para cambiar el bosque, dando sólo un empujoncito aquí y allá, usando la fuerza para contrarrestar la fuerza y sin hacer nada más que eso.

Pero quienes la rodeaban no se habían comportado de esa manera. Sus seguidores, guardias personales y soldados, así como los seguidores del campamento, habían dado el máximo de sí mismos en cada batalla, luchando por sus vidas, sus hogares y su libertad. Las

Guardianas del Bosque se habían interpuesto una y otra vez entre el peligro y su señora: Alina y Bly habían sido aplastadas por un monstruo, Petalia había sido precipitada al abismo, Doris había acabado calcinada por un rayo. El ejército, así como los zapadores y los seguidores del campamento, había cavado incansablemente en aquellos túneles letales a fin de encontrar un secreto para Mangas Verdes y para ellos mismos. Sus amigos casi habían muerto de congelación para averiguar cuanto pudieran de los minotauros. Los ángeles y las gentes del mar habían luchado para proteger su tierra sagrada. Gaviota había sacrificado su vida para salvar a Gavilán. Incluso el trasgo Sorbehuevos había dado su vida para salvar la de un humano.

Y Mangas Verdes se había estado conteniendo durante todo ese tiempo. Pero por fin había llegado al borde del abismo, al sacrificio final. Tenía que utilizar todo su poder, toda su voluntad y todas sus capacidades para detener a los hechiceros, pues sólo eso podría contener la marea de su codicia, su odio y su envidia.

Mangas Verdes tenía que sacrificar no sólo su vida, y las vidas de su familia y su amado y sus amigos, sino que también tenía que sacrificar todo aquello en lo que creía.

Y lo haría.

Apartó los mechones enmarañados que habían caído sobre su rostro, echó hacia atrás su capa repleta de bordados con un encogimiento de hombros y se subió las mangas, y flexionó los dedos y extendió las manos hacia el ejército de enemigos de Liante.

--¡Prepárate para la guerra, Liante! --gritó.

Nadie oyó su grito de batalla, pues el desierto se había convertido en un mar de ruidos: había gritos, alaridos, entrechocar de espadas y escudos, retumbar de pezuñas, fanfarrias de clarines y el trueno ahogado de los tambores.

Pero Mangas Verdes puso fin a todo ello con un solo gesto.

Extendió los brazos hacia los lados y conjuró un hechizo de protección que se desplegó hasta abarcar centenares de metros en ambas direcciones. Tan imposible de atravesar como el barrido de los descomunales brazos de un gigante, o como la muralla de líquido de una gigantesca ola, el muro invisible se extendió y detuvo a todos los que se hallaban en su camino: todos los seguidores de Mangas Verdes, fueran cuales fuesen sus colores e insignias, quedaron frenados de golpe.

Los caballos relincharon y se encabritaron cuando chocaron con

la barrera invisible, y muchos hicieron que sus jinetes salieran despedidos por encima de sus cabezas para rebotar contra aquella esponjosa solidez y resbalar a lo largo de ella hasta acabar cayendo en el suelo. Hombres y mujeres que corrían con las lanzas dirigidas hacia adelante y las espadas desenvainadas sintieron cómo sus armas se incrustaban en una nada tan sólida como una pared de ladrillos. Los gritos murieron a medida que más y más combatientes chocaban con la barrera. Los clarines callaron con un último gemido y todos se removieron nerviosamente y miraron a su alrededor, confusos y perplejos.

Y Mangas Verdes los sacó del peligro con otro encogimiento de hombros. No los empujó, sino que levantó a todo el mundo y los envió hacia atrás, y centenares de personas y caballos fueron desplazados hasta quedar detrás de ella, repentinamente llevados al comienzo del bosque del que habían salido. Con sus pies nuevamente depositados suavemente en el suelo por obra de la magia, los soldados y seguidores del campamento no pudieron hacer nada aparte de quedarse boquiabiertos y lanzar gritos de consternación..., y mirar a su señora, que, con la muerte de Gaviota, había pasado a controlar el ejército.

Pero Mangas Verdes no miró a sus seguidores. Siguió inmóvil, a quince metros de ellos, encarándose al enemigo en el desierto. Una brisa se deslizó a través de su despeinada cabellera castaña y jugueteó con el extremo de su capa.

Las protectoras de Mangas Verdes gimieron, pero no podían atravesar el muro. Stiggur gritó algo desde lo alto de su bestia mecánica. Lirio gritó el nombre de su cuñada. Otros gritaron pidiendo ser liberados para poder estar junto a ella y luchar a su lado.

Mangas Verdes, Archidruida del Bosque de los Susurros, los ignoró.

Como su hermano antes, era responsable de sus vidas. Y tal como había hecho su hermano, ella también iría sola a la batalla.

Aquél era su combate.

Y se enfrentaría al poderío combinado de todos los hechiceros.

Los jinetes del desierto de Karli, que llegaban al galope desde el oeste, chocaron con el muro invisible y rebotaron en él. Después vieron un objetivo solitario al que podían atacar, y avanzaron hacia la joven druida entre un retumbar de cascos.

Fueron los primeros en sentir su ira. El contingente de cuatrocientos jinetes que coreaban cánticos de guerra, chillaban y

agitaban las hojas curvas de sus cimitarras sobre sus cabezas, avanzó..., para aullar cuando el suelo del desierto se resquebrajó debajo de ellos, rompiéndose como un gigantesco ventanal de cristales oscuros hecho añicos por una piedra, y arrojó muros de ramas hacia el cielo.

Pero aquellos muros no eran los titubeantes y retorcidos setos de espinos que Mangas Verdes había conjurado en el pasado. Gigantescos tallos verde amarronados aparecieron en una repentina erupción y crecieron hasta alcanzar varios metros de altura, convirtiéndose en troncos más gruesos que el cuerpo de un caballo. Ramas inmensas de las que colgaban encajes de espinos tan amenazadores como colmillos se desenroscaron igual que otras tantas serpientes, y se deslizaron sobre el suelo tan deprisa y con un empuje tan incontenible que crearon surcos entre los cristales negros para revelar la arena gris que había debajo de ellos. Zarcillos que cortaban como sierras se agitaron bajo un vendaval invisible. Los jinetes de reacciones más rápidas hicieron volver grupas a sus monturas, pero muchos quedaron atrapados en el muro. Jinetes y monturas fueron bruscamente levantados del suelo e inmovilizados por espinos que aún no habían acabado de crecer, y se retorcieron bajo su abrazo y quedaron aplastados entre aquellos gruesos tallos que se retorcían y ondulaban. Aterrados, la mayoría de los jinetes tiraron de sus riendas hasta que sus monturas se encabritaron y volvieron grupas para emprender una desenfrenada huida hacia el desierto, pero la vegetación serpenteante los persiguió moviéndose casi tan deprisa como un caballo lanzado al galope. El aire se llenó de crujidos, chasquidos y chirridos, y una jungla espinosa surgió de la nada en cuestión de minutos. La brisa trajo consigo el olor acre y amargo de las hojas y la savia de los espinos.

Pero la joven druida apenas prestó atención a su milagro. Ardiendo en deseos de venganza, Mangas Verdes giró lentamente sobre sí misma en busca de un nuevo ataque..., y lo encontró.

Haakón Primero, Rey de las Malas Tierras, alzó el brazo y lanzó una bola de fuego contra Mangas Verdes. La joven druida ni siquiera se inmutó cuando la trayectoria del cometa fue bruscamente interrumpida en el aire por un muro invisible, contra el que rebotó para salir despedido en otra dirección y acabar hundiéndose en las profundidades del bosque.

Mangas Verdes vio cómo las manos de Haakón empezaban a brillar con el resplandor de una segunda bola de fuego, y no titubeó.

Hendió el aire con su mano e invocó un relámpago colosal que rasgó el cielo vacío de nubes con su ramaje de fuego y desencadenó el retumbar del trueno.

El rayo iluminó la silueta acorazada de Haakón con la cegadora luminiscencia de un cohete en un castillo de fuegos artificiales, y el hechicero salió despedido por los aires y voló tres metros antes de caer al suelo. Sus miembros giraron locamente y su cabeza osciló flojamente de un lado a otro, y el humo empezó a brotar de las fisuras que habían aparecido en su chamuscada armadura pintada de color plata y rojo. Haakón quedó tan flácidamente inmóvil como una muñeca de trapo, con los brazos y las piernas retorcidos. En el interior de su coraza ya sólo había carne quemada y huesos calcinados.

Los hechiceros, que todavía estaban preparando sus conjuros, se quedaron boquiabiertos. Fabia miró a Dwen, quien miró a Ludoc, quien miró a la reina Atronadora. Todos volvieron la mirada hacia Karli y Liante, pero los dos estaban haciendo nuevas invocaciones.

--¡Atacad, idiotas! --aulló el hechicero de las franjas multicolores--. ¡Aplastadla!

Karli rozó unos botones dorados de su chaqueta e invocó a media docena de ogresas de roja piel, negros cabellos, gruesos labios y temibles colmillos. Un gesto de la mano de Karli lanzó a las ogresas a la carga contra la joven druida. Pero Mangas Verdes se rozó la sien, señaló con un dedo y las mujeres-monstruo olvidaron instantáneamente su propósito. Estupefactas, las ogresas miraron a su alrededor como niñas extraviadas en busca de órdenes y auxilio.

Ludoc guió a su rebaño de toros rojos a través del desierto de fragmentos de cristal, pero Mangas Verdes movió los dedos e hizo aparecer duendes del fuego sobre la delicada piel de sus hocicos. Cuando los toros aterrorizados fueron rugiendo hacia un abismo, la joven druida hizo aparecer una sierpe dragón que llenó repentinamente el suelo del desierto como una colina verde dotada de movimiento, y la bestia engulló de un solo bocado a un toro que mugía desesperadamente. Más amenazas convocadas por la media docena de hechiceros llegaron a través de los aires, una panoplia de colores, plumas, piel, nubes y gritos, un número de criaturas y monstruos tan excesivo y que aparecía con tal rapidez que los espectadores inmóviles en el comienzo del bosque no podían ni contarlos, pero Mangas Verdes las fue haciendo retroceder una a una mediante sus conjuros, llegando al extremo de gritar un hechizo que desinvocó a media docena de criaturas a la vez.

Liante alzó una jarra de piedra y llamó a su djinn y la nube azul apareció, tenue y fantasmagórica bajo aquel sol cegador. Hilachas de humo azul brotaron de las puntas de los dedos del djinn. Allí donde chocaban con el suelo surgían bárbaros de piel azul, blanca cabellera y largos colmillos, hombres y mujeres armados con espadas de bronce y garrotes de los que sobresalían afilados trozos de obsidiana. Cuando un centenar de ellos o más hubieron llegado, el djinn dio una palmada. Los guerreros lanzaron un alarido colectivo y cargaron sobre el maltrecho ejército de la colina y la joven druida inmóvil que se alzaba ante ellos.

Su carga duró el tiempo que Mangas Verdes tardó en contar silenciosamente hasta cinco.

Mangas Verdes dejó caer sus sucias manecitas junto a sus costados, como si estuviera hundiendo los dedos en la tierra. Después murmuró uno de los hechizos más antiguos conocidos por el druidismo, y lanzó un escupitajo dirigido a los bárbaros.

El desierto tembló. Trozos de cristal salieron despedidos en todas direcciones, volando por los aires como granizo. Un chorro de arena gris subió hacia el cielo hasta superar la altura de un hombre, y los géisers brotaron por todas partes. El océano se encontraba a poco más de un kilómetro de distancia, pero el ataque lanzado por Mangas Verdes consistió en agua potable, invocada única y exclusivamente por su voluntad desde las profundidades de la tierra donde había quedado atrapada lejos de la luz hacía eones. Fresca, dulce y pura, el agua estalló hacia arriba en una tempestad invertida y empujó, golpeó y dejó sin sentido a los bárbaros, derribándolos y matando a docenas de ellos con su espantosa potencia mientras eran arrojados al aire como trocitos de madera perdidos en el océano.

Aturdido por la furia del ataque y empapado por cascadas de agua, Liante dejó caer el jarro de piedra y éste se hizo añicos al chocar con el suelo. El hechicero miró a su alrededor, buscando a sus soldados del desierto, los hombres y mujeres vestidos de azul que cabalgaban alfombras voladoras, y exigió protección, pero incluso esos valerosos combatientes habían empezado a retroceder ante aquella terrible ofensiva.

--¡Haz algo! --ladró Liante, volviéndose hacia Karli.

--¡Era tu esclava! --replicó la mujer del desierto, con el rostro enrojecido y fatigada de tanto lanzar hechizos--. ¡Tú la controlas!

--¡Yo la detendré! --gritó Dwen. Alzó su falsa Lanza del Mar y empezó a aullar en una lengua muy antigua mientras movía la lanza

de un lado a otro--. ¡Soy dueña y señora de los océanos! ¡La enviaré al bosque!

La miríada de géisers, que seguían subiendo hacia el cielo en chorros de treinta metros de altura, se dobló bajo el conjuro de la hechicera del océano. Los surtidores se inclinaron como espigas de trigo ante una tempestad, hasta que las cimas empezaron a disolverse en nubes de espuma y una masa de neblina avanzó hacia Mangas Verdes, que seguía inmóvil encima del risco. Dwen se mordió el labio mientras intentaba controlar aquel gigantesco volumen de agua y someterlo a su voluntad.

Mangas Verdes le enseñó los dientes en una mueca llena de ferocidad, gruñó como aquel tejón que había sido su amigo hacía tanto tiempo, y movió un dedo.

Los surtidores de agua se inclinaron instantáneamente en la dirección opuesta a la que habían estado siguiendo, y se convirtieron en chorros tan temibles como flechas gigantes arrojadas desde una ballesta descomunal. La magia de Dwen fue barrida a un lado con tanta facilidad como si no fuera más que la rabieta de un niño mimado. Los chorros se abrieron paso a través de la arena y los cristales negros, lanzándolos sobre el ejército de Liante como una granizada mortífera y rociando todas sus filas con arena fangosa hasta derribarlos y hacerlos caer al suelo. Bárbaros de piel azul y largos colmillos, llenos de moratones y medio ahogados, se apresuraron a huir o tiraron de sus camaradas caídos para sacarlos de entre los letales chorros de agua.

Mangas Verdes juntó las manos como si estuviera sujetando una botella. Cuando se tocaron, media docena de surtidores se abrieron paso a través de la tierra, trazando nuevos canales en un segundo, y formaron un chorro de tres metros de grosor.

El colosal embudo de agua cayó sobre Dwen. Su falsa Lanza del Mar se partió cuando las dos muñecas de la hechicera se rompieron. Un extremo se incrustó en su pecho, desgarrando su túnica azul adornada con bordados de hilo de oro y convirtiéndola en harapos. El otro extremo se enredó entre sus piernas y le dislocó una rodilla. La fuerza irresistible de la avalancha de agua se abatió sobre la hechicera del océano, empujándola hasta que sus pies chocaron con Immugio, el ogro-gigante. Incluso la descomunal masa de Immugio fue derribada y, estorbado por el brazo que llevaba en cabestrillo, el ogro-gigante mató a dos caballos y a sus jinetes al perder el equilibrio y caer hacia atrás. Dwen, convertida en un guiñapo humano, se derrumbó sobre un

charco fangoso y su sangre se fue perdiendo en el agua.

Toda aquella enloquecida actividad tuvo lugar en cuestión de segundos, y se desarrolló tan deprisa que sólo Mangas Verdes pudo percibirla y entenderla. Lanceros Verdes; Guardianas del Bosque; Lirio, que lloraba a su esposo muerto; Varrius, Dionne, Neith y «Tintineos» Jayne y otros oficiales de Mangas Verdes, e incluso Kwam, todos ellos aprisionados por su escudo, trataron de llegar hasta ella e intentaron comprender lo que estaba haciendo.

El ejército de Liante había quedado aplastado y disperso. Fabia de la Garganta Dorada ya había tenido suficiente. La hechicera gritó a sus seguidores que huyeran mientras hacía volver grupas a su tiro de caballos. La reina Atronadora se limitó a girar sobre sus talones y huyó, chillando y aullando, con un centenar de trasgos correteando detrás de ella. El águila de Ludoc chilló y trazó círculos en el cielo, todavía envuelta en llamas, no atreviéndose a volver con su dueño y señor. El lobo de Ludoc se alejó en una veloz carrera a través de las dunas.

Liante le gritó a Karli que hiciera algo, y la hechicera del desierto rozó nuevos botones de su abigarrada chaqueta. Pero sus esclavos seguían retrocediendo ante la hechicera enloquecida que se alzaba sobre el risco, aquella druida que podía hacer caer el rayo desde un cielo despejado e invocar surtidores de agua en un desierto y a centenares de criaturas de los campos y los bosques.

--¡Mangas Verdes! --gritó alguien--. ¡Están vencidos, mi señora! ¡Se rendirán!

Pero Mangas Verdes no oyó los gritos. La joven druida había enloquecido de ira. Mangas Verdes tensó sus manecitas y gruñó como su hermano muerto.

--¿Quieren poder? ¡Yo les enseñaré en qué consiste el verdadero poder! ¡Les mostraré la más grande de todas las fuerzas!

Con una mano, y sin ningún esfuerzo, Mangas Verdes trazó un círculo en el aire y dirigió la figura invisible hacia sus enemigos.

Y el suelo se agrietó en dos lugares distintos, y las grietas fueron extendiéndose velozmente hacia el exterior en cuestión de segundos.

Como un gigantesco cuchillo invisible, la grieta se alejó del risco en una veloz ondulación, rajando el desierto para rodear a los hechiceros y sus esclavos en la lejanía. Unos segundos después ya habían quedado atrapados por un abismo tan profundo que nadie podía ver su fondo, y el abismo se fue ensanchando hasta tener medio tiro de arco de grosor. Fabia salvó la vida, pero al precio de saltar de

su carroza y dislocarse las manos y ver cómo su hermoso rostro chocaba con las rocas de afilados cantos. Su tiro de cuatro caballos salió despedido por el borde del precipicio, y los cuatro animales cayeron al vacío en una confusión de patas y relinchos. La reina Atronadora también cayó al vacío junto con una docena de sus trasgos, y todos aullaron mientras se precipitaban en el silencio de la sima.

--¡Ahora pagaréis lo que habéis hecho!

Con sus enemigos atrapados en una meseta artificial, Mangas Verdes echó la cabeza hacia atrás y cantó, emitiendo un extraño y salvaje grito cuyos ecos resonaron por todo el desierto.

Incluso los seguidores de Mangas Verdes retrocedieron, apartándose del escudo invisible --hasta Kwam retrocedió--, pues nunca le habían oído cantar un hechizo antes. La anciana Chaney, la archidruida muerta, había reducido cada hechizo a una canción, pero nadie conocía aquélla: era un sonido sorprendente y fantasmal que subía y bajaba, una canción terrible donde las notas chocaban entre ellas con un espantoso rechinar que helaba la sangre.

Y entonces una exploradora señaló hacia el norte, donde estaba la montaña de los ángeles. La exploradora lanzó un aullido de terror en el que no había palabras, sólo sonidos.

Pues una forma verde, un monstruo verde más grande que las montañas, acababa de aparecer en aquel lugar.

Tan alto como un nubarrón de tormenta, el monstruo verde pasó por encima de las montañas y entró en el desierto, tapando el sol con su inmensidad. La silueta, que sólo guardaba el más vago parecido posible con un hombre o una mujer, tenía un pecho gigantesco, largos brazos, piernas enormes, una cabeza redonda provista de un hocico, y una simple sugerencia de ojos. Toda ella era verde, del color de la hierba en el momento más cálido del verano. No parecía sólida, y la tierra no temblaba bajo las tremendas masas planas de sus pies, y más bien era tan insustancial como las nubes. El cielo parecía ondular como humo detrás de ella, hasta que todo el norte de la bóveda celeste primero y toda ella después quedaron tan llenos de nubes que el sol desapareció, y el desierto se volvió repentinamente helado.

Y el monstruo iba creciendo a medida que se aproximaba.

--¡La Fuerza de la Naturaleza! --canturreó Mangas Verdes. Sus palabras iban dirigidas a Liante y a los temblorosos hechiceros que aún seguían con vida, pero el ulular del vendaval que estaba empezando a soplar hizo que nadie pudiera oírlas--. ¡La fuerza más

poderosa que existe en los Dominios! --gritó la joven druida--. ¡Una parte de todo ser vivo que lo controla todo! ¡Ésta será tu recompensa, Liante, y la tuya, Karli! ¡Seréis aplastados por el poderío del mundo natural, y vuestro maná será absorbido y pasará a formar parte de su ser para convertirse en una fuerza del bien!

Liante sucumbió al pánico y dejó de dar órdenes y lanzar amenazas, y se concentró en lanzar un hechizo que le sacara de allí y le llevara lo más lejos posible. Karli, inmóvil junto a él, hizo lo mismo, al igual que la ensangrentada Fabia, mientras los hechiceros que no podían viajar a través del éter y todos sus seguidores aullaban de miedo.

Pero sus hechizos no produjeron ningún resultado tangible. Las puntas de los dedos de Liante emitieron unos tenues chispazos azules que se extinguieron casi al instante. Los botones y medallones mágicos de Karli se oscurecieron. Fabia sintió cómo envejecía veintenas de años en unos momentos, pues era la magia la que la había mantenido joven y hermosa. El águila de Ludoc, que ardía en el cielo, perdió su fuego tan repentinamente como si alguien hubiera cerrado un grifo invisible del que habían estado brotando sus llamas, y se convirtió en un pájaro normal.

--¡Se ha llevado vuestra magia! ¡Ha robado vuestro maná, y ha absorbido el maná de todas las fuentes disponibles!

Mangas Verdes rió a carcajadas al ver su asombro.

Pero no se dio cuenta de que sus seguidores también retrocedían, y de que algunos habían empezado a huir por el bosque en busca de refugio.

Incluso Kwam retrocedía, pues se hallaba ante una nueva Mangas Verdes a la que no había visto nunca hasta aquel momento.

La archidruida reía histéricamente, ebria de maná y enloquecida de poder..., y se estaba volviendo más poderosa a cada minuto que pasaba.

* * *

En el desierto, en un agujero calcinado lleno de ruidos, arena que se deslizaba lentamente y charcos de agua que se iban secando poco a poco, Gaviota el leñador levantó la cara de los fragmentos de cristal negro sobre los que había estado reposando y sintió dolor.

Sus piernas, su brazo y su costado ardían como si le hubiesen asado vivo. Podía notar el frío en su cuero cabelludo allí donde los

cabellos habían ardido, y algo enorme y pesado, caliente y mojado, yacía sobre él y lo aplastaba contra el suelo.

Gaviota se removió y trató de erguirse, y oyó un gemido y olió a sangre y carne chamuscada. Entonces se acordó de lo que había ocurrido.

--¡Gavilán!

Entrecerró los ojos, pero no podía ver muy bien. El cielo del desierto se había oscurecido y estaba lleno de nubes. Gaviota intentó rodar sobre sí mismo y siseó cuando la arena se pegó a su carne quemada, que se había vuelto tan pegajosa como la savia de un árbol, y después gritó de dolor cuando logró salir a rastras de debajo de su hermano.

Acababa de recordarlo todo. Cuando el destello y el estruendo de la bola de fuego se precipitaron sobre ellos, Gavilán había rodeado a Gaviota con sus brazos, y le había salvado la vida protegiéndole con su enorme cuerpo.

--¿Por qué? --Gaviota descubrió que estaba llorando--. ¿Por qué todo el..., argh..., mundo se sacrifica por..., aghh..., por mí? Nunca hice nada... ¡Dioses, cómo me duele! Nunca hice nada especial... ¡Gavilán! ¿Puedes oírme?

Gaviota estaba gritando a pesar de que la cabeza de su hermano se encontraba a sólo veinte centímetros de él. Gaviota volvió a gritar cuando vio lo malparado que había quedado Gavilán. Grandes cantidades de carne habían sido consumidas por las llamas, y Gavilán rezumaba fluidos y sangre por las grietas de un centenar de quemaduras esparcidas por todo su cuerpo. Pero estaba vivo, pues Gaviota sabía que los muertos no sangran. Quizá los encantamientos de los kelds protegían a un señor guerrero de las heridas, aunque aquellas no eran heridas corrientes.

Gavilán volvió a gemir cuando Gaviota siguió arrastrándose hasta quedar totalmente libre de su peso. El leñador estaba desorientado y confundido por el agua, las ramas, los cuerpos destrozados y la oscuridad. El ejército de Liante huía en desbandada, y casi todo el ejército de Gaviota había desaparecido del risco. Sólo Mangas Verdes seguía allí, una silueta inmóvil que se recortaba contra la negrura del bosque como una estrella blanca y verde. Su hermana volvió la mirada hacia el sur, por donde se estaban aproximando las primeras nubes de una tormenta que empujaba una tempestad de arena o un tornado por delante de ella..., o eso pensó Gaviota, que tenía los ojos llenos de arena y recubiertos de ampollas.

Pero sabía qué debía hacer.

--¡Vamos, Gavilán! --Gaviota agarró a su hermano por un enorme brazo, pero la piel, resbaladiza a causa de la sangre que la cubría, se desprendió de la carne--. ¡Levanta! ¡Vamos, vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Va a ocurrir algo, y no tiene muy buen aspecto!

El hermano de Gaviota se limitó a gemir. Toda la piel de su espalda, sus costados y la parte de atrás de sus piernas estaba quemada y ensangrentada. Gaviota podía ver sus costillas debajo de una película de sangre y polvo.

--Vete..., hermano. Déjame... aquí.

--¡No! --Gaviota dejó de tirar y trató de deslizarse por debajo del gigante--. ¡Ya te perdí... una vez! ¡No volveré a...! ¡Ah! ¡No volveré a perderte de nuevo!

Tambaleándose y jadeando por el dolor de sus heridas, Gaviota hizo un terrible esfuerzo para no perder el equilibrio y colocó a su hermano sobre sus hombros chamuscados, aunque al hacerlo sintió un dolor desgarrador que recorrió todo su cuerpo y le llenó los ojos de lágrimas.

--¡Vamos! Dioses, cómo... pesas.

--Por favor..., Gaviota --Gavilán empezó a babear sobre la espalda de Gaviota, y movió los brazos en un débil manoteo. Los dos hombres estaban cubiertos de arena, y sentían su escozor y su quemazón en las heridas--. Me salvaste de la... esclavitud. Ya es suficiente...

Gaviota plantó un pie en el suelo, tensó el cuerpo y volvió a gritar, pero logró incorporarse. La arena se arremolinaba a su alrededor, y el leñador no podía ver hacia dónde debía dirigirse. Él también estaba balbuceando, pero no podía parar.

--¡Escucha a tu... hermano mayor, y hazle caso! ¡Agh! ¡O salimos de aquí juntos, o... no salimos! Además, eres... tío. ¡Tienes dos sobrinas! Y mi esposa... ¿Qué te daban de comer? Tienes que conocerla...

Pero ya no le quedaba más aliento para seguir hablando. Gaviota intentó no desplomarse mientras avanzaba con paso lento y vacilante hacia lo que creía era el bosque.

--Por el amor de los dioses --susurró--, si esta tormenta es obra de Verde, entonces debe de estar muy... enfadada. Mamá también tenía... el genio muy vivo...

Medio cegado, tambaleándose y gruñendo, Gaviota avanzó hacia la temblorosa masa de oscuridad con su hermano agonizante encima

de la espalda.

Incapaz de ver, el leñador iba directamente hacia un abismo sin fondo.

La Fuerza de la Naturaleza entró en la llanura de cristales negros, y todos huyeron ante ella.

Los seguidores de Mangas Verdes corrieron hacia las profundidades del bosque, o espolearon a sus caballos para salir al galope a lo largo de la hilera de árboles y trataron de encontrar un refugio en la lejanía. Muchos de los seguidores de Liante, que no tenían otro lugar donde esconderse, también se refugiaron en el bosque, corriendo en un gran círculo para esquivar las cañadas que se abrían ante ellos y el muro invisible de protección. Pero muy pocos podían ver por donde iban, y tenían que guiarse por el tacto y el instinto. El cielo se había convertido en un hervor de nubes que se agitaban a muy poca distancia del suelo y los vientos soplaban en todas direcciones, lanzando al aire arena, trocitos de cristal, hojas y ramas hasta que nadie pudo distinguir la dirección hacia la que deseaba ir o a su vecino. Los mortales se habían unido en un único objetivo: todos querían huir de aquella enfurecida criatura cuasi divina que avanzaba hacia ellos.

Todos salvo Mangas Verdes y, encogidos detrás de ella, sus Guardianas del Bosque y Kwam, el hombre que la amaba.

Pero a medida que la Fuerza de la Naturaleza se iba aproximando, todavía lejana pero ya de varios kilómetros de altura, se fue volviendo más insustancial, más etérea, como un banco de niebla que se fuera acercando poco a poco sin llegar a estar nunca lo suficientemente cerca para que se pudiese estar seguro de lo que era.

Porque Mangas Verdes iba absorbiendo su energía a medida que se aproximaba.

La archidruida conocía el poder de la Fuerza de la Naturaleza, pues su mentora, la archidruida Chaney, la había mencionado en murmullos, historias, oscuras alusiones y advertencias de que no era algo con lo que se pudiera jugar a menos que se pretendiera provocar el fin de un mundo.

La Fuerza de la Naturaleza no era un auténtico ser o dios, sino más bien una manifestación del maná contenido en una tierra, una forma que servía para contener el poder, un recipiente. Sólo podía ser invocada una vez cada varios siglos en una tierra determinada, pues la naturaleza siempre se resistía tenazmente a entregar su energía y su vida. La tierra sobre la que se alzaba Mangas Verdes había sido vaciada de magia hacía mucho tiempo, y su misma esencia había sido

consumida por los Sabios de Lat-Nam primero y por el devastador ataque que los destruyó después. Pero aquel continente no terminaba allí: se extendía hacia el norte, y aquellas tierras no habían sido usadas ni contaminadas. Llevaban mucho tiempo creciendo, y era aquélla la fuente a la que estaba accediendo la Fuerza de la Naturaleza.

Y después de haber accedido a ella, la Fuerza de la Naturaleza transmitió su maná de tal manera que el poderío de todo un continente palpitó a través del cuerpo de Mangas Verdes.

Mangas Verdes sintió el cosquilleo en todas las fibras de su ser. La energía se deslizaba a lo largo de sus venas y latía dentro de su mente. Mangas Verdes sólo había experimentado un poder semejante en una ocasión, cuando inhaló el último aliento de Chaney en el momento de la muerte de su mentora y se convirtió en una archidruida. Y ese poder había sido únicamente el de una hechicera, mientras que éste era la fuerza vital de todo un continente. La mente de Mangas Verdes estaba nadando en un mar de fuego.

Y, por primera vez en su vida, Mangas Verdes supo qué se sentía al convertirse en una gran hechicera..., una caminante entre los planos.

Por fin podía ver el camino: sabía cómo elevarse a sí misma, cómo dar el próximo paso, cómo dejar atrás la humanidad.

Mangas Verdes acababa de comprender que aquella tierra, aquellos Dominios, no eran más que un plano perdido entre un número infinito de planos. Había mucho más ahí fuera, tanto que ni siquiera su nueva mente ampliada era capaz de abarcarlo todo.

Sólo necesitaba dar un salto, y podría moverse por entre las esferas. Podía recorrer los caminos estelares, y calentar sus manos sobre las llamas de los soles. Podía convertirse en una diosa y abrir una avenida a través del universo, tomando planetas enteros, estrellas y galaxias en sus brazos, absorbiendo su energía y utilizándola para aumentar todavía más su poder. Podía arrancar planetas del firmamento y romperlos sobre su rodilla como si fuesen melones. Podía beber el frío éter de los caminos celestiales. Podía comer estrellas.

Con el poder extraído de la tierra y con la Fuerza de la Naturaleza canalizándolo hacia ella, Mangas Verdes podía convertirse en una divinidad.

Podía vencer a otros dioses, robar su maná, construir tronos con sus huesos y utilizar su carne para fertilizar sus sueños. Y sería tan

fácil, tan sencillo... El poder estaba allí para ser utilizado, aguardando y llamándola con una melodía tan irresistible como la canción de una sirena.

Con un poder semejante...

Pero algo interrumpió su ensoñación. Algo, algo muy pequeño, estaba zumbando cerca de ella. Algo pronunciaba su nombre...

--¡Mangas Verdes! ¡Mangas Verdes!

Mangas Verdes fue volviendo lentamente la cabeza para mirar a su alrededor. Sus pies todavía estaban plantados en los Dominios, pero su cabeza se hallaba entre las nubes y el aire chisporroteaba y crujía en sus fosas nasales. Mangas Verdes parpadeó en un lentísimo abrir y cerrar de ojos. La Fuerza de la Naturaleza se había esfumado, y lo único que quedaba de ella era una nube verde grisácea en la lejanía del horizonte. Su energía --el poder, el maná-- había pasado a vivir dentro de ella. Mangas Verdes la contenía y podía canalizarla: podía proyectarse hacia las estrellas y caminar entre los planos.

De no ser por aquella vocecita insistente y molesta...

Mangas Verdes miró hacia abajo desde su gran altura --¿se había vuelto tan alta como la Fuerza de la Naturaleza, o se trataba de una ilusión del poder?--, y vio algo tan diminuto como una hormiga junto a sus pies. Era Kwam, con sus ropas negras, el rostro muy serio y solemne y su larga cabellera negra. Sus dos manos estaban alzadas como en una súplica, un mortal que importunaba a una deidad en busca de favores. Mangas Verdes parpadeó e intentó recordar quién era aquel mortal, y por qué la adoraba...

Otros sonidos se agitaron en sus oídos: un gruñido, jadeos.

Más hormigas correteaban de un lado a otro muy por debajo de ella. Una, medio calcinada y cubierta de sangre, se arrastraba por encima de los afilados fragmentos de cristal negro moviéndose sobre manos y rodillas ensangrentadas. La hormiga transportaba sobre su espalda otro bulto ennegrecido: comida, algo para ser consumido dentro del hormiguero. Pero... No. Aquella otra forma había significado algo para ella hacía mucho tiempo, al igual que lo había significado la hormiga. La hormiga blanca, roja y negra se arrastraba con su pesada carga sobre la arena que temblaba y se agitaba, dirigiéndose hacia una hendidura tan profunda como la misma tierra. Aunque le hubiese ido la vida en ello, Mangas Verdes no habría podido recordar por qué la hormiga luchaba por avanzar en aquella dirección, o ni siquiera por qué estaba pensando en ella.

Pero había más: sí, había hormigas por todas partes. Si Mangas

Verdes no tenía mucho cuidado con su nuevo papel de diosa, podía mover los pies sin darse cuenta y aplastarlas. No es que eso importara, por supuesto. Las hormigas debían aprender a mantenerse alejadas de los dioses y a no entrometerse en sus asuntos. Los dioses tenían designios y preocupaciones que los humanos no podían concebir ni entender..., de la misma manera que Chaney, cuando murió, había tenido demasiadas cosas en que pensar para poder seguir ayudando a Mangas Verdes.

«Chaney...», pensó Mangas Verdes. ¿Adónde había ido exactamente? ¿Qué era lo que había hecho por Mangas Verdes?

Y todas aquellas hormigas, tan molestas. Debajo de ella había un juguete mecánico, un curioso animal, y sobre su espalda una chica y un muchacho intentaban subir a otros a la bestia, alejándolos de los árboles que se agitaban y las ramas que caían al suelo. Mujeres vestidas de verde formaban un anillo de acero alrededor de ella. Mangas Verdes supuso que estaban allí para mantener a raya a los adoradores, y eso era bueno. Pero había más siluetas, corriendo y debatiéndose por todas partes. Una mujer que vestía prendas blancas adornadas con flores bordadas azules, rojas y amarillas, estaba acurrucada al lado de un aya y protegía a unos niños, y Mangas Verdes no pudo entender eso, pues los céfiros que aullaban alrededor de sus rodillas le habían parecido la más suave y delicada de las brisas. Pero mirara donde mirase veía personas que intentaban protegerse de ellos. En el comienzo del desierto, unos soldados de la Centuria Blanca trabajaban con hachas para cortar las ramas de un árbol caído, y bárbaros con la piel cubierta de dibujos azules los ayudaban para que docenas de desconocidos pudieran esconderse entre la barricada improvisada. Un gigante de dos cabezas se había puesto a cuatro patas y había convertido su cuerpo en un toldo, aunque era golpeado implacablemente por un diluvio de piedras, ramas e incluso armas que los vientos habían arrancado de las manos de sus propietarios, y debajo de él se acurrucaban decenas de trasgos aterrorizados que gemían y parloteaban mientras se abrazaban los unos a los otros. Lejos de allí los enanos, ayudados por docenas de soldados vestidos de azul, intentaban evitar que los muros de los túneles se derrumbaran. Pero las olas de un mar sacudido por la tempestad enviaron largos arietes de agua, que chocaron con los acantilados y entraron hirviendo en los túneles y sumergieron el bosque en un centenar de lugares. Los ángeles luchaban con el viento y la espuma lanzada por el mar para ayudar a los jinetes del desierto y

a los centauros, que intentaban formar un anillo viviente de carne de caballo.

Mangas Verdes sintió la canción del poder dentro de su alma, y pensó que todo aquello era bueno. La naturaleza debía actuar de esa manera, pues los humanos y otras criaturas pensantes habían ensuciado y devastado aquella tierra, hacía mucho tiempo y de nuevo más recientemente, y la naturaleza por fin los barrería.

Pues la naturaleza necesitaba limpiar la tierra periódicamente. Un incendio en el bosque consumía la maleza y los restos de vegetación para que el suelo pudiera sentir la caricia del sol y renovarse. Los torrentes bajaban por las laderas de las montañas y arrastraban la tierra para llevarla hasta el mar. Las olas de los seísmos oceánicos barrerían las ridículas obras de los humanos y animales, erosionando la basura y restaurando el equilibrio. Los terremotos agitaban el suelo, las tormentas aplanaban el bosque y las plagas marchitaban las cosechas para dejar sitio a un nuevo crecimiento. Así obraba la naturaleza: destruyendo, limpiando y volviendo a crecer para renovarse. Personas insignificantes, hormigas, podían perecer, pero el equilibrio se recuperaría y acabaría emergiendo de nuevo.

Y en cuanto aquella tierra hubiese quedado purgada, Mangas Verdes subiría hasta las estrellas y ocuparía su lugar entre los dioses...

--¡Mangas Verdes! ¡Ayúdanos!

Otra vez aquel zumbido tan irritante. Mangas Verdes buscó con la mirada, y sus ojos encontraron al hombre vestido de negro. Estaba lleno de morados y cortes y sangraba por la cara y las manos porque no se había acurrucado, tal como haría cualquier criatura dotada de un mínimo de sentido común, sino que alzaba las manos hacia ella para llamarla. El viento y los torbellinos de fragmentos de cristal negro no tardarían en acabar con él...

¿Por qué la llamaba?

¿Quién era?

Algo se agitó en las profundidades de su mente con un vago cosquilleo, tapando los pensamientos de las estrellas, la luna y los caminos celestiales y su nueva vida. Aquel hombre le había hablado con frecuencia de... ¿De qué? ¿De su propio poder? No, de otro poder.

El amor. Sí, eso era.

Mangas Verdes guardaba un vago recuerdo de esa noción. El amor era una sensación que surgía entre dos seres humanos, una

sombra fugaz y caprichosa que se desvanecía enseguida.

Eso era. Kwam la había amado.

Y ella le había amado.

Por fin' lo recordaba. Había sido un ser humano, una mujer, y había conocido el amor de un hombre. Aquel amor no se parecía en nada a la adoración rendida a una diosa, sino que era una emoción delicada y muy íntima cuyo calor la había reconfortado de una manera muy distinta a como lo hacía aquel poder que palpitaba dentro de su cuerpo.

Sí, eso era. Ella también había amado a Kwam.

Pero en ese caso, ¿por qué estaba allí, con la cabeza entre las nubes?

Mangas Verdes recordó que también había amado a Gaviota, su hermano, cuando había sido mortal. Y a Lirio, la mujer a la que Gaviota amaba. Y a dos niñas a las que se les había puesto el nombre de una flor y de una planta. Y a Gavilán, un hermano al que había amado y perdido, y al que había recuperado. Y a sus Guardianas del Bosque, que la protegían de todo mal, como si una diosa necesitara protección. Pero por aquel entonces ella era mortal, y necesitaba amor y cuidados. Y se acordó de docenas, no, de centenares de personas que la habían querido, y a las que ella había querido a su vez: soldados y seguidores del campamento, y cocineros y cartógrafos y herreros y niños.

Mangas Verdes se acordaba de todos ellos. Casi los había olvidado.

Y Kwam quería ayuda. De ella. Porque el ejército, amigos y enemigos por un igual, estaba sucumbiendo bajo los embates de una naturaleza que había enloquecido.

Y entonces, perpleja y sorprendida, Mangas Verdes comprendió que todo aquello era obra suya.

Mangas Verdes, mitad diosa y mitad mortal, dio un respingo y volvió a ser consciente de cuanto la rodeaba. Alzó las manos y vio el chisporroteo de energía que las envolvía mientras el rayo iba y venía por entre las nubes, y vio cómo las nubes giraban y bailaban cuando respiraba. Oh, sí, había invocado a la Fuerza de la Naturaleza y su inmenso poder estaba purgando la tierra.

Y a todos sus amigos con ella.

Morirían. Serían barridos: quedarían enterrados bajo las masas de tierra que revoloteaban en el aire, serían arrastrados hasta hundirse en el océano o arrojados a hendiduras que luego se cerrarían igual

que ataúdes.
No. No podía permitir que eso ocurriese.
Porque Mangas Verdes acababa de recordar que las personas también eran importantes. Formaban parte de la tierra, y eran una parte del gran plan de las cosas..., y ella tenía que asegurarse de que vivían con la tierra, y no a su costa.
Pero el maná, el poder, la energía y la fuerza vital de todo un continente vivían dentro de ella, hirviendo en su interior y preparándose para estallar.
Tenía que renunciar a ese poder. Tenía que permitir que fuese libre, que saliera de ella.
Pero ¿cómo? Si liberaba todo el poder de golpe, devastaría aquella tierra, destruyendo cuanto había sobre ella hasta dejar al descubierto el lecho rocoso y aniquilando todo lo que contenía de una manera tan total y absoluta como si las lunas hubieran caído del cielo.
¿Qué hacer?
Si iba a permanecer en los Dominios, si iba a seguir siendo humana y a mantener sus pies enraizados en la tierra, entonces tendría que difundir aquel poder colosal. Tendría que canalizarlo despacio y con mucho cuidado. Pero tenía que hacerlo pronto, pues de lo contrario ascendería hacia el cielo como un cohete envuelto en llamas.
Bien, en ese caso lo canalizaría.
Pues la naturaleza no sólo era una fuerza destructora y purificadora, la fuente de la muerte, sino que también era la fuente del renacimiento y de la vida. Pero destruir siempre resultaba más fácil que construir. Mangas Verdes, archidruida o diosa o simple mortal, podía canalizar el maná, pero eso era tan difícil de conseguir como desviar el curso de un río enfurecido con las manos desnudas. Mangas Verdes era muy poderosa..., pero aun así cabía la posibilidad de que fuese arrastrada y aplastada.
Pero debía intentarlo aunque eso supusiera su muerte.
Perder unos momentos para pensar y meditar en cómo lo haría ya resultaba doloroso, pues las energías estaban empezando a consumirla. Se agitaban dentro de ella como la lava en el interior de un volcán, como un manantial de aguas calientes que hierven y burbujean. Su hermosa capa llena de bordados, el grimorio de hechizos creado por sus manos que cubría sus hombros, estaba empezando a humear. Los hilos se fueron separando de la tela hasta convertirse en un millar de filamentos iridiscentes que se perdieron en

el viento.

Mangas Verdes sabía que aquél iba a ser el combate más duro de toda su existencia, pues tenía que luchar consigo misma.

Pero ignoró el peligro que corría y se concentró. El desierto de cristal negro se extendía debajo de ella, un lugar antiguo y maldito que ocultaba mil venenos. Sólo los hierbajos más resistentes podían crecer allí, y sus vidas eran cortas. Si Mangas Verdes debía librarse de un poco de poder, aquél era el sitio ideal para empezar a hacerlo.

Mangas Verdes extendió sus manos chisporroteantes desde su inmensa altura y dejó en libertad ríos de energía que cayeron sobre la llanura calcinada. Él maná fue saliendo de ella, y mientras fluía Mangas Verdes se imaginó cómo había sido aquella tierra hacía tanto tiempo y cómo podía volver a ser.

Y los fragmentos de cristal empezaron a temblar y rechinar en todo el desierto negro, y fueron cambiando de forma y se unieron entre sí.

El ruido fue horrendo, como el repiqueteo de los guijarros golpeados por el oleaje amplificado un millón de veces. Todos se taparon las orejas para protegerlas de aquel rugido. Algunos habían quedado atrapados en el suelo del desierto, pero Mangas Verdes los protegió con capullos de maná y no sufrieron ningún daño. Los abismos que habían desgarrado la tierra se sellaron por sí solos, las ramas y espinos gigantes fueron reducidos a polvo, y los agujeros de los géisers se rellenaron en un instante. El retumbar de las piedras y las rocas sólo duró unos minutos, y después se fue frenando rápidamente hasta desaparecer y dejó como recuerdo de su existencia una llanura de fina arena, tan negra como el cielo de la noche y tan lisa como la mantita de un bebé.

Pero la energía que ardía dentro de Mangas Verdes seguía agitándose. Los cabellos se le pusieron de punta y Mangas Verdes vio cómo sus mangas ardían y su carne echaba humo, pero sintió más asombro que dolor. Todavía no podía liberar todo el maná.

Mangas Verdes sabía que debajo de las arenas había venenos depositados allí hacía mucho y que habían acabado saturando el suelo, que en un tiempo estuvo vivo. La joven diosa dirigió sus pensamientos hacia las profundidades, guiándolos con dedos humeantes que soltaban chispas. Mangas Verdes curvó millares de dedos invisibles y empezó a hacer que los venenos se enfrentaran unos con otros, mezclando y uniendo, cancelando primero uno y luego otro y descomponiendo las toxinas hasta dejarlas reducidas a sus

componentes originales, que eran inofensivos. Vapores verdes, rojos y amarillos brotaron de la arena y extraños olores se perdieron en la lejanía, arrastrados por el ulular de los vientos. Unos cuantos minutos bastaron para que el suelo volviera a estar limpio, fértil, sano y preparado para permitir el crecimiento de la vida.

Mangas Verdes ya estaba ardiendo. Llevaba demasiado tiempo conteniendo el poder. Sus entrañas temblaban y se revolvían, y estaban hirviendo como el caldero de una bruja. Pero pensó en Chaney, y en el sacrificio, y supo qué debía hacer.

El crecimiento requería agua. Mangas Verdes dirigió su mente hacia capas del suelo más superficiales hasta percibir la presencia del agua que había invocado antes y volvió a llamarla, pero esta vez no bajo la forma explosiva de las cataratas y los géisers, sino como un millar de diminutos arroyuelos y estanques que surgieron burbujeando de la rica tierra negra y se derramaron en todas direcciones, regando el suelo.

La tempestad se estaba calmando y los cielos ya no hervían sobre su cabeza. Los rayos cesaron, y las aguas que iban infiltrándose a través de la tierra impidieron que la arena fuese arrastrada por el viento. Pero Mangas Verdes todavía estaba llena de energía. Estaba empezando a ver borroso, como si sus ojos estuvieran licuándose dentro de sus órbitas recalentadas y le hirviera la sangre. Tenía que librarse de más maná.

Desplegó sus pensamientos y encontró cada semilla, cada grano de polen y cada espora ocultos en la tierra o a la deriva en los vientos, y les dio un nuevo peso y los hizo caer al suelo. Después insufló maná dentro de ellos, y les pidió que echaran raíces y prosperasen. Y la abundancia de poder era tan enorme que la hierba brotó con la velocidad del rayo y se extendió por lo que hasta hacía tan sólo unos momentos había sido un desierto, y árboles de muchas clases se estiraron y hundieron sus raíces en las profundidades, y bebieron el agua y saborearon la tierra, y el antiguo desierto se llenó de pinos, palmeras, robles, eucaliptus, álamos y sauces. Mil variedades de hierbas y flores --jacintos, rosas, margaritas, tréboles, romero, lirios, tomillo y campánulas-- florecieron en sólo unos minutos, e inclinaron sus cabezas bajo el suspiro del viento.

Y Mangas Verdes, gimiendo bajo la quemadura abrasadora del dolor, obró nuevos milagros. Apartando a los humanos a un lado y a otro sin hacerles ningún daño, como si fueran ratones suavemente empujados ante una escoba gigante, Mangas Verdes arrancó del

suelo del bosque todos los venenos y también los aniquiló. Antiguas maldiciones y amenazas se volvieron inofensivas, y la vida natural pudo volver a desplegarse sin conocer límite alguno. Mangas Verdes buscó dentro de su mente hasta llegar a la sabana y el lecho marino, profundizando en ellos para eliminar todas las toxinas, enemigas de la vida, hasta que la tierra quedó limpiada y purificada en todas direcciones y por debajo de las olas.

Mangas Verdes quería restaurar el equilibrio y desplegó brazos invisibles de maná que se estiraron hasta el bosque revitalizado y muy lejos por encima de las montañas, y conjuró primero puñados y luego centenares de animales y aves. Liebres, arrendajos, grullas, marmotas, ardillas, ciervos, arañas, tejones, hormigas, osos, cucarachas, serpientes, gusanos, tapires y buhos corretearon por los nuevos bosques, praderas y macizos de flores.

Pero la archidruida, la cuasi-diosa, todavía no había terminado. Mangas Verdes abrió los túneles cavados por manos de la antigüedad, sacándolos a la luz con un encogimiento de hombros y un gesto de las manos, y expulsó de ellos a sus ocupantes humanos para llevarlos hasta la seguridad del bosque, arrancando de la tierra los viejos bloques, túneles, frescos y estatuas, y aplastándolos hasta convertirlos en polvo sin dejar ni rastro de ellos. Después desplegó el poder de su mente y buscó a tientas a lo largo del fondo del mar por el que había viajado, apartando de su camino a las algas, los peces, los cangrejos y las serpientes de mar, y pulverizó las obras sumergidas de los hombres hasta que sólo quedaron migajas de ellas.

Y únicamente entonces, después de haber movido el cielo y la tierra, terminó su labor. Mangas Verdes lanzó un suave soplido dirigido al cielo y disipó las últimas hilachas de nubes oscuras, y absorbió dentro de su pecho los últimos vientos que vagaban por las alturas. Sólo entonces sintió calmarse las impresionantes energías, y notó cómo se disipaban igual que la niebla bajo los rayos del sol para dejarla temblorosa y agotada. Y la magia por fin quedó controlada, zumbando suavemente dentro de sus venas bajo la forma de un maná que podía utilizar sin riesgo.

Mangas Verdes se llevó las manos a su cabeza palpitante, y se tambaleó y estuvo a punto de caer. Pero alguien la sostuvo: Kwam, como siempre.

Mangas Verdes volvió la cabeza de un lado a otro y parpadeó, y sintió la caricia del sol sobre sus cabellos y sus hombros, y el beso de una suave brisa en sus mejillas enrojecidas.

La tempestad había terminado.
Y todos prorrumpieron en vítores.
Mangas Verdes se contempló las manos con tanta curiosidad como si las viese por primera vez y descubrió que estaban tan negras como si las tuviera cubiertas de hollín. Sus dedos estaban entumecidos e insensibles, y al mismo tiempo notaba un extraño cosquilleo en los huesos de los brazos. Sus ropas estaban manchadas de humo, y las puntas de sus cabellos estaban resecas y chamuscadas. Sus zapatos habían sido consumidos por el calor, y Mangas Verdes se quitó los restos calcinados de un par de patadas. Sus mangas verdes habían ardido hasta sus huesudos hombros. La joven druida pensó que había estado muy cerca de perecer: había faltado muy poco para que ella y todo aquel extremo del continente fueran consumidos en una bola de fuego tan enorme y abrasadora como si el sol hubiera chocado con la tierra.
Pero sus esfuerzos, que la habían obligado a correr un gran riesgo y desafiar a la muerte, habían valido la pena, pues Mangas Verdes fue recompensada con una visión de belleza. El sol brillaba sobre una tierra restaurada. Delante de ella había árboles y flores y arroyuelos de cauce rocoso, y grandes llanuras herbosas llenas de animales y pájaros que cantaban extendiéndose hasta allí donde podía abarcar la vista, desde el comienzo del bosque renacido hasta las lejanas montañas de los ángeles, pasando por hermosas praderas y terminando en una costa rocosa donde los peces saltaban de pura alegría.
Y a su alrededor todo el mundo lanzaba vítores, amigos y seguidores y también muchos antiguos enemigos que habían salido de sus escondites para maravillarse ante el milagro de la joven druida. Abriéndose paso entre ellos estaba Gaviota, que descargó al colosal Gavilán de sus hombros para entregárselo a los curanderos y corrió a abrazar a su esposa Lirio y a sus niñas y las estrechó entre sus brazos.
Sus fieles protectoras lloraban por su señora sin tratar de ocultar sus lágrimas. Y Kwam estaba junto a ella, con su sonrisa llena de ternura y el rostro ensangrentado y cubierto de morados.
--Bienvenida --graznó--. Temíamos que nos... dejarías.
--¿Y caminar con los dioses? --Mangas Verdes oyó su voz, y le pareció que resonaba tan alegre y poderosamente como la canción de un pájaro en el aire lleno de luz--. No. Permaneceré aquí, con mis amigos. Es un sacrificio que haré con sumo placer.

Kwam la estrechó entre sus brazos, y todos lanzaron vítores y cantaron hasta enronquecer.

_____ 23 _____

La limpieza requirió algún tiempo. Había gente dispersa por todo el bosque y las praderas. Muchos se habían extraviado en aquel terreno nuevo, y tuvieron que ser localizados por los ángeles. Algunas unidades de ambos ejércitos conservaban viejos agravios y rencores que tuvieron que ser reprimidos. Una frágil tregua fue prevaleciendo poco a poco, con todo el mundo vigilando a todos los demás.

Gaviota y Mangas Verdes instalaron su campamento en la nueva pradera que se extendía junto al bosque, aquel lugar que antes había sido el desierto devastado y que había pasado a convertirse en una acogedora extensión de hierba, brezales, flores y árboles. Encontraron sus tiendas y su equipo dentro del círculo del sol, el único artefacto de la antigüedad que había quedado intacto después de la resurrección del bosque y la destrucción de los túneles subterráneos. Gaviota y Varrius, su comandante, querían fortificar la pradera, y deseaban levantar rampas, baluartes de tierra y una empalizada, así como cavar zanjas en caso de que fueran atacados por sorpresa, pero Mangas Verdes se negó a ello y los dos acataron su decisión sin discutir. Estaban hartos de luchar, y agradecieron tener una excusa para no hacer nada y dedicarse a la vagancia.

Pero había mucho trabajo que hacer, desde luego. Había centenares de heridos a los que cuidar, líneas de suministro que reestablecer, reglas sanitarias que imponer, compañías que reorganizar, destacamentos de exploradores y guardias que enviar al bosque y las praderas en busca de los que todavía estaban perdidos, y delegaciones que elegir para que fueran a ver a las gentes del mar y a los ángeles. Pero entre todas aquellas labores surgieron celebraciones, cánticos y danzas y brindis hechos con jarras llenas de vino y cerveza, y también hubo mucho tiempo para las diversiones. Los niños corrían por todas partes, recogiendo flores, jugando al escondite en los nuevos bosques y chapoteando entre las olas. Muchos adultos se escapaban sigilosamente del trabajo para ir a unírseles.

Y los hechiceros fueron capturados uno por uno.

La Fuerza de la Naturaleza les había arrebatado todo su maná, y los hechiceros apenas habían empezado a recuperarse. Los supervivientes intentaron huir mediante un conjuro de desplazamiento a través del éter o trataron de escapar a pie, pero fueron capturados sin ninguna dificultad y conducidos a punta de lanza hasta el

campamento.

Immugio todavía llevaba un brazo en cabestrillo. Dwen llevaba las dos muñecas entablilladas, y tenía un agujero vendado en el pecho y una herida en el cuero cabelludo. Fabia, que había sido tan espléndidamente hermosa, avanzaba con paso lento y cansino y la cabeza gacha, habiendo perdido dos dientes en el choque con una roca y con su belleza estropeada por arañazos y morados. También había envejecido décadas, y su soberbia piel se había arrugado y tenía el cabello lleno de canas. Ludoc, tan duro y grisáceo como sus montañas, no había sufrido ningún daño, pero su águila y su lobo habían preferido la libertad a seguir junto a él y le habían abandonado, y el viejo hechicero parecía perdido sin sus dos animales. Los hechiceros fueron llevados hasta un aprisco. Después se les entregó comida y mantas, y se les advirtió que no debían salir de allí.

Aun así, eran los afortunados. La reina Atronadora había desaparecido por un precipicio, Sanguijuelo había sido hecho pedazos en el bosque, Dacian había sido atravesada por una flecha y Haakón había perecido en una explosión que lo dejó hecho añicos. Sus huesos y su armadura se habían convertido en tierra durante la gran transformación, y sólo un álamo indicaba el lugar en el que se hallaba su tumba.

Liante y Karli, los dos perpetradores del ataque, salieron totalmente ilesos. Pero sus rostros estaban sombríos y llenos de amargura, y se mostraban abatidos y callados. Liante, en especial, parecía tener mucho miedo de morir.

Su temor estaba justificado, desde luego, pues cuando una patrulla de Osos Blancos por fin lo hizo entrar en el campamento empujándolo con las puntas de sus lanzas, Gaviota se levantó de un salto y empezó a gritar.

--¡Aquí está el bastardo! ¡Traedme mi hacha!

Gaviota arrancó su hacha de leñador de las manos del Lancero Verde que se la ofrecía, y después agarró a Liante por el cuello de su traje multicolor y lo sacudió de un lado a otro como si fuese un cachorrillo.

--¡He esperado este día durante mucho tiempo, Liante! --gruñó--. Más de tres años, desde que destruíste mi aldea y a mi familia y mentiste al respecto, desde que me contrataste únicamente para capturar a mi hermana y poder sacrificarla, desde que me enviaste a esa isla tropical para poder matarla...

El hechicero de las franjas multicolores soportó los gritos de

Gaviota sin ninguna protesta. Estaba claro que había temido la llegada de aquel día. Su rostro, que había tenido un aspecto tan juvenil en el pasado, había envejecido bajo el peso de años de preocupación. Sus hermosas vestiduras estaban manchadas y llenas de desgarrones, y la cadenilla de bronce rota que colgaba de su cinturón mostraba que había perdido su grimorio. Sus manos permanecieron nacidamente inmóviles junto a sus costados mientras Gaviota alimentaba su ira recitando los crímenes de Liante.

El leñador se calló por fin.

--¡Bueno, esto no durará mucho!

Gaviota fue hasta el montón de madera para las hogueras más cercano, arrastrando detrás de él al hechicero sin que éste ofreciera ninguna resistencia, y se detuvo delante de un gran tocón utilizado para partir troncos. El leñador colocó a Liante sobre el tocón, con el pecho hacia abajo. Después Gaviota escupió en sus manos y alzó el hacha. Liante permanecía inmóvil, temblando y con los ojos cerrados, tan apáticamente pasivo como un viejo gallo sabedor de que su vida estaba a punto de terminar.

Y sin decir ni una sola palabra más, Gaviota alzó su hacha para decapitar al hechicero.

Y el mango de su hacha estalló.

Gaviota chilló y agitó las manos, que habían quedado llenas de astillas de nogal. La hoja del hacha, que pesaba casi cinco kilos, cayó sobre un montón de ramas que había junto a él. Liante no se había movido, y estaba temblando incontrolablemente. Gaviota masculló una maldición.

--¡Verde!

Gaviota fulminó con la mirada a su hermana pequeña. Durante unos momentos el tiempo retrocedió para volver a una época en la que todo había sido mucho más sencillo.

Las magníficas ropas de su hermana habían quedado destruidas cuando empleó su gran poder, y ni siquiera sus zapatos sobrevivieron al cataclismo. Mangas Verdes llevaba un sencillo traje de lana blanca con mangas verdes de ganchillo que había tomado prestado de una Guardiana del Bosque. Descalza y con la cabeza al aire, los cabellos de la joven druida necesitaban urgentemente una buena sesión de peinado. Inmóvil delante de un montón de madera con su hacha (o lo que quedaba de ella), Gaviota fue transportado a aquellos días en que no era más que un simple leñador de aldea y su hermana sólo era una retrasada que siempre le estaba dando problemas.

Pero la voz y el porte de Mangas Verdes estaban llenos de compostura y serenidad, y su sabiduría excedía en muchos años a la de Gaviota.

--No, Gaviota --dijo Mangas Verdes con tranquila insistencia--. No le hagas daño.

El leñador se encontró obedeciéndola casi sin darse cuenta de lo que hacía.

Gaviota había presenciado algunos cambios durante aquellos años, pero los producidos en su hermana pequeña eran los más grandes.

Aun así, intentó protestar.

--¡No le hará ningún daño! ¡Le cortaré la cabeza tan deprisa que no le dolerá nada! ¡Y es un final mucho mejor del que se merece por lo que le hizo a nuestra familia, a Risco Blanco y a nosotros! Deberíamos colgarle de un cadalso y dejar que muriese lentamente, con los cuervos sacándole los ojos a picotazos...

--Basta. --La esbelta y frágil druida puso una mano sobre el nudoso brazo de su hermano--. No es Liante el que me preocupa, hermano, sino tú.

--¿Yo?

Gaviota vio aproximarse a Lirio, seguida por un cortejo de ayas y por sus dos hijas, y gimió para sus adentros. Nunca podría salir vencedor de aquella discusión..., no con las dos mujeres uniendo sus fuerzas.

--¿Qué tengo que ver yo con todo esto? --preguntó, intentando evitar que su voz sonara como un gemido quejumbroso.

Mangas Verdes sonrió, tratando de aliviar la desilusión de su hermano.

--Liante es un enemigo, cierto --dijo--. Pero él es malvado, y tú no lo eres. No puedo permitir que sacrifiques tu humanidad castigándole cuando está indefenso e impotente. Por mucho que se lo merezca, no puedo permitir que mates a sangre fría.

--Y yo tampoco --intervino Lirio mientras hacía saltar a Jacinta sobre su cadera--. Después de todo, yo también fui su víctima, pero no quiero que sea castigado de esta manera.

Gaviota empezó a sacarse astillas de la callosa palma de la mano, extrayéndolas mediante los dientes mientras las observaba con expresión sombría.

--Así que no debería sacrificar mi humanidad, ¿eh? Y tampoco he de sacrificar la de Liante, ¿verdad? Estupendo. Si no vais a aplicarle

ese castigo, y sigo creyendo que clavar su cabeza en la punta de un palo le enseñaría a no cometer más maldades, ¿qué haréis entonces?

Mangas Verdes perdió su sonrisa y se mordió el labio, tan solemne era su decisión.

--Tengo una forma de detenerle. Depende del secreto de los Sabios de Lat-Nam, y del casco de piedra...

* * *

Un rato después casi todo el ejército se había congregado alrededor del aprisco en el que estaban encerrados los hechiceros.

Gaviota esperaba con los brazos cruzados encima del pecho, con Lirio agarrándole el codo y Agridulce en equilibrio sobre la cadera de su madre. Gavilán se reunió con ellos. El hermano perdido iba encorvado, pues su espalda era una masa de piel inflamada que no paraba de llorar desde el cuello hasta los tobillos, y que había obligado a los curanderos a trabajar día y noche para reconstruirla y regenerarla. Gavilán, que tenía el rostro hinchado y lleno de morados, quedaría lisiado de por vida y el tejido cicatricial haría que siempre se moviera despacio y con dificultad, pero estaba vivo y se había reunido con su familia, y no se quejaba. Aun así, Gaviota encontraba un poco extraño que su «hermana pequeña» pareciese años más madura que él, y que su «hermano pequeño» se alzara sobre él como una máquina de guerra. Gaviota era el cabeza de su familia únicamente por la tradición. Pero sonrió cuando Jacinta intentó trepar por la enorme pierna del «tío Gavilán» y el gigante alzó con una robusta manaza a la niña que reía y chillaba.

Más seguidores del campamento llegaron corriendo para ver cómo eran castigados los hechiceros, y Mangas Verdes aguardó pacientemente mientras los hechiceros se removían dentro de su corral. Los Lanceros Verdes de Gaviota estaban junto a ellos con los estandartes chasqueando al viento, y las Guardianas del Bosque de Mangas Verdes también estaban presentes. Liko llegó con su pesado caminar, la bestia mecánica chirriando y crujiendo junto a él con Stiggur sobre su cabeza, desde donde podía ver por encima del gentío. Capitanes y sargentos ladraron secas órdenes a sus tropas supervivientes y las hicieron formar en filas impecables de Escorpiones Rojos, Osos Blancos, Focas Azules y uno o dos brazales negros para indicar la situación de los diezmados Perros Negros. Orgullosos seguidores del campamento de todos los colores e

insignias estaban inmóviles alrededor del aprisco. Los Cuervos y las arqueras de D'Avenant esperaban solemnemente, con los arcos apoyados sobre sus hombros. Detrás de ellos, más altos, había hileras de centauros y caballería, con los caballos removiendo los flancos y meneando las colas para espantar a las moscas recién nacidas. Al final todo el ejército esperó en silencio sobre la ondulante y perfumada hierba que cubría aquella pradera repleta de flores, con la montaña de los ángeles y el bosque renovado claramente visibles en la lejanía y el mar que lamía las rocas entrevisto al fondo.

Una orden de Mangas Verdes, y los seis hechiceros fueron sacados de su corral y colocados en fila de cara a ella, aunque dentro de un anillo de lanzas empuñadas por sus guardias personales. Mangas Verdes sabía que aquél era un momento épico, la culminación de los esfuerzos del ejército, y permitió que saborearan su victoria. Pero por dentro se sentía llena de tristeza.

Finalmente abrió la boca, y un silencio absoluto roto únicamente por los trinos de los pájaros se hizo a su alrededor.

--Amigos, nos hemos reunido aquí para presenciar el juicio final de estos hechiceros, que se han beneficiado del sudor y las lágrimas de otros, y que han abusado de sus capacidades mágicas para imponer el dominio de la hechicería sobre las personas corrientes, a las que llaman peones.

»Pero en vez de castigarlos de inmediato, compadezcámoslos. ¿Por qué? Porque a pesar de sus grandes poderes, el suyo no es un destino envidiable. Obtienen la magia y la autoridad y un puñado de cachivaches y luego pierden todo eso, y ahora no tienen nada, mientras que nosotros tenemos amistad y compañía, una dura labor y metas claramente marcadas y, lo más importante de todo, amor. Con todas esas cosas maravillosas hemos luchado contra estos y otros hechiceros, y siempre hemos vencido.

Immugio, el ogro-gigante, cambió el peso de su corpachón de pie enorme a otro. Dwen, la hechicera del océano, que todavía hervía de ira y odio, torció el gesto a través de la neblina de dolor de sus muñecas rotas. Fabia mantenía los ojos clavados en el suelo: su arrogancia y su propósito en la vida se habían esfumado junto con su juventud y su belleza. El viejo Ludoc fulminó a Mangas Verdes con la mirada, pues no tenía miedo a la muerte. Karli, la de la piel oscura y los blancos cabellos, se negaba a admitir la derrota y se estaba burlando abiertamente de ella. Liante parecía simplemente aturdido, y quizá estaba pensando en el hacha de leñador que se había alzado

sobre su cabeza.

--Vencimos porque comprendíamos la necesidad del sacrificio. --Mangas Verdes se volvió hacia el ejército y movió las manos en el aire, como si estuviera dibujando con ellas--. Todos renunciamos a nuestra autonomía para trabajar juntos. Cada uno de nosotros, desde el veterano más viejo al niño más pequeño, ha estado dispuesto a dar su vida por la causa del bien. Y demasiados lo han hecho, incluso un pobre e infortunado trasgo que vio la luz del amor... Y ésa es la diferencia que hay entre nosotros y ellos, y que siempre existirá. El amor y el sacrificio triunfaron sobre el egoísmo. Es una moraleja muy antigua, pero es cierta.

»Y sin embargo --Mangas Verdes se volvió nuevamente hacia los hechiceros--, seguimos teniendo que cargar con estos hechiceros. No nos gusta la idea de ejecutarlos, por mucho que puedan merecérselo, pues matar a sangre fría nos rebaja y mancha nuestra cruzada. Pero no podemos volver a dejarlos en libertad, pues sabemos que en su egoísmo anhelarán vengarse de nosotros. Éste ha sido el problema al que hemos tenido que enfrentarnos siempre, y no hemos sabido resolverlo. Yo no he sabido resolverlo... Si hubiera obrado mejor, muchos de nuestros camaradas estarían vivos hoy.

»Pero ahora --concluyó en voz baja y suave--, y que los dioses nos perdonen, tengo una solución.

Hubo un repentino zumbar de voces, y los hechiceros parecieron más nerviosos que nunca.

--¡Claro! --le murmuró Gaviota a Lirio--. Encontró el secreto de no-sé-qué en el fondo del mar. Hemos estado tan ocupados que no llegamos a enterarnos de qué era.

Mangas Verdes giró sobre sus talones con lenta solemnidad y se volvió hacia Kwam, que estaba inmóvil junto a ella acompañado por Tybalt y los otros estudiantes de magia. Los dos abrieron una caja de madera sin decir una sola palabra, y sacaron de ella el antiguo casco de piedra verde cuya superficie estaba cubierta de arruguitas que le daban el aspecto de un cerebro humano. Todo el mundo se acordaba de aquel casco, que había sido creado hacía siglos en un lugar muy cercano de allí y al que se le había proporcionado el poder de doblegar a los hechiceros.

Mangas Verdes colocó el casco sobre su cabeza.

--Durante mis viajes he aprendido que la magia es una manera de ver --dijo--. Al igual que un ciego no puede imaginarse los colores del arco iris, a una persona que no posee el don de hacer magia le resulta

imposible imaginarse los colores de la magia. Son muy pocas las personas para las que de repente llega un momento en el que pueden percibir la magia y, gracias a ello, someterla a su voluntad. Nadie sabe cómo o por qué algunas personas pueden «ver» de repente y convertirse en hechiceros. Pero un cónclave de hechiceros creó este casco --y Mangas Verdes lo golpeó suavemente con las puntas de los dedos-- para contrarrestar ese fenómeno. Los Sabios de la antigüedad fueron aniquilados por los Hermanos antes de que pudieran terminar el casco, pero sus fantasmas y sus huesos me revelaron sus intenciones. Hoy todos seréis testigos de lo que voy a hacer. Tened la bondad de sujetarle.

Preparadas para la orden, las Guardianas del Bosque de Mangas Verdes agarraron a Liante y lo hicieron avanzar por la fuerza, y después le empujaron hasta ponerle de rodillas. Eso hizo que el aturdido hechicero saliera de su estupor y empezara a protestar, pero fue implacablemente sujetado.

Mangas Verdes alzó la mano izquierda hasta el casco que reposaba sobre su frente y, sin decir ni una palabra, puso la otra mano sobre los tiesos cabellos amarillos de Liante. Quienes la contemplaban dejaron escapar jadeos ahogados cuando su mano se hundió hasta la muñeca sin que se produjese ningún derramamiento de sangre.

Liante chilló, aulló y apretó los dientes. Pero no podía moverse, y el contacto psíquico que Mangas Verdes había establecido con su mente sólo duró un segundo. Después Mangas Verdes retrocedió, con su mano totalmente limpia, y se quitó el casco.

--Soltadle.

Liante se incorporó, perplejo y enfurecido, y empezó a tocarse el cuero cabelludo como si acabaran de dejarle sin cabellera. El hechicero, cada vez más confuso, buscó dentro de su mente..., y acabó percibiendo la verdad.

--¡Se ha ido! ¡Se ha ido! Mi hechicería... ¡Me la has robado!

Mangas Verdes asintió, y cuando habló su voz estaba llena de tristeza.

--Sí. He roto el hilo, he invertido tu visión y he desquiciado tu poder para siempre. Nunca volverás a hacer conjuros. Ahora eres un peón, como tantos a los que hiciste daño en el pasado.

--¡No! --El ex hechicero se aferró la cabeza con las manos--. ¡No! ¡Noooooooo!

Pasó corriendo junto a las Guardianas del Bosque y se abrió paso por entre la multitud. Unos soldados se dispusieron a detenerle, pero

Mangas Verdes meneó la cabeza.
--Dejad que se vaya --dijo--. Ya hemos terminado con él.
El ejército contempló al ex hechicero mientras Liante corría por la pradera, arrancando margaritas, tréboles y campánulas con el frenético subir y bajar de sus pies, hasta que desapareció detrás de una pequeña ondulación del terreno.
Mangas Verdes suspiró y se puso nuevamente el casco, y se volvió hacia los hechiceros restantes. Todos estaban aterrados. Incluso Dwen y Karli habían perdido sus expresiones altivamente desdeñosas y la contemplaban con los ojos llenos de terror.
La mirada de Mangas Verdes fue recorriendo sus rostros.
--En cuanto a vosotros...
--¡No, por favor! ¡Por favor, mi señora! --gimotearon todos a coro, incluso Ludoc--. ¡No me arrebatéis la magia, por favor!
Mangas Verdes meneó la cabeza en una lenta negativa cargada de tristeza y señaló a Karli, que fue agarrada por las Guardianas del Bosque y obligada a ponerse de rodillas. La mujer de piel oscura y blanca cabellera empezó a gemir.
Mangas Verdes alargó una mano hacia ella, pero se detuvo. Alguien la había agarrado por un hombro.
Era Gaviota.
--¿Verde, es realmente necesario?
Mangas Verdes le contempló, un poco sorprendida.
--Gaviota, tú siempre dijiste que necesitábamos una forma de detener a estos hechiceros...
--Bueno... --Gaviota volvió la mirada hacia el camino que Liante había abierto a través de las flores de la pradera, y después contempló el cielo azul y el sol que brillaba sobre sus cabezas--. Es sólo que... Bien, me parece un poco drástico.
--Es drástico --replicó la joven druida--. Es horripilante. Lo que le hemos hecho a Liante es... Oh, hemos sido implacables y crueles. Es como sacarle los ojos a un hombre capaz de ver, dejándole ciego. Pero hay que detenerle. Ha jugado con el poder, y ha sido sacrificado a él.
--¡Pero seremos buenos, mi señora! --suplicó Karli, pareciendo más una muchacha que nunca--. ¡Nunca volveremos a hacer daño a nadie! Pero... ¡Oh, no nos ciegues! ¡Por favor, por favor!
Un zumbido de voces se extendió a través del ejército, creando en cuestión de segundos una discusión sobre cómo había que proceder. Lirio dio un paso hacia adelante, se apoyó a su hija en la cadera y se

humedeció los labios.
--Verde, ya hemos hablado en bastantes ocasiones de que estos hechiceros podrían hacer mucho bien si fuera posible convencerlos --dijo--. Podemos usar sus conocimientos y sus capacidades de viajar por el éter para ampliar nuestros mapas y encontrar los hogares perdidos de nuestro ejército.
--Y pueden curar --retumbó la voz de Gavilán, el gigante encorvado--. Lo he visto. Muchos de nosotros todavía padecemos grandes sufrimientos.
--Sí --dijo Gaviota--. Y se les puede hacer trabajar en la reconstrucción de las aldeas, hogares y castillos que han destruido. Tú misma lo dijiste.
Mangas Verdes meneó la cabeza, confusa y desorientada. De repente los que se habían mostrado más sedientos de sangre y que habían defendido con mayor vigor el castigo de los hechiceros pedían clemencia mientras que Mangas Verdes, a la que se había encomendado la misión de vigilarlos y que siempre la había encontrado odiosa, por fin había decidido enfrentarse al trabajo y hacerlo de una vez. La joven druida pensó que el mundo era muy extraño, y que la magia sólo servía para que fuese todavía más extraño. Mangas Verdes escuchó a la multitud, y oyó la voz del perdón en sus murmullos.
La joven druida encogió los hombros para apartar de su rostro un mechón de cabellos que se agitaban bajo el soplo de la brisa perfumada por los olores de las flores.
--Muy bien --dijo--. Si acordamos controlarlos, entonces permitiré que conserven la vista. No me gusta quitar el poder a nadie. Es demasiado cruel.
--Estupendo --dijo Gaviota, y sonrió--. Muy bien. Ésa es mi hermana pequeña: siempre tan lista, ¿eh, Verde?
Mangas Verdes se echó a reír, y todo el mundo rió con ella.
Pero mientras el ejército y los hechiceros cautivos se relajaban y las bromas empezaban a volar de un lado a otro, Mangas Verdes contempló el vuelo de una bandada de patos que pasaban por encima de sus cabezas y suspiró en silencio..., porque se había callado algo.
Mangas Verdes había mentido cuando dijo que las capacidades mágicas de Liante habían quedado extinguidas para siempre. La joven druida podía entrar en su mente cuando quisiera y volver a conectar el puente, el vínculo, la hebra, y devolverle su hechicería.
De hecho, Mangas Verdes podía convertir en hechicero a

cualquiera con sólo rozar su mente y unir los dos extremos de ese hilo. Cualquier persona podía adquirir el poder de hacer magia..., incluso su amado Kwam, que --como todos los estudiantes de magia-- deseaba más que cualquier otra cosa en el mundo tener la capacidad de conjurar.

Pero no podía decírselo o, por lo menos, no en aquel momento. Si se llegaba a saber que Mangas Verdes podía convertir a cualquier persona en un hechicero, el resultado sería la locura y el caos. Las guerras desgarrarían el mundo, y Mangas Verdes sería implacablemente perseguida para arrancarle ese secreto y acabaría pereciendo. Ni los Dominios ni los tiempos estaban preparados para eso.

Así pues, tendría que mantenerlo oculto dentro de su seno. Y si la quemaba por dentro... Bueno, Mangas Verdes estaba dispuesta a hacer ese sacrificio.

Los capitanes gritaron a sus tropas que rompieran filas, y el ejército empezó a convertirse en una multitud con hambre y muchas ganas de ver llegar la hora de la comida. Pero Gaviota había estado pensando, y alzó la voz de repente.

--¡Eh, un momento! ¡Esperad todos! ¡Aún no hemos terminado!

--¿No? --preguntaron Lirio y Mangas Verdes.

Todos se volvieron hacia el trío para observarles con ojos llenos de curiosidad. ¿Qué otros prodigios podrían ver aquel día?

Gaviota alzó una mano que sólo tenía dos dedos.

--No. Necesitamos algo más... Creo que un juramento.

--¿Un juramento? --preguntaron dos docenas de voces.

Gaviota se rascó el mentón mientras cogía distraídamente a su hija mayor.

--Algo que... ¡Ah, ya sé!

Buscó a tientas en su cinturón por debajo de su hija, echó en falta algo y se volvió hacia la bestia mecánica.

--¡Stiggur! --gritó--. ¡Préstame tu látigo, por favor!

Perplejo, el joven sacó de su cinturón su látigo de mulero, que había fabricado a imagen y semejanza del de su héroe, y se lo arrojó. Gaviota hizo chasquear el látigo sobre la hierba mientras todos se apresuraban a apartarse. Sin dejar de sostener a su hija, el leñador movió hacia adelante la larga tira de cuero de serpiente negra y la hizo chasquear por encima de las cabezas de los cinco hechiceros cautivos.

--¡Arrodillaos! --gritó. El látigo chasqueó, y su punta separó un

mechón de los blancos cabellos de Karli del resto de su cabellera--. ¡Arrodillaos, malditos hechiceros!

Immugio, Fabia, Karli, Dwen y Ludoc se apresuraron a arrodillarse, tropezando y moviéndose con torpeza a causa de sus heridas, morados y fracturas entablilladas. El ogro-gigante era tan alto como un hombre incluso estando arrodillado, por lo que Gaviota volvió a hacer chasquear su látigo y el ogro incrustó su nariz en la tierra.

--¡Eso está mejor! --aulló Gaviota mientras todo el mundo le contemplaba, boquiabierto y perplejo--. ¡Verde, ponte delante de ellos y en el centro de su fila! Y ahora, canallas, quiero que repitáis lo que iré diciendo... Eh... «Yo --y luego decís vuestro nombre-- juro lealtad y obediencia hasta el día de mi muerte a Mangas Verdes, mi dueña y señora...»

Los hechiceros murmuraron el juramento, añadiéndole la babel de sus nombres, y luego titubearon cuando Gaviota se paró para pensar.

--¡A Mangas Verdes, que a partir de ahora será llamada Gran Hechicera de los Dominios! --exclamó por fin el leñador.

--Gran Hechicera de los Dominios --balbucearon los hechiceros.

Mangas Verdes se dispuso a protestar.

--Gaviota, yo no quiero...

--¡Más alto y que se os oiga bien! --ordenó secamente el general, e hizo chasquear el látigo con tanta potencia que Agridulce, su hija pequeña, se echó a llorar--. «¡Yo te saludo, Mangas Verdes, Gran Hechicera de los Dominios!» ¡Vamos, gritadlo!

Todo el mundo se sorprendió cuando Liko, el gigante tonto, canturreó el juramento. Stiggur lo gritó desde lo alto de la bestia mecánica, acompañándolo con una carcajada. Después Helki y Holleb lo corearon, y luego Gaviota, su esposa, sus hijas y Gavilán lo gritaron también. Varrius alzó las manos e indicó a los soldados que se unieran al cántico, y en cuestión de segundos todos estaban gritando el juramento. «¡Yo te saludo, Mangas Verdes, Gran Hechicera de los Dominios!» «¡Yo te saludo, Mangas Verdes...!» Incluso Kwam lo cantó con toda la potencia de sus pulmones mientras reía y miraba a Mangas Verdes.

Las protestas de la joven druida se perdieron en la algarabía general.

--Oh, no, de veras, no... ¡Pero si no es verdad! Nosotros... ¡Todavía quedan centenares de hechiceros rondando por ahí! Hay hechiceros de todas las formas y variedades, miles de ellos que nunca han oído hablar de mí y que no obedecerán... Debemos... ¿Es que no

podéis parar?
Pero nadie la escuchaba, excepto Kwam, y el joven estudiante de magia se limitó a estrecharla entre sus brazos. Mangas Verdes acabó rindiéndose y se echó a reír.
--Oh, bueno, si es lo que todos quieren... Supongo que no me cuesta nada hacerles felices, ¿no?
Y Mangas Verdes besó a su amado en la oreja, y después extendió las manos para abrazar a su familia.

FIN